

La saga del Kanguro

medio siglo de una patrulla scout

EL KANGURO DE CADIZ

La saga del Kanguro

medio siglo de una patrulla scout

Prólogo

Nuestra Patrulla, la Patrulla del Kanguro, del Grupo de Cádiz, Rama Esculta, como se dice ahora, o de Tercera Categoría, como se decía cuando en tal Patrulla nos constituimos, ha cumplido el 10 de abril de 1977 cincuenta años de vida ininterrumpida - salvo en el obligado paréntesis de los tres años de nuestra guerra civil -. Al llegar a esta fecha, y convencidos de ser la única Patrulla del Mundo Scout que ha tenido la suerte de poder presentar tal historial, hemos creído - con harta presunción por nuestra parte- que tal historia podía interesar. De ahí este libro.

Y volvemos a ser presuntuosos. Creemos que nuestra historia puede interesar más y ahora, porque observamos en muchos sitios una tendencia de la que en otros, ya están de vuelta. Olvidando, como en otras muchas cosas, a Baden Powell (él fue quien dijo aquello de que el Sistema de Patrullas no es un modo de hacer Escultismo, sino el único modo de hacer Escultismo) se ha pretendido que el sistema está anticuado, que no responde al espíritu actual del muchacho, que no sirve, que hay métodos mejores y más efectivos... A nosotros nos parece que quienes así piensan, ni han aplicado el sistema en toda su extensión, ni han sabido sacarle el jugo. Aquí presentamos la historia de nueve muchachos (muchachos, ¡ay!, en 1927) que, a través de medio siglo, lo han vivido y practicado en toda su extensión y a los que el sistema ha servido perfectamente a lo largo de todos los cambios y todas las etapas de sus vidas, desde los 16 a los 65 años... corridos. Su práctica nos ha confirmado que el Escultismo salió perfecto de la mente de Baden Powell y con él ocurre lo que pasaría en el Cristianismo con los Evangelios, que si los modificásemos, no haríamos sino estropearlos.

Por todo ello nos hemos decidido a escribirlo, en la convicción de que tal vez pueda servir de algo su lectura. Si lo hemos

conseguido o mejor dicho, si lo conseguimos, no habremos hecho sino dar una nueva confirmación a nuestra tesis. Nos habremos demostrado una vez más que nuestro ideal de servicio y de Siempre Adelante encuentra en la Patrulla un inmejorable medio de ser llevado a efecto. Y habremos demostrado a los demás que la Patrulla es lo que Baden Powell quiso que fuera: una sociedad diminuta, pero completa, en la que el muchacho aprende a gobernarse, a mandar y a obedecer, a imponerse responsabilidades y a afrontarlas. Y por ende, una insuperable escuela de la vida, escuela que, por añadidura, da la alegría, la más firme amistad: la felicidad, en suma.

Si conseguimos algo, por poco que sea, daremos por bien empleados tiempo, esfuerzo y trabajo.

Y ahora, una aclaración muy importante...

Quisiéramos, lector, que hubieras presenciado las enconadas discusiones a que, en el seno de nuestra Patrulla, ha dado lugar la decisión de publicar o no este librito, tal y como ha sido concebido y escrito. A lo largo de sus páginas volverás a encontrar frecuentes alusiones a ello. Y es que más de un Kanguro hallaba que de estas páginas se desprendían un afán de vanagloria, una presunción, una vanidad y una inmodestia que no encajaban dentro de nuestras normas morales.

Convencidos ya, a lo largo de muchas reuniones y de muchos meses, de que, fuere como fuere, estas páginas podían interesar y sobre todo servir, se propuso que, al menos, fueran escritas en tercera persona y publicadas bajo seudónimo, como si fueran fruto de la observación y convivencia de alguien ajeno a nosotros. Se desechó la idea por dos motivos: primero, que hacerlo así no sería leal; segundo, que al transportar el relato, éste perdería fuerza e interés. La fuerza y el interés que puedan darle a la narración bien o mal hecha, interesante o insulsa- los propios protagonistas de la historia que se refiere.

Tomada, al fin, la decisión de pechar con el pecado y afrontar su responsabilidad, no queremos pasar adelante sin dejar muy bien sentado que no hay en nosotros la menor presunción ni el menor orgullo. Que conste de modo muy expreso que si de la lectura se desprende en algún momento que hemos hecho alguna cosa digna de, no digamos, admiración, sino simplemente alabanza, no hemos sido nosotros los que la hemos hecho, sino que es el fruto exclusivo

del sistema que hemos aplicado. No es el Kanguro el que tiene el mérito, sino Roland Phillips. Estamos convencidos hasta la saciedad de que cualquier grupo de muchachos que haya vivido, viva o haya de vivir el Escultismo como lo hemos vivido nosotros (Fijaos bien, como lo hemos vivido nosotros), llegará inexorablemente al mismo resultado que nosotros obtuvimos... No, no hay vanagloria ni inmodestia. Conste que nos consideramos solamente el resultado de un test.

A nuestros iniciadores en el maravilloso mundo del Escultismo, a los que, desde Papá Lobo a los primeros Scouters de Akela, nos abrieron las puertas de él.

A nuestros bienhechores, desde don Elías Ahuja a los pocos que supieron comprendernos y ayudarnos en la medida de sus fuerzas.

A nuestros exploradores. A todos aquellos muchachos que pasaron por nuestras manos scouts y que nos han guardado siempre un cariño y un respeto nunca mejor simbolizados que por el hoy General del Ejército que no duda en meterse cinco horas en el horno de la cabina cinematográfica de un modesto cine de barrio para recordar aquellos tiempos con el humilde operador al que sigue tratando de usted, porque fue su Instructor cuando él era niño.

A cuantos, andando el tiempo, al encontrarnos volvieron a paladear las mieles de su juventud esculta, o llegaron a gustar en su plenitud las del Escultismo... A Flecha Roja, a Búho Blanco, a nuestros Espíritus Fraternos, a cuantos nos han hecho sentir lo que de eterno tiene la Hermandad Escultista.

A nuestras squaws, tan distintas entre sí como nosotros lo somos, y tan iguales como lo somos nosotros en sentir, comprender y ayudar. A nuestras amadas compañeras de camino, madres de nuestros cachorros.

Y a todos los scouts del mundo, con el deseo de que nuestra experiencia les pueda servir para ser tan felices como nosotros lo somos...

EL KANGURO DE CADIZ

Indice

1. El Kanguro

Los míos antes que yo.

Natura amititiae et refugium vita.

(Lemas del Kanguro)

Qué es el Kanguro

Nada más que una Patrulla Phillips dentro de la Universal Hermandad Scout.

Nada menos que una Patrulla Phillips dentro de la Universal Hermandad Scout.

Nada más que una Patrulla Phillips, es decir, la pequeña sociedad de muchachos, organizada y dirigida por ellos mismos que, tras un período de prueba, ha alcanzado la autonomía dentro de su Grupo. Ha acreditado con su conducta, su trabajo y su espíritu, que no necesita la vigilancia ni la conducción directa y continua de los scouters, porque sabe ya autodirigirse, autoconducirse y funcionar - dentro de las más rígidas reglas escultistas- sin precisar de nadie (siempre hasta cierto punto, claro es. Todos necesitamos continuamente de todos), liberando con ello a los Jefes. Estos pueden así dedicarse a las Patrullas que aún no alcanzaron esa madurez, esa que podríamos llamar mayoría de edad mental.

Nada menos que una Patrulla Phillips. Nada menos que una Patrulla ya *hecha*. Nosotros llevamos medio siglo siéndolo. No veáis en esto vanagloria ni soberbia. La vida nos ha colocado en el trance de llegar a ser la viva muestra de lo que es el resultado final del Escultismo. Porque nosotros somos -que sepamos- la única Patrulla del Mundo que lleva cincuenta años de vida scout activa sin interrupción. La única Patrulla que a lo largo de medio siglo ha vivido, día tras día, la vida que Baden Powell soñó para sus muchachos. No

hay mérito por nuestra parte. Las cosas rodaron así... Las circunstancias, cúmulo de afortunadas circunstancias, han hecho que, en vez de tener el final lógico y humano de otras Patrullas, nosotros hayamos podido seguir viviendo la nuestra y formando en ella. En las otras el tiempo ha transcurrido y la vida -trabajos, amores, vicisitudes- acabó por disolverlas... La vieja amistad queda, pero hoy se reduce a verse de tanto en tanto y a reunirse en una cena para recordar y aflorar los tiempos del pantalón corto, la mochila a la espalda y el bordón en la mano. Pero ya no hay excursiones, ni reuniones de trabajo, ni empresas a realizar en común... Nosotros, año tras año, día tras día, hemos seguido teniendo todo ello. Y, a través de ello, hemos ido mejorando (no nos atrevemos a decir perfeccionando, porque la perfección no es de este mundo) nuestras tres facetas escultistas: la física, la intelectual y la moral. Sobre todo, ésta, ya que la tenemos por la más importante. Y por ello nos consideramos hoy testimonio vivo y fruto maduro de las ideas powellianas...

Cómo empezó el Kanguro

En 1923 llegaba a Cádiz, por traslado de su familia a dicha ciudad, un scout de Zaragoza. Extraordinariamente entusiasta y totalmente absorbido por los ideales escultistas hasta el punto de que intuitivamente no le bastaba lo hecho en el que hasta entonces había sido su Grupo y anhelaba -sin saber bien el qué- hacer *más cosas* de las hasta entonces hechas. El ex-guía de Patrulla, de 15 años de edad, tan pronto llegó a la ciudad intentó establecer contacto con los Exploradores, encontrándose con que no los había. Los hubo, sí, hacía muchos años, pero de aquello no quedaba absolutamente nada. De intentar algo, no había ni qué hablar. Cádiz era, de toda España, la ciudad menos a propósito para las prácticas escultistas. Geográficamente, el contraste entre los frondosos sotos y los paradisíacos ríos de Zaragoza, y los 15 kilómetros de arena del istmo gaditano, no podía ser más desolador. Psicológicamente, el clima gaditano era esterilizador. Nula afición al aire libre, muy poca al deporte (el fútbol era el único conocido y escasamente practicado) y, tanto por parte de los jóvenes como de los adultos, una hiperestesia al ridículo que haría inútil hablarles de ideales y que impediría vestir aquel pantalón corto que entonces y allí era, simplemente, inconcebible.

Y nuestro héroe se matriculó en la Facultad de Medicina y empezó a vivir la vida estudiantil universitaria de aquellos tiempos. Los días lectivos, clases, estudios y nada más, pues por su edad y por la vida familiar de la época, no se le permitía hacer vida de *tuna* (que la había en Cádiz, y de tal clase que ríanse ustedes de *La casa de la Troya*). Y los domingos, después de comer, tardes de café y ajedrez, compartido y disputado respectivamente, con los compañeros de Facultad. Aquello, a nuestro hombre le resultaba aburridísimo y completamente opuesto a lo que hasta entonces había hecho. Y así no tardó en abandonar la tertulia y en compañía de su hermano menor, de diez años, y de otro muchacho de doce o trece, vecino de su casa y a quien inició en sus aficiones, se echó al triste sucedáneo de campo que había en Cádiz, en los barrios de extramuros, y a la inmensa playa, mientras cobraba fama de *chalado* entre sus compañeros de estudios. Hasta que llegaron a Cádiz don Tomás Villena, un sexagenario padre de un scouter que Akela había tenido en Zaragoza, hombre dado al Escultismo y entendido en él, y el General Gobernador Fernández de Heredia, que tenía un hijo único, de 14 años, Explorador de la Tropa de Madrid. En cuanto nuestro zaragozano se enteró de aquella providencial arribada, intentó por los escasos medios a su alcance entablar conocimiento con el camarada. Pero el hijo único de un General no era fácilmente asequible. Y así, por ejemplo, un día en que Akela tropezó en la calle con el madrileño, acompañado del sargento que le servía de ayo, le siguió unos cientos de metros silbando a todo pulmón el himno de la Institución, sin que el seguido diera la menor señal de enterarse. Por fin, y a través de don Tomás, militar y destinado en el Gobierno, se realizó el conocimiento de nuestros tres apasionados *ilusos* con Valeriano -que así se llamaba el madrileño- y se supo que en el vecino San Fernando, a unos 15 km por carretera, existía un Grupo. Faltó tiempo a los cuatro ya camaradas para presentarse e inscribirse en él y volver a vestir el uniforme, con lo cual quedó remachada en la Facultad la fama de *chalado* de Akela, y acudir los domingos a San Fernando para participar en las anheladas prácticas. De lo que era aquel Grupo se habla en otra parte. El desengaño fue inmenso, pero el espíritu era excelente y pudieron los cuatro sobreponerse a aquello y hacer escultismo por su cuenta. Tanto que incluso realizaron, con don Tomás y de uniforme, una media marcha a Jerez de la Frontera, donde sí que había Exploradores y de estilo muy distinto a los de San

Fernando. Y la llamamos media marcha, en contraste con las completas que luego habíamos de hacer, porque la mitad de los 50 km del camino se hicieron en el coche del General.

Y, al fin, llegó el milagro, el premio a aquel espíritu y a aquella constancia. En el colegio del hermano menor de Akela había un muchacho que recordaba a los antiguos exploradores que hubo en la ciudad cuando él era muy pequeño; vio pasar a los cuatro de regreso de San Fernando y se ilusionó con los uniformes y los equipos... Y ahí empezó todo. El muchacho era Mukoki. Arrastró a algunos condiscípulos y a unos pocos amigos y parientes suyos no pertenecientes al colegio, y se pusieron en contacto con Akela. Y así, en abril de 1927, se constituyeron en Cádiz pero inscritas en San Fernando- las tres primeras patrullas de la futura Tropa. Una de lo que entonces se llamaba de Tercera Categoría, es decir, chicos de 15 a 18 años; otra, de Segunda (de 13 a 15) y otra de Primera (de 11 a 13). La de Tercera era, naturalmente, el Kanguro.

Y es curioso que fuera Valeriano, el que no formaba parte de la Patrulla, ya que su edad no lo permitía, el que nos diera nombre y lema. Y es que en Madrid y bajo la dirección de don Juan Antonio Dimas, el Escultismo Español empezaba a conocer las tesis y los métodos ingleses, y el Sistema de Patrullas estaba en todo su esplendor, cosa que no ocurría en Zaragoza. Pero, sin duda, *nos estaba esperando*, pues, tan pronto conocimos la escasa bibliografía existente por entonces en España (*El Sistema de Patrullas*, de Roland Phillips; el *Manual de Instructores*, de Casares... y las *Cartillas de Explorador*, éstas ya por entonces en propiedad de Akela), nos dimos cuenta los nueve de que era aquello, precisamente aquello, lo que instintivamente deseábamos hacer. Y lo hicimos, o al menos, intentamos hacerlo.

Quiénes forman el Kanguro

Comencemos por hacer una aclaración. En este libro, y cuando de nosotros hablemos, no vais a encontrar sino *nombres de guerra*. Ello obedece a dos motivos muy diferentes: la tradición y la modestia. La tradición, porque con los nombres de guerra empezamos a jugar el Gran Juego en todos sus aspectos, y de tal manera nos habituamos a ello que a lo largo de nuestro medio siglo, raras veces nos hemos llamado de otra manera. Si la palabra tradición os parece demasiado

rebuscada, sustituidla por *costumbre*; ¿Qué más da? Y el otro motivo, la modestia. Bueno, una breve explicación. Al terminar el libro y examinar nuestra obra, hubo en la Patrulla un intenso sentimiento de sonrojo. Una gran mayoría de nosotros veía a lo largo de sus líneas un orgullo y un autobombo que no encajaban en nuestro modo de sentir y de ser. La minoría restante argumentaba que el libro es una *historia*, que la historia es un relato de hechos reales, y que no era presunción el contar lo que hemos vivido y cómo lo hemos vivido. Hubo quien llegó a decir que íbamos a ser objetos de burla, a lo que se objetó que, con el libro, intentábamos prestar un servicio y que «El Explorador no teme al ridículo cuando de ejecutar obras nobles se trata». En suma, que pensamos que procedía guardar un relativo anonimato y que nada mejor para ello que nuestros viejos nombres. En el plan primitivo de este modesto trabajo -que por modesto lo tenemos, pese a todo figuraba un apéndice en el que irían los datos biográficos de cada uno de nosotros. o lo busques, lector. Y ya sabes el por qué. Y no olvides y perdona la reiteración- que aunque no lo repitamos en cada página, en cada página va nuestro deseo terminante de que todos vean que esta historia -gloriosa o no- no la han hecho unos hombres, *sino un sistema*.

Y ahora, sigamos adelante.

A lo largo de este libro leeréis muchas veces que tenemos la gran suerte de seguir siendo los mismos nueve del principio. Esto, literalmente, no es verdad aunque sí lo sea espiritualmente. Se trata de una mentira involuntaria, porque sí son esos nueve los que formaron la Patrulla que somos hoy. Los nueve hermanos unidos indisolublemente en nuestro ideal de Kanguros y que por el Kanguro hemos sufrido, trabajado... y gozado hasta lo indecible.

El 10 de abril de 1927 quedó constituido el Kanguro con los nueve *guerreros* siguientes: Akela, Ojo de Lince, Pantera Negra, Oyaha-Ke (León en acecho), Lengua Viva (que no tardó en cambiar su nombre, demasiado justo y expresivo, por el de Satanta), Shere-Khan, Oluski (Genio Alegre), Pantera Agil y Caballo Negro (nombre que a su vez, se cambió algo después por el de Mukoki, el viejo indio buscador de pistas de J. O. Curwood). Pantera Agil era un camarada de San Fernando, que por aquel entonces trasladó su residencia a Cádiz y que permaneció en el Kanguro muy poco tiempo, pues su

espíritu, muy distinto del nuestro (¡ojo!, no decimos mejor ni peor, distinto, simplemente), le hizo faltar sistemáticamente desde el principio a reuniones, excursiones, y a toda clase de actos de patrulla. Por lo cual, y lógicamente, se le dio de baja. En su lugar entró en la Patrulla Tigre Pardo.

Y a los pocos meses hubo una nueva baja: Satanta. Este, que había tomado su nombre del de un gran jefe Piel Roja (aquellos inefables cuadernos semanales de Pieles Rojas contra Blancos, a 15 cts. ejemplar...) era un chico magnífico, extraordinariamente inteligente, generoso, culto... pero quizás precisamente por ser todo ello en sumo grado, era un muchacho *difícil* para nuestra inexperiencia de entonces. Pero el tiempo resolvió las dificultades. La Tropa creció -poco, pero creció-, hubo que formar una nueva Patrulla de Tercera Categoría, la del Lobo, y Satanta fue designado Guía de ella, cargo para el que reunía sobradas condiciones. Y en su *vacante* entró en la Patrulla Garza Gris. Y no queremos concluir este párrafo sin hacer constar que Satanta nos ha conservado una viva amistad, a la que correspondemos. Hoy es *número sin número* del Kanguro, y hoy, viviendo a 300 km de nosotros, mantiene nuestra camaradería y asiste a cuantos actos puede.

De modo que, a los pocos meses de su fundación, ya tenemos al Kanguro con su composición actual. *Entonces, cada* mes se cambiaba la numeración de la Patrulla por orden de merecimientos. Luego, después de la guerra, cuando ya el Kanguro tomó su forma actual, la numeración quedó fija e inmutable tal y como era al estallar la contienda. Y es la que sigue:

Guía, Akela; 1, Ojo de Lince; 2, Pantera Negra; 3, Oyaha-ke; 4, Oluski; 5, Tigre Pardo; 6, Shere-Khan; 7, Garza Gris / Pie Ligero; 8, Subguía-Mukoki.

El número 7 necesita una explicación. El kanguro 7 era Garza Gris. Pero Garza Gris, que con su familia se había ausentado de Cádiz en 1928 y del que, hasta hace poco, no habíamos vuelto a saber, había dejado un hueco. Sagrado, sí, como de Kanguro... pero un hueco. Y había un muchacho de Tercera Categoría -en 1930- Pie Ligero, miembro de la magnífica Patrulla del Toro, que, cuando el Kanguro reemprendió su vida en 1939, tan pronto se apagó el eco de la última batalla de la guerra civil, se unió a nosotros y con nosotros compartió trabajos y vicisitudes y vivió nuestra activa vida de scouts. Se le nombró agregado a la Patrulla. bastantes años después se le

incorporó a ella con ese número 7 que Garza Gris mantenía vacío con su desaparición. Pero cuando reencontramos a nuestro séptimo kanguro, de momento hablábamos de 7A y 7 B -en espíritu eran los dos exactamente iguales-, hasta que recientemente hemos acordado que Garza Gris tenga el número 7, Pie Ligeró, el 8... y Mukoki, el SG. Y así lo llevamos en la divisa y somos también, que sepamos, la única Patrulla con 10 miembros. ¿Pamplinas de chiquillos? Tal vez. Pero no os quepa duda de que todas estas *pamplinas* son facetas de esa impalpable maravilla que es el espíritu de una Patrulla.

Y ahora, entrevistemos al Guía.

-¿Qué papel han desempeñado en la Patrulla todos y cada uno de sus componentes?

-Es muy difícil de explicar. Todos y cada uno hemos contribuido a formarla y a mantenerla y todos la queremos por encima de toda humana expresión. Esta numeración es para nosotros algo entrañable de lo que no podemos prescindir. Y conste que hoy, ya todos con el pelo blanco y con nietos, la numeración sigue siendo algo muy serio, orden indiscutible de sucesión de mandos si el caso llegare, y que consideramos intocable, estén o no, y vivan o no, los que la ocupan. Dentro de ella, todos, como es natural, hemos trabajado y contribuido. Pero yo, como Guía, definiría a cada uno así:

Ojo de Lince: El humor sano. El optimismo.

Pantera Negra: La eficiencia. El sentido común. El *manitas*.

Oyaha-Ke: La lealtad. Las ingenuas aplicación y laboriosidad.

Oluski: La gracia. El inapreciable elemento cómico. El artista.

Shere-Khan: El eterno niño (Shere mintió su edad al inscribirse en la Institución, con el único objeto de ingresar en la Patrulla). El atleta. El ruidoso entusiasmo.

Tigre Pardo: La bondad. La desgarbada laboriosidad.

Garza Gris: Lo gris, precisamente. La callada obediencia. La colaboración silenciosa.

Pie Ligeró: La tolerancia. El ruido. La exuberancia. El *manazas*.

Mukoki: El látigo. La espuela. La eterna e incansable dedicación... y el mal genio.

Bien. Tal es la opinión del Guía. ¿Y el Guía? Dejemos hablar a la Patrulla:

«El Guía es eso: el Guía, y ya está dicho todo. Para nosotros es indiscutible e indiscutido, aunque a veces, y como cada quisque, se equivoque.»

Pues bien. ¡Qué magnífico crisol el que ha logrado fundir tan opuestos caracteres en este todo homogéneo que es hoy el Kanguro! Y no hará falta subrayar que como base común a tan diferentes individualidades están todas las enseñanzas escultistas que a lo largo de medio siglo hemos asimilado y practicado. No hará falta decir, por ejemplo, que todos somos buenos acampadores, aceptables cocineros, incansables andarines (perdonad la inmodestia, pero todo ello lo tenemos de sobra acreditado), y que en nosotros hay algo de cuantas facetas intervienen en la formación de un scout. ¡Medrados estaríamos si así no fuera después de medio siglo! Pero no podemos por menos de detenernos a pensar que, a través de todas esas enseñanzas aparentemente superficiales y en cuya posesión todos estamos a la misma altura, a través de las excursiones, de los campamentos, de las marchas, y de los nudos y del semáforo y del morse y de los primeros auxilios y de los mil conocimientos de los grados y de los diplomas, hemos ido forjando nuestra hermandad y hemos llegado a hacer esa Patrulla, botón de muestra de lo que el Escultismo puede conseguir. Cosa tanto más de apreciar en estos tiempos que vivimos y en cuyas características no hubiéramos querido pensar *entonces*. Y hoy, en medio de este ambiente de egoísmo, de dureza, de pérdida de todo lo que era nuestro ideal de Caballeros Scouts, nos atrevemos a esperar en un resurgimiento de valores que devuelva a la Humanidad tantas cosas desgraciadamente perdidas. Y soñamos y deseamos que la doctrina scout tenga en ello buena parte.

Y para terminar este Capítulo y por creer que resume perfectamente nuestro pensamiento, insertamos a continuación el escrito que llevamos a Gilwell Park en nuestra peregrinación a la Meca Escultista, realizada en 1974; peregrinación que culminó nuestra vida de patrulla y escrito que, suponemos, quedará para siempre en las vitrinas de aquella Catedral Scout Mundial... y que fue concebido sin olvidar que los ingleses son los maestros del humor.

Dice así:

Cómo llegó el Kanguro a ser la patrulla que Baden Powell quería...

Las anteriores palabras pueden parecer una inmodestia, más aún, una estúpida presunción. Y pensando así hemos dudado antes de estamparlas como título de este humilde trabajo que os ofrecemos. Pero, si antes de empezar hemos releído las maravillosas frases con que Pelicano Negro define el espíritu de patrulla y que transcribimos a continuación- y hemos comprobado que definen también exactamente el nuestro, es evidente. No, no somos necios presuntuosos. Somos, simplemente y por un cúmulo de favorables circunstancias, el exponente de lo que es el fruto maduro del Escultismo a través del Sistema de Patrullas.

Las líneas que citamos dicen así:

«Si forman una pequeña familia alrededor del banderín y de su guardián, el Guía, el hermano mayor; si cada uno se preocupa del honor, del progreso, de las actividades de la Patrulla; si se sienten tristes cuando uno falta a la Ley o al Reglamento de la Patrulla; si se alegran todos cuando alguno hace un progreso en técnica o en su alma, o bien hace una Buena Acción; si se entrenan mutuamente para ser buenos scouts dondequiera y siempre, delante de sus padres, sus Jefes, sus camaradas, delante de Dios; y si en la Patrulla todos trabajan por todos; entonces sí, yo quisiera formar parte de esa familia dichosa.»

Han transcurrido muchos, muchos años, casi medio siglo, desde que nosotros empezamos nuestra senda de patrulla, y sólo hace muy pocos que hemos tenido ocasión de leer esas palabras. Y hemos constatado con asombrado orgullo que todo eso es precisamente lo que nosotros hemos hecho desde aquella primera reunión en que fundamos nuestro Kanguro. No sabíamos entonces nada de todo esto, pero lo llevábamos dentro por instinto. Hoy reconocemos con humildad religiosa que Dios nos ayudó desde el principio y de modo muy especial. En primer lugar hubo una serie de factores que encauzaron automáticamente nuestra actuación y nuestro espíritu. La Patrulla la fundó nuestro Guía y los que entraron a formarla tenían ya entre sí lazos de amistad o de parentesco, lo cual constituía una excelente masa para el pan que habíamos de cocer. Luego, algo tan importante como la designación de Guía se nos daba automáticamente resuelto. Fuimos (scouts o aspirantes a serlo), solitarios en un medio hostil, los que le elegimos; pero es que no podía ser otro. Era el único que sabía algo de Escultismo por haber

pertenecido a un Grupo en una lejana ciudad. Pero además reunía, sin que ni él mismo lo supiera, las condiciones ideales para ser Guía. Era el mayor en edad física, el único universitario y por tanto el más formado culturalmente; era y es- un apasionado del Escultismo y de sus prácticas. Y para fin y remate era -como fuimos viendo- un caudillo nato. El asegura que el serlo es una característica familiar y, por ende, no tiene mérito.

Mas no paró aquí lo que forzosamente hemos de considerar una protección sobrenatural. Sin conocernos a ninguno, en aquella primera reunión el Guía tuvo el instintivo acierto de elegir entre todos al que era y es el insustituible y perfecto subguía. No se conocían... pero esas condiciones que Baden Powell pide para el Subguía se establecieron rapidísimamente, y entre ambos, Guía y Subguía, se cuajó esa sólida y perfecta amistad que es, sin duda, la base del Espíritu de Patrulla.

Por otra parte, las circunstancias del medio ambiente, aparentemente muy desfavorables, nos favorecían en extremo. Trabajábamos en un medio hostil en el que se nos tenía por locos y se nos atacaba con la peor de las armas, con el ridículo. Pero ello nos fue providencial. Las adversidades son una forja y entre nosotros, gracias a Dios, no había escoria. Y ellas sirvieron para que nuestra unión y nuestro espíritu tuvieran que ser más fuertes, para así poder resistir aquel medio tan poco favorable.

Y ya todo fue sobre ruedas. Ello no quiere decir que no tuviéramos dificultades, escollos y disgustos. Eramos nueve (los mismos nueve -¡oh, maravilloso prodigio!- de hoy) y muy distintos unos de otros; y, excepción hecha del Guía, sin el menor conocimiento del Escultismo y con todos los defectos de la juventud. Entre nosotros había de todo: estudiantes, obreros, empleados, ricos, pobres, de muy diferentes estamentos sociales y, no digamos, de muy diversos caracteres, costumbres y ambiente familiar. Pero el maravilloso crisol del Escultismo, a través de la Patrulla, obró el prodigio de fundirnos en una masa llena de los mismos ideales, de idénticas aspiraciones y en la cual, por tácito pero no menos firme acuerdo, quedaban desde el principio eliminadas todas las diferencias señaladas.

Por puro instinto fuimos realizando todos los ideales de una patrulla modelo. Nos dimos cuenta enseguida de que la Patrulla era la célula fundamental del complicado organismo scout y que, a la vez,

era ese ideal de sociedad secreta y rigurosa con que todo muchacho sueña; y encajando esto en las normas escultistas, empezamos a recorrer ese camino que aún no hemos acabado y que nos ha hecho plenamente, intensamente felices. Tuvimos y hoy creemos que fue, tal vez, el factor más decisivo- nuestro local propio e independiente, que arreglamos, decoramos y amueblamos con nuestras propias e inexpertas manos. ¿Hará falta decir que es el mismo local de hoy? En él nos reuníamos, aparte de los actos que podemos llamar reglamentarios, cuantas horas teníamos libres. Allí se trabajaba, allí se preparaban grados y especialidades por el sencillo método de que el que sabía enseñara al ignorante. Allí se jugaba y allí nos divertíamos e íbamos, insensiblemente y a través de esa convivencia, fraguando la firme e indestructible camaradería de los miembros de una patrulla. Y desde el primer día, y siempre por instinto -entonces no existía la copiosa bibliografía actual- organizamos nuestra Patrulla de modo tan eficaz que a lo largo de medio siglo no hemos tenido que cambiar nada fundamental. Siempre atendiendo al animal totémico, nos buscamos nuestro hermoso lema «Los míos antes que yo», e inmediatamente procuramos inculcarnos que aquello no era una frase, sino algo que había que incorporar a nuestro modo de ser y que tenía que constituir el ideal de nuestras vidas. Y tuvimos nuestro Reglamento de Patrulla, nuestro Código particular, nuestra organización de trabajo a través de los *Sachems*, nuestro Código de La Selva -nombre que dimos a nuestro local por creer que los kanguros vivían en selvas- que hoy, a tanta distancia, no podemos por menos de considerar perfecto, tantas cosas más que al leerlas hoy en libros y manuales escultistas, nos llenan de justo orgullo.

¡Confianza mutua y estima recíproca! Leemos ahora que tales han de ser los sentimientos mutuos de los miembros de una patrulla, y, en efecto, tales han sido, son y serán los nuestros. Y por cierto que de ningún modo pueden definirse mejor que con tan breve frase.

Luego, cada vez eran más fáciles las cosas, aparentemente. Nosotros sabemos bien la continua lucha que hubimos de mantener para nuestros logros. Lucha contra nuestros propios temperamentos y costumbres, contra el medio hostil, contra las dificultades materiales y sociales de aquella época tan distinta de la actual, contra la tremenda responsabilidad -¡éramos tan jóvenes e inexpertos!- de crear, organizar y dirigir, sin dejar de ser Patrulla del Kanguro, Grupos y Manadas, contra la falta de jefes y formadores, contra la inevitable

peripezia de que la vida alejara de nosotros a valiosos elementos, contra todo. Pero la lucha era fácil, aunque dura. Nos bastaba acudir a la Ley y a la Promesa para que nuestras dudas se resolvieran y viéramos siempre claro la conducta a seguir. Y siempre, siempre, en última instancia teníamos nuestro lema: *Los míos antes que yo*. Y ésa era la definitiva norma que, a la larga, siempre nos hacía acertar.

¡Ah!, y no olvidemos otro factor importantísimo: el humor. En nuestro himno de patrulla y en nuestro Código, figura como preceptiva la alegría. En el himno se la nombra junto a otras normas del Código. En éste dice:

Canta, y el trabajo se hará antes y mejor.

Nuestro Guía define eso tan difícil de definir, diciendo que el humor es la superación de la inteligencia, y todos nosotros -¡modestos que somos!- no andamos lejos de darle la razón. Mucho hemos trabajado en la Patrulla y en muchos terrenos, pero en todos lo hemos hecho cumpliendo el Código del kanguro, alegremente. Siempre, siempre, en el momento más amargo o más difícil, siempre ha habido un kanguro que con una broma oportuna, con un chiste adecuado, con un golpe de gracia -gracia que tal vez sea tan *propia* que sólo nosotros la sepamos apreciar, pero que es nuestra y es bien intencionada- ha dado la vuelta a la situación y ha resuelto el momento difícil o amargo. Y es hoy, cuando todos tenemos nietos, cuando cada reunión es una alegría, y a la puerta de la Selva se quedan las penas y las preocupaciones de cada kanguro... excepto cuando necesita de los demás, sabiendo de antemano que cuenta con ellos hasta el último límite, e incluso un poco más allá.

¿Cómo hemos logrado todo esto? Muy sencillamente. Viviendo en pleno Escultismo toda nuestra vida. La Patrulla nos ha hecho seguir los tres caminos del Escultismo: el triple objetivo físico, intelectual y moral. No hemos tenido que hacer otra cosa que perseguir esas tres metas. Físicamente, las excursiones, los campamentos y las prácticas a realizar en unos y otras nos han convertido en hombres sanos, y hoy, ya más que sexagenarios, cualquiera de nosotros toma parte en juegos y hace marcas muy aceptables y muy fuera de nuestra edad. Intelectualmente, todos hemos acumulado grados y diplomas y cada uno de nosotros ha interesado a los demás en múltiples facetas culturales y ha coadyuvado a un perfeccionamiento, tanto individual como colectivo. Moralmente, ¡ah!, moralmente la lucha continúa, pues «Horno sum», y

nos creemos muy lejos de haber alcanzado, no ya la perfección, sino ni siquiera un nivel aceptable. Pero ahí tenemos nuestras leyes, nuestro Código, nuestros lemas y el firme propósito de procurar ser siempre scouts, leales, sinceros, altruistas, trabajadores, alegres, entusiastas, generosos... Todo lo que Baden Powell nos marcó como dignos fines de una vida de hombres.

Hemos sabido vencer los tres escollos terribles que nos podían haber impedido lograr nuestros objetivos y mantener nuestra fraternidad de Patrulla: las diferencias religiosas, las políticas y la mujer. En esto, como en todo, somos muy distintos unos de otros. Pero nuestro Espíritu de Patrulla, nuestro común ideal y nuestra firme camaradería de kanguros, hace muchos años nos llevaron al convencimiento de que ninguno de los tres obstáculos era insalvable y que esta firme hermandad que da una Patrulla y este saber que somos uno *para todos y todos para uno*, valen tanto como para resolver y no tener en cuenta esos escollos que pudieran habernos desunido. Lo que, por supuesto, no ha sido obstáculo para que, cada uno en su esfera y cada uno pensando a su modo, procuremos y creamos haber conseguido- ser buenos ciudadanos, buenos creyentes, en la esfera de creencias de cada cual, y buenos padres de familia. De otro modo no seríamos buenos kanguros, ni, por tanto, buenos scouts.

Pero si queríamos ser buenos scouts no podíamos vivir sólo en, por y para la Patrulla. Y así fue. Naturalmente, de modo totalmente lógico e inevitable, a medida que fuimos adquiriendo madurez de patrulla nuestras actividades se fueron proyectando al exterior y surgieron las Empresas. Siempre al servicio de los demás -una vez más, y siempre, *Los míos antes que yo*- hemos hecho de todo para todos. Hemos dirigido Grupos, y formado Jefes, y ayudado a revivir el Escultismo en nuestra Patria luego de nuestra guerra civil, y organizado campamentos, y realizado buenas acciones colectivas, y escrito, y publicado, pretendiendo transmitir nuestra experiencia. Y hemos estado siempre dispuestos a *servir y a ayudar*.

Hoy, desde la cima de nuestros años, miramos hacia atrás y estamos satisfechos de lo que hemos realizado. Pero hemos de certificar que hemos sido ampliamente recompensados por nuestra humilde e insignificante labor. Todos estos años de vida de Patrulla nos han dado sinsabores y trabajos; ello es humano. Pero nos han dado también una felicidad imponderable y que no sabríamos

describir. Recientemente hemos experimentado una emoción que a muy pocos mortales les será dado disfrutar. Nos hemos reunido y hemos celebrado un Fuego de Consejo idéntico a los de hace medio siglo y con el mismo espíritu, los mismos nueve scouts que en 1927 fundaron esta Patrulla. Separados por las vicisitudes de la vida, al fin hemos podido asistir todos a una reunión de la Patrulla (dos de nosotros viven y trabajan muy lejos de La Selva y no les es fácil acudir a ella. De ellos, uno se fue de nuestro Cádiz en 1929 y hasta hace poco, muy poco, no pudimos saber de él). Hemos pasado por la maravillosa experiencia de comprobar que los ausentes conservaban el mismo espíritu y seguían siendo tan kanguros como los que hemos tenido la dicha de no interrumpir nuestra vida común. Unos versos de nuestro Guía dicen algo melancólicamente:

«Hoy mis nietos me besan y mis sienes blanquean pero
Tú eres la misma, Amor de mis Amores.»

Y otro tanto podemos decir todos de esa maravilla que es nuestro Kanguro. ¿Habrà algo más hermoso en la vida de un hombre?

Baden Powell decía que, si no fuera el Jefe Scout Mundial, le hubiera gustado ser Guía de Patrulla. Creemos que con ello expresaba lo que la patrulla era en su magistral concepto. Pues bien, no veáis en nosotros un vano orgullo, sino el humilde convencimiento de que hemos sido designados por Dios para poder mostrar al mundo scout lo que es y puede ser una patrulla. Con todos sus defectos, con todas sus virtudes, con sus avatares, con sus trabajos, con sus alegrías, con sus sinsabores. Llevamos medio siglo de serlo. Y os aseguramos que vale la pena. Que la Patrulla es el pequeño modelo de la sociedad perfecta dentro de la humana imperfección-, y que vale la pena vivir esta experiencia y que a lo largo de estos 50 años, nosotros, los kanguros de Cádiz, hemos podido experimentar en nuestra carne y en nuestro espíritu, que la doctrina y la técnica de Baden Powell son una de las más grandes y maravillosas cosas que han podido surgir de un gran cerebro y de un extrahumano corazón.

Ciudad de la Esbelta Torre, a 27 de Luna de la Hierba.

Ronda Solar LXXIV

XLVII Ronda Kuí

2. Organización

¿Totems? ¿Sachems? ¿Nombres inventados?
Vocabulario propio...? ¡Chiquilladas!

Pues no. Son esos pequeños detalles que llevan a grandes cosas y que, pasado el tiempo, son un feliz recuerdo para todos.

(Palabras de Mukoki)

Puesto que queríamos que la Patrulla fuera algo muy nuestro y con fuerte individualidad, era indudable que teníamos que darnos nuestras propias leyes y características. Ello estaba inconscientemente en el ánimo de todos y no fue nada difícil llevarlo a cabo bajo el doble impulso de la fantasía y la creatividad de la adolescencia y de los caminos que nos abrían las prácticas escultistas a las que con tanto ardor nos entregábamos.

Lo primero era, sin duda, elegir nombre. ¿Por qué fuimos el Kanguro y no el Lobo o el Lince o el Castor? Ya sabíamos, por haber leído algo sobre ello, que el animal totémico había de tener fuerte influjo en la vida y modo de ser de la Patrulla, a través de sus costumbres y cualidades, las mejores de las cuales habían de servir de modelo a los que bajo su efigie se agruparan. Parecía que el Lobo era el más indicado -estábamos en pleno apogeo de la literatura de Curwood con su Kazán, y de Rudyard Kipling con su manada de Seeonee- y, en efecto, por él nos inclinábamos en nuestra primera reunión. Pero aquel Valeriano Fernández Heredia, del que hablamos en otro lugar, y *que no iba a ser kanguro*, nos dijo que había en España algunas patrullas del Kanguro y que daba la casualidad de que todas eran muy buenas, y nos decidió, por este segundo detalle, a elegir el simpático marsupial. La patrulla nació ya con afán de perfección.

Luego vino el Lema. Y fue el mismo Valeriano el que propuso el nuestro, ya que al menos en la leyenda- era característico de la hembra del kanguro al verse en peligro, no ponerse a salvo hasta no haber recogido a la cría en el marsupio, para así salvarse o perecer

con ella. Y quedó como lema nuestro el que tan hermoso nos parece: *los míos antes que yo*, lema que, desde el primer momento nos propusimos que fuera el Norte de nuestras vidas en todas sus facetas. Hoy, a los cincuenta años, podemos jactarnos de que así haya sido.

Por cierto que con el lema nos ha ocurrido algo muy curioso. En dos ocasiones interlocutores nuestros -españoles e ingleses, para más precisar- nos han reprochado que es un lema ¡muy egoísta! Lo encontramos incomprensible y no podemos hallar explicación a ese concepto que nos parece de lo más absurdo. ¡Señor!, si en nuestro lema el ego queda en último lugar... ¿Donde está el egoísmo? Indudablemente, estos comentaristas no han sabido comprendernos. En ese *los míos* no entran solamente los otros miembros de la Patrulla, sino los camaradas, las familias, los compañeros... Está claro, el prójimo en general. Si ésto es egoísmo, diremos con la clásica frase española: que venga Dios y lo vea.

Pasaron los años y procuramos hacer siempre honor a nuestro lema y cumplimos los 25 años de vida de patrulla. ¡Las bodas de plata! Alguien tuvo la idea de que buscáramos una frase, un segundo lema, que resumiera lo que la patrulla era y había sido para nosotros. Cada uno presentó las que se le ocurrieron y, por unanimidad, elegimos: *esencia de la amistad y refugio en la vida*, frase que trasladamos al latín por parecernos que era muy indicado y que le daba más prestancia. Y así hoy, frente a la puerta de La Selva, lo primero que ve el visitante, escrito en letras rojas, en grandes letras rojas sobre el gris de la viga que corona la pared del fondo, son nuestros dos lemas. *Los míos antes que yo* y *Natura amicitiae et refugium vita*. El primero sigue siendo nuestra meta ideal. El segundo es fiel exponente y resumen de que, en efecto, a lo largo de este medio siglo, nuestra Patrulla ha sido, una intensísima concentración de amistad entre sus componentes y un refugio al que nos hemos acogido ante las vicisitudes que la vida diaria nos deparaba. Por ello este nuevo lema, perfectamente asimilado por todos, nos ha dado ánimos, impulso, valor y espíritu de patrulla, y la vida de ésta ha sido para nosotros ese oasis al que se llega sediento y maltrecho tras atravesar las durezas del desierto (La comparación es de Mukoki). ¡Eso ha sido y es para nosotros el Kanguro!. Y así hemos sido muy felices al olvidar, a través de los alegres momentos de nuestra vida de kanguros, la aspereza de la vida profesional y social. Y cerremos el recuerdo reseñando que el premio del concurso fue una divisa de la

patrulla, con las cintas de seda y el número de oro y que el premiado no se la ha puesto ni una sola vez. La guarda junto a sus condecoraciones y recuerdos más preciados. Nos consta.

Cuando empezamos, estaba en pleno auge dentro de la Institución lo de los *nombres de guerra* (Hoy se les llama totems). Por entonces predominaba en el Gran Juego la tónica anglosajona del modelo piel roja y empezaba el intento, tímido y poco afortunado según se vio al correr del tiempo, de imitar a los franceses con su Andante Caballería Scout. Tanto que, poco después de comenzar nuestra vida de kanguros, la revista oficial *El Explorador* publicó a lo largo de varios meses una encuesta titulada «¿Indianismo o Caballería?». En nuestro caso no había discusión. A nosotros no había llegado aun la segunda opción y, por tanto, la tarea de tomar nombres de guerra se hizo por el modelo indio. Lo que sí procuramos es que cada cual adoptase alguno que estuviera más o menos acorde con sus cualidades o modo de ser. El Guía ya tenía el suyo, y muy indicado, puesto que el Akela de Kipling es el viejo lobo que enseña la ley a los lobatos. Para los demás, el mismo Kipling, Curwood, las novelas de aventuras, y la propia fantasía de cada flamante guerrero, completaron la lista.

Pero con los nombres de guerra introdujimos una novedad que ha sido muy nuestra y que no hemos visto imitada en ninguna parte. Las contraseñas. Es decir, unos dibujos muy elementales que identificasen al titular y que, a lo tonto, a lo tonto, ahorran tiempo y trabajo en la confección de reseñas, firmas, marcas de propiedad y otros mil detalles. No hará falta decir que dentro del Grupo sí que fuimos inmediatamente imitados.

Así eran nuestras contraseñas:



Kanguro



Akela



Ojo de Lince



Pantera Negra



Oyaha-ke



Oluski



Shere



Tigre
Pardo



Garza Gris



Mukoki



Pie Ligero

Tras ello vinieron la promesa, el código y el reglamento de la Patrulla. Aquella sociedad en miniatura iba tomando forma. Si la Institución tenía una promesa, ¿qué cosa más lógica que tener otra de patrulla? Y teniendo muy presente la natural tendencia de la juventud a la indisciplina y a la rebeldía y procurando desde el primer momento que las normas morales no fueran un juego dentro del Gran Juego, aquella promesa que solemnemente prestamos en nuestra primera excursión como tales kanguros, decía:

-Ante el banderín de patrulla yo doy mi palabra de explorador de obedecer al Guía y al Subguía, sean quienes fueren, y de cumplir fielmente el reglamento y el Código de la patrulla.

El Código basaba sus artículos en las cualidades que como tales kanguros queríamos tener. Y es como sigue:

Espíritu Escultista. El buen guerrero tiene buenas leyes y las cumple bien.

Amor al trabajo. Si los guerreros quieren leche y carne de bisonte, han de ganarlo.

Entusiasmo. Si no te gusta hacerlo, nunca te saldrá bien lo que emprendas.

Compañerismo. Los míos antes que yo.

Iniciativa. El hombre sabe mejorar sus cosas, los animales, no.

Tenacidad. Persevera, y lograrás tu objetivo.

Alegría. Canta, y el trabajo se hará antes y mejor.

Fortaleza. Si quieres vencer, tan necesario te será el cerebro como el músculo.

El que lea este Código, conozca el Escultismo y haya comprendido hasta qué punto las características del kanguro eran nuestras normas, echará de menos en él las cualidades simbolizadas por los colores -rojo y gris- de nuestra divisa, es decir: valor y generosidad (rojo), y paciencia y dulzura (gris). Y así es, en efecto. Pero ello tiene una sencilla y patética explicación. Cuando hicimos todo esto ignorábamos en absoluto que los colores tuvieran un significado. Fue mucho después, cuando dispusimos de los manuales franceses, cuando nos enteramos de ello. Y no quisimos modificar lo que ya tenía su tradición.

En cuanto al Reglamento, muy simple, se limitaba a prescribir los actos a realizar sistemáticamente -por ejemplo, la reunión semanal-, enumerar los cargos y sus funciones y especificar el sistema económico de la Patrulla. No lo transcribimos porque, así como Promesa y Código han permanecido inmutables, el reglamento ha sufrido a lo largo del tiempo cuantas modificaciones han sido precisas para adaptarlo a la evolución de nuestras actividades y de nuestras vidas. Pero, en esencia, el actual sigue tocando los mismos puntos que el primero.

Hemos citado los cargos. Ellos fueron otro instintivo acierto de aquellos primeros y vacilantes pasos. Hoy nos damos cuenta -bueno, ya lo advertimos hace mucho tiempo. Hablamos así porque para nosotros estos cincuenta años han sido un dichoso soplo- de que desde el primer momento evitamos el error del exceso de mando (que el Guía lo dirija todo) al par que acertábamos con una buena regla pedagógica; la de dar iniciativa al individuo. Y así sopesamos los distintos quehaceres que iban a presentarse en nuestra pequeña sociedad y se los atribuimos a los distintos componentes de la misma, llamando *Sachen de...* al que los ostentara y creando como distintivo un tótem especial para cada uno. Un mismo kanguro podía ocupar -y de hecho ocupaba- varios cargos simultáneos. Los totens llevaban por una cara un dibujo alusivo a la función de su titular y por el otro la contraseña de la Patrulla. Sus colores eran, por supuesto, el rojo y el gris. No habrá que decir que nos los hicimos nosotros mismos.

Véanse algunos ejemplos:



Por supuesto que la patrulla tenía su tótem propio y colectivo cuyo significado, forma y colores estaban tomados de un folleto de Dimas. Cuando tuvimos la bibliografía precisa, en el tótem fuimos colocando las cintas correspondientes a cuantos grados, diplomas y

pruebas de toda clase se iban conquistando, tanto los individuales, como los colectivos. Ya en la primera marcha a Jerez dejamos muy asombrados a los camaradas de aquella ciudad, que no conocían nada de tales distintivos, ante el bosque de cintas que de nuestro tótem pendía.

Y, por supuesto, tuvimos nuestro himno. Siempre hubo en la Patrulla más de un *poeta* -más o menos chirle- capaz de ponerle letra a la música que le señalaran, desde la del cuplé de moda a la de 9ª Sinfonía de Beethoven. Se la pusimos a la del pasodoble de una zarzuela entonces en boga, La *Bejarana*, y enseguida pudimos cantar algo nuestro al izar y al arriar nuestro banderín, y durante las marchas. Si tienes paciencia, lector, al final del libro podrás ver nuestro cancionero.

Y también -¡cómo no, en aquella época!- tuvimos nuestra madrina. La hermana de Mukoki, mayor que todos nosotros y que, en realidad, participó poco en nuestras actividades. No porque no tuviera espíritu para ello, que tenía tanto que hacia 1936 cuando empezábamos a pensar en lanzar en Cádiz la rama femenina del Escultismo, ella iba a ser la primera de las jefes, y no por hermana de kanguro, sino por conocimiento de nuestra doctrina y de nuestras prácticas. Pero entonces la separación de sexos era rigurosa costumbre y no había ni que pensar en que la madrina hiciera algo más que bordar o confeccionar banderines y cintas y regalar a la Patrulla el kanguro inflable, de goma, que inició la colección de kanguros que hoy figura en nuestra Selva.

Porque el kanguro, como tal animal, está muy presente, y desde siempre, en las vidas de todos nosotros. Ya hemos dicho que en La Selva los hay a docenas, pues, además de los que hemos ido recibiendo como regalo, nuestros Espíritus Fraternos, ya hablaremos de ellos, nos envían cuantos pasan por sus manos en sus frecuentes viajes. Y así tenemos, amén de los kanguros de trapo, de madera, de porcelana, de cristal, etc., etc., monedas y sellos australianos que ostentan la querida imagen, recortes de periódicos y de anuncios, colección de chistes de kanguros... Sería el cuento de nunca acabar enumerarlos todos. Pues bien, aunque en menor escala, otro tanto ocurre en la casa de cada uno de nosotros. Todos tenemos kanguros en nuestras bibliotecas, sobre nuestros muebles. Hay kanguros fosforeras, kanguros calzadores, kanguros ceniceros. ¡Hasta el Guía, empedernido fumador de pipa, tiene, y en lugar muy preferente, un

pipero coronado por el inevitable animalito! ¿Habrá que añadir que todos tenemos corbatas rojo y gris?  Habr  que especificar que el rojo y el gris figuran en cuantos objetos podemos colocarlos?

No creemos que sea preciso decir que desde el primer momento dedicamos muy especial atención y cuidado a la uniformidad. Estamos convencidos, y podemos decir que nuestra experiencia es muy larga, de que al muchacho le entusiasma el uniforme. Como al hombre hecho, si nos apuráis. Y de ello ha dado fe la retaguardia de todas las guerras, ya que en ella se ha uniformado, más o menos fantásticamente, todo el que ha podido. Pero ésto sería lo de menos. El uniforme ha sido para nosotros un distintivo de honor, un igualador absoluto de pobres y ricos, de entusiastas y pasivos, un equipo inmejorablemente práctico para vivir en plena Naturaleza, etc. Consecuentes con estos puntos de vista y poseedores de un *técnico en elegancia* como siempre fue Mukoki -el cual protesta enérgicamente por esta cita-, nada tiene de extraño que nuestra Patrulla, y con ella todo el resto del Grupo, fuera un ejemplo vivo de uniformidad perfecta y de saber llevar aquellas prendas. Y ello nos abrió siempre muchas puertas y, al par que nos obligaba a extremar la corrección de nuestro comportamiento, sirvió para que dondequiera que hubiéramos estado, se nos recibiera con los brazos abiertos si se nos antojaba volver.

 El uniforme!, uno de los actuales caballos de batalla. Cuando oímos a Jefes de los de hoy despotricar contra él y asegurar que est  anticuado y que el chico no lo quiere, no podemos por menos de reírnos. Es muy habitual atribuir al muchacho lo que quiere hacer el mayor, que no tiene, en realidad, idea de lo que de veras quiere el chico, ni sabe explicarle las múltiples utilidades y los muchos usos que cada prenda del uniforme y del equipo tiene. Cuando fuimos a Gilwell Park, como en otro capítulo se relata, íbamos de uniforme. De uniforme con todas las de ley; con el pantalón corto que siempre llevó Baden Powell y con todos los detalles y adminículos.  Como siempre, señor, y ya está dicho todo! Y cuando llegamos, con nuestra consiguiente emoción, y vimos a la entrada aquella estatua del scout *vestido exactamente como nosotros íbamos...* la verdad, nos enorgullecimos. Pero esto no fue todo. Durante nuestro recorrido tropezamos con un grupo de Scouts franceses, muchachos ya mayores, de 18 años el que menos, a juzgar por su aspecto, que, al vernos, se precipitaron sobre nosotros para preguntarnos dónde podían comprar sombreros como los nuestros. Ellos iban acepta-

blemente uniformados, pero tocados con boina, como cualquier tanquista o soldado de comandos. Y ahora, ¿qué podemos pensar? Ante aquel ansia que lo era- por el clásico sombrero poweliano del ala ancha y los cuatro bollos, ¿qué es lo que, de verdad, quiere el chico?

Pero estamos divagando. Volvamos a nuestra historia y reemprendámosla con la del material. El primero fue, como es lógico, el individual. El potentado que pudo hacerlo, se proveyó de hacha e incluso de algún pequeño útil de zapa, que pasaron en el acto a estar a disposición de todos. La adquisición del material colectivo fue, desde el primer momento, un afán común. El problema era, naturalmente, conseguir el dinero preciso para ir comprando poco a poco... Pagábamos, para el fondo de Patrulla, 10 cts. semanales y cada cual procuró *sablear* a padres, parientes y amigos, convenciéndoles para que se hicieran socios protectores del Kanguro. Algunos, pocos y con muy exiguas cuotas, picaron. Pero poquito a poco, a fuerza de economía y de ingenio, fuimos teniendo lo que soñábamos. Nuestros primeros cacharros de cocina fueron simples latas grandes de conserva de pescado, amén de las sartenes generosamente prestadas por nuestras comprensivas madres. Quizás nuestra primera adquisición fue un cubo de lona, porque el problema de la aguada era muy importante en aquella interminable playa sin agua potable. Y luego fueron viniendo los útiles de zapador (acampábamos mucho), las cuerdas de muchos metros cada cual tenía la suya, de diez, pero todas eran insuficientes para nuestras necesidades-, el material de cocina, gran parte de cuyas cosas menudas, como cucharones, espumaderas, etc., eran suplidas por las existencias maternas. ¿Banderines de semáforo y morse? Cada cual se procuró los suyos rebuscando en el imprescindible saco de trapos que había en cada casa y acudiendo a las manos de madres y hermanas. En fin, que poco a poco llegamos a tener lo que juzgamos necesario, a costa de mil esfuerzos y sacrificios, con lo cual lo disfrutábamos mucho más. ¡Hasta llegamos a poseer mástil, logrando con ello ahorrar el mucho tiempo que nos costaba hacerlo de bordones! Por cierto que hoy hemos de reconocer que se precisaba mucho espíritu para cargar a lo largo de tantos kilómetros con los pesados y engorrosos segmentos de aquel mástil. Pero, ¡ah!, era de oír la *guasa* cuando el *Sachem* del Material se los endilgaba a los que

por turno les correspondían aquel día. ¡Oh, hermosos e inolvidables 17 años!

Y luego, tras todo esto, vino lo demás. Como decimos en otra parte, llega un momento en que la madurez más o menos lograda, da plaza a la proyección al exterior. Y entonces vino el hacer canciones para cada uno de los actos. Ya teníamos nuestro himno y cada patrulla tenía el suyo, hecho, ¡cómo no!, por nosotros. Pero luego hubo una canción para cada cosa: el Himno de la Tropa el Grupo de hoy-, la canción del mediodía, la de apertura de fuego de consejo, la de fin del mismo, la de fin de juego, la de la cena. ¡Y qué bien nos sonaban en medio del campo o en las marchas o ante el rescoldo de la hoguera nocturna!

Y vino el poner nombres a cuantos lugares frecuentábamos: hubo un Pinar de los Solitarios, un Pinar de Mukoki, otro de los Lobos Rojos, y una Presa Kuicrí; una Ciudad del Extenso Mar (Cádiz), y otra de la Esbelta Torre (Sevilla), y otra de las Colinas Rojas (Granada)... Todo ello nos formaba un mundo nuestro y exclusivo, y daba a nuestras reseñas y documentos, y a nuestras conversaciones, un sabor propio y un tono que nos hacían sentirnos *distintos*.

De modo inevitable llegamos a tener nuestra jerga. Nuestras frases cabalísticas que al extraño le parecerían una incomprensible jergonza, pero que para nosotros tenían un clarísimo significado. «Tal cosa es muy comanche» quería decir que, o entraba por completo en nuestra manera de ser y pensar, o que era una pequeña proeza en nuestro concepto. Era muy comanche una marcha extenuadora, un campamento muy bien instalado, o el realizar una tarea con alegría y eficiencia... «Fulano clavó su piquete» significaba que Fulano había tenido éxito en una tarea difícil, porque un día hubo uno de nosotros que consiguió clavar el piquete del mástil o de la tienda en un terreno especialmente duro. «Vamos seskos» quería decir que estábamos llevando a buen término una tarea, porque los hitos kilométricos de la carretera decían «X kos» por «X kms», y marchar hora tras hora a una media de 6 km por hora era nuestro ideal de ritmo de marcha. ¿Tonterías? Sí, tal vez. Pero en aquella edad todo contribuía a nuestra vida de patrulla y a nuestro ideal de ser un núcleo con sus propias, peculiares y, para el ajeno a ella, ininteligibles características.

Tuvimos también nuestros miembros honorarios. Fue Guía honorario nuestro primer scouter, aquel don Angel Varea que tan grata memoria nos dejó y que tan bien y tan de acuerdo con nuestro

modo nos condujo una, por desgracia, breve temporada. El título fue el homenaje que le rendimos cuando se ausentó. Y fue nuestro honorario Sachem del Lápiz el hoy ilustre doctor y entonces compañero de curso del Guía, Antonio Alcalá, dibujante excelente que nos hacía cuantos dibujos se nos antojaban para *pergaminos*, libros de patrulla, o lo que fuere. Y fue kanguro honorario un explorador de la Tropa de Zaragoza, amigo entrañable de nuestro Guía y que falleció a consecuencia de una tifoidea, contraída precisamente en un campamento de verano de aquella Tropa; Manuel Lecina fue, en realidad, raíz y causa de nuestra existencia, ya que él fue el que introdujo a nuestro fundador en la Institución. Y es hoy nuestro Guía Honorario el P. Aldama. Pero hay otra clase muy especial de miembros a los que no se puede llamar honorarios, porque en nuestro concepto son iguales a nosotros y hasta con los mismos derechos y deberes: los agregados. Allá por los años treinta, estando ya Akela fuera de Cádiz, nombramos agregados a personas que, sin pertenecer a la Patrulla ni al Grupo, sólo por cariño a la Institución y por amistad con nosotros, nos ayudaban en diversas tareas. Les llamábamos *apelachis*. Luego, cuando la Institución hubo de sumergirse en la clandestinidad, hubo scouts que, como nosotros, no se resignaron a ello, y arrimados, agregados -de ahí el título- a nosotros, participaron en las actividades. Fueron muy pocos, ciertamente, pero los hubo. Como no podían ser kanguros, tanto por la diferencia de edades como por estimar nosotros que la Patrulla estaba completa y su numeración era intocable, ni podían organizar otra Patrulla por no ser en número suficiente y ser -otra vez- de edades muy dispares, se les dio tal título. Pie Ligero, nuestro actual número 9, fue el más tenaz y entusiasta de ellos, a la vez que el más próximo a nosotros en edad; por su entusiasmo y su tenacidad acabó siendo kanguro efectivo.

Actualmente son Agregados nuestros: Ignacio Solanas, el Guía del Kanguro de Barcelona, Patrulla ya veterana cuando nosotros empezábamos a recorrer la Senda, con el que establecimos firme amistad personal y esculta cuando fuimos a Barcelona, al San Jorge que en otro lugar relatamos; Emilio Prieto y Baldomero Martín, Comisarios de la Zona Granadina y antiguos exploradores en la primitiva Tropa de ella. Ignacio es el Agregado Guía y como tal forma cuando asiste a nuestros actos. Es y ha sido, en espíritu y persistencia, exactamente igual que nosotros, y lo decimos dando a la

frase toda la extensión posible. Nos ha honrado al entregarnos, para su mantenimiento y custodia, un cuadro en el que conservaba todos los símbolos de su vida scout, desde su primera insignia hasta su última condecoración, cuadro que es hoy uno de los más preciados tesoros de La Selva, ya que a nadie se le escapará lo que significa en sí y lo que significa que nos haya sido confiado. Emilio y Baldomero son los Agregados 1 y 2. Ambos han hecho muchísimo por el Escultismo, ambos se han dedicado a él en cuerpo y alma, y a ellos se debió el espléndido resurgimiento que en sus tiempos tuvo la Institución en la Ciudad de las Colinas Rojas. Y para que nada falte, la hija de Emilio es hoy la esposa del hijo de nuestro Gran Sachem. El Escultismo ha intervenido en nuestras vidas hasta límites insospechados, porque al igual que ocurre con esta pareja, todos nosotros hemos conocido a nuestras actuales esposas a través de episodios más o menos relacionados con el Escultismo...

También tenemos nuestros Espíritus Fraternos. Son José Mota Puyuelo y su esposa. Los conocimos en una Asamblea Nacional, en Zaragoza; coincidimos en algunos actos y quedaron prensados del Kanguro. Ello es debilidad suya exclusivamente. Pero no podemos describir de otro modo la corriente de afecto que desde el primer momento se estableció entre unos y otros. Ambos rebotaban Espíritu Escultista, ambos participaron de modo señaladísimo en la catarata de obsequio y homenajes que queda reseñada en otro lugar. Y cuando, por azares de la vida, José Mota hubo de abandonar la Institución -cuando le conocimos era scouter de un Grupo-, ni ellos ni nosotros nos resignábamos a romper lazos tan gratos. Es de advertir que en nuestra ya larga vida, jamás encontramos personas que profesen a la amistad tal culto como ellos. Y no sólo con nosotros. Cuando llegó el momento en que quisimos que, como los otros agregados, formasen parte de nuestro pequeño mundo, nos encontramos con que, al no ser ya scouts, no procedía concederles tal nombramiento. Y se solventó la dificultad dándoles el título de Espíritus Fraternos y poniendo en su divisa, en vez del número o de la letra, la silueta de los mitológicos árboles de Filemón y Baucis, a la que ciertamente tienen sobrado derecho, ya que constituyen un matrimonio ejemplar.

Y ya no queda, para cerrar este capítulo, sino decir dos palabras sobre la Orden de Akela del Kanguro. Es una distinción nuestra, creada a iniciativa de uno de nosotros, que no es el Guía, y

que se niega a que figure su nombre en esta historia como autor de tal iniciativa, deseo que respetamos. La Orden se concede, como expresión de nuestro agradecimiento, a quienes, scouts o no, hayan prestado excepcionales servicios a la Institución y al Escultismo en general. Fijaos bien en ésto: no es una recompensa -que nosotros no somos quienes para concederlas- sino una muestra de gratitud y un testimonio de admiración. Como en otras Ordenes del Mundo Rostro Pálido, a ella no puede pertenecer quien le da su nombre; y por ello no podrían ser nunca miembros, ni Akela, ni Solanas, ni el P. Aldama. El primer número lo ocupa Mukoki, y nadie con más méritos que él, ya que a él se debe toda nuestra historia y el que seamos lo que somos. (El se negaba con toda su energía y todo su mal genio a que en este libro se inserten estas líneas, pero el amanuense no le ha hecho caso... y pase lo que Dios quiera.) Actualmente figuran en la Orden tan sólo ocho miembros, entre los cuales están los que mantuvieron el Escultismo Español durante la época que podemos llamar de persecución y lo hicieron resurgir cuando cesó aquella, los comisarios de alguna de las Zonas, un miembro del más alto Organismo Internacional... y una mujer, de la que hablaremos a continuación y que ha realizado una extraordinaria labor por el Escultismo masculino y femenino en el ámbito de su Zona, e incluso en el familiar.

Las investiduras de los miembros sucesivamente nombrados, en número de dos o tres por año, se han hecho en Cádiz. Exceptuemos la primera, la de Mukoki, no porque no se haya hecho en Cádiz, pues se hizo en La Selva, sino por haber revestido caracteres distintos a los de las siguientes. En otro capítulo se refiere algo sobre ella y a él nos remitimos. Las sucesivas se han hecho en el campo. Los nombrados han acudido de los diversos puntos de la geografía española -nunca se lo agradeceremos bastante- y la ceremonia ha sido siempre emocionantemente sencilla. Una misa, generalmente oficiada por el P. Aldama y cuya plática en toda ocasión ha sido algo elevado e inolvidable, amén de por completo scout, lectura del nombramiento, entrega del título y del escudo de la Orden, respuesta del investido y unas palabras de Akela para cerrar el acto. Luego, comida y convivencia en plena y dichosa hermandad. Nada más y nada menos. Pero bastante para hacernos pasar a todos unas horas muy felices y dejarnos unos recuerdos imborrables y establecer o confirmar unos fuertes lazos de amistad.

Hemos hablado de que entre los miembros de la Orden figura una mujer. No vamos a insistir sobre sus méritos, ya que al nombrarla los teníamos juzgados. Pero sí queremos señalar que su investidura fue algo por encima de todas las demás. Se trata de una mujer excepcional, en la flor de su vida, hermosa, inteligente y culta, por lo que vimos y oímos. De simpatía, ¿para qué hablar? Pues bien, aparte de lo peculiar y agradable de la presencia femenina en los actos y en la Orden, las palabras que Hinzega nos dirigió al recibir el nombramiento fueron antológicas; no las olvidaremos nunca, y, para que nada faltase, amén de responder magistralmente a alguien que habló exponiendo conceptos que a nadie podían complacer, tocaron un punto que a nosotros nos afecta muy particularmente, ya que siempre ha sido una de nuestras normas y costumbres más meditadas. Habló del cumplimiento del deber, pero habló de cumplirlo alegremente.

Con este recuerdo, por demás grato, cerremos el capítulo. Al leerlo habréis visto que hemos trabajado de firme. Pero podéis tener la seguridad de que este trabajo nos fue siempre grato, porque lo hicimos con alegría, que recoger sus frutos nos ha llenado y nos llena de satisfacción y que la Patrulla es, en efecto, una sociedad en miniatura en la que, si se sabe darle sus leyes, sus mandos y sus responsabilidades, el muchacho aprende a manejarse y a ser luego un ciudadano consciente que sabe cumplir sus deberes y exigir sus derechos. ¿Qué mejor escuela para la vida?

3. La Selva

¿Qué ha sido la Selva para mí... ? El hogar de mi juventud feliz y el refugio de mi vejez...

(Palabras de Oluski, 1975)

¿Qué es La Selva? Sencillamente, un local de Patrulla. Trascendentalmente, el más importante factor en la formación de lo que ha sido, es y será el Kanguro, uno de los intuitivos aciertos geniales de nuestra Patrulla, ya que es ahora cuando nos damos cuenta de lo que para una patrulla puede ser y significar tener un local *propio*. Y subrayamos la palabra porque, ha de ser un local de, por y para los muchachos, en el que ellos se sientan independientes y dueños absolutos. Lo que fue La Selva desde su primer minuto.

En primer lugar, el nombre. ¿Por qué se llama así? Ya hemos dicho en otro sitio algo sobre ello. Según esa maravilla pedagógica que es el Sistema de Patrullas, de R. Phillips, todos los actos y detalles de la Patrulla deben tener en cuenta al animal totémico. Y, por ende, el local debe recordar en su nombre el hábitat del mismo. Y cuando nosotros nos hicimos nuestro local no estábamos muy fuertes en Historia Natural y supusimos que el Kanguro vivía en la selva australiana. Y así hubo en Cádiz, cuando a imitación de la nuestra todas las patrulla tuvieron su local correspondiente, una Guarida del Lobo, una Dehesa del Toro, una Cueva del Oso, una Pradera del Búfalo, etc.

¿Cómo -nos preguntaréis- pudisteis tener local en aquellos tiempos de rigidez familiar y de cicatería económica? ¡Ah!, aquellos padres tan *rígidos* y tan *avaros* también tenían su corazoncito. Y como todos los padres que en el mundo han sido, estaban dispuestos a hacer por sus hijos cuanto su código moral y las costumbres de la

época permitieran. Y así, cuando el Guía lanzó -como imposible sueño, es cierto- la idea de un hipotético local de patrulla, que habría de ser independiente, asequible y gratuito, aquel providencial Subguía que él había elegido sugirió que *tal vez* pudiera conseguir de su padre que nos dejara el cuarto trastero de la azotea, ya que la familia no lo utilizaba para nada. Y el milagro se hizo. Y nos encontramos con una habitación pequeña, pero suficiente; de una gran independencia ya que, al estar en la azotea, no interfería para nada las actividades de los habitantes de la casa- y completamente gratuita, gracias a la generosidad de aquel padre, que -de acuerdo con las normas familiares de la época- no estaría dispuesto a *sacudirse* unas pesetas, pero que nos daba generosamente nada menos que una finca. Allí nació nuestra Selva.

Y, entonces, imaginaos la escena. Nueve muchachos tomando posesión de un cuartucho de unos 5 x 5 m, abarrotado de chismes inútiles y de cajones viejos, lleno de polvo y telarañas en los escasos huecos que aquellos chismes dejaban, sin luz eléctrica, pero con amplia iluminación-ventilación gracias a una puerta grande para el tamaño del cuarto, y a una ventana, y situado en la azotea de una casa enclavada en céntrica calle y de cómodo acceso para todos los componentes del Kanguro. Y, para colmo de bienes, en una azotea a la que raramente subía ninguno de los habitantes de la casa. No se podía soñar mayor cúmulo de ventajas, porque incluso aquel hacinamiento de trastos viejos que llenaba nuestro local era una ventaja, y grande, ya que nos obligaba a muchas horas de trabajo en común hasta que pudiéramos ver aquello como nosotros lo soñábamos.

Y así fue. La vida era entonces mucho menos complicada que ahora y nos permitía a todos acudir al trabajo tarde y noche. Hacia las 6 ó las 7, en que todos habíamos terminado nuestras ocupaciones de colegios, oficinas o talleres, allá estábamos todos dedicados primero a desocupar aquel maremágnum y a limpiar, blanquear y acondicionar nuestros escasos metros cuadrados de paraíso particular; luego, a instalar la luz eléctrica, otra generosa donación del padre del Subguía, al permitirnos hacer una derivación desde su piso; y, por fin, a construimos muebles y enseres. Porque aquel batiburrillo fue para nosotros el buque de Robinson. Allí yacía una gran pizarra - ¡qué hallazgo para nuestras clases, planes, etc.!-; allí encontramos unos respetables tableros de anuncios de Navieras que fueron

destinados *ipso facto* a tablón de avisos y escritos, uno, y a tableros de mesa, los otros; y allí había montones de tablas y de cajas que suministraban toda la madera que pudiéramos necesitar para hacernos taburetes, bordonera, cajones para el material que llegara a tener la Patrulla, etcétera.

Y allí, tarde tras tarde, empezó a forjarse nuestra camaradería y a desarrollarse nuestra iniciativa. Sierra en mano y entre martillos, tenazas y clavos, nos sentíamos colonizadores construyéndose su cabaña. ¡Y qué cabaña iba saliendo de nuestras pecadoras manos! No puede decirse que los muebles fueran modelos de elegancia ni que tuvieran un estilo muy clásico (eso sí, eran, indiscutiblemente, *muy comanches*), pero solidez y utilidad las tenían a toda prueba. En cada una de las nueve casas de los kanguros debió notarse por aquellos días una drástica disminución de clavos, tornillos, cables de la luz y accesorios de electricidad doméstica, amén de algún que otro adminículo, pues todos aportamos cuanto pudimos. Pero cuando por fin lo consideramos terminado, no hubiéramos cambiado nuestro local por ninguno del mundo. Una pequeña alacena que tenía la pared opuesta a la ventana nos servía de biblioteca y archivo. Dos mesas, que siempre estaban dispuestas en *T* o en *L* -fijaos: siempre orientados a la convivencia total, y nunca a los grupitos, parejas o tríos-, hechas con los tableros de anuncios a los que acoplamos patas, o pusimos sobre caballetes, nos iban a servir para las reuniones, los trabajos, o las simples conversaciones. La pizarra, el tablón de avisos, nuestros nueve taburetes todos distintos entre sí, ya que cada cual se había hecho el suyo a su gusto (por cierto que el de Oyaha-Ke le había salido que parecía una capillita, tanto que un día se lo encontró sobre la mesa, con San Jorge dentro y dos velas encendidas a los lados), la bordonera, los cajones para el material que Dios nos fuera deparando... y el marsupio, que merece párrafo aparte.

Le llamábamos corrientemente la bolsa del Kanguro, o, aún más sencillo, la bolsa. Ahora, en 1977, nos damos cuenta de que en aquello nos anticipamos en muchos años a la idea, hoy muy vulgarizada, del buzón de iniciativas, tan cacareado por las empresas. No sabemos si entonces existían ya tales innovaciones, pero si existían, es muy cierto que nunca habíamos oído ni leído nada de ellas. Fue una de tantas ideas que en tropel se nos ocurrían para hacer marchar y dar un sello propio a nuestra patrulla. Era eso, un

buzón, tan rústico o tan comanche, si lo preferís- como el resto de nuestros enseres, colgado tras la puerta y, por supuesto, sin llave. Se cerraba con una simple aldabilla y por tanto cualquiera podía abrirlo. Pero la verdad era que prácticamente sólo lo abría el Guía al ir a empezar las reuniones. Allí depositábamos, escritas en trozos de papel de los más heterogéneos tamaños y condiciones, nuestras iniciativas personales a discutir en las reuniones, nuestras peticiones, nuestras ideas de toda clase y nuestro dinero. Porque la Patrulla tenía *un Banco*, el Banco Kuí, para el ahorro del escaso dinerillo personal de cada kanguro. Aquel dinero, depositado en el marsupio junto con una nota del propietario, que decía, simplemente: «Fulano, tanto», pasaba a la caja de la Patrulla y estaba siempre a disposición de su dueño. Y jamás se dio el caso de que al sacar el contenido del marsupio al comienzo de una reunión, no cuadrasen exactamente las cifras de los papelitos y el dinero que en él había.

Pues bien. Ya teníamos nuestra Selva, en la cual nos sentíamos felices e independientes. No hay duda de que esa sensación de independencia que experimentábamos sin ser conscientes de ello, era algo maravilloso y más en aquellos tiempos. Aquello era *nuestro*. Era nuestro mundo particular en el que ni intervenían ni iban a intervenir personas mayores. Allí íbamos a hacer lo que quisiéramos. Pero cuidando muchísimo de no dar motivo para que pudiéramos perderlo, amén de llevar al máximo desde el primer momento todas las virtudes y cualidades del buen scout. Y así, de modo automático e inevitable, lo primero que apareció en La Selva fue su código. En sendos pliegos de papel y escritos en letras muy grandes, ornaron nuestras paredes estos nueve artículos que hoy, después de tantos años y de tantos avatares, nos parecen un acierto por encima de todo comentario, porque creemos que abarcan todo, absolutamente todo lo preciso para el disfrute del local y la convivencia con el resto de la casa, amén de la limpieza, el orden, el mantenimiento y nuestra propia convivencia. Dicen así:

Kanguro: La Selva es tuya y como tal debes cuidarla.

Kanguro: No manches nunca La Selva con palabras o actos indignos de un buen explorador, porque en ella está tu banderín y le debes respeto.

Kanguro: Si encuentras algún defecto no lo hagas notar en tono burlón. Piensa que los kanguros que en esto trabajaron, pusieron todo su entusiasmo en que saliera perfecto.

Kanguro: No manches la pizarra con palabras o dibujos innecesarios; darías a nuestros visitantes una falsa idea de la Patrulla.

Kanguro: No cojas nada sin permiso del encargado de ello, y cuando utilices algo, vuelve a dejarlo en su sitio.

Kanguro: El Explorador es alegre, pero no escandaloso. En el resto de la casa hay vecinos y debes evitar molestarles.

Kanguro: El Explorador es limpio. Tira los papeles y restos a su caja correspondiente.

Kanguro: No te importe que otro camarada haya ocupado tu taburete. El Explorador es tolerante.

Kanguro: Si hay alguien ocupado, no le molestes; ponte en su lugar y piensa que a ti no te gustaría que te lo hicieran.

¡Y esto lo hicimos muchachos de 17 años, a los muy pocos meses de Escultismo y educados en las normas de *entonces*. ¡Qué increíble técnica educativa la powelliana, y cómo nos había calado!

La segunda adquisición de La Selva fue el mástil. En Cádiz y por aquella época, todas las casas tenían su portón tras él, el patio moruno- y el portón se abría desde el piso correspondiente mediante un dispositivo que solía ser una cadena conectada al pestillo. Pero no podíamos consentir en molestar a la familia de Mukoki con tantas llamadas como las que habían de producirse a medida que los kanguros fueran llegando a La Selva. Solución: se instaló en el exterior de la pared un mástil -¡ah, los inagotables listones del buque de Robinson!-; el primer kanguro que llegaba tenía que llamar al piso; pero allí acababa la historia. Aquel primer llegado subía a La Selva, izaba el banderín -perfectamente visible desde la calle- y los sucesivos ya sabían que arriba había alguien. Entonces, y a medida que iban llegando, cada uno silbaba en la calle la contraseña del Kanguro, la *K*, en morse; él o los que arriba estuvieran tiraban de la consabida cadena que habíamos empalmado a la del piso... y problema resuelto.

Y empezamos a vivirla. Ya, por sí sola, tenía para nosotros múltiples atractivos. Pero hay que pensar que entonces aún eran

mayores, porque en aquella época no había nada que se pareciera a los actuales salones de juventud, centros más o menos deportivos o musicales, centros parroquiales o políticos, etcétera. Imaginaos, pues, lo que era para nosotros tener un Centro *nuestro*. Quehaceres en qué ocupar el tiempo, nos sobraban. Primero fue el perfeccionar nuestra instalación: poner luces, pintar y barnizar nuestros rústicos muebles, formar y organizar la biblioteca, hacer otro tanto con el material... No hace falta especificar que cada uno aportaba lo que podía. Pero en cuanto algo entraba allí, ya era, de verdad y sin Límites, *de todos*. Y luego, y de inmediato, nos faltaba tiempo para todo cuanto queríamos realizar... allí se hacían, por supuesto, las reuniones semanales que podemos llamar reglamentarias. Pero todos los días se reunía toda o casi toda la Patrulla y entre broma y broma ya hablaremos en otro sitio del humor del Kanguro- se trabajaba de firme. Preparación de grados y diplomas, planes de excursiones y campamentos -para nosotros y para los demás-, cursillos de distintos temas culturales, Escuelas de Guías para formar a los de las otras patrullas, hasta una verdadera operación quirúrgica en que las mesas sirvieron de camilla y en la que no faltó detalle de asepsia ni de material. El paciente tenía nada menos que un señor furúnculo de ala de la nariz, afección peligrosísima y cuya intervención extrañaba riesgos muy graves. Ni que decir tiene que todo salió bien, aunque ahora, a tantos años fecha, el Guía, ya retirado después de medio siglo de ejercicio médico, confiese que siente escalofrío cuando recuerda aquello.

Sí, aquellas tardes de trabajo son inolvidables. Y en ellas se forjó, aún más que en las excursiones y en las prácticas, nuestra imponderable hermandad. Eran muchas horas de íntima convivencia y tenían que dar su fruto. Porque, sin tardar mucho, las horas de la tarde empezaron a parecernos pocas, y como ya éramos unos hombrecitos y hasta se nos permitía salir de noche (¡Cómo os reiréis los de ahora al leer ésto! Pero era así y no hay más que hablar), enseguida continuamos durante ésta nuestra convivencia, la cual se iba forjando no solamente a través del trabajo, sino también de la diversión. ¡Aquellas partidas de Mah-Jongg!... Porque por entonces el Mah-Jongg estaba de moda y el Subguía sabía jugarlo y nos lo enseñó en un Mah-Jongg hecho pacientemente pieza a pieza por uno de nosotros, ya que los que se vendían en los bazares estaban muy por encima de nuestras posibilidades. Teníamos, claro es, ajedrez, damas y dominó, todos procedentes de donativos familiares, pero al

Mah-Jongg y acoplándonos a jugar dos por bando, jugábamos todos a la vez. Por supuesto que nos jugábamos la negra honrilla kanguril; el dinero... ni se nos ocurría pensarlo. Y también por las noches nos dábamos largos paseos a través de aquel Cádiz provinciano y recoleto, que se recogía a hora temprana. Y hasta aprovechábamos la soledad de sus calles para ensayar, junto al Parque, *fantasías en los movimientos de orden, obediencia a las señales de brazo, etcétera*. Lo fundamental era estar todos juntos y, con ello, hacer cada vez más sólida y profunda nuestra hermandad.

De La Selva salíamos para las excursiones y campamentos, tras de que el Sachem del Material distribuyera cuidadosamente los trebejos a llevar. En La Selva se guardó la bandera de la Tropa cuando la tuvimos. En La Selva se prepararon o realizaron todas las pequeñas proezas que relatamos en otros capítulos, se cenó alguna vez, se escribió, se prepararon conferencias y actos de propaganda, se hicieron exposiciones, y... sería el cuento de nunca acabar. ¿Cómo no ha de estar entrañablemente unida a nuestros recuerdos y a nuestro ser scout?

Hoy... La Selva, nuestra Selva, ha evolucionado, como era inevitable, la ventana se ha tapiado para ganar pared, pues éstas ya no nos bastan para cuanto hay que colocar en ellas. Los muebles ya no son aquellos robinsonianos, sino muebles de verdad, no hechos por nuestras manos. Y bien que sentimos que así sea, pero aquellos quedaron inservibles cuando los destrozó la onda de la tristemente famosa explosión de la Fábrica de Torpedos. La biblioteca ha desbordado con mucho la alacena primitiva... pero el viejo banderín, deshilachado y deslucido, con sus diplomas colectivos, es el de entonces, como lo es el de izar, hecho por las manos de nuestra madrina en 1927 y en el que ya casi no se distinguen los colores. Y allí están nuestros bordones, nuestro material de acampada y de cocina, nuestros totems de Sachems, nuestros escudos personales con los diplomas y proezas de cada uno, la vieja y destrozada Bandera de la Tropa, bordada en 1912 pues es la que heredamos nosotros de los que antes que nosotros hubo en Cádiz y que desaparecieron-, una bella talla de San Jorge, regalo de los barceloneses, múltiples recuerdos regalo de camaradas de toda España, las docenas de kanguros ya citadas en otro lugar, una biblioteca muy rica de obras sobre Escultismo y de Revistas Escultistas, unas y otras nacionales y extranjeras. Y las reseñas de

los actos de nuestro medio siglo, y fotos, fotos... desde la de Baden Powell a la del último de nosotros, pasando por las de personalidades relacionadas con la Patrulla y por testimonios de momentos de nuestra larga vida. Pero el mayor tesoro que albergan esas cuatro paredes lo constituyen dos autógrafos de Baden Powell. Sí, Papá Lobo, tan enemigo de autógrafos, nos dejó dos -uno de ellos con unas frases de dedicatoria- en su visita relámpago a Cádiz, relatada en otro capítulo. No hay duda de que nuestros chicos debieron impresionarle muy favorablemente.

Y allí, en nuestra Selva, hoy auténtico museo-relicario escultista, nos seguimos reuniendo y planeamos, como siempre, actividades scouts que luego pasamos a realizar. Bajo las leyendas de nuestros lemas y ante nuestra vieja bandera. Como habéis leído o leeréis en otro sitio, ante aquella puerta se quedan las preocupaciones de la vida o de la familia, y las tristezas y las miserias humanas; allí dentro, a la luz de nuestra lámpara, nos sentamos unos hombres, ya abuelos, inalterables hermanos, uno para todos y todos para uno, y dispuestos a seguir así todos los años que Dios quiera depararnos. Seguimos en la creencia de que hemos conseguido realizar el ideal de B. P. en lo que respecta al local de una patrulla. Y aunque sea una vanidad desmesurada, ¿no tenemos algo de razón al estar orgullosos de lo que hemos conseguido y conservado con tanto amor? ¿Habrà hoy alguna Patrulla que pueda disfrutar de todo ésto que nosotros disfrutamos? Quizá sí, y ojalá que así sea, y no sólo ello, sino que nos supere en todo. Sería el irrecusable testimonio de cuanto nuestro Fundador quiso conseguir con su ideal del Escultismo...

4. Las etapas

Caminante, no hay camino, se hace camino al andar.

(A. Machado)

«Se hace camino al andar», y dichoso aquél que, como nosotros, al llegar al final de ese camino, vuelve la cabeza y ve que su marcha no ha sido estéril y que a lo largo del camino ha sembrado belleza.

¡Y qué duro nos fue el comienzo de nuestro camino! Aquella primera andadura, de 1927 a marzo de 1929, se caracterizó por la pobreza y la dificultad. Pobreza inverosímil hoy día, pero cierta y más que rigurosa. Cada prenda del uniforme y del equipo, cada pequeña adquisición de material, era algo inalcanzable. Por falta de medios teníamos que ceñirnos a la playa sin árboles, sin agua potable, sin nada más que arena y mar- y soñar nostálgicamente con aquellos pinares que nos esperaban ¡a 1'60 ptas. de distancia! Las dificultades eran abrumadoras. La primera, la falta de scouts con la consiguiente extenuadora lucha con San Fernando. Muy al comienzo tuvimos la suerte de encontrar a don Angel Varea. No recordamos quien nos habló de él como hombre aficionado al campo y al deporte, aunque sin relación ni conocimiento alguno con y sobre el Escultismo, y allá que nos fuimos a pedirle que nos mandara y dirigiera. Era un joven

oficial de Telégrafos y demostró magníficas condiciones para cubrir el puesto que le asignamos. Pero ¡ay! como dice el refrán, poco dura la alegría en casa de los pobres. Y a los pocos, muy pocos meses, don Angel era trasladado y volvíamos a las andadas. Luego llegó Sven. Sven Sjöberg, un ingeniero industrial sueco que había sido scout en su país y que era - y lo demostró cumplidamente- todo un scouter. Volvimos a respirar y Sven se nos asimiló y nosotros nos asimilamos a él sin reservas ni limitaciones. Entre muchísimas cosas nos enseñó dos muy importantes: la puntualidad -suyo es aquello de «Las diez no son ni las diez y cinco, ni las diez menos cinco. Son las diez»- y la tolerante convivencia. Él era de religión protestante, como ya contamos en otro lugar. Llegamos a estar tan compenetrados que incluso le hacíamos participar en nuestro humor, como el día en que, empeñados en una discusión técnica -que, la verdad, nosotros, ajenos al tema, habíamos tomado un poco en broma- él, con su escandinava seriedad, llegó a preguntar, un si es no es indignado y con su fuerte acento extranjero: «Bueno, pero ¿vosotros sabéis lo que es el hormigón armado?», para oírse responder, pese al respeto que nos inspiraban su edad, superior a la nuestra y su grado profesional: «¡Pues claro que sí! Una hormiga muy grande con un fusil», broma que aún no estamos seguros de que llegara a comprender -¡son tan distintos los vikingos y los tartessos!-, pero que acabó automáticamente la discusión.

Mas, por desgracia, la historia se repite. Y se repitió. Al poco tiempo de estar con nosotros, Sven era trasladado nada menos que a Colombia... Y vuelta a empezar. Luego llegó J., del que se habla en otro lugar. J. era muy poco mayor que nosotros, tenía muy buena voluntad, pero ninguna experiencia y, para contra, nosotros nos habíamos hecho en exceso exigentes. En él pudimos ver, aunque de momento no nos diéramos cuenta de ello, la diferencia que va del scouter que ha sido scout al que ha empezado ya de adulto. Por todo ello, nuestro Aguila Astuta -que tal fue el nombre de guerra que él adoptó- para nosotros *no daba la talla* que habíamos fijado para el scouter ideal. Pero como tenía magníficas cualidades, auténtico espíritu -del cual son pruebas y valiosísimas el adoptar nuestros hábitos para el Gran Juego... y el vestir enseguida el pantalón corto, lo que entonces era toda una prueba de auténtico valor- e inmejorable voluntad, le quisimos y le queremos como a uno más de nosotros...

Pero la dificultad de trazar el camino y enseñar a seguirlo recaía de nuevo sobre nuestros juveniles e inexpertos hombros.

Y con todo, no era ésta la dificultad mayor. Era mucho más grave la enemiga que nos mostraban, con todas sus consecuencias, colegios, talleres, oficinas y público en general. Ni siquiera nuestro Consejo Local era ajeno a ella pues podemos decir que, sin excepción, entre los señores que lo constituían el que no nos combatía por incompreensión llegaba a crearnos dificultades por un malentendido y peor aplicado concepto de nuestra misión y de nuestras aspiraciones. Hubo quien emprendió -sin contar con nosotros, por supuesto- gestiones con los alcaldes de la provincia para que el Grupo fuera a los pueblos a dar festivales. Reconocemos y proclamamos muy alto que la idea estaba inspirada en muy nobles propósitos: propaganda, distracción para los chicos, etc., pero que no era, ciertamente, muy atinada.

Es curioso y desconsolador lo que hace la ignorancia, y más si es empedernida y cerrada a la posible ilustración. Lo pensamos porque parece evidente que, por ejemplo, los colegios vieran en el Grupo un magnífico y aprovechable complemento a su labor de formación de los futuros hombres. Pues bien, los colegios ponían más que nadie toda clase de inconvenientes para que sus chicos asistieran a las excursiones. Particularmente la animadversión de los religiosos era inenarrable. Baste decir que en una ocasión y con la *cara dura* que adoptábamos y a mucha honra- para este tipo de gestiones, decidimos coger al toro por los cuernos, nos fuimos a visitar al Rector del más importante y que mayor número de scouts tenía entre sus alumnos, y cuando empezamos a exponerle fines y métodos de la Institución, nos cortó muy secamente con que de sobra sabía él que los Exploradores eran una institución masónica. Nos echó a la calle con una técnica que auguraba muy poco bueno para las enseñanzas de cortesía que el colegio pudiera impartir.

En cuanto a los padres, aquellos inefables padres de entonces, ¡hay que ver lo que hubo que bregar para que sus hijos salieran sin bufanda sobre el uniforme! (en Cádiz rara vez baja la temperatura de los 20º), ... o para que no se lo colocaran a los hermanos pequeños, cosa que hacían porque «¡estaban tan monos!», o para que consintieran en las excursiones nocturnas... ¡y para tantas cosas! No acabaríamos nunca de enumerarlas. Y no hará falta aclararte, lector,

que todos los padres no estaban cortados por el mismo patrón. Si así hubiera sido, jamás se hubiera llegado a escribir este libro.

Pero pese a todo y a costa de ímprobos esfuerzos y verdaderos sacrificios íbamos progresando y se iba haciendo camino. Tan difícil y tan áspero que al empezar el Curso 1928-29, el Kanguro, ya Patrulla Phillips desde octubre de 1927, perfectamente conjuntado y en plena posesión de un excelente espíritu que había dado lugar a cosas tales como los primeros circuitos de los 60 km y la primera marcha a Jerez, hecha llevando ya tres diplomas colectivos en el banderín, el Kanguro, repetimos, decidió disolverse Así como suena. Y tal disolución era, por paradoja, la mejor prueba del espíritu de que antes hemos hablado. Decidió disolverse porque el Grupo necesitaba sin escape posible scouters y guías de patrulla. Y nosotros, que ya éramos plenamente felices dentro de nuestro Kanguro, comprendimos que nuestro deber era cubrir aquellos huecos. ¡Lo hicimos! Desgarrándonos el alma, pero en sacrificio total a nuestros ideales de Servicio, a nuestro *los míos antes que yo*. ¡Para que luego nos hayan dicho que tenemos un lema egoísta!

Y así, unos pasamos a formar el consejo de Jefes (Akela, Mukoki y Pantera) y otros a ser guías, subguías o simples números de otras patrullas. Y nuestra Selva, con todo lo que contenía, pasó a ser la Pradera del Búfalo, y nuestras reuniones de Jefes o con los chicos, a celebrarse en una casa cualquiera, porque La Selva ya no lo era y debía ser plenamente de quienes la habían heredado.

Así aquel Curso Escultista 1928-29 empezó con un gran sacrificio y terminó con un éxito tal que nunca nos hubiéramos atrevido a soñar. En marzo llegó Baden Powell y a los pocos días y a consecuencia de la *cara dura* que ya hemos citado y que nos dio valor para ir casa por casa, desde nada menos que la del Fiscal de la Audiencia hasta la del más humilde de los jornaleros, contábamos con 130 muchachos, entre ellos unas magníficas seisenas de lobatos, aunque de momento teníamos muy poca idea de lo que el lobatismo era y pretendía. Pero para que nos enterásemos estaban los Manuales, pues ya para entonces habíamos descubierto la fuente y reservorio de bibliografía escultista.

No podemos resistir a la tentación de relatar un gracioso suceso de la campaña de propaganda. Fue precisamente con el

Fiscal de la Audiencia, excelente padre y persona, pero que, como veréis, también tenía su humor correspondiente.

En la mayoría de los casos sabíamos de antemano que los chicos objeto de la visita deseaban más o menos ingresar en nuestras filas. Bueno, no siempre. También los había que nos interesaban a nosotros porque nuestros informes nos decían que eran excelente madera. Y, naturalmente, *les entrábamos* a los padres con aquello de «Nos hemos enterado de que su hijo Fulano quería, etc., etc.». Y así lo hicimos en este caso en que nos jugábamos nada menos que cuatro futuros scouts y lobatos que, además parecían ser unos muchachos estupendos. El Muy Ilustre Señor Fiscal y conste que hoy, y siempre, recordamos a la persona y al episodio con verdadero cariño- que por su edad y prestancia podía ser el padre, si no el abuelo de sus casi imberbes visitantes, nos recibió con toda corrección, nos escuchó con toda paciencia posiblemente no era la concisión una de nuestras cualidades-, nos dejó hablar cuanto quisimos, y al final nos espetó con una exquisita cortesía que resumaba *guasa*: «Pues, miren ustedes -y esto tras un larguísimo rato de escucharnos imperturbable-, es la primera noticia que tengo de que mis hijos quieran ser exploradores» (eso ya lo sabíamos nosotros, hubiéramos podido contestarle), palabras con las que nos hundió en el mismísimo Averno de la vergüenza y el fracaso para, a continuación, elevarnos al Empíreo al añadir con la misma finura y tras breve pausa: «Pero me han convencido ustedes y cuenten con ellos».

Sí, aquel curso terminó con esta increíble expansión y se coronó con la asistencia al Campamento Internacional de Barcelona (véase el Capítulo *Las empresas*). La visita de Baden Powell, marzo 1929, marca el comienzo de la segunda etapa, la del desarrollo y, si nos apuráis, la consecución de la madurez.

Abarca este período desde marzo del 29 a julio del 36, al estallido de la Guerra Civil. En él hubo de todo y la lucha con el exterior llegó al final a revestir caracteres gravísimos. Pero si lo miramos sólo con ojos escultas, fue lo que hemos dicho, auge y madurez. Empezamos por tener, ¡jal fin!, local de Grupo -desde luego, no impedía que las patrullas siguieran teniendo los suyos. Este era el de todos, grandes y chicos, jefes y exploradores-, que se amuebló en su mayor parte con las modestas aportaciones de los propios scouts,

con la consecuencia inevitable, y que maldito lo que nos importaba, de que no hubiera dos sillas iguales. El adiestramiento y las actividades marchaban viento en popa. Resurgió nuestro Kanguro. Como ya no hacíamos falta en las actividades de Guías y Subguías y todos actuábamos, de modo inevitable, como scouts, fue por completo natural que nos diéramos a pensar que tal situación no se oponía a que volviéramos a ser patrulla, sino que, por el contrario, todo el Grupo se beneficiaría de ello, ya que la unidad de doctrina y métodos sería inmejorable. Y así fue. Volvimos a agruparnos bajo nuestro banderín, y en las excursiones cada kanguro salía al frente de su Tropa, y, a lo mejor, ni nos veíamos en todo el día. Pero de vez en cuando, con el mayor cuidado de que ello no interfiriese para nada las actividades del Grupo, hacíamos nuestra excursión de Kanguro; y, como antes, cada semana teníamos nuestra reunión de patrulla en la que, además de nuestros propios asuntos, que ya iban siendo muy pocos, planeábamos y poníamos en marcha las actividades de todos. Volvíamos a ser felices por completo.

También en este año de 1929 logramos el imprescindible apoyo económico. No está nada bien aplicado el adjetivo ya que, hasta entonces, bien que habíamos sabido prescindir de él. Pero la dura experiencia de los años anteriores nos había enseñado que el acudir a las familias era, además de inútil, poco hábil e incluso contraproducente en muchos casos.

Por entonces nos enteramos de que se había establecido en Cádiz un repatriado, don Elías Ahuja, un portuense que, tras muchos años de trabajo en EE.UU. volvía a su patria millonario y filántropo. Se contaba y no se acababa de sus muchas y generosas obras de beneficencia. Huelga decir que se nos pusieron las orejas de punta. ¿Qué íbamos a hacer? Pues lo que hicimos. Echar mano de la ya experimentada y acreditada cara dura y visitar a don Elías, al que también huelga decir que no conocíamos más que de nombre y para el que ni siquiera se nos ocurrió pedir una presentación. Solicitamos su apoyo, que nos dio con una generosidad que nunca agradeceremos bastante. Y subrayemos que generosidad no significa prodigalidad ni despilfarro, ¿eh?, que conste. Don Elías no ayudaba a tontas ni a locas, sabía muy bien dónde le apretaba el zapato y, como todo hombre que se ha hecho a sí mismo, no tenía pelo de tonto. Tal vez por sentir intuitivamente todo esto, la verdad es que nunca

abusamos de él; lo que no quita ápice de mérito a su protección. Protección que tenía su contrapartida, pues ya hemos dicho que no ayudaba de cualquier manera, y ponía sus condiciones, a veces muy duras de cumplir para los chiquillos que éramos nosotros, aunque reconozcamos que ello era muy humano y hasta justificable, y que nunca tuvimos que arrepentirnos de sus exigencias. Su primera fue conseguir la dimisión del Consejo de Alto Patronato, para sustituir sus miembros por otros designados por él. La exigencia en sí hemos de reconocer que nos venía de perlas, ya que el famoso Consejo no hacía más que entorpecer, o al menos así nos parecía. Pero era una peliaguda misión la de pedir a aquellos empingorotados señores que hicieran mutis por el foro. Lo hicimos, a costa de sólo Dios y nosotros sabemos qué angustias y trasudores. Enseguida, y gracias a don Elías, tuvimos casa propia ¡de tres plantas! El anterior era un simple local comercial destartalado, sin luz ni aire y francamente incómodo, aunque hasta entonces nos hubiera parecido una maravilla. En la nueva casa podían estar separadas entre sí las distintas ropas, cosa que juzgábamos muy importante dadas las diferencias de edades y métodos. Tuvimos material, si no abundante, al menos suficiente. ¡Tuvimos hasta carro desmontable, que nos hacía un señor papel en los Campamentos! Y fuimos a Lieja, y mil cosas más.

Pero también esta etapa tuvo sus amarguras, no menos amargas por ser inevitables peripecias de la vida. En octubre de 1930, nuestro Guía, terminada su carrera universitaria, marchaba a Madrid para ampliar estudios, y la Patrulla se quedaba sin Guía y el Grupo sin jefe. No hubo problema porque quedó demostrado que nuestra Escuela había funcionado a la perfección, y el Subguía cubrió el hueco y todo siguió sin el menor entorpecimiento. Como siguió cuando otros kanguros, por el mismo motivo, tuvieron que abandonar Cádiz. También aquí se vio que nuestra marcha había sido acertada. Aquellos chicos de 1927 nos referimos a los de las otras Patrullas habían crecido y habían aprendido de nosotros y con nosotros todo lo preciso para continuar el camino. Y aún quedaba en Cádiz mucho kanguro para seguir guiándoles y ayudándoles hasta que -eso creíamos entonces- llegara la hora de cederles por completo la antorcha.

¡Sí, sí!, mientras nosotros no nos preocupábamos más que de nuestro Escultismo, la historia fluía. Caía la Dictadura y con ella la Monarquía, se proclamaba la República y se desataban las pasiones

políticas hasta extremos inconcebibles para quien no lo haya vivido. Y así, cuando ya teníamos un ambiente hecho en nuestra ciudad, hubo que empezar de nuevo la lucha en un terreno muchísimo más duro e infinitamente más peligroso. Fuimos de nuevo objeto de ataques absurdos e injustificados, sin que nos valieran ni nuestro comportamiento, totalmente apolítico, ni los intentos de campañas de prensa, ni nada. Si antes los energúmenos de un lado nos habían tildado de masones y de comunistas, entonces los del otro lo hacían de clericales y fascistas. ¡Ironías del destino! Pero aun ello hubiera sido soportable, ya que harto acostumbrados estábamos a la incompreensión y a la calumnia. Lo peligroso, y mucho, fue que empezaron las agresiones físicas por grupos juveniles de determinado matiz político, los conatos de asalto a nuestro local y las amenazas de todo orden.

No se crea que esto pasaba sólo en Cádiz. Pasaba en toda España. Fue entonces cuando el Comité Nacional hubo de sustituir en la Insignia de la Institución la flor de lis por una mano en actitud de saludo scout. ¡La flor de lis era monárquica! Y explique usted a los consabidos energúmenos que ni la flor de lis era monárquica, sino emblema de las tres partes de la Promesa, ni la estrella de cinco puntas era comunista, sino símbolo de las cinco partes del mundo a través de las cuales se extiende el Escultismo. ¡Cualquiera!

Total, que desde febrero de 1936 hubo que prescindir, en las excursiones, de los uniformes y de los banderines, y volver de ellas un poco vergonzantemente y a escondidas. Porque hubo que hacer frente a las agresiones con serenidad y firmeza y sin arredrarse ante las armas de fuego con que llegaron a amenazarnos. Lo increíble hoy es que, pese a todo y aunque cada vez en menor número, nunca interrumpiéramos por completo nuestras actividades. Y es asimismo increíblemente halagador para nosotros el que aún hubiera padres capaces de confiarnos a sus hijos, pese a lo amenazador y peligroso de aquellos regresos...

Y llega julio de 1936, fecha que marca el comienzo de una nueva etapa que termina en 1939. Esta es una etapa en blanco. Movilizados todos los kanguros y muchos de los scouts del Grupo, mientras la guerra duró, anduvimos esparcidos por toda España y casi sin la menor relación unos con otros. Lo que sí pudimos comprobar hasta la saciedad fue lo bien que nos había preparado el Escultismo para hacer frente a cualquier situación, y cómo nuestras prácticas,

nuestros campamentos, nuestras cocinas, nuestras excursiones nocturnas y nuestros grados y diplomas, nos permitían sobrevivir y manejanos mucho mejor que pudieran hacerlo otros combatientes. Deseamos que nadie tenga que vivir momentos como los que nosotros hemos vivido, y es un consuelo bien pobre el que hechos históricos acaecidos posteriormente hayan dejado en mantillas todo lo que nosotros pasamos.

Acabó la guerra y se efectuó la desmovilización. En noviembre de 1939 tornábamos a reunirnos en Cádiz la mayoría de los kanguros. Don Elías se había vuelto a los Estados Unidos. Del Consejo de Alto Patronato, local social, etc., no quedaba nada. El Guía, ya médico militar profesional cuando estalló la contienda, había vuelto a Marruecos y meses después emprendía uno de esos periplos de necesidad castrense, que le llevó sucesivamente a Cáceres, Valencia, Canarias y, por fin, en 1942, a Sevilla. Nunca perdimos contacto, pudimos reunirnos alguna vez a su paso por nuestra ciudad y en todo tiempo participó, aunque fuera por escrito, en la vida de la Patrulla. Después, ya residente en Sevilla, estuvo a un paso de nosotros y su participación fue tan íntima y constante, que volvió en realidad a ocupar la guiatra de modo efectivo y real. Claro que a donde él no llegaba por su alejamiento geográfico, llegaba, y de sobra, el Subguía. Pero esto son divagaciones. Volvamos al tema.

En noviembre de 1939 empezábamos otra etapa, la más feliz y tranquila de nuestra vida: la etapa del *kanguro-solo*. Decidimos reanudar nuestras actividades de Patrulla, y sólo de patrulla porque la Institución prácticamente había desaparecido en España. Fue una vida íntima -claro que en ella se cultivaba y mantenía la esencia del Escultismo- de dedicación exclusiva a lo nuestro: consejos, excursiones, campamentos, etcétera. Duró hasta 1965 y fueron así 26 años de vida de Patrulla, totalmente activa, sin más obligaciones que las nuestras, ya que, aparentemente, los Scouts en España no daban señales de vida. Aparentemente. Por debajo de aquella muerta superficie, algunos abnegados veteranos -con los cuales pronto nos habíamos puesto en contacto- comenzaban el trabajo de resurrección. En Cádiz, de momento, por circunstancias locales, no había nada que hacer en cuanto a intentar resucitar lo nuestro. En todo este período, no obstante, aún pudimos reunir a un buen grupo de nuestros antiguos muchachos para celebrar con ellos, y con inmejorable

espíritu v permanencia de esencias, nuestras bodas de plata y el 25º aniversario de la fundación de nuestro antiguo Grupo.

Esta fue una época muy provechosa para nosotros. Dedicados en exclusiva a nuestro Kanguro, nuestra organización, nuestra convivencia y nuestro perfeccionamiento o, si lo preferís, nuestros intentos de perfeccionamiento, alcanzaron cotas altísimas. A lo largo de esos años hubo de todo, y tanto, que no podemos ni pretender hacer un resumen. Baste decir que en ese tiempo se afirmaron hasta el infinito nuestros lazos de hermandad y llegó a su completa madurez nuestro espíritu de patrulla, ya que él intervenía en todos nuestros problemas familiares, profesionales, o de cualquier clase y especie. Fue en ese período cuando, tras ¡¡17!! años de agregado, Pie Ligeró prendió en su hombro la divisa de kanguro efectivo.

A lo largo de esta dilatada etapa nuestro modo de trabajar siguió siendo el mismo de nuestra cada vez más remota juventud. Excursiones, campamentos, reuniones y consejos... y convivencia, convivencia, convivencia. Ya no había estudio de grados y diplomas, porque ya habíamos obtenido todos los posibles. Pero, en cambio, la faceta moral exigía cada vez mayor dedicación y mayor trabajo. Por ello nuestros, digamos, cursos de perfeccionamiento, se hacían en parte por correspondencia. Porque algunos de los kanguros y no sólo Akela, trabajaban fuera de Cádiz. El motor, el impulsor y el que dio vida, continuidad y consistencia a toda esta labor, fue Mukoki. Nuestro viejo gruñón, al que todos adoramos, al que todos hacemos rabiar y por el que todos daríamos sin vacilar nuestras propias vidas. (¡Cómo se va a poner cuando lea esto! ¡Pobre amanuense!) ¡Con qué orgullo cuenta Akela a quien quiere oírle, cómo en 1940 recibió en Larache una carta en que se le pedía explicara a la Patrulla cómo cumplía él, a la sazón, «sus deberes para con Dios», en frase de la Promesa! ¿Habría mejor prueba de cómo sentíamos y practicábamos, ya hombres y con hijos, nuestros ideales de siempre?

Total, que a lo largo de muchos de estos años, la vida activa y efectiva de la Patrulla la vivíamos cinco kanguros. Pero a los restantes se les enviaban sistemáticamente las reseñas de los actos a que no podían asistir. Hasta que, poco a poco, fuimos volviendo a Cádiz o pudimos acudir caso de Akela- a más actos cada vez. Fueron años muy felices por una parte -nuestra vida de clan en toda su madurez- y muy tristes por otra -la Institución muerta primero y en la clandestinidad después. Ningún contacto con otros scouts, nada de

uniforme, etc.-. Pero allá, en nuestra Selva, nos seguíamos reuniendo y conservando la firme certeza de que todo resurgiría alguna vez. Mientras el caso llegaba, seguíamos preparándonos para *servir*.

Llega 1965. Nueva etapa. El Escultismo Español se pone de nuevo en marcha, de forma oficiosa si no oficial, consentido pero no autorizado... No es para reírse, pero sí es para reírse. ¡Cosas de la política, o, mejor dicho, del politiquero! Lo cierto es que surge un Organismo Nacional. ¡Ah, Enrique Genovés y Víctor Jiménez! Nunca os olvidaremos y nuestra Orden de Akela del Kanguro es sólo una pequeña muestra de nuestra gratitud por la inmensa deuda que el Escultismo tiene con vosotros. Los kanguros sentimos la vieja llamada, desenterramos el hacha de guerra, cabalgamos en los mustangos y nos lanzamos al combate: comisarios, ayudantes, miembros del Consejo, viajes, conferencias, propaganda... En otro lugar se habla de todo ello. Teníamos que pagar, en lo posible, una pequeña parte de la inmensa deuda que con el Escultismo teníamos contraída. Para saber algo de cómo lo hicimos, seguid leyendo.

Esta etapa dura hasta 1971. A partir de entonces ya hay generaciones jóvenes que recojan la antorcha. Incluso hay en nuestro Cádiz un Grupo que reverdece los pretéritos laureles y en el que figuran hijos nuestros. Nosotros debemos reintegrarnos a nuestra Selva, a recordar al amor del fuego, a vivir para nosotros, que bien lo hemos ganado, a disfrutar sin límites nuestra veteranía, nuestro espíritu, nuestra hermandad y nuestra historia y, por supuesto, a estar prestos para ayudar, orientar y aconsejar, como siempre hemos hecho, pero ahora con la experiencia de nuestros muchos años. *Siempre listos para servir*, pero dispuestos a gozar de nuestros recursos y de nuestras posibilidades. Y así emprendemos la que creemos ha de ser nuestra última etapa. Última, pero dilatada, porque hemos tomado en Consejo de Clan el acuerdo de que ninguno se muera hasta que celebremos el centenario.

«Caminante, se hace camino al andar» dice el poeta. Nosotros lo hemos hecho y nos sentimos muy orgullosos de ello.

5. Las tres facetas

La educación escultista tiene tres facetas: la física, la intelectual y la moral. Creemos que, con serlo todas, la más importante es la moral.

*(Dicho por Akela
en muchísimas de sus charlas y conferencias)*

Educación física

Has de empezar, lector, por darte cuenta de que hablamos de tiempos; muy pretéritos. Nosotros no seremos nunca viejos, sino de edad avanzada. Lo somos; ya. Queremos decirte con ello que algunas de las cosas que vas a leer te van a sonar muy extrañas. En este medio siglo ha variado de tal manera la forma de vivir, que sin esta explicación previa pudieras no comprendernos del todo. Cuando el Kanguro se fundó, los conceptos de higiene, vida en plena Naturaleza, deporte, sanidad, etc., eran increíblemente distintos de los actuales. Se tenía un sacrosanto temor al aire libre y, sobre todo, al enfriamiento. Era incomprensible no pasar el invierno envuelto en múltiples chalecos, bufandas, abrigos, etc. Ciertamente que eran excepcionales las casas provistas de calefacción. En cuanto al aire acondicionado, ni se preveía. Nadie que no estuviera loco o se viera muy precisado a ello osaría echarse a la calle bajo la lluvia. Los baños se tomaban por prescripción facultativa y precisamente en número non, y los pocos precusores que se bañaban en el mar y en verano, jamás hubieran osado hacerlo fuera de la temporada oficial. En fin, ¿para qué seguir? Habría para llenar muchas cuartillas y con lo expuesto basta ya para que tú, lector, te puedas dar cuenta de lo que significó lo que vamos a relatarte.

Es indudable que, tan pronto comenzó nuestra vida de patrulla, en todos hubo un anhelo de actividades físicas. Nos explicaremos.

Sabíamos que Baden Powell quería que el scout fuera sano y vigoroso porque ello era imprescindible para que fuese viril, y todos queríamos serlo. No éramos, no, unos chicos *blandengues*, ya que el que más y el que menos había jugado en colegios, calles y plazuelas, y había participado en las mil *burradas* propias de aquella edad. Pero nada sabíamos de gimnasia ni de deporte reglado, fuera del inevitable fútbol, jugado, por cierto, bastante anárquicamente, y mucho menos de excursionismo y acampada. Ya hemos dicho que Cádiz es la ciudad menos propicia para tales actividades pues la une a la tierra arbolada un largo istmo de más de 15 km, largo y estrecho, en el cual no hay sino arena de playa. Ni un árbol, ni una mata, ni una fuente de agua. Cierto que, al fundar la patrulla, todos teníamos bicicleta, pero, ¡ah!, la paternal psicología de entonces no concebía que los hijos se arriesgasen a los terribles peligros de una carretera en la que, prácticamente, no había circulación. Amén de que entre los componentes de las otras patrullas sí que había muchos sin bicicleta. Pues bien, así empezamos.

La base indiscutible de nuestra formación fue la excursión semanal. Era algo que esperábamos con verdaderas ansias. Primero fueron las marchas a cualquier sitio de la playa. Los 20 km de maravilloso e ininterrumpido arenal que hay entre Cádiz y Santi-Petri estaban, por entonces, absolutamente desiertos. Naturalmente, había que llevarse el agua que se fuera a consumir durante el día, porque de aguadas, nada. Si acaso, y según los lugares, podíamos rellenar las cantimploras, o las botellas de quienes aún no disponían de tan útil prenda del equipo, en alguna casilla de Carabineros. Y cuando nos lanzamos a los primeros ensayos culinarios, nuestro combustible era la madera que el mar arrojaba a la playa... y era de ver cómo sus trozos ardían por una punta mientras en la opuesta, al hervir, burbujeaba el agua de que estaban impregnados. Consecuencia, tres horas para conseguir una paella. Pero aprendíamos!

En aquellas primeras excursiones aprendimos enseguida que la ropa era un estorbo y surgió la costumbre importada por Akela y mantenida hasta hoy- de quedarse *en plan comanche* en cuanto llegáramos al sitio de acampada y se izaba bandera. El plan comanche consistía en llevar, por toda ropa, el bañador o el calzón de deporte. Con el marítimo sol de Cádiz nuestra piel se curtió rápidamente hasta darnos un bronceado que para sí lo quisieran hoy en día las chicas a la moda.

Parémonos a pensar un poco en la influencia de tales hábitos. Habrá que puntualizar primero que en Torregorda, Polígono de Artillería a 10 km de Cádiz, había unos matorrales y agua potable. Como siempre, no vacilamos en pedir audiencia nada menos que a un General y conseguimos permiso para acampar dentro del recinto militar. Puntualicemos que para entonces hacía ya meses que el General Fernández Heredia había dejado Cádiz. Aquello fue algo memorable y ya tuvimos para siempre sombra, campo de juegos, ¡y agua!. Pero a 10 km de Cádiz, lo cual suponía una inexorable cuota de 20 km de excursión con equipo completo. Pues bien, estos 20 km semanales, más la incesante actividad, perfectamente reglada, de todas las horas de excursión, bastaron y sobraron para endurecernos, curtirnos y permitirnos, llegado el caso, proezas físicas de las que hablamos en otra parte.

Luego fue viniendo todo: las excursiones nocturnas con todas sus consecuencias, los juegos, las especialidades físicas (corredor, nadador, ciclista, gimnasta, etc.) cuyos distintivos queríamos ostentar en nuestros uniformes y que ostentase nuestro banderín. Llegamos rápidamente a que en 30 km a la redonda de nuestra ciudad, no hubiera árbol ni saliente lo bastante altos como para colgar la cuerda lisa y fatigarnos al treparla a pulso hasta el final. Nuestro perímetro torácico se ensanchó y nuestros músculos se endurecieron y llegamos a desconocer el cansancio. Hay un kanguro que asegura deber su vida al Escultismo porque cuando ingresó en la Patrulla era un pretuberculoso que pasaba los inviernos en perpetuo catarro y en sempiterna febrícula, y que a los seis meses de nuestra vida era otro y no se ha vuelto a acatarrar. Hubo kanguro que, con 1,65 de talla, llegó a medir un metro de perímetro torácico en inspiración y 82 cm en expiración. Y, como en todo, llevábamos lo aprendido a nuestra vida particular y, pese al terror de nuestros padres, dormíamos con la ventana abierta, y nos bañábamos en el mar durante todo el año, y... Con gran asombro, nuestras familias comprobaban que, lejos de enfermar, cada vez estábamos más fuertes. E incluso alguna de ellas necesitó científicas explicaciones para comprender el hecho de que el que el chico hubiera adelgazado a la vez que su peso aumentaba era debido, además del crecimiento, a que el músculo pesa más que la grasa.

No hará falta decir que simultáneamente comprobábamos que el uniforme estaba inmejorablemente concebido para desarrollar

nuestras actividades y que cada prenda del equipo tenía, en efecto, los múltiples usos y aprovechamientos que decían nuestras cartillas. Con ello aprendimos a amarlo entrañablemente y a ostentarlo con auténtico orgullo.

Sí, nuestro clima es bueno y nos permitió acceder rápidamente a todo lo que hemos contado... pero cuando dormíamos al aire libre - tan libre, porque en tiendas, ¡ni soñar!, ya que ni soñar con el dinero preciso para tenerlas-, envueltos en una manta y sobre la playa o bajo los pinos del campamento de Navidad, os aseguramos que había veces en que nos parecía estar en un confortable frigorífico. Pero aquellos polvos trajeron estos lodos y, al correr de los años, hemos recogido sus maravillosos frutos. La vida con sus durezas, la guerra, los 28º bajo cero de la Batalla de Teruel, los tórridos calores de la meseta, la sed, las caminatas, todo nos ha sido fácil y soportable. Y hoy, todos con más de 65 años, todos somos capaces de hacer marcas vedadas a gente mucho más joven. Y cuando asistimos a una excursión o a un campamento de muchachos, podemos tomar parte en sus juegos con muy escasas limitaciones. Y, por supuesto, sabemos instalarnos, guisar, dormir en el suelo, exactamente igual que *entonces*, como, por ejemplo, lo hemos hecho en la Peregrinación Nacional a Santiago de Compostela, en 1971.

Educación intelectual

Cuando hemos tenido que explicar a profanos algo sobre Escultismo, siempre hemos dicho que la formación intelectual que éste proporcionaba estaba condensada en la serie de conocimientos - muchos de ellos difíciles de encontrar en libros que abarcan nuestros grados y diplomas. Insistimos en lo útil que, a la larga, resulta saber hacer nudos y fardos, poder encender un fuego y guisarse una comida, etc. Indudablemente, así es; pero, en nuestro caso, la formación intelectual que el Escultismo nos ha dado a través de la Patrulla, ha sido mucho más amplia y variada.

En los comienzos, el Guía estudiaba Medicina; el Subguía y un kanguro, bachillerato; tres kanguros, magisterio; y los otros tres habían recibido una instrucción elemental media, tirando a baja, y trabajaban en oficinas. El término medio cultural dejando aparte al

Guía, infatigable lector y curioso impenitente- sin ser francamente bajo, tampoco era muy alto. Y de ahí partimos.

Naturalmente, el arranque fueron los grados y diplomas. Aquellas cartillas que hoy conservamos como oro en paño, con sus claras y elementales explicaciones y sus ingenuos dibujos, nos abrieron un mundo de conocimientos que nos resultaba apasionante. Primero fue el anhelo de que la Patrulla tuviera sus grados y diplomas colectivos; después, y ya para siempre, tuvimos el noble afán de mejorar. Así fuimos todos, y en los plazos estrictamente reglamentarios, exploradores de primera, diplomados -una especialidad-, titulares cinco especialidades-, titulares de primera -quince especialidades- y, al fin, Caballeros Titulares Perfectos -21 diplomas-. Cada uno fue eligiendo los más adecuados a su formación y a sus gustos. Cuando los tuvo, empezamos los cursillos, que daba el que sabía, para que el que no sabía pudiera diplomarse en nuevas especialidades. Hubo en ellos cosas graciosas, como ocurrió al preparar los diplomas de astrónomo, cuando uno de nosotros, no sabemos por qué extraña forma de asimilación de enseñanza, dijo que las nebulosas eran conjuntos de estrellas que iban de planeta en planeta, mereciendo el humorístico comentario de que podía considerársele como émulo de Copérnico y Ticho-Brae al lanzar una nueva teoría cosmogónica, según lo cual los planetas jugaban al tenis empleando nebulosas como pelotas. Pero, entre bromas y veras, aquel espíritu de mejorar continuamente, y de que el Kanguro fuera siempre la mejor patrulla de la Tropa, dio sus frutos. Primero fue la satisfacción de acreditar que teníamos nuestros distintivos bien ganados, al placer de hacer los nudos con las manos a la espalda o con los ojos vendados, el montar estaciones de semáforo o morse que funcionaban perfectamente, el guisar en el campo y que la comida saliera -o nos pareciera- exquisita, el orientarse por las estrellas y calcular la hora por ellas, el levantar un plano y trazar un itinerario, *el saber*, en suma.

Pero a la par, y enseguida, vinieron las demás cosas. Hubo que aprender y esto ya no venía en las cartillas- a hacer los planes de excursión calculados al minuto y sin que sobrara tiempo para el aburrimiento y hacer los planes de Tropa y supervisar los de las otras patrullas. Fuimos levantando el plano de los sitios siempre lejanos- que podíamos utilizar para excursiones y campamentos, aguzamos el ingenio para ponerles nombres *nuestros*, como ya contamos en otro

lugar y supimos improvisar un quirófano ¡que funcionó, y bien...! No en vano era la Patrulla diplomada en Sanidad e Higiene. Y luego intentamos y logramos organizar perfectos para nuestro concepto, claro- campamentos de varios días, con todos sus servicios. ¡y tantas cosas más!

A la par con todo ello y de acuerdo con el espíritu de la Ley, todos procurábamos cumplir nuestros deberes estudiantiles o profesionales, ya que el scout es trabajador y debe procurar ser siempre modelo. En muy poco tiempo los horizontes se nos ampliaron, ya que tuvimos que aprender francés para traducir los Manuales de Escultismo que Valeriano nos regalara. El Guía sabía algo, lo perfeccionó rápidamente con la traducción y, ¡zas!, cursillo al canto en La Selva. ¡La juerga que se organizó cuando uno de nosotros, al hacer sus primeros pinitos, tradujo *La chevalerie scout por La alegría escultista!* Durante mucho tiempo la frase «Semáforo moro, patatatata y la alegría escultista» -los dos primeros disparates eran simples errores de máquina al escribir una reseña- fue una de las bromas clásicas en la Patrulla. Y luego, en Vísperas de la asistencia al Campamento Internacional de Lieja (1930), ya unos cursos intensivos en toda regla, para que todos los asistentes pudieran manejarse en francés, como se consiguió. Y al lado de esto, las imprevistas aplicaciones de los conocimientos adquiridos, como hizo uno de nosotros, que le escribía a la novia en criptografía semafórica, desafiando con ello toda posible indiscreción familiar. Para cerrar, un pequeño detalle; teníamos tan bien asimiladas todas aquellas materias, que pudimos llegar a exponer en nuestro tablón reseñas detalladas de excursión ¡en ideogramas! Reseñas que, por supuesto, todos éramos capaces de interpretar a la primera lectura.

Y aún hubo más. Y ello nos enorgullece hoy, porque hoy a nadie le hubiera extrañado, pero en aquella época suponía un valor y una seguridad de criterio realmente fuera de serie. En los primeros meses de 1930 dimos un cursillo de educación sexual, en el que hubo una sección especial ¡para Lobatos! Por supuesto que el cursillo se dio, en todos sus grados, con conocimiento y consentimiento de los padres. Y con unos resultados tan excelentes como los que demuestra esta anécdota final con la que cerraremos el capítulo. Poco después de terminado el cursillo hizo toda la Tropa una excursión de varios días a Jerez de la Frontera. Entre las visitas de estudio figuraba una a la Yeguada Militar, en la que, entre otras cosas, nos enseñaron

unos magníficos sementales árabes. Pues bien, al verlos, mientras los muchachos mayores que, como es natural, habían asistido al cursillo ya *maleados*, se daban de codo y se guiñaban ante la anatomía de los garañones, los pequeños, cuya primera enseñanza había sido la nuestra, se limitaron a comentar *del modo más serio y científico posible*: «Ahora me explico por qué a los sementales les llaman caballos enteros».

En fin, y para terminar, por la Institución y ante las necesidades diarias no os riáis, porque es cierto- nos hicimos hasta oradores y escritores. Había que dirigirse a los muchachos al pie del mástil, y había que hacer y enseñar a hacer reseñas, relatos y planes. Todo ello nos ha servido después, y mucho, en nuestras vidas sociales y profesionales, y, cuando hemos tenido hijos, hemos podido ser sus maestros y sus camaradas. Todos nosotros, por el afán de saber que la Patrulla nos inculcó, hemos llegado a tener un nivel cultural por encima del corriente en nuestros respectivos medios. No lo decimos con orgullo, sino con gratitud.

Educación moral

Queremos empezar estas líneas con una referencia a las anteriores. Decíamos que la Patrulla nos había hecho hasta escritores. Pues bien, las palabras que siguen están escritas por uno de nosotros que, en 1927, era incapaz de redactar una composición escolar. Ciertamente que luego ha sido muchos años el Sajem de los Escritos... Juzga, lector, si hoy sabe explicarse. Dice:

«La base de nuestra formación moral fue conocer, con asombro, una *ley* que podíamos cumplir sin que su cumplimiento fuese obligado por el temor del castigo al faltar a ella, sino por el enorme atractivo que suponía *ser como la Ley nos pedía que fuéramos.*»

«La Ley nos despertó el sentido del honor y, profundamente sentida, fue norma constante de nuestra vida con la familia, con los profesores, en el trabajo, con los compañeros, con el prójimo... Pero aunque la Ley es completa, aún la Patrulla le agregó la suya particular, redactada en un estilo juvenil, sumamente atractiva y que, mediante la promesa de patrulla, nos hacía completar nuestra entidad de scout con la de ser un buen kanguro.»

Creemos que estas líneas expresan perfectamente nuestro criterio sobre la educación moral que da el Escultismo. La base, firme e inmovible, ha sido para nosotros, naturalmente, la incorporación a nuestro modo de ser del espíritu de la Ley. Es nuestra frase que no hemos sido aceptables scouts hasta que Promesa y Ley han pasado a formar parte del tuétano de nuestros huesos. Queremos significar con ello que el cumplirlas es, para nosotros, parte totalmente natural de nuestra existencia. Hace muchos años que nuestro examen de conciencia es hecho, no por los Mandamientos, sino por la Ley scout. Nunca hemos tenido secretos unos para otros, y, por tanto, estamos al corriente de lo que piensa y hace cada uno de nosotros.

Complemento extraordinario de la Ley fue el genial acierto -decimos lo de genial, como definición, no como calificativo que tuvimos al elegir nuestro lema de patrulla: *Los míos antes que yo*. Como todo lo demás, esta frase no ha sido jamás para nosotros pura literatura, sino norma a seguir inflexiblemente. Por ello, y desde el primer momento, *nos enseñamos* a pensar primero en los demás en las comidas, en los campamentos, en las guardias, en todo, y este espíritu ha sido siempre nuestra norma y perdura hoy en nuestra vida de patrulla y en nuestras vidas privadas.

No habrá que especificar que nuestras normas siguen observándose minuto a minuto, pero ello es tan natural ya para nosotros que, por ejemplo, la buena acción diaria es tan normal y tan habitual como el aseo matutino. Y, por cierto, contemos que, en los primeros tiempos de la Patrulla, llevábamos todos nuestra libreta de Buena Acción. Pero como el especificarlas nos parecía una inmodestia, muy pronto acordamos marcar su cumplimiento diario con una simple cruz. En las reuniones se comprobaban las libretas y todos teníamos la absoluta certeza de que nadie mentía.

No creáis, ni mucho menos, al leer esto, que somos perfectos, ni siquiera excepcionales. No, somos humanos y, como tales, sujetos a fallos y errores. Si Cristo dijo que el justo peca siete veces al día, ¿cuántas no pecaremos nosotros? Pero, ahí viene lo del examen de conciencia; de nuestro reconocimiento de las faltas sacamos fuerzas para procurar enmendarlas y no reincidir. ¿Que no siempre lo conseguimos? Cierto, pero algo vamos logrando día a día.

Factores importantísimos de esta formación moral han sido: La Selva, que por parecernos tan definitivamente importante en todo, tiene por sí sola un capítulo de esta obra; la convivencia intensa y

continua de todos nosotros; el humor -del que también hablamos aparte-, que nos ha hecho tomar siempre a broma lo que entre otros hubiera sido causa de roces y enemistades; el trabajo. Pero todo ello matizado y a través de lo que hemos dicho, de la interpretación rigurosa de nuestra Ley.

Como primera consecuencia, nuestra maravillosa camaradería. En la Patrulla hay grandes diferencias en cultura, clase social, profesiones y medios económicos. Nada de ello ha influido en que nuestra hermandad haya sido siempre firme y sincera ¿Hay mejor prueba de la doctrina scout?

Detalles. ¡Podríamos contar tantos! Allá van, intencionadamente desordenados en su enumeración, unos cuantos:

El conseguir, muy al principio y rápidamente, el autodominio para vencer sentimientos, absurdos sí, pero profundamente arraigados, como el de vergüenza al desnudarse en colectividad para quedarse en plan comanche.

El vencer el terror de niño de ciudad al menor ruido escuchado en las guardias nocturnas. El saber que de nosotros dependía la seguridad de los pequeños que junto a nosotros dormían, era un sentimiento de responsabilidad que despertaba nuestra hombría.

El profundo respeto a la mujer, en enorme contraste con la psicología masculina y general, si nos apuráis- de aquella época. Esta idealización es la que nos hizo elegir como madrina a la hermana de uno de nosotros y la que ha hecho que, prácticamente, todas nuestras esposas sean las que fueron nuestras únicas novias.

El conseguir desterrar rapidísimamente la arraigada mala costumbre -muy de la Andalucía meridional- de salpicar abundantemente la conversación con todo un variado repertorio de *venablos*, y *tacos*, y *ristras*. Aquello se consiguió por un doble procedimiento: apelar a que *el scout es limpio* y atizarle una multa -de 5 a 25 céntimos *de los de entonces*, según el calibre del taco- al mal hablado, en beneficio, naturalmente, de los escuálidos fondos de patrulla.

El hacernos corteses y correctos, en virtud de lo cual, por ejemplo, en la expedición a Lieja, entre París y dicha ciudad, acabó toda la expedición de pie por ceder los asientos a las viajeras.

El llevar a hombres, en las excursiones largas, al pequeño que se fatigaba.

El conseguir en los chicos una disciplina tal, conseguida, por supuesto, a base de haber logrado su absoluta confianza, que, en una ocasión en que a los lobatos les sorprendió el tren sobre uno de los pavorosos puentes entre San Fernando y Puerto Real, no sólo no ocurriera nada, sino que no hubo asomo de pánico o desorden.

El ser puntuales hasta el segundo. Aprendimos, y muy bien, la lección de Sven.

El tomar la decisión rigurosamente cumplida- de no fumar ni beber alcohol, ni en La Selva, ni mientras vistiéramos de uniforme,

El que en un acto de Patrulla, y ya en 1971, cometiera un agregado una falta de cortesía con un invitado no scout, y ello motivara *automáticamente* una reacción *de patrulla* para llamarle al orden e, invocando la Ley, pedirle una reparación. Lo que demuestra mejor que nada hasta qué punto nuestra moral ha pasado a ser parte de nuestro ser.

Bueno, ¿para qué seguir? Ya encontraréis en estas páginas muchos detalles más que incorporar a este capítulo.

¿Consecuencias de esta formación moral? Maravillosas. Mirando desde fuera, que todos, en nuestros respectivos medios socio-profesionales, hemos sido y somos respetados y queridos. Y mirando desde dentro, que hemos llegado a nuestra edad con, un optimismo, una entereza y un saber hacer frente a la vida, que nunca podremos agradecer bastante a nuestra Institución.

6. La disciplina **no es la obediencia ciega**

El Explorador es obediente, es disciplinado, es leal.
(Art, 3.º del Código, 1927)

Ser disciplinado es hacer lo que tiene que hacerse, sin necesidad de que se lo manden a uno.
(Explicación del Kanguro, 1927)

¡Qué difícil nos resulta escribir este capítulo! Se trata de un matiz tan sutil, tan peligroso, que ni siquiera a nuestra ya madura edad estamos seguros de poder explicarnos bien, máxime si tenemos en cuenta las grandes diferencias de la educación familiar *entonces* y *ahora*. No obstante, vamos a intentarlo y a nuestros lectores encomendamos que procuren entendernos y luego decidan seguir, o no, nuestras ideas.

Teníamos que explicar a los *pies tiernos* los artículos de nuestro Código. Y siempre empezábamos por preguntar al novato cuál era su propio concepto sobre el artículo a aprender. Ni uno solo acertó jamás a exponer una diferencia sensata entre obediencia y disciplina. A lo más que llegaban era considerar la disciplina como una obediencia colectiva, es decir, a poco más que cumplir las órdenes para movimientos y cosas por el estilo.

A nosotros, improvisados maestros, aquéllo no nos satisfacía. Pensábamos instintivamente que cuando en el Código se empleaban dos palabras distintas, por algo sería, y que entre una y otra tenía que haber una diferencia esencial. Entonces, a alguien se le ocurrió definir la disciplina como exponemos al principio del capítulo, es decir, como un autocumplimiento de *todos* los deberes del individuo. Quizás tuviéramos razón, quizás no. No se nos ocurrió consultar diccionarios o textos, pero aquello nos pareció una definición que encajaba perfectamente en nuestro concepto educativo y la adoptamos sin reservas.

Nos ha servido de maravilla. Es indudable que su aceptación y cumplimiento suponen un escalón importante en el afán de perfeccionamiento. ¡Lo que sería la Humanidad si todos y cada uno siguiéramos siempre tal normal ¡Ahí es nada! Hacer lo que se debe, sin órdenes ni directrices.

¿Quiere esto decir que hemos sido modelos? ¡Ni hablar! Hemos tenido -y seguimos teniendo- nuestros fallos, y graves. Fallos que iban siendo menos frecuentes, sin que ello signifique que no los tenemos ya, a medida que hemos ido acumulando años y experiencia; pero, en general, aquella necesidad imperiosa de los primeros tiempos, aquella precisión tremenda de servir de ejemplo, nos ha sido muy útil.

Partamos de una base. Nuestra disciplina emanaba del fiel cumplimiento de nuestro Código y, por consiguiente, al ser aceptada por convicción, no nos resultaba excesivamente difícil. Sabíamos que nada se nos exigía por capricho, que para cada exigencia había un justificadísimo motivo, y sabíamos asimismo que los simbólicos castigos a nuestros pecadillos: aquel llevar el pañuelo atado al brazo durante una excursión, aquel descoserse un diploma durante equis tiempo, aquel cambiar de número en la Patrulla, aquella cómica multa de cinco céntimos, eran libremente aceptados como honrado y leal reconocimiento de una falta. Sabíamos que nadie nos obligaba, que la puerta estaba abierta y que el que no estuviera conforme con nuestro sistema de vida no tenía más que irse y no volver. ¿Cómo no íbamos a cumplir nuestro credo?

Y así, poco a poco, nos fuimos autodisciplinando -siempre en nuestro concepto de riguroso cumplimiento de nuestros deberes- y fuimos procurando quedar como los mejores en nuestras clases, en nuestros talleres, en nuestras excursiones, en nuestros actos de patrulla y de Grupo, en nuestra impuesta misión de maestros de los chicos que acudían a nosotros, en nuestras familias, en toda nuestra vida.

Y hoy, al cabo de muchos años, recordamos actuaciones que entonces y a los ojos de un profano podían parecer faltas graves, pero que ajustándose a nuestro concepto seguimos considerándolas como rectas y acertadas, al lado de otras que nos avergüenzan, porque -aunque la fogosidad y la inexperiencia de la juventud puedan disculparlas- no responden a nuestro teórico modo de enfocar la disciplina. Recordemos episodios, sin clasificarlos en ninguno de los dos grupos.

Por ejemplo...

Ya hemos referido que empezamos inscritos en la Tropa de San Fernando recordemos una vez más que entonces las Tropas eran lo que hoy son los Grupos, y viceversa-, de la que ya hemos hablado y que, para nosotros, no se asemejaba, ni por el forro, a nuestro ideal de Escultismo. Su Jefe era D. X, hombre muy, muy maduro de edad -lo que hace aún más admirable su excelente deseo-, cultísimo y polifacético, persona importante en la vida social y política de su ciudad, lleno de entusiasmo, ideal y buenas intenciones, pero totalmente incapaz de llevar un Grupo Scout, a nuestro modo. Para empezar, padecía una doble hernia inguinal, lo cual, naturalmente, la imposibilitaba en absoluto para cualquier actividad física juvenil. ¡Y nosotros, profesábamos la teoría de que, a la hora *de hacer el burro el* Jefe tenía que hacerlo más que nadie! Dejemos consignado que el entusiasmo y el noble afán de D. X eran tales, que en una ocasión -antes de ingresar nosotros en su Tropa, cuando sólo estaban en ella nuestros cuatro precursores-, con sus muchos años, su doble hernia y su desentrenamiento ¡se hizo, a pie y con sus chicos, los 15 km que separan San Fernando de Cádiz! Tardaron seis horas, pero se los hizo.

Lo lastimoso -a nuestro modo de ver- era que, pese a tan magníficas condiciones, de Escultismo, de técnica, de preparación... nada. Sin duda ello no se debía sólo a su *handicap*, sino también a su bondad, que le impedía ser *duro* cuando preciso hubiera sido, y a la psicología del puñado -exiguo de chicos que había logrado reunir y a los que, indudablemente, no interesaban ni las enseñanzas, ni la moral, ni nada de ninguna de las tres facetas. Con pasarse los domingos jugando al fútbol en la finquita de D. X habían cumplido todas sus aspiraciones.

Para nosotros, que habitábamos a 13 km. largos de El Jardinillo -nombre de la finca, constituida por una casita y un cuadrado de tierra llana, de 50 ó 60 metros de lado, bordeado por una hilera de eucaliptos-, el desplazarnos hasta allí suponía una grave servidumbre de tiempo perdido en la marcha -entre unas cosas y otras, 3 horas de ida y otras tantas de vuelta- y un día entero totalmente inútil para lo que nosotros creíamos que debía ser *nuestro* Escultismo. En cuanto a ir en el tranvía interurbano, ¡ni pensarlo! ¡Buenos eran los tiempos para soñar en que nuestras familias, pudiesen o no, se permitieran semejante dispendio! En aquella época se consideraba como norma

fundamental de la educación familiar que el muchacho no dispusiera de dinero.

Y aquí entran nuestros conceptos de obediencia y disciplina. Por obediencia estábamos obligados a soportar aquel plan, que nos repugnaba. La moral escultista, claro- de aquellos chicos ¡era tan distinta de la nuestra! Por disciplina y según nuestra idea, debíamos hacer lo que debiéramos hacer con la mira en el ideal scout. ¿Qué ocurrió? Que empezamos a faltar a El Jardinillo y a ir a Torregorda ¡solos!, para allí dedicarnos a trabajar de verdad e intensamente.

D. X se indignaba, nos amenazaba con expulsarnos de la Institución. Cuando de vez en cuando aparecíamos por San Fernando, de paso para una excursión o campamento e íbamos a visitarle y a ofrecerle nuestros respetos (sin ironía, ¿eh?, que conste. No estábamos de acuerdo con su sistema, pero respetábamos su persona y su ideal), la bronca era de apoteosis, agravada por el hecho, dolorosísimo para él, de que su Tropa había desaparecido. Eramos, por entonces, y hablamos ya del otoño de 1927, los únicos exploradores que le quedaban. Para encrespase con nosotros, D. X se basaba en que no teníamos Instructores en edad reglamentaria. Tenía toda la razón, reglamento en mano. Pero para nosotros el ideal nuestro y los resultados que íbamos obteniendo justificaban nuestra postura. Luego ya tuvimos scouters reglamentarios y la tensión, naturalmente, bajó un poco, aunque siempre existía el *complejo Jardinillo*. Luego, desaparecieron los scouters mayores de edad y volvimos a las mismas.

Y al final... El final fue terriblemente conmovedor y demostrativo. A principios de la primavera de 1928 invitamos a D. X a que, como Jefe nuestro, fuese un domingo a Torregorda a inspeccionar nuestro diminuto Grupo. Nunca podremos olvidar aquello. La entrada de Torregorda daba a un largo paseo o avenida, bordeado de arbustos y al que se accedía desde la carretera por unas escaleras descendentes. A media mañana llegó D. X, muy *de uñas*, como era lógico, en el tranvía. Nuestro Guía, en funciones de Jefe de Grupo, le esperaba en la carretera. En el paseo central formaban los 25 ó 30 muchachos que eran, entonces, todos nuestros efectivos, perfectamente uniformados, impecables, de magnífico aspecto scout, sus pantalones cortos, sus mangas al codo, sus pañuelos garbosamente colocados sobre un cuello abierto y, por supuesto, sus clásicos sombreros. A sus lados, y ya en campo inculto, las

instalaciones, los equipos colgando de los trípodes, todo en orden y sin mácula. D. X se asomó a lo alto de la escalera, vio aquello, vio que, a una señal de brazo y, como la mejor guardia prusiana de honor, los scouts le formaban arco de honor con los bordones, ¡y se echó a llorar! Con sus barbas, con sus polainas, con sus canas. A llorar con profundos sollozos, a cubrirse el rostro con las manos y a gemir entre lágrimas: «¡No merezco esto! ¡No merezco esto!». Indudablemente veía allí lo que él hubiera querido y no pudo hacer.

Allí acabaron los malentendidos, las regañinas y el enarbolar el Reglamento. Nos felicitó, nos regaló todo el material de que disponía, (que nos constaba que, a lo largo del tiempo, había salido de su particular bolsillo), entre él dos tiendas canadienses que eran para nosotros un inasequible sueño. Desde entonces y en lo sucesivo, su cargo oficial, su apoyo y su incondicional amistad fueron nuestros por completo. ¡Cómo apreciamos hoy, después de haberle hecho rabiar tanto, su entusiasmo y su gran corazón!

Hubo, a lo largo de nuestra historia, más casos en que sobrepusimos la disciplina -esa disciplina tan personalmente entendida- a la obediencia. Unos, intrascendentes, otros, no tanto. Por ejemplo: nos permitimos alterar el uniforme. Por nuestro clima, el pantalón de pana y la camisa de franela no eran prácticos. Y pensando en lograr una mayor efectividad para nuestras actividades, los sustituimos por prendas de algodón. Pero, eso sí, con las formas y colores estrictamente reglamentarios. Más adelante, y para invierno, llevamos uniformes de lana. Y siempre procuramos exaltar la presentación y la bizarría de nuestros exploradores. Es una pequeña vanagloria, pero podemos permitirnosla. La iconografía de nuestro archivo demuestra que la nuestra fue una Tropa verdaderamente *elegante*. Ello tenía mucha importancia, cara al público, en una época en que los exploradores eran objeto de chacota. Y nos hicimos respetar. Por otra parte, nuestra elegancia no era obstáculo para que física y moralmente procurásemos ser buenos scouts. Asimismo y por idénticas razones llevábamos el pañuelo por debajo del cuello de la camisa -ésta abierta, por supuesto- y la verdad es que, cuando nos visitó Baden Powell, no puso ningún reparo a nuestra uniformidad.

Llegados aquí, dejando por un momento nuestra historia, permítasenos hacer un comentario sobre la uniformidad. Hoy, y con gran dolor por nuestra parte, asistimos a una completa anarquía en este campo. Ni chicos ni scouters -aunque respecto a los chicos

habría mucho que hablar, y ya lo hemos hecho en otro lugar- se dan cuenta de lo que la uniformidad supone. La gente, y al decir *la gente* nos referimos a los ajenos a nosotros, se guía instintivamente por la primera impresión. No entremos a discutir si ello es justo o no -que no lo es-, pero *es así*. Y esa primera impresión la da el aspecto externo. Un refrán español, repleto, como todos, de profunda sabiduría popular, dice que *bajo una mala capa se oculta un buen bebedor*. Pero el público, lo primero que ve es la capa y por ella juzga. Ya hemos dicho en otro lugar que a nosotros nuestra correcta presentación nos abrió muchas puertas, y, lo que es más importante, *nos las mantuvo abiertas*. Pero hay otra cosa. Nuestro clásico uniforme es auténticamente *elegante*, si se sabe llevar. Comparad el garbo de un muchacho con su pantalón bien cortado, junto al desgachado e incómodo tejano, y... bueno, ¿para qué vamos a hablar más? Añadamos tan sólo que, en aquellos tiempos, cuando se nos ocurría alguna modificación en uniforme o en saludos, gestos, etc., seleccionábamos dos o tres de los chicos mejor plantados y lo ensayábamos en ellos. Luego, decidíamos. Y nunca hemos tenido que arrepentirnos de lo entonces hecho.

Volvamos a la historia.

Otro conflicto obediencia-disciplina fue la renovación de nuestro Consejo Local o de Alto Patronato. Al constituirmos en Tropa ya reglamentariamente registrada, en 1928, logramos un consejo de verdadero brillo pero, como era lógico, bastante inoperante. Lo integraban personas de auténtico relieve -su Presidente era Pemán, el insigne escritor y, entonces, persona de significación política- pero, en parte por sus muchas ocupaciones, y en parte por desconocimiento de nuestra Institución, sin contar el poco interés por enterarse, la verdad es que aquellas personalidades se preocupaban muy poco por nosotros, en buena parte por culpa nuestra, ya que, excesivamente jóvenes, no sabíamos pedir ni hacernos valer. En otro lugar referimos cómo pudimos conseguir el apoyo económico y moral de don Elías Ahuja, y cómo, cuando don Elías se hubo convencido de que *aquello* valía la pena de ser apoyado, nos puso ¡a nosotros, jovencillos de muy pocos años y ningún relieve social! la condición de eliminar el Consejo para poner en su lugar al que él patrocinase. Y lo hicimos, pero ¡cómo! Hoy, ya con horas de vuelo, sin duda se nos hubiera ocurrido o bien pedir al miembro con el que más confianza tuviéramos que propusiese la dimisión colectiva, o bien buscar a alguien que

hiciese la gestión por nosotros. Entonces, en cambio, no se nos ocurrió sino ir derechos al bulto y pedirselo a los componentes en pleno, y en sesión. Hemos de reconocer que el fino tacto de Pemán y su clara inteligencia, que le hizo coger al vuelo la idea y las circunstancias, nos facilitaron mucho *el trago*. Pero trago fue, y gordo, y lo pasamos con las miras puestas en el beneficio de la Institución.

Y, por fin, en 1932, a poco de proclamada la República y ante la dimisión, casi en pleno, del Consejo Nacional, tres kanguros -por supuesto que pagándose de su propio y escaso peculio los gastos que ello ocasionara- con las miras puestas exclusivamente en el porvenir de la Institución, se impusieron la tarea de visitar a los Jefes Scouts de las distintas ciudades españolas para conseguir la normalización de un nuevo Organismo Directivo Nacional. Y bastó una suave advertencia del Jefe Scout de una de las tres primeras e importantes capitales visitadas, persona que nos conocía desde 1929, para que abandonáramos la misión que nos habíamos impuesto. Disciplina y obediencia razonadas. Hoy, al recordar aquello, no podemos por menos de evocar que, en algunos medios, los tres kanguros que realizaban aquel peregrinaje fueron calificados de exploradores comunistas. No cabe duda de que nuestro concepto no todo el mundo lo comprende. Y no nos extraña. Sin embargo, podemos creer hoy que aquella misión voluntariamente impuesta para hacer lo que había que hacer, sin que nadie nos lo mandase, dio su fruto. A los pocos meses había ya nuevo Consejo Nacional. Y líbrenos Dios de la presunción de creer que fue por nuestra actuación. Lo hubo, y nos basta. ¿Nos equivocamos?, ¿estuvimos en lo cierto? Juzgue quien lea.

Pero, como decíamos antes, no todo fue tan elevado. Hoy reconocemos que no siempre supimos obrar con esta nobleza y esta alteza de ideales. Hoy nos avergüenza recordar que, siempre llevados por nuestro afán de perfección, no supimos situarnos adecuadamente ante la falta de preparación de quien acudía a nosotros lleno de buena intención, pero con una falta absoluta de técnica. Sirvan esta confesión y este bochorno como reparación a aquellas personas y como exponente del riesgo indudable que lleva consigo la aplicación de nuestros conceptos. ¿Quién es capaz de creerse infalible al juzgar si hace, o no, lo que debe? Pero sigamos la historia. Hubo dos jóvenes -para nosotros, y entonces, dos hombres hechos y derechos- que se ofrecieron para ser Instructores (scouters) en aquellos difíciles

tiempos de 1928-29. J. B. y L. A. Los dos eran hombres llenos de ideal y de buena voluntad. Pero nosotros éramos muy jóvenes, estábamos muy crudos y, lógicamente, éramos santamente intolerantes. Y ante sus fallos, ¡tan humanos!, no tuvimos indulgencia y, si bien no les pusimos inconvenientes ni zancadillas, no les prestamos la amplia colaboración que se merecían. Sírvanos de excusa nuestra juventud inexperta, sírvannos de justificación nuestro celo y nuestro entusiasmo, y conste aquí, para el lector actual, que todo lo que acabamos de confesar se refiere tan sólo a los puestos de instructores. B. y A. fueron siempre excelente camaradas nuestros, lo siguen siendo a medio siglo de distancia y nos seguimos queriendo entrañablemente. Y terminemos el capítulo.

¿Beneficios de nuestro concepto de la disciplina? ¿Para qué enumerarlos? En primer lugar, esa satisfacción indecible del deber cumplido, y el haber sabido obrar en todo terreno -familiar, profesional, social- de modo algo distinto a la generalidad, conquistando con ello aprecio y respeto. Y luego, ¡tantos! La simplificación de órdenes y consignas, por ejemplo, así como la comodidad y la eficiencia que suponen una *automática* distribución y aceptación del trabajo. Lo mismo que, al llegar a una estación de ferrocarril, en una excursión, *con o sin indicación del guía*, uno se encargaba de los billetes, otro de la facturación, otro de acomodar equipajes, otro de reservar asientos, etc. la disciplina nos ha servido para facilitar todos los quehaceres de la vida. Para acabar con el tema, citaremos un ejemplo, gracioso y a la vez demostrativo, de que no todo el mundo es capaz de comprender o asimilar este modo de interpretar el difícil concepto que nos ocupa.

Julio de 1965, en la Selva. En reunión de patrulla se dan los últimos toques a la organización de nuestra peregrinación a Santiago. Asisten como espectadores el hijo y un sobrino del Guía, ambos muchachos de más de 20 años, cultos, universitarios, formados, ¡y scouts!. El ambiente es el clásico del kanguro. Todo está ya ultimado, nos las prometemos muy felices luego lo fueron aún más- y el típico humor de la Patrulla brilla en todo su esplendor. Todo son bromas, chistes y alegría. El Guía, como encargado de ello, lee el programa de etapas y el consiguiente horario y *aparentemente* nadie le hace maldito el caso.

Al irse cada mochuelo a su olivo, el Guía pregunta a su sobrino, que asistía por primera vez a un acto de nuestra Patrulla, qué le ha

parecido ésta. Respuesta: «Como todas las patrullas. El Guía y el Subguía son los que trabajan y los demás no hacen más que bromear». Contrarréplica certísima: «¡Qué equivocado estás! Hace meses que, sin bromas, nos repartimos el trabajo y cada uno de nosotros sabe sin ninguna duda que cada cual ha cumplido su cometido. Y por ello nos podemos permitir el lujo de que en apariencia estemos de broma; porque cada cual sabe, por ejemplo, que no tiene en absoluto que preocuparse por problemas de administración porque, como Sachem del Tesoro, Pantera lo hará todo sin que él tenga que hacer otra cosa que entregar la cantidad que se le pida; ni del equipo, porque, en su momento, Ojo de Lince le dará una lista que sólo tendrá que seguir; ni de pasaportes, porque Oyaha-Ke lo tendrá todo resuelto. Y así todos los detalles. En cuanto a mí, saben que horarios, distancias y visitas turísticas estarán absolutamente estudiados y correctos. Y, claro, ni discuten, ni opinan, porque están seguros de que no hay nada sobre qué opinar ni discutir».

Esa es una muestra de nuestra disciplina, que, como dice uno de nosotros, *no es una carga, porque se desea tenerla*.

7. Las grandes comanchadas

El ser comanche no es sólo estar endurecido y curtido físicamente. Hay que lograr también la moral del guerrero.

(Metas del Kanguro, 1927)

Desde el mismísimo principio tuvimos que empezar una dura formación física. El imperativo geográfico nos imponía una marcha previa considerable si queríamos llegar a sitio en que pudiéramos considerarnos en el campo.

Nuestras dos o tres primeras excursiones fueron a los glacis del Fuerte de La Cortadura -el que levantaron los gaditanos en 1808, con las tropas francesas a la vista, y para que fuese la última barrera. Está a 5 Km. escasos de Cádiz-, o al Balneario de la Victoria que, en aquella época y fuera de temporada oficial, había de estar totalmente desierto. Es decir, que se trataba de unas modestas marchas de 4 ó 5 km.. y otros tantos a la vuelta.

Pero aquello no podía satisfacernos. En 20 km. de trayecto hacia la Península no hay más vegetación que la raquítica de Torregorda o los escasos eucaliptos de El Jardinillo. Y nosotros queríamos campo, campo de verdad, con árboles, con matorrales, con accidentes de terreno. La playa, vasta extensión de 20 Km. al cabo de los cuales la corta la Ría de Sancti Petri, tras la cual y a lo largo de otros 6 continúa el arenal, estaba bien para algún día que otro, pero en ella, por su llanura y por su suelo, no podían hacerse las mil prácticas que nosotros soñábamos.

De El Jardinillo ya hemos hablado. No era que no nos sirviera; era que nos repelía. Y no obstante, allá tuvimos que empezar a ir, a pie, en cuanto la Patrulla estuvo organizada. Total, 26 km de ida y vuelta.

Luego, descubrimos Torregorda. Primero en el exterior. Allá crecía media docena de arbustos que en la Región son llamados *transparentes* y a su amparo ya se podía montar algo parecido a un campamento, pasar una noche -durmiendo, por supuesto, al aire libre y con el mar al lado-, cocinar, montar un mástil, pese al inconveniente del suelo de arena blanda. Aquello empezaba a parecerse a nuestro sueño.

Luego logramos el permiso de acampar en el interior del Polígono, con lo cual salimos ganando muchísimo, ya que la extensión del terreno era mucho mayor, teníamos agua potable a discreción, los transparentes eran más numerosos e incluso brindaban gratos *guariches* de patrulla, y estábamos aislados de posibles visitantes enojosos o simplemente molestos. Un buen día, en la playa y mientras nos bañábamos, nos habían robado la comida de las mochilas.

Pero seguíamos anhelando algo que se pareciera a bosque. Y, naturalmente, surgió el primer campamento que la Patrulla organizó. Tenía que ser campamento de varios días, porque la distancia a recorrer para llegar al primer pinar era de 30 km algo escasos, los primeros diez por carretera y los restantes por la vía férrea y, por consiguiente, no daba tiempo para hacer una excursión de un solo día, aun suponiéndonos capaces de hacer 60 km. en la jornada. Nosotros, optimistas, sí que nos creíamos capaces de ello.

Aquella fue nuestra primera comanchada. No teníamos equipos ni material de acampada, luego había que suplir con el espíritu, de modo que fue comanchada a la fuerza. Así, previa una cuidadosa organización que nos llevó muchas jornadas de trabajo en La Selva, salimos un día feliz para nuestro ansiado paraíso. Desde luego, y con arreglo a nuestro lema, el campamento no era sólo del kanguro, sino de todo el Grupo -tres patrullas-. La organización sí que era exclusivamente nuestra.

Las mochilas pesaban, la que menos, 15 Kg. En ellas iba de todo; la manta, la primera comida fiambre, el material de cocina, las cuerdas, los víveres para los tres días ya que íbamos a estar aislados de todo núcleo de población, la cantimplora llena de agua, ya que en la marcha no había donde tomarla, el escaso material de zapa, todo. Ahora que, eso sí, salvo las de media docena de afortunados, las demás no eran mochilas, sino la manta que sería lecho y cobertor del propietario, convertida en saco y portada mediante cuerdas. A la

primera hora de marcha, aún era soportable aquello. Luego, las cuerdas empezaban a hundirse en los hombros y de ahí los pañuelos, los papeles doblados o lo que iniciativa del *sherpa* imaginaba para aliviar el suplicio.

Y así 30 Km, en agosto, bajo un sol de justicia y para muchachos sin entrenamiento y con una corta preparación. Pero se hizo, y se hizo bien. Nadie se quejó y todos llegaron rebosando entusiasmo. El campamento fue gozoso e inolvidable, pese a las inevitables consecuencias de la novatada, a la paella pegada o a la carne socarrada o a las patatas medio crudas, pese a que, por no saber envolverse, se amaneciera sin manta, pese al rudo trabajo desacostumbrado, y pese a los 30 Km del regreso en condiciones muy parecidas a las de la ida, porque lo único que había desaparecido de los equipos era la comida ingerida.

Los circuitos de los 60

Fueron una de las pruebas tradicionales de la Tropa, aunque los dos primeros fueran exclusivamente del Kanguro. Y hay que confesar que la idea no fue nuestra.

Junio de 1927. Jefe de Tropa don Angel Luis Varea. El cual una tarde se nos presenta en La Selva y nos dice que se le ha ocurrido que hagamos, con él, por supuesto, una pequeña proeza física: una marcha de 60 Km. Y que va a ver si somos comanches o no lo somos...No hay ni que decir que la idea cuajó desde el primer momento. Ya don Angel nos habla dado un esquema del posible itinerario y no quedó más que estudiarlo sobre el plano, calcular distancias, preparar equipo y llevarlo a cabo. ¡Pues claro que se vería que éramos comanches!

Lástima que no pudiera ir la patrulla en pleno. Por motivos profesionales de don Angel, la marcha había de hacerse en día lectivo y ello impedía la asistencia de todo el que no fuera estudiante en vacaciones veraniegas. Y por tal motivo aquel primer circuito lo hicieron, con don Angel, solamente Mukoki, Satanta y Akela.

Siempre por los mismos motivos profesionales salimos a las doce en punto. Llegamos prácticamente de un tirón a la orilla del Sancti Petri (20 Km.), donde buscamos y hallamos- barca que nos transbordara. De allí, por la playa a La Barrosa, y de ella, a Chiclana,

que cruzamos sin detenernos; cenar y dormir, ya con la satisfacción de que *aquello* estaba hecho, en los pinares entre Chiclana y San Fernando. A la mañana siguiente, ¡a Cádiz! Eran 60 Km. justo y a las 12'30 cruzábamos la línea de salida. Cansados, sí (el comentario de Akela a la primera pregunta de los kanguros que ansiosos nos esperaban, fue: «Estupendo, pero es muy duro»), pero satisfechísimos y orgullosísimos. Habíamos invertido 24 horas y media, lo habíamos hecho con equipo por todo lo alto, y habíamos podido y sabido hacerlo.

Aquello nos gustó tanto que, luego de relatar la marcha con pelos y señales en La Selva, acordamos repetirla mejorando la marca. Y ya el segundo circuito lo hicimos solos, pues hacía muchos meses que don Angel había cambiado de destino.

Como siempre, lo hecho nos sirvió de estudio y de lección. Estábamos convencidos de que, cuando llegara el momento, que sería en Primavera o Verano de 1928, es decir, con un año por delante para perfeccionarnos, íbamos a estar en condiciones físicas de hacer el recorrido sin dormir a mitad de él. Ello nos permitiría dos cosas: acortar el tiempo y aligerar el equipo. Y así fue. Este segundo circuito, con el mismo recorrido que el primero, lo hizo ya la Patrulla, sola y completa, y en 15 horas y media. Era una excelente marca.

Luego, al año siguiente, aquello ya se había convertido en tradición y no fue nuestra Patrulla sola la que hizo la marcha. Desde aquel año el Circuito se transformó en una marcha nocturna por patrullas y la marca de la nuestra en aquel nuestro tercer Circuito fue, exactamente, de doce horas.

No está nada mal. Si la marcha humana, a buen paso, es de seis kilómetros hora, es evidente que se necesita un mínimo de diez horas, suponiendo -y es mucho suponer- que se sea capaz de mantener el ritmo de marcha sin variación. Y los que lo hemos hecho podemos dar fe de que los últimos 10 Km *pesan lo suyo*. Pero luego pudimos ver que nuestra marcha era aún más rápida, pues logramos batir la ya extraordinaria marca de las 12 horas a costa de suprimir las dos que, repartidas a lo largo del itinerario, se invertían en descansos. En efecto, en 1932, ya ausente de Cádiz el Guía, el resto de la Patrulla hizo el Circuito (esta vez Cádiz-Puerto Real-Cádiz) en la increíble cifra de ocho horas y cuarenta y tres minutos.

También terminada la guerra, en esa etapa del Kanguro que ya hemos relatado, volvimos a recorrer nuestro tradicional Circuito. Se

hizo algunas veces más, aunque ya entonces sin afanes de horario y sin asistencia de toda la Patrulla.

Todas las veces anteriores a la guerra se hizo la marcha con equipo, y siempre, incluso las posteriores a la guerra, regresamos en perfectas condiciones físicas.

El desafío de la academia G.E.

Es, probablemente, la comanchada que recordamos con más cariño, por lo que fue y por lo que significó. Su historia es divertidamente aleccionadora y merece ser relatada con alguna extensión. En primer lugar, describamos el ambiente.

En aquella época, hablamos ahora de 1928, los scouts eran objeto de burla en todas partes. Muy pocos eran capaces -sin pertenecer a la Institución- de comprender lo que ésta representaba y cuál era su maravillosa misión educativa y formativa. Recordemos las despectivas e hirientes frases que le dedicaban, por ejemplo, mentes tan preclaras en otros aspectos como las de Unamuno y Fernández Flórez.

Cádiz no podía ser la excepción. Y así llegó a nuestros oídos, con la consiguiente indignación de sus propietarios, que los alumnos de la Academia G.E., una academia particular de preparación para ingreso en las militares, nos habían compuesto una canción burlesca -por cierto, con la música del tango-cuplé *Fumando espero*. No éramos sólo nosotros los autores de letras y rateros de música, por lo visto -en la que decían, entre otras cosas, que presumíamos de andar, pero que, en realidad, tomábamos el tranvía en las afueras de Cádiz. ¡A nosotros, con nuestro Circuito de los 60 a cuestas y sin una perra gorda para tranvía! Sangriento, verdaderamente.

Se discutió el caso y hubo pareceres para todos los gustos. Quién proponía, sencillamente, pegarse con los sarcásticos cantores; quién poner el magín en prensa y componer una canción-respuesta - las canciones protesta estaban aún muy lejos, por suerte-, y al fin triunfó la idea del reto. El decir que no andábamos parecía llevar implícita la idea de que ellos sí que lo hacían. ¡Pues, a verlo! Se les envió un auténtico cartel de desafío, una carta correctísimamente escrita, en la que se les proponía que un equipo suyo hiciera una marcha con nosotros, a ver quién lo hacía mejor. Naturalmente se

dejaban a su completa elección fecha, itinerario, horario y todas las circunstancias del caso.

La respuesta no se hizo esperar: aceptaban. Nos proponían una marcha a Puerto Real y regreso -para nosotros era, sencillamente, un Circuito de los 60- y nos enviaban, con la respuesta y los planes, un precioso croquis del recorrido en el que se veía a la legua la excelente preparación topográfico de los futuros oficiales. ¡Hasta venía en primorosos colores! El hecho de que fuera absolutamente innecesario, pues el recorrido era exactamente, por carretera y vía férrea, no le quitaba un ápice de mérito.

Y empezó el episodio. A las siete de la mañana de un espléndido día de verano y ante la puerta del Ayuntamiento coincidimos, por la Patrulla, Akela, Ojo de Lince, Tigre Pardo y Mukoki, y por la Academia, cuatro muchachos más o menos de nuestra edad y cuyos nombres no llegamos a saber. Nosotros llevábamos nuestro equipo, aligerado al máximo: uniforme, bordón y mochila estrictamente con una comida. Ellos primer error- paquetes en la mano, paquetes que, deportivamente, se negaron a que les lleváramos nosotros en las mochilas.

A la primera campanada de las 7, salimos. Nosotros habíamos pensado siempre en una marcha amistosa, todos juntos, pero ellos prefirieron ir por su lado y, naturalmente, accedimos a ello.

Detrás de nosotros quedaba la ansiosa expectación del resto de la Patrulla, que, de un lado por quehaceres, y de otro por no enviar más participantes que nuestros rivales, no asistía a la competición. No era menor la expectación del resto del Grupo. Nadie dudaba que cubriríamos la prueba. Pero ello no nos bastaba. Había que quedar mejor y aquellos aspirantes a oficiales podían resultar durillos de pelar. Suponíamos que con vistas a las oposiciones de ingreso harían un riguroso entrenamiento físico.

La salida de Cádiz empieza con una señora cuesta que arranca del borde del muelle y muere en la Puerta de Tierra. Nosotros empezamos nuestra jornada con nuestro habitual ritmo de siempre, mientras que ellos arrancaron con unos bríos indescriptibles y nos dejaron muy atrás rápidamente. «Ya sois nuestros», nos dijimos. «Ya sois nuestros, porque veremos lo que os pasa cuando llevéis unos cuantos kilómetros a ese compás ... »

En efecto, antes de cubrir cuatro kilómetros, siempre nosotros en fila india y a nuestro paso, les adelantamos -ellos por el lado

derecho de la carretera, nosotros por el izquierdo y les fuimos perdiendo de vista. Para nosotros, los 15 km. a San Fernando eran un juego de niños. Los hicimos sin darnos cuenta, dejamos atrás la Ciudad del Observatorio, y a dos o tres kilómetros de ella y ya en la vía del tren, hicimos la primera parada para descansar y reponer fuerzas. Habíamos experimentado ya otras veces que con desayuno ligero no se anda bien si la marcha es larga.

25 minutos más tarde nos alcanzaban ellos. Cuando llegaron a nuestra altura, el panorama que pudieron ver era el siguiente: el Guía acababa un desayuno de tenedor que se había cocinado en su escudillómetro; los demás, que ya habían terminado los suyos, reposaban tranquilamente entretenidos en una buena charla. Los cuatro caminantes, ya bastante derrengadillos, nos miraron muy asombrados -por lo visto no comprendían que *perdiéramos el tiempo* en descansar o nos daban ya por agotados- y, tras un breve saludo, siguieron su marcha, ya con mucho menos brío que al principio. Nosotros acabamos, recogimos, nos pusimos en camino... y en los 13 ó 14 Km que nos faltaban para el Pinar de Las Canteras, les sacamos ya hora y media de ventaja.

A las doce y media estábamos en las Canteras. Nuestra ya larga experiencia nos decía la que nos esperaba a la tarde, de modo que en cuanto llegamos nos tumbamos en el suelo, descalzos y con los pies más altos que las caderas comimos azúcar, esperamos tumbados a que llegara la hora de comer y tumbados consumimos la comida de nuestras mochilas.

A las dos llegaron *ellos*. Y aunque les aconsejamos que imitaran nuestro ejemplo, cometieron el error de irse al pueblo a tomar un aperitivo, a comer y a beber algo, y no agua. Y a partir de aquí, nunca más se supo, como se dice ahora.

A las tres de la tarde y puntualmente con arreglo al plan que habían propuesto, nosotros emprendimos el regreso. Fue una de las marchas más duras y agotadoras de nuestra vida. Hacía calor, un señor calor. Al principio íbamos entre los taludes de la vía, bastante altos en aquel lugar, y aquello era un horno. El sudor nos escurría a chorro de la nariz al suelo, literalmente. No hablábamos, no bromeábamos, no pensábamos ni siquiera en cantar. Todas nuestras energías se concentraban en andar. Llevábamos en nuestras piernas la negra honrilla del Kanguro.

Poco a poco fue cayendo la tarde y suavizándose la temperatura. La marcha se hacía más llevadera y fue aún más suave cuando nos acercamos a la orilla del mar y nos acarició la brisa. Y poco queda que contar. Con un par de descansos breves, a las ocho de la noche entrábamos en Cádiz. A pie fuimos a nuestras respectivas casas, nos cambiamos de ropa, cenamos, y a las diez, como nos habíamos propuesto, estábamos paseando en la Plaza de Mina, lugar de paseo veraniego de la ciudad en pleno. La verdad es que no teníamos, a aquellas alturas, demasiada gana de pascitos... pero en la Plaza estaban toda la exigua Tropa scout y toda la Academia, *a ver qué había pasado*. Y a fe que ni unos ni otros quedaron defraudados.

Luego supimos que los cuatro del grupo rival se arrastraron penosamente -valga la frase, que refleja bastante exactamente lo ocurrido- hasta San Fernando a donde llegaron ya muy avanzada la noche, y allí tomaron el tranvía para Cádiz.

No se volvió a cantar la cancioncita de marras.

Los diplomas de Vagador

Los fuimos haciendo todos como condición impuesta para tomar parte en la expedición a Lieja. Aquella condición fue el factor desencadenante, pues la verdad es que hacía mucho tiempo que todos los Kanguros estábamos deseando ostentar el diploma cuadrado, pero por unos u otros motivos, nunca llegaba la ocasión de echarse al campo. No se nos oculta que hoy este diploma puede parecer algo sin nada de particular, pero volvemos a lo de siempre; a que referimos hechos y cosas de, ¡ay!, muchos años atrás. Y entonces el diploma de Vagador era todo un título de *comanche* según nuestra particular terminología. Este diploma -especialidad, diríamos ahora- era característico de la Tropa de Zaragoza y no figuraba en la Cartilla de Especialidades (los franceses sí tenían algo parecido, el de Explorador, que era, más o menos, un Vagador de 15 días en vez de tres). E indiscutiblemente constituía un reconocimiento oficial de que su portador era un scout apto y de cuerpo entero. Las pruebas eran las siguientes:

1.- Hacer, completamente solo, una excursión de tres días con sus noches.

2.- *Llevar consigo los alimentos necesarios para los tres días o, en su caso, procurárselos en la Naturaleza. No se podía comprar nada para comer durante la realización de la prueba.*

3.- No hablar con nadie durante la marcha, aunque sí se podía hacer estando parado.

4.- *Recorrer un mínimo de 10 km. a pie diariamente, ó 30 si el diploma se hace en bicicleta.*

5.- *Presentar la reseña de la prueba y el croquis topográfico del recorrido hecho durante ella.*

6.- Comer caliente por lo menos dos veces al día.

7.- Regresar sin ampollas en los pies ni descomposición de vientre.

Sería interminable dar la descripción de cada uno de los diplomas. Por otra parte, ya a aquellas alturas esos tres días de vida comanche y solitaria no representaban el menor esfuerzo para ninguno. Señalaremos únicamente que todos hicimos unos 60 km. de recorrido total y que, más o menos, todos fuimos sobre el Circuito de los 60.

Marchas a Jerez

Físicamente eran algo muy similar a lo ya referido. Pero escultistamente tenían mucha más significación. En Jerez había scouts y la visita era un magnífico momento de convivencia, de aprender, de enseñar -modestia aparte, y a nuestros años bien podemos permitirnos esta presunción-, y de hacer visitas culturales de Arte e Historia.

La primera fue hacia la Semana Santa de 1928. Lo hizo el Kanguro solo y completo. Como siempre, todo se había preparado y planeado cuidadosamente, desde el itinerario hasta el equipo y, por supuesto, nos habíamos puesto previamente en contacto con los camaradas de Jerez, en cuyo local nos íbamos a alojar y que se desvivieron por atendernos.

Nuestro entusiasmo era indescriptible. Era la primera vez que la Patrulla se iba a presentar ante otras de otros sitios y estábamos dispuestos a echar el resto para dejar a nuestro banderín a buena altura. En las dos o tres semanas anteriores a la partida, no hablábamos de otra cosa. Bien en La Selva, o bien en aquellos

inolvidables paseos nocturnos, todo se nos volvía dar vueltas y revueltas a los planes ya hechos y procurar introducir mejoras en ellos. Y también hubo, ¡cómo no!, sus golpes de humor y broma. Como pensábamos en todo o, al menos, así nos parecía, también hubo largas cábalas sobre la marcha en sí: horario, ritmo, etc. Al comentario de uno de nosotros que, a propósito de ese ritmo que acabamos de citar, se dejó decir: «A Jerez hay que llevar un paso», replicó rápido (¿Quién, si no?) Oluski: «Sí. El de los Afligidos», que es el *Paso* mayor y más pesado de la Semana Santa Gaditana...

Y llegó el ansiado momento. A las doce en punto de la noche, a la primera campanada del reloj del Ayuntamiento, la Patrulla, en fila india, se puso en marcha. Este pequeño ceremonial pasó desde entonces a ser tradicional. Era realmente bonito ver salir de tal modo a las patrullas cuando llegaba la ocasión.

A las 13 h llegábamos a la Azucarera de El Portal, a 7 km. de Jerez, a la cual acudieron los jerezanos a recibirnos. Con el detalle de que tuvimos que esperarles un buen rato la cita estaba convenida- porque no contaban con que llegaríamos tan pronto. Los tres días que pasamos fueron inolvidables y durante ellos quedaron establecidos lazos de amistades que aún perduran. Para nosotros tuvieron la honda significación, ya antes apuntada, de que en ellos se verificaba el primer acto de la Patrulla como tal Patrulla Phillips y de cara al exterior y presentándose ante otro Grupo, con toda la responsabilidad que ello suponía. El recorrido fue de 50 km. largos y, por supuesto, otros tantos al regreso. Y nos convencimos de que éramos capaces de orientarnos y de manejar un plano, ya que casi la mitad del camino era -podemos decir exagerando un poco- a campo través.

Luego hubo varias marchas más a Jerez, pero ya no fueron de Patrulla, sino de Grupo. Por ello, aunque fueron organizadas y dirigidas por el Kanguro, no las creamos de este lugar.

Campamentos de Navidad

Podemos decir otro tanto. Organizados y dirigidos por el Kanguro, pero para toda la Tropa. Fueron ocho, porque al año siguiente estalló la guerra y se acabaron las actividades. Pero antes de hablar de ellos dejemos constancia de su génesis. Hubo uno que ni se numeró ni fue de Navidad, porque fue un minicampamento de tres días, concebido y realizado con vistas a estudiar las posibilidades

de aquéllos. Mukoki, en un viaje por tren, se había fijado en unos pinares, entre Puerto Real y Puerto de Santa María, los cuales, vistos desde la ventanilla, ofrecían una perspectiva alentadora. Y allá se fueron, en un Carnaval -hablamos de 1928, y entonces el Carnaval de Cádiz era famoso- Akela, Pantera, Mukoki y Aguila Astuta para comprobar sobre el terreno que el descubrimiento era muy efectivo y disfrutar, de paso, de tres días deliciosos.

Los Campamentos de Navidad se celebraban, como su nombre indica, en los días de Pascuas Navideñas, una vez pasada la Nochebuena, unos años hasta el 31 de diciembre, para que los chicos pasaran en familia la Nochevieja, y otros hasta la víspera de Reyes. Los pinares estaban a unos 40 km. de Cádiz. Hasta El Puerto íbamos en tren o en barco, y de allí al Pinar andando y tirando del carro de tropa que teníamos gracias a don Elías Ahuja.

Eran ya campamentos en regla, con tiendas, con material y con ciertas comodidades y perfeccionamientos. Letrinas, lugar de fuego de campamento, cocinas bastante bien instaladas -pero atendidas por los acampados. Nunca utilizamos cocineros profesionales-, mesa de comedor excavada en el suelo... Por supuesto todo hecho por nuestras manos y sobre el terreno. Pero estos campamentos se celebraban en diciembre, en los días más fríos del año y, a veces, con lluvias o temporales intensos. Por cierto que en el octavo se le ocurrió a alguien decir el primer día que el fuego no se apagaría durante todo el campamento, que era sagrado, y que si se apagaba se levantaba el campamento y nos volvíamos a casa. Aquello se convirtió en una especie de compromiso de honor. Fue año de lluvia y hubo que ver a los acampados levantarse a media noche -sin que nadie se lo mandara- y mantener mantas extendidas sobre el fuego.

Todo esto tiene -o tenía- un significado profundo y enorgullecedor ya que demostraba la confianza que en nosotros tenían los padres -y hablamos de padres de los años veinte al permitir a sus hijos pasar ocho días acampados ¡en diciembre! -reléase lo de Educación física- y a cargo de quienes les llevaban muy pocos años de edad.

Claro que también le echábamos cuento al asunto. Como era tiempo frío, aunque el frío fuera de margen de bahía gaditana, llevábamos a punta de lanza que la alimentación fuera más fuerte y abundante de lo ordinario ¡Y no queráis saber lo que allí se devoraba! El desayuno, por ejemplo, era de sartén, cosa totalmente

desacostumbrada en Cádiz: Par de huevos fritos con patatas, café con leche -un pozo, no un tazón- y tostadas con margarina a *discreción* (fuimos los pioneros de la margarina, cosa que espeluznaba a las madres, porque era más barata que la mantequilla), o chocolate con picatostes. Pero, ¡qué montañas de unos y otras! ¡A ver! A aquella edad y con aquel régimen de vida. Todo esto nos costaba 2,50 ptas. por día, incluido el viaje, ¡y nos sobraba dinero!

¿Anécdotas? Necesitaríamos un libro. Vayan sólo dos de muestra. Dominando ya la moderna propaganda, en el aviso que se ponía en el tablón de La Casa -el local social era y fue siempre *La Casa del explorador*- para anunciar el campamento, y con vistas a conseguir el mayor número de asistentes y ello tanto porque a más gente, mejor empleo del tiempo, como porque a más gente más dinero en bolsa- se relacionaban en letras bien gordas los atractivos del campamento, y los chicos podían leer: *¡carreras de trineos!* Y era de ver luego la cara que ponían cuando las carreras de trineos consistían en arrastrar los que se improvisaban para llevar la leña a las cocinas.

¿La otra? Una muestra del extraño humor de los pequeños. Dormía con ellos su Instructor, Aguila Astuta, y una noche, los muy piratas levantaron con todo cuidado los faldones de la tienda y los volvieron a colocar dejándole los pies a la intemperie. ¡Menudo catarro pescó el bueno de Aguila Astuta! Pero allí no hubo gritos ni represalias, y el episodio demuestra bien a las claras cuáles eran las relaciones entre los chicos y los Jefes.

Campamentos Kuí

Estos son ya de madurez. Terminada nuestra guerra, suspendidas por orden gubernamental las actividades de la Institución, y relativamente dispersa la Patrulla -item más, casados ya la mayoría de sus componentes-, el viejo espíritu persistía y el ansia del Escultismo latía vivamente en todos.

Y al llegar aquí, permítasenos un inciso para la pequeña historia. Hemos hablado repetidas veces de la época de persecución y de la de clandestinidad. Fueron consecuencia lógica de la política. El régimen no quería más organizaciones juveniles que las suyas.

Pero hay una anécdota poco conocida y que explica la aparente paradoja de que nunca fue disuelta la Institución, sino simplemente suspendidas sus actividades.

Al principio de la postguerra y en trance de organización del Nuevo Estado que de ella surgía, un buen día le metieron de embuchado al Jefe del Estado, y entre el resto de la firma, el decreto de disolución de los Exploradores de España. Pero Franco, como buen militar y buen gallego, no firmaba nada sin leerlo. Cuando le llegó *el paquete*, rompió el pliego, se limitó a decir: «No, esto no», y siguió firmando. Lo sabemos de muy buena tinta y nos hace pensar que el Jefe del Estado conocía, más o menos, algo del Escultismo.

Otra indiscreta anécdota. Pasaron los años y la Institución era ya tolerada e incluso apoyada, *pero no reconocida*. Para que fuese legalmente admitida se estaban gastando, en vano, toneladas de gestiones y de tiempo. Pues bien, en estas circunstancias, en una audiencia concedida al Jefe Supremo de la Juventud por el entonces Príncipe y hoy Rey de España, éste le dijo a aquél que a ver qué pasaba con los Exploradores, porque el Infante Felipe quería ser lobato -todos sabemos que S. M. Doña Sofía es *alguien* en el guidismo-. Al día siguiente estaba legalizada la Institución. De todo esto saben algo dos de nuestros miembros de la Orden de Akela.

Y sigamos. Era inevitable que la Patrulla, que había persistido automáticamente, mantenida y animada por el incansable Subguía, hiciese cosas. No había muchachos a que dedicarse, y por tanto, por primera vez en su historia, las hizo exclusivamente para sí misma.

Tampoco tiene nada de particular que estos campamentos nos resultasen absolutamente perfectos, para nuestro propio y personalísimo concepto. Nuestra madurez y nuestra experiencia no permitían ya otra cosa. Añadamos el que ahora no había elementos ajenos a la patrulla a qué dedicarse y el resultado tenía que ser forzosamente el que fue. Imagina aquí, lector, lo que podían dar de sí unos hombres ya hechos, hartos de realizar marchas y acampadas y, por si fuera poco, con la experiencia de tres años de frente de combate y, para que nada falte, añade alguna vez la presencia de unas esposas que no necesitan calificativos-, y comprenderás que empezábamos a percibir los dividendos de nuestra labor de años anteriores.

La reseña de estos campamentos ocupa un voluminoso libro en nuestro archivo. Y ese libro está asimismo, con sus fotos y sus dibujos, con sus planes y sus listas de equipo, en casa de cada uno de nosotros. Porque Ojo de Lince se tomó el trabajo *-Los míos antes que yo-* de hacer las copias precisas para que lo tuviéramos todos. No podemos detallar aquí campamento por campamento. Nos limitaremos a dar una escueta enumeración de ellos.

1.- 1940. Asisten Mukoki, Pantera, Ojo de Lince, Oyaha-Kc... y Soat Saki y Nato Saki, esposas de Ojo de Lince y Pantera. Son tiempos inmediatamente posteriores a la guerra, Akela está destinado en Canarias, Oluski anda por Galicia. Shere no está en Cádiz, Pie Ligerero no puede abandonar su imprenta o, mejor dicho, la de su padre, Tigre Pardo está colocado en Madrid. Lugar del campamento: la maravillosa y agreste Serranía de Ronda, que, por cierto, en aquella época abundaba *en guerrilleros*, residuos del vencido ejército gubernamental. Cuatro días de campamento volante sencillamente maravillosos de paisaje, de vida, de todo.

2.-1941. Por las circunstancias, solamente dos días. No fue un éxito. Asistieron cuatro agregados, antiguos exploradores del Grupo, y no supieron asimilar nuestro espíritu de *kanguros*. No fue un fracaso, no se pasó mal, pero no fue lo planeado.

3.- *Cinco días. Asisten Akela, Ojo de Lince, Pantera, OyahaKe, Pie Ligerero y Mukoki. Marcha en bicicletas. Se había planeado un campamento volante, pero al primer día, el estado de salud de Akela, muy resentido a consecuencia de la guerra, nos indujo a cambiar el plan. Estuvimos acampados en el nacimiento del Tempul. Cinco días felices y perfectos.*

4.- Ocho días. Varias excursiones previas para estudio y planeamiento, realizadas en los meses anteriores. Campamento ciclista. Un extenso recorrido por la Sierra de Cádiz. Se recorrieron 125 km. por terreno accidentadísimo (en muchos lugares hubo que llevar las bicicletas a mano) y quedó en la historia de la Patrulla como *La Epopeya Ciclista*. Comprendió varias duras excursiones a pie a partir de los lugares de acampada y permitió una auténtica exploración de la serranía recorrida. Asistieron Ojo de Lince, Pantera, Oyaha-Ke, Pie Ligerero y Mukoki.

5.- *Oyaha-Ke, Pie Ligerero y Mukoki. Comarca de Grazalema. Cinco días.*

6.- 1945. Ojo de Lince, Pantera, Oyaha-Ke, Mukoki y Pocos Pelos, agregado del Kanguro, antiguo explorador de los nuestros. Campamento ciclista. Cinco días. Fue el campamento de los pinchazos. Comarca de Jerez y final en el nacimiento del Tempul. En él hubo la nota emotiva del homenaje a Mukoki, alma y fuego sagrado de estos años tan duros.

7.- 1946. Nueve días. Inmediaciones de Algodonales. Ojo de Lince, Oyaha-Ke, Oluski y Mukoki. Medio de locomoción, bicicletas. Fue el campamento cómico, ya que, aparte de nuestro sempiterno humor, un día nos visitaron Rostros Pálidos amigos, bien provistos de vino generoso, y animados por nuestro ambiente y en vista de nuestra sobriedad, se bebieron lo que habían llevado para ellos y para nosotros, más lo que nosotros habíamos preparado en su obsequio. A las dos de la madrugada, y de regreso al pueblo, se cayeron al río, vestidos y calzados, al vadearlo, y ya, decidieron -e hicieron continuar la marcha por el agua.

8.-1947. Ronda-San Pedro de Alcántara. Bicicleta. Cinco días. Ojo de Lince, Oyaha-Ke, Pie Ligero, Mukoki. De Cádiz a Ronda y de Algeciras a Cádiz, en autobús. Diremos solamente que el terreno recorrido es de lo más accidentado de la accidentadísima Serranía.

9.- 1948. Al Pantano de El Chorro. Ojo de Lince, Oyaha-Ke, Pantera, Pie Ligero, Mukoki. Medio de locomoción, el automóvil de Muky y los pies de cada cual. Cinco días. Regreso por Málaga capital.

10.- 1950. Sierra de Guadarrama. Nueve días los mismos kanguros del 9, más Pocos Pelos. Magnífico campamento volante, a pie, con amplísimo recorrido de toda la Sierra y visita a Segovia.

11.- 1951. En el Tempul. Cinco días. Ojo de Lince, OyahaKe, Mukoki. Este fue el campamento del sibaritismo, en coche y con una tienda para cada acampador. Tal vez por ello aquí se cortó la serie.

Y la comanchada del guía

Porque se habrá observado que el Guía, por sus ocupaciones y circunstancias y con honda contrariedad por su parte, tuvo que faltar prácticamente a todos los campamentos Kuí. Pero se desquitó en 1960, en que, con sus 52 años a cuestas, se hizo la marcha Sevilla-Zaragoza en 26 jornadas, con un total de 830 Km, y llegando a Zaragoza con un peso superior en cuatro kilogramos al de la salida. El

explica que el apetito que le abría la marcha era algo fuera de serie, y sí debía serlo, a juzgar por las consecuencias.

¿Resultados de todas estas pequeñas proezas? El más importante, sin duda, es que puede observarse que a ellas no hemos asistido todos siempre. Pero ello no se ha reflejado lo más mínimo en nuestra vida y en nuestra mutua relación. El que no iba era porque no podía. Nadie se lo reprochaba, nadie se consideraba superior por haber asistido, nadie blasona de que, en su escudo, en La Selva, haya más señales que en otros... Porque todos sabemos de siempre que:

Lo que hace un Kanguro, lo hace el Kanguro.
Donde está un Kanguro, está el Kanguro.

8. Las empresas

Cuando una patrulla está madura, forzosamente sus actividades empiezan a proyectarse hacia el exterior. Estas *empresas* son una consecuencia lógica e inevitable; nunca un fin ni un método.

(Concepto del Kanguro. Epoca actual)

En nuestra juventud las llamábamos iniciativas. Eran la serie de ideas que individual o colectivamente imaginábamos y emprendíamos. Entre ellas las había de dos clases: las *nuestras*, es decir, aquéllas que se pensaban, ejecutaban y revertían en, por, para y sobre la misma Patrulla; y las que se pensaban en beneficio de personas o entidades que no pertenecían a nuestro Kanguro. Vamos a hablar únicamente sobre estas últimas, ya que las primeras, para nosotros, son sólo una manifestación más de la vida y el espíritu de la Patrulla. Así, por ejemplo, no vamos a considerar como empresa la instalación de La Selva, pese a su extraordinaria importancia, y sí consideramos como tales las que vamos a enumerar.

La primera fue, sin duda, la constitución, organización y dirección del Grupo de Cádiz. Ya hemos referido cómo se fundó el Kanguro y cómo algunos de sus componentes pertenecían al mismo colegio. Era natural que en el mismo surgieran otros muchachos que, atraídos por los relatos y por los uniformes de los primeros, desearan entrar a formar parte de *aquello* tan atractivo. Y así se constituyeron aquellas tres patrullas incompletas (dos y la nuestra) que tropezaron, como nosotros, con el mismo inconveniente de la inscripción en la vecina ciudad de San Fernando. En los capítulos *La disciplina no es la obediencia ciega* y *Las etapas* se relatan las peripecias y la historia sucinta de aquellos primeros, azarosos y heroicos tiempos. En el momento en que nos quedamos sin scouters nos propusimos que no por ello iba a perecer aquel embrión de Escultismo. Nos hubiera sido

facilísimo disolver a los pequeños y dedicarnos nosotros a nuestro Kanguro, que cada vez iba más viento en popa. Pero ello no hubiera sido escultista ni de ningún modo hubiera encajado en aquel lema nuestro que ya por entonces empezaba a regir todos nuestros actos, de modo que, prescindiendo -seguramente por ignorancia e inexperiencia- de nuestra inmadurez, sin abandonar la Patrulla nos dedicamos a los demás y conseguimos sacar adelante aquel organismo tan débil y tan frágil. Lo que ello nos costó no lo sabe nadie más que nosotros. Pero también fuimos nosotros los mayores beneficiarios, porque enseñando es como se aprende. Pero ésta es otra historia. Y sólo queremos dejar aquí constancia de que fundar y dirigir un Grupo fue la primera empresa del Kanguro, y, seguramente, la más escultista de todas.

Luego, naturalmente, hubo que organizar los campamentos. Desde 1927 a 1936 absolutamente todos los que realizó el Grupo fueron planeados y ejecutados hasta en sus menores detalles por nuestra Patrulla. Nos constituíamos en lo que pomposamente llamábamos Ponencia y en La Selva, y a lo largo de los días, iba surgiendo una organización que luego se revelaba eficaz. Cada pequeño, o cada gran fracaso de un campamento se aprovechaba para no incurrir en el mismo al campamento siguiente. Hoy podemos asegurar que llegamos a algo muy cercano a la perfección, desde nuestro punto de vista.

Asimismo en La Selva y a base de *Ponencias* la Patrulla trazó, y luego llevó a cabo, los planes de trabajo para cada uno de los Cursos Escultistas de cada año que transcurría. Sin que nadie nos hubiera enseñado ni en parte alguna hubiéramos leído nada sobre semejante tema. La progresiva experiencia, el entusiasmo y la intuición realizaban el milagro. Y no podemos por menos de recordar nuestra angustia -auténtica y verdadera angustia- al comenzar el curso 1928-29. Aquello que tanto queríamos, nos referimos al *minigrupo* de entonces, parecía deshacérsenos entre las manos. Por nuestra juventud y nuestra falta de preparación para ejercer de scouts, los inevitables elementos asociales que habían entrado en aquellas reducidas filas, se habían ido, pero al hacerlo habían arrastrado con ellos a muchachos de los que sí servían. Empezamos el curso y hubo domingo en que sólo nueve scouts asistieron a la excursión; bien entendido que entre los nueve contamos a los kanguros, que solían faltar muy poco y siempre por motivos más que

justificados. Aquello tenía para nosotros, amén de lo desmoralizador que resultaba, el gravísimo inconveniente de obligarnos a realizar verdaderos prodigios para conseguir que las actividades con tan reducido número de participantes no resultaran aburridas y que no quedase en ellas tiempo para la temible y nefasta ociosidad. Pero lo conseguimos. ¡Y quién había de decirnos que aquel curso que tan mal empezaba había de ser el del éxito y la expansión! Pero así fue, y el cómo y el porqué son otra de las Empresas.

En marzo de 1929 un gran transatlántico inglés en viaje turístico de circunnavegación, tocaba en el puerto de Cádiz. A bordo viajaba Baden Powell. Y nosotros recibimos encargo de nuestro Consejo Nacional para organizar la recepción al Fundador. Se nos avisó que acudirían representaciones de Grupos de varias ciudades españolas y que asistirían a la recepción el Jefe Scout Nacional y el Secretario Nacional. Esta pequeña historia tiene detalles graciosamente conmovedores cuando los evocamos hoy, casi medio siglo después. Ni teníamos dinero, ni locales apropiados para alojar a los visitantes ni medios para casi nada. Era toda una *empresa* la que se nos encomendaba y ni por un momento dudamos en encargarnos de ella. Por fortuna, el problema de los alojamientos se resolvió solo, pues los que iban a acudir estaban en mejor situación que nosotros y se hospedarían en hoteles. Papá Lobo se limitaría a bajar a tierra unos minutos el buque, de gran calado, anclaba en bahía y por pocas horas- y recibir en el propio muelle el saludo de sus hijos espirituales. Por ello nos bastaba disponer de un mástil para izar en él las banderas española e inglesa -ésta suministrada por el Consejo Nacional-, y planear la formación de los scouts que asistieran. Mástil, sí que lo teníamos, y si no se montaría uno de bordones. Pero para tensar los vientos necesitábamos unas escarpías especiales susceptibles de ser clavadas entre los adoquines del empedrado. Jamás olvidaremos las frases cruzadas en la reunión de los tres kanguros -Akela, Pantera y Mukoki- encargados de ello.

-¿Bastará con tres alcayatas? (En Cádiz, el tipo de escarpías que precisábamos se llama «Alcayata gitana»).

-Sí. Y las venden en la ferretería «tal», a «tanto».

-Y ¿cuánto tenemos de fondos?

-3,75. (Pesetas, se entiende. Es cierto que eran otros tiempos, pero, de todos modos, 3,75 era poquísimo dinero).

-¡Ah! -y esta histórica frase acompañada de un inmenso suspiro de alivio- ¡Ah!, *entonces estamos bien...*

Sí, así llegó Baden Powell. Allí estaban representaciones de Centenillo, Río Tinto y La Línea (las localidades más cercanas en que había scouts). Y allí estaban Jefe y Secretario, que habían tenido con nosotros una entrevista previa unas horas antes, en la que nos habían exprimido como a limones, y que se volvieron a Madrid con un altísimo concepto de nuestro Grupo, al que luego supimos que ponían por modelo hasta el exceso, tanto que en los Grupos de Madrid llegó a haber algo parecido a prevención contra los gaditanos. Allí -en Cádiz, claro- hubo desfiles de uniforme, y una de las representaciones había traído pífanos y tambores, y los gaditanos pudieron ver que había Exploradores en el Mundo, y se admiraron al verlos y vernos. Hasta entonces no nos habían tenido en cuenta- desfilar, y leyeron en la Prensa las reseñas del acto, y vieron en los escaparates las fotografías correspondientes. El Kanguro tuvo el pálpito de que aquel era el momento oportuno y empezó aquella especialísima propaganda de ir casa por casa de las familias que a nosotros nos parecía que tenían chicos aptos para el Escultismo. Y a los pocos meses el Grupo constaba de tres Tropas y Manada, y al regreso de las excursiones desfilaban bizarramente -pero sin apariencia militar, sino con un estilo muy propio- ciento treinta muchachos. Había que mantener la propaganda cara al público. Aquel verano asistía al Campamento internacional de Barcelona una representación de treinta scouts gaditanos.

Porque ésta fue, sin duda, otra empresa, y notable. Hacía falta todo el valor y era precisa toda la audacia de nuestros pocos años para llevar a Barcelona a muchachos que hacía pocas semanas se habían incorporado al Escultismo. Ejemplo de las complicaciones, el terrible susto que nos dio, a bordo del buque que nos transportaba, la desaparición de uno de los pequeños, que se había quedado dormido -de día, por supuesto- tras un rollo de cuerdas ubicado en sitio impensable. Pero realizamos aquella proeza. Buscamos fondos, preparamos intensísimamente a nuestras novísimas patrullas, organizamos una selección a base de grados y especialidades, os podéis imaginar el trabajo que ello suponía- hicimos, distribuimos y revisamos unas completísimas listas de equipo, y un buen día, tras un espectacular desfile por las calles gaditanas -acompañados por la muy vistosa banda de chirimías y tambores de los Exploradores

Tangerinos, compañeros de viaje embarcamos en el Teide y nos fuimos a Barcelona. En la expedición figuraban casi todos los veteranos, porque la mayoría de los *desertores* del principio del año habían vuelto entusiasmados después de la visita powelliana y de los desfiles y, con ellos, una gran mayoría de novatos. Como jefes iban - ¿quiénes, si no?- kanguros.

Aquella empresa nos enseñó mucho. Vimos que nuestra orientación y nuestro sistema eran buenos, pues en el campamento pudimos observar que muchísimos de los asistentes no tenían para nuestro concepto- de scouts más que el uniforme. Pero también sacamos la valiosa lección de que nos habíamos precipitado y que para otra vez teníamos que llevar gente más hecha. No obstante, en conjunto, la expedición fue un éxito rotundo; la organización funcionó a maravilla y nuestra cotización subió muchos enteros entre las familias y el público profano.

A todo ello contribuyeron dos vicisitudes que pusieron a prueba nuestro temple y nuestra capacidad de adaptación a las circunstancias. Tuvimos el valor de expulsar del Grupo, y ello en pleno campamento, a uno de los expedicionarios, porque faltó a su palabra de explorador. Ello ocurrió a mediados de la estancia en Barcelona y, naturalmente, no íbamos a embarcar sólo al castigado para su viaje de regreso. Tenía 14 años y era un chico raro; uno de aquellos que han sido y serán siempre unos inadaptados. Hoy no hubiera sido problema, porque a la hora de ir a Barcelona ya no hubiera estado entre nosotros; pero entonces éramos confiados, ingenuos y optimistas sobre toda ponderación, y nos parecía un crimen dar una baja. ¡Nos había costado tanto conseguir las altas! En suma, que el chico siguió con nosotros mientras estancia y viaje duraron, y en cuanto llegamos a Cádiz se le entregó a su familia y se acabó el asunto. Por cierto que este muchacho, expulsado ignominiosamente, siempre nos conservó un vivo afecto que nos testimonió de muchas maneras hasta su muerte, acaecida no hace mucho. Tal es el sello tremendo que puede dejar el Escultismo incluso en los que no sirven para él.

La segunda vicisitud fue de grueso calibre. Habíamos salido de Cádiz en barco y con los pasajes de ida y vuelta pagados. Pero a mitad de campamento la Compañía Naviera suprimió la línea Barcelona-Cádiz y tuvimos que resolvernos la terrible papeleta de recobrar el dinero, alterar los planes por completo y organizar el

regreso en tren, casi tres días de viaje ininterrumpido en aquella época. Lo hicimos, y a la perfección. El mayor de nosotros tenía 21 años y de las tres patrullas asistentes, una era de chicos de 16 años, otra de 14 y otra de 11.

En aquellos meses de 1928 tuvimos otra empresa, si bien modesta, muy provechosa de cara al público. Una tarde estábamos, como de costumbre, en La Selva y llegó uno de nosotros con la noticia de que se había declarado un incendio de consideración en una panadería y que faltaba personal para asistencia a las víctimas, que eran casos de asfixia en su mayor parte, como pudimos ver luego. Todos los kanguros que estábamos reunidos nos precipitamos a la calle, nos ofrecimos a las autoridades y estuvimos prestando servicios variados desde transportar camillas a realizar asistencias sanitarias, que no en vano éramos diplomados en Sanidad- en plena calle y con la consiguiente impresión entre los gaditanos.

Otras empresas de menor cuantía en aquellos años fueron nuestras cooperaciones a las cabalgatas que organizaba el Centro Escolar Gaditano y mediante las cuales se llevaban juguetes a los niños del Hospital y de los Centros Benéficos en la Noche de Reyes. Nos llevaría muchas páginas describir aquellas pintorescas cabalgatas, organizadas y dirigidas por estudiantes, con el consiguiente derroche de gracia y buen humor. Pero sí señalaremos lo que representó para los organizadores contar con un núcleo, pequeño los dos primeros años (28 y 29) en que éramos los pocos que ya hemos dicho, pero que a partir del 30 era ya de unos cien muchachos perfectamente disciplinados y entusiastas que, además, se lo pasaban bomba, como se dice ahora- que lo mismo gritaban y cantaban, que desfilaban como nadie lo hacía en el resto del cortejo y con gran derroche de pasos más o menos fantásticos, que formaban calle y contenían a los curiosos en las entradas de los Reyes a los edificios y que incluso se confeccionaban sus pintorescas vestimentas.

Luego, en 1930, tras el episodio del cambio de Consejo Local que relatado queda en otro lugar, y que no fue pequeña empresa, a su vez, vino la gran proeza. La asistencia al Campamento Internacional de Lieja. Esta vez sí que quedamos plenamente satisfechos, pues la experiencia de Barcelona nos sirvió de maravilla. Pero este episodio merece un relato algo detallado.

Tan pronto como, por la invitación a asistir que nos envió el Consejo Nacional, tuvimos noticia del proyectado campamento -y con la invitación recogíamos los frutos de la visita de Baden Powell y de la asistencia a Barcelona- sin preocuparnos de prever unos fondos a los que ya Dios proveería en su momento -pensábamos que si no proveía y nos quedábamos sin ir, el trabajo hecho siempre habría sido útil-, comenzamos a planear la excursión. Se imprimieron y repartieron unos folios con las condiciones para la, asistencia y se abrió un concurso entre todos los componentes del Grupo, desde el Jefe al más pequeño de los lobatos. Porque desde el primer momento se pensó en llevar hasta lobatos. -¡Estaban resultando tan estupendos los de nuestra Manada!

Las condiciones eran enciclopédicas; por supuesto, en primer lugar las morales: espíritu demostrado, camaradería comprobada, conducta intachable, asistencia asidua, etc.; luego, las intelectuales: toda una serie de grados y especialidades, cuyo número variaba, naturalmente, según las Tropas; las físicas: las correspondientes especialidades y el lograr determinadas marcas en una serie de pruebas atléticas y deportivas; las artísticas: todo nuestro extenso cantoral escultista, más canciones populares y actividades para los inevitables fuegos de campamento que se preveían; y, por fin, las materiales: unas completísimas listas de equipo y uniforme.

Comenzó a correr el concurso, y cuando faltaba algo más de un mes para la partida -a todo esto, sin un céntimo ni medio visible de hallarlo-, en una excursión, a pie de mástil se nombró a los seleccionados y se les emplazó para el que llamamos campamento pro-Lieja. Detallemos. La selección la componían dos lobatos, dos muchachos de lo que entonces se llamaba Primera Categoría (es decir, chicos de 11 años) y que habían ingresado en la Institución como lobatos, lo cual era una garantía de buen funcionamiento; dos de Segunda Categoría (14 años); 4 de Tercera (17 años) y tres jefes, los cuales, por supuesto, se pagarían todos sus gastos, ya que los hipotéticos e inexistentes fondos para el viaje debían dedicarse exclusivamente a los chicos. Habíamos pensado que era indispensable conjuntar a tan diversos elementos que, uno a uno, eran scouts verdaderamente modelos, y que para ello nada mejor que un campamento excepcionalmente duro y trabajoso. Era también una medida elemental que dicho campamento no costase una peseta a las familias ya que, con ayuda o sin ella, con fondos o sin fondos, cada

asistente había de aportar una cantidad a los gastos de la expedición, El resultado fue el más perfecto campamento que organizamos a lo largo de nuestra vida. Entiéndase bien; no pretendemos haber hecho un campamento perfecto, sino que sostenemos que fue, para nosotros, el mejor que nunca habíamos hecho. Los 14 componentes de la Selección -había un muchacho de Segunda Categoría, excelente scout, que había cubierto todas las exigencias del concurso y que merecía por todos conceptos ir a Lieja, pero del que sabíamos todos -él incluido- que no iba porque no se lo permitían en su casa, que no quiso perderse el campamento-, cargados con los mismos equipos que habíamos de llevar al viaje y arrastrando el carro de tropa, nos instalamos en Torregorda. Jamás habíamos hecho una acampada tan meticulosamente ordenada y reglada como aquélla, en la que hacíamos confluír las experiencias de todas las anteriores. Tiendas que durante el día, medio levantado un lateral, se convertían en verdaderos salones en los que equipos y mantas minuciosamente arreglados brindaban cómodos asientos, comedor, cocina, lugar de consejo, letrinas... había de todo, todo hecho por los acampados y todo inmejorable. La limpieza y el orden eran rigurosísimos. En las guardias nocturnas, innecesarias, pero útiles como factor de endurecimiento y en respuesta a nuestra idea de cultivar la responsabilidad y el sacrificio de uno en beneficio de todos, dejábamos la primera y la última -por ser las más cómodas al no tener que reanudar un sueño interrumpido para los lobatos, pero todos los demás las hacían indistintamente. En la primera noche, el más pequeño de los lobatillos acudió atemorizado al Guía tenía, el pobre, sólo 8 añitos y era microscópico- y se le quejó tímidamente: «Akela, tengo miedo», para ser respondido: «Aquí hemos venido para endurecernos. Con que ¡te lo aguantas!». Y así lo hizo y cumplió su guardia como el más experto de los Viejos Lobos. Y señalemos aquí que luego, en Lieja, nuestros dos pequeños lobatos fueron la admiración de todos, ya que todos les vieron participar en todos los trabajos, y portarse maravillosamente, y lavarse sus ropas y coserse sus insignias.

¿Y 1a solución al Problema económico de que el campamento no costase nada a los acampados? Cada día se reunía el Consejo de Sachems -cargos que se rotaban, por supuesto y entre los mil asuntos que resolvía estaba el de la comida *de dos días después* (ya se verá por qué). Se acordaba el plan de comidas y se fijaba en el tablón de

avisos una lista de los comestibles que cada acampado había de pedir a su casa, con sumo cuidado de que se tratase de alimentos y de cantidades que todas las familias tuvieran de ordinario en su despensa (por ejemplo: tantas patatas medianas, una taza de aceite, media taza de arroz, un poco de sal, cuatro huevos, etc.). Por la mañana salía el equipo de posta -tres ciclistas- e iba, casa por casa, recogiendo el pedido del día anterior y dejando el del día siguiente. Las peticiones a la respectiva familia, acompañadas de las personales que pudiera tener, las escribía cada uno a la vista del tablón y echaba la petición al buzón. Sencillo, ¿no? Pero no se puede negar que ingenioso y práctico.

La vida en campamento no tenía minuto libre. Siempre entre desbordante alegría y pese a no saber todavía si llegaríamos a salir para Lieja o nos quedaríamos en Cádiz por falta de recursos económicos -pero, en tal caso, que nos quitaran lo bailado- las horas pasaban entre los múltiples quehaceres de un campamento y el trabajo intensivo sobre perfeccionamiento de grados, diplomas, actividades, canciones, preparación de números para los fuegos de campamento, etc. Y muchas tardes, a la hora del reposo que sigue a la comida, cuando los muchachos estaban adormilados en las tiendas y recuperándose de la *paliza* de la mañana, llegaba Akela gritando: «¡Equiparse, que llega una visita de postín a ver el campamento de Lieja!». Y, como rayos, nos vestíamos impecablemente y hacíamos media hora de movimientos de orden.

Otra pequeña proeza del campamento fue la felicitación a don Elías Ahuja, cuya onomástica coincidía con los días de acampada, y que vivía en Puerto de Santa María, a 30 Km de Torregorda. No podíamos hacerle regalo alguno que costase dinero, porque no lo teníamos; y por ello se le hizo lo que pomposamente hemos llamado siempre *un pergamino*, es decir, un escrito con su correspondiente dibujo más o menos artístico. Y para dar más mérito a la cosa, se acordó que se lo llevaran los dos exploradores más pequeños, es decir, los de 11 años, que figuraban en la Selección. Calculamos el horario para que los dos mensajeros llegasen a casa de don Elías sobre la hora inmediatamente posterior a la cena, y al caer la tarde Castor Rojo y Pie de Hierro montaron en sus bicicletas, se hicieron los 30 km. que nos separaban de El Puerto entregaron el pergamino y el mensaje verbal de todos los acampados y se volvieron a Torregorda a donde llegaron a la una de la madrugada. Es muy cierto que por

aquellas fechas apenas había circulación, y menos por la noche, en las carreteras españolas, pero ello no resta un ápice de mérito a lo que los dos pequeños hicieron y con lo que acreditaron de sobra lo bien ganados que estaban sus sendos diplomas de corredor-mensajero.

Muchas cosas más habría que contar sobre aquel inolvidable campamento, pero el relato se haría interminable. Diremos pues solamente que, al final, de un modo tragicómico y con unas prisas de mil diablos, porque el Consejo Nacional nos puso un ultimátum de inscripción y pago con poquísimo tiempo, se consiguió el dinero. Este no llegaba para todos, por lo cual se dejó fuera a dos de los miembros de la Expedición, los que menos podían ayudar por su parte, económicamente. A todos nos resultó muy duro, pero a todos nos pareció muy justo. Para agradecer a don Elías su ayuda económica y moral -pues ya habréis adivinado que era él el subvencionador-, prestada, por cierto, luego de una apoteósica y justísima bronca por no haberle avisado a tiempo de nuestros proyectos y necesidades, se hizo, dos días antes de la partida, una excursión a la que se le invitó para que viera cómo eran y cómo funcionaban aquellos a quienes prestaba su generoso apoyo; quedó tan entusiasmado que allí, entre los pinos, nos dio dos mil pesetas más, ¡dos mil pesetas de las de entonces! En vista de ello y a costa de mil apresuramientos y gestiones conseguimos incorporar a la Expedición a los dos desplazados. La expedición se realizó, duró casi un mes, y fue un éxito rotundo y completo ante los asistentes al Campamento de Lieja, ante los mandos nacionales, ante las familias de todos los componentes del Grupo -hay que tener en cuenta que el viaje incluyó sendas y detalladas visitas turísticas a Madrid, París y San Sebastián- y ante la población de Cádiz en general, que fue mantenida al día en el conocimiento de nuestras aventuras, a través de las reseñas que la Expedición enviaba diariamente y que eran publicadas, con puntos y comas, en la Prensa diaria. No exageramos al decir que *todo Cádiz* acudió a la estación a recibir a los que regresaban y que nuestro papel empezó a cotizarse entre los que tanto se habían burlado de nosotros. Por cierto, anotemos el quizás poco limpio, pero muy humano y justificado regodeo que nos producía el que los mismos compañeros de Facultad de Akela, que unos meses antes de nuestra marcha decían con mucha *guasa*, «¡Los Exploradores van a ir a Lieja,

ja, ja!»), en las vísperas de la partida le solicitaban a nuestro Guía una plaza de médicos o de sanitarios en la Expedición.

Pues bien, hemos sido siempre tan exigentes con nosotros mismos, que aún hoy, al escribir estas líneas, hay kanguros que estiman que no debe contarse como empresa cuanto acabamos de relatar. Pero, si lo hicimos para quienes no formaban parte de la Patrulla, si fue tal éxito para todos y se realizó tan a la perfección, ¿qué otro nombre puede dársele?.

Cronológicamente viene después la que para nosotros ha sido la más hermosa empresa del Kanguro. Corría ya 1932. Nos íbamos haciendo hombres con todas las consecuencias y una de ellas era que Akela y Ojo de Lince ya no estaban en Cádiz. El primero, terminada su carrera, hacía en Madrid sus estudios de postgraduado. El segundo, y por idéntico motivo había ido a parar de maestro nacional a Villaluenga del Rosario, un pueblecito, poco más que una aldea, perdido y aislado entre los pliegues de la Serranía de Ronda, o Sierra de Cádiz, para el que así lo prefiera. En aquel año estos pequeños núcleos de población eran inconcebibles, en cuanto a su nivel y modo de vida, para los españoles de hoy. Aislamiento y pobreza inverosímiles y, como consecuencia ineludible, supina ignorancia de sus habitantes. Hacía falta una vocación de verdadero scout para sepultarse allí, en aquellos recovecos, a educar a aquellos niños. Allí cayó nuestro Ojo de Lince que, como todos nosotros, había aprendido de nuestra Ley a «tener afán por ser útil y ayudar al débil». Las cosas transcurrieron como era inevitable. Conmovido ante aquellos chiquillos, nuestro kanguro no se limitó a dar sus clases, y en su espíritu brotó imperiosa e inmediatamente la idea de hacer algo más por ellos. Se le ocurrió nada menos que solicitar de don Elías Ahuja que patrocinase una colonia escolar. El alma generosa de don Elías comprendió y aceptó en el acto la idea, pero puso como condición que los Exploradores y sólo los Exploradores habían de hacerlo todo. Era un gran honor, pero también una empresa y una responsabilidad de primer orden. Ojo de Lince no se amilanó; acudió a su patrulla y la colonia se hizo. Don Elías cedió unos terrenos suyos junto a la playa de El Puerto de Santa María y atendió sin límites a las necesidades materiales. Y la Patrulla del Kanguro y con ella todo el Grupo de Cádiz- organizó, plantó y realizó la Colonia. La cosa tenía sus bemoles, porque la Colonia era mixta coeducacional, diríamos hoy- y nosotros no habíamos manejado nunca muchachas. Pero se

hizo. Y se hizo, de acuerdo con nuestras normas, como se hubiera hecho un campamento scout. Exactamente. Y exactamente igual fue el resultado. Hubo sus problemas, porque aquellos niños y niñas jamás habían vivido, ni de lejos, algo semejante. Hubo, por ejemplo, el problema de que una de las chicas se hizo mujer durante la colonia ¡sin tener la menor idea de lo que aquello era ni significaba! Pero, para algo estaban los cursillos de sexología seguidos con Akela. Y aquellas criaturas vivieron unos inolvidables días. Téngase en cuenta que ninguno había visto el mar, que ninguno había pisado una ciudad con sus museos, sus parques, su comercio y sus salas de espectáculos. No digamos nada de lo que supuso para ellos la visita a un gran transatlántico surto entonces en el puerto. Pero nuestro premio, que superó con creces cuantos hubiéramos podido esperar, lo recibimos al devolver a la aldea a nuestros pequeños camaradas de unos días. Porque entonces supimos lo que era ver llorar a un pueblo entero, desde el Sargento de la Guardia Civil, con sus bigotazos y su impecable uniforme, al último de los chicos. Porque cuando éstos se apearon de los autobuses que los devolvían a sus familias y en los que les acompañaban los exploradores que con ellos habían convivido, cuando se dieron cuenta de que la despedida era inevitable y cierta, allí fue el llorar desgarradoramente abrazados a los nuestros y allí fue el contagiarse el clima emotivo, y primero las madres, luego los padres y al final todo el pueblo, despedir entre benditas lágrimas a los exploradores que habían llevado a cabo la Empresa.

No consideramos, en cambio, como tales empresas, aunque por su importancia y envergadura lo hayan sido, y muy peliagudas, las ayudas que mutuamente nos hemos prestado y que darían materia para muchas páginas. Pero no las contamos como empresas por la misma razón que no contamos la instalación de La Selva, aunque no hay duda de que lo fue, si bien se mira. Porque eran cosas *nuestras* y *para nosotros*, y por ello no entran en el concepto que de la Empresa tenemos.

Luego, terminada nuestra guerra y transcurridos algunos años desde ella, hicimos algo que sí que entra plenamente en esa idea nuestra de lo que la Empresa es o debe ser. Abarca los años de 1965 a 1971 y supone una pequeña devolución de lo mucho que el Escultismo nos ha dado. Es un pago modesto, pero entusiasta, de la inmensa deuda que con él tenemos. Cuando la Institución empezó a dejar de ser prohibida y a salir de la clandestinidad en que se había

desenvuelto desde 1939, pensamos que una vez más nos había llegado el momento de trabajar por ella. Nuestra edad media era de 55 años y todos estábamos muy absorbidos por nuestras profesiones. Pero todo ello no fue obstáculo para que emprendiéramos una larga serie de viajes y expediciones por todo el ámbito de la geografía andaluza, con la meta de incorporar a los Scouts de España - entonces se titulaban así; hoy vuelven a llamarse Exploradores de España- a algunos millares. (Sólo los Grupos de Granada llegaron a tener más de 3.000 muchachos inscritos) integrados en anárquicas pretendidas unidades, vistiendo a su capricho un atuendo más o menos semejante a nuestro uniforme, no sujetos a ninguna organización ni disciplina, sin más autoridad que la que ellos mismos se quisieran adjudicar y con el consiguiente peligro, caso de defectuosa actuación, de dejar ante el público una nefasta impresión de lo que es este Escultismo que entonces empezaba, tímidamente, a resurgir. Nos hicimos Comisarios, Ayudantes y lo que hubo que hacerse, sin que nos arredrara la necesidad de empezar por estudiar nuevas normas y organizaciones. Algunos de nosotros fuimos miembros del Consejo Nacional. Y hay que hacer constar aquí la ayuda y el estímulo que nos prestó el P. Borja Aldama, sacerdote jesuita rebotante de doctrina y espíritu scouts perfectamente asimilados, y autor de escritos que no dudaría en firmar el propio Baden Powell. Actual Guía Honorario del Kanguro y apartado por ahora de las actividades escultistas por necesidades de trabajo de su Orden, está y estará siempre en nuestros corazones como un miembro más de la Patrulla.

Y unas veces con él y otras solos, durante cinco años realizamos innumerables visitas y participamos en innumerables actos en las ocho provincias andaluzas. En muchos sitios se nos acogía con cierto recelo, debido probablemente a nuestra *antigüedad* que sin duda hacían extensiva a nuestro espíritu y doctrina los que nos recibían. Pero pronto se rompía el hielo harto frágil de sí- y nos integrábamos plenamente doquiera que hubiéramos ido. Y a través de excursiones, campamentos, escuelas de jefes y guías, fiestas de San Jorge, coloquios con los padres, conferencias de divulgación y mil actividades más cuyo anecdotario es sabrosísimo, pero también interminable, conseguimos que toda esa ingente masa de muchachos se incorporase a los Exploradores de España. No a los diocesanos, ni a los scouts de Baden Powell, ni a los varios grupitos que brotaron

como los hongos tras la lluvia y a muchos de cuyos fundadores vemos atraídos sobre todo por un afán personal de mando o mandillo que les permita llevar a cabo sus personales y, a veces y para nosotros originalísimas técnicas, capaces de rematar a Baden Powell si resucitara y las viera.

En medio de estos laboriosos y fructíferos años, hubo otra indudable Empresa. Se daba la curiosa e inexplicable circunstancia de que, mientras los Exploradores éramos ¡legales y más o menos perseguidos, las Muchachas Guías disfrutaban de un reconocimiento y de una organización perfectamente legales y legalizados. Y allá por el año 67, un grupo de ellas nos anunciaba una visita a Cádiz. ¡Para qué queríamos más! A la cosa en extremo simpática de ayudar y asistir a las chicas, se unía la consideración de que en Cádiz se iban a exhibir uniformes y organizaciones scouts. Nunca habíamos perdido la esperanza de ver resurgir algún día nuestro viejo Grupo de 1927-36. Y ya os hemos dicho que hemos llegado a verla hecha realidad. Y nos pusimos en movimiento y les preparamos una visita que creemos les habrá sido inolvidable. Mukoki, que es un organizador nato -¡Qué Jefe de Estado Mayor se ha perdido el mundo!- se encargó del plan. Y tuvo detalles tales como el de tener preparado para cada muchacha un clavel ¡y un alfiler para prendérselo! El alfiler llevaba un kangurito como cabeza. Subrayamos lo del alfiler porque a ellas, mujeres, el detalle las impresionó muchísimo, más por el alfiler en sí («Bueno lo de los claveles pero ¡pensar en el alfiler para prenderlos ...! », decían) que por el kangurito que lo convertía en femenino adorno.

Ellas hacían la travesía de Puerto de Santa María a Cádiz en el barquito que cubre la línea regular entre ambas ciudades y a El Puerto salimos a esperarlas y en el mismo Puerto se le entregó a cada una un pequeño recuerdo personal consistente en los claveles de marras, tarjetas postales con vistas de Cádiz, ya franqueadas, alguna chuchería y un tarjetón con una salutación de lo más literario y evocador que jamás hubo escrito el kanguro especialista en tales menesteres. Lo podréis ver al final del libro, si tenéis paciencia para llegar a leerlo del todo.

Y en el muelle de Cádiz estaban preparados los coches de caballos que habían de pasearlas por la ciudad en una visita relámpago, ya que pocas horas iban a permanecer en ella y que fueron para las chicas algo impresionante, pues la mayoría de ellas jamás había probado tal medio de locomoción. Se las paseó por

Cádiz, comimos juntos, visitaron La Selva y, cuando las despedimos en el muelle, quedaban entre nosotros unos lazos de amistad scout y unos recuerdos perennes.

Y ya que referimos esto, no podemos dejar de anotar dos anécdotas. La primera, que muestra, el cambio de costumbres a que hemos tenido que asistir a lo largo de nuestra vida, es que, consecuentes con nuestra costumbre de considerar que honramos el uniforme al no fumar mientras lo llevamos, nos quedamos sin saber qué cara poner cuando, nada más desatracado el barquito en El Puerto todas o casi todas nuestras camaradas tiraron de pitillera y rompieron a fumar como la más experta actriz. No criticamos, conste. Nos limitamos a exponer lo antedicho, el cambio radical de modo de vivir. Porque hay que tener en cuenta que, cuando éramos jóvenes, no se trataba solamente del uniforme, es que entonces, en Cádiz, era inconcebible que una mujer fumase, y mucho menos en público.

La segunda anécdota es tiernamente emotiva. Al visitar La Selva, una de las muchachas expuso que su madre había sido una de las primeras Guías españolas en una de aquellas Patrullas que comenzaron a funcionar antes de la Guerra Civil. Y en el acto, Mukoki, archivo viviente del Kanguro, le dijo: «Pues espérate, que la vas a ver». Y tirando de la Revista «Cataluña Escultista» del año correspondiente le mostró una foto de aquellas Guías, en la cual, en efecto, la chica identificó a su madre con la consiguiente emoción. Bonito, ¿no?

Y para terminar tenemos la asistencia a las dos peregrinaciones nacionales scouts a Santiago de Compostela con motivo de los Años Santos de 1965 y 1971 y, entre uno y otro, la Fiesta de San Jorge, en Barcelona, en 1969. Vamos a repasarlas brevemente.

La primera peregrinación, según nuestras normas no la podemos considerar como empresa, ya que fue sólo por y para nosotros. Pero aparte de ser el germen de la otra, hay en ella detalles que es el momento de registrar. Imaginaos lo que para nosotros supuso, tras tantos años de aislamiento y clandestinidad, llegar a Vigo y encontrar un Campamento de tres mil Exploradores y Guías perfectamente uniformados y funcionando como no esperábamos volver a ver funcionar. ¡Ahí era nada! Las Guías habían sido uno de los quiméricos sueños de nuestra juventud. Hablamos de la Institución en España. No seas mal pensado, lector amigo. Ya nuestra llegada fue *de cine*. Habíamos tenido el humor de inscribirnos como la

Patrulla del Kanguro, de Cádiz. Y naturalmente todo el mundo esperaba una patrulla de muchachos. Más o menos talludos, pero muchachos. Imaginaos el estupor de los Rovers recepcionistas y del jefe de Campamento cuando nos vieron aparecer con nuestras canas. «Pero, ¿éste es el Kanguro? ¡Yo esperaba una patrulla corriente!». Tal fue la salutación del Jefe sin que nos valiera explicarle que, en efecto, no otra cosa pretendíamos ser.

Luego vino el episodio del fuego de campamento. A traición alevosa, la última noche, el diablo del Jefe vigués socarrón como buen enxebre-, tras haber dirigido las múltiples actuaciones en que con la mejor voluntad y mayor o menor éxito nos entretuvieron diversos grupos de, improvisados actores -haciéndonos revivir inolvidables momentos nuestros (aquella noche, en 1931, en que preguntamos a unos novatos si tenían algo para el fuego de campamento y nos respondieron con toda ingenuidad que sí, que un farolito)- se descolgó llamando a actuar a «esos lobatillos que han venido de Cádiz». Habíamos decidido, en vista de la astronómico diferencia de edades y métodos, no *salir* en ningún fuego. Pero ante aquella orden no había resistencia posible. Lo de menos era no llevar nada preparado ni ensayado; era el tener que mantener la tónica. Pero no hubo escape y salimos. Y el Guía, con su ingénita facilidad de palabra, empezó por explicar lo antedicho, el por qué de no querer actuar pero, eso sí, haciendo constar que aún nos considerábamos capaces de hacer una gansada como el primero, para a continuación endilgar unos emotivos párrafos dedicados a las Guías y exponer brevemente -cosa rara en él, lo de la brevedad- nuestras actividades. Por tres veces le interrumpieron los aplausos, y cuando ya nos retirábamos, todo el concurso comenzó a aullar: «¡La gansada! ¡La gansada!». Y, claro, la hicimos. Presentamos el juego del moscardón, cantamos el famoso tanguillo gaditano de *Los duros antiguos*. Pie Ligeró, con gran asombro nuestro, pues en todos nuestros años de convivencia jamás le supusimos tales habilidades, se marcó un frenético zapateado -él asegura que fue un tanguillo. Quede el aserto bajo su exclusiva responsabilidad- que no hizo derrumbarse el local al ruido de los aplausos, porque estábamos a cielo raso. Y al bajar del tablado fue el delirio de apretones de mano, de enhorabuenas y de besos y abrazos de madres y abuelas de acampados. (Las Guías no participaron. Fue una lástima. Pero, ¡Ay!, ya lo había dicho Campamor: «Las hijas de las madres que amé tanto me besan ya, como

se besa a un santo». ¡Qué maduros debemos estar, cuando son las propias madres las de los besos!) Diréis que este relato es una pura presunción del principio al fin. Pues no, leed *Las facetas* y comprenderéis que, para nosotros, no es sino una muestra más de lo que el Escultismo nos hizo ser. Ya veis, ¡hasta actores!

Luego vino la máxima emoción. Ya en Santiago, el desfile por unas calles tan rezumantes de Historia y de Arte. El Kanguro en cabeza, pues nos colocaron tras las banderas, de impecable uniforme y con el detalle de ser los únicos que llevábamos las conchas de los peregrinos medievales. El trayecto repleto de gente que aplaudía y mostraba afecto e interés. Tras nosotros un desfile de tres mil chicos y chicas de seis países diferentes, rebosando garbo y alegría. Y Ojo de Lince, que le dice a Akela: «Mira P'atrás, Akela»... Y Akela que contesta: «No puedo; voy llorando» (y nunca ninguno de los kanguros había visto llorar a su Guía). Y la llegada a la maravillosa Plaza del Obradoiro, y el girar para quedar de frente a la Catedral, y el ver entrar tras nosotros a todo *aquello*. Y las palabras de Akela, salidas del corazón: «Ojo de Lince, ahora ya podemos morirnos».

No, todo esto no fue una Empresa. Sí lo fue, en cambio, la segunda peregrinación, porque para ella organizamos una expedición colectiva, fletando un autobús, y en la que participaban personas ajenas a las familias de los kanguros y a la Institución. La organizamos no sólo como peregrinación, sino como viaje turístico a través de Portugal y Galicia. Resultó, como no podía menos de ser dada nuestra experiencia scout, perfecta. Y conste una vez más y de modo muy expreso, que *no somos nosotros, que es el sistema* que nos formó.

La excursión fue un festín de Arte e Historia, con el cómico detalle de que, en Batalha, al visitar el Monasterio, una pareja de españoles que por allí andaba se agregó al grupo tras el incentivo de oír las explicaciones de Akela -en funciones de *cicerone*- y, tomándole por un guía profesional -íbamos de paisano en aquella visita- ¡intentaron darle propina! Aún dura el pitorreo y aún le seguimos llamando pimpi. Aclaremos que el pimpi es, en Cádiz, el pilluelo más o menos tallado que se pega a los turistas pretendiendo guiarles, pero, en realidad, a ver qué tajada saca en propinas o convites.

Decíamos que la organización fue excelente. Con detalles tales como que, al llegar a Lisboa, uno de nosotros se colocara junto al chófer y, plano en mano, le fuera indicando la ruta a seguir hasta el

hotel, sin importar que no conociera la ciudad, ni qué obras de pavimentación hubieran hecho cambiar el camino, o que, cuando nos apeábamos del autobús y, una vez recogidos los equipajes de mano, hacíamos nuestra entrada en los Hoteles, Oyaha-Ke, Sachem del Alojamiento y que por serlo se había apeado el primero y dejado los detalles del equipaje en manos de su squaw, tuviera ya resuelto todo el hospedaje documentación incluida- y nos esperase al pie de la recepción para dar a cada uno la llave de su cuarto.

Sí, muchos detalles tuvo aquel viaje y tras él quedaron, por parte de los ajenos a nosotros, unas firmes amistades y una sincera admiración por lo que el Escultismo había hecho. En otros capítulos referimos el paso por las calles santiaguesas, con nuestras esposas del brazo. Pero en ninguno más que en éste comentamos dos episodios cómicos, que retratan al Kanguro. El primero fue... Pero antes de referirlo debemos hacer inexcusablemente unas aclaraciones; ésta, al par que una historia, es en cierto modo una confesión y como tal ha de ser rabiosamente sincera y no debe omitir hechos que pudieran rebajarnos ante el lector. Pero, y de ahí nuestra aclaración previa, hemos de advertir a este hipotético lector que, en lo que sigue, no debe, ni por pienso, ver una irreverencia, ni una falta de respeto o devoción. No. La religiosidad del andaluz y el gaditano es la quintaesencia del andalucismo- es muy especial. Si de siempre se ha dicho que los españoles tratamos a Dios de tú; el andaluz, es que le palmea la espalda. Sin que ello signifique que no le adora más que otros, cuya devoción será tal vez más respetuosa, pero no menos entrañable y cordial. Y tras este exordio y para completar el retrato psicológico de estos gaditanísimos kanguros, remitimos al lector al párrafo en que, en otra parte, hablamos del humor del Kanguro, rogándole que lo lea y lo *digiera* para que no tome a irreverencia lo que sigue.

Bueno, imaginad la solemnidad de los actos, la marcha por las calles, la llegada a la Plaza, el acceso a la Catedral, y al Kanguro -kanguros y *kanguras*-, colocado por arte de birlibirloque -¡Oh, tristes privilegios de la edad!- nada menos que en la magnífica sillería tallada que luce a la izquierda del Altar Mayor, en el cual brilla la magnífica efigie de Santiago, en plata maciza y deslumbrante de pedrería. Y las ofrendas, y los discursos, y el Cardenal -antiguo explorador, por cierto- presidiendo, y el gigantesco botafumeiro volando *de nave a nave*, y la mayor emoción y el más sublime de los momentos. En

medio de todo ello, un papelito muy doblado empieza a circular entre los kanguros -con la mayor discreción y compostura, eso sí- tan formalitos y serios, pasado de mano en mano a una consigna dada en voz casi inaudible y con todo comedimiento. Todos pensamos que se trataba de alguna orden, de algún cambio de instrucciones, o de algo por el estilo. ¡Sí, sí!, cuando el kanguro de turno recibía el papelito y con todo sigilo y discreción, lo desdoblaba antes de pasarlo al siguiente, podía leer escrito por el que fuera, que todos nos llevamos muy poco en tales menesteres. «Fíjate la cara de guasón que tiene el Apóstol» (y es verdad que la tiene; esto es aparte). Sin comentarios. Fuimos capaces de permanecer estoicamente serios.

Nota bene: A ninguno se le ocurrió dejar de pasar el papelito al siguiente, lo cual es, asimismo, todo un detalle.

El segundo recuerdo no tiene importancia. Se trata únicamente de una muestra más de la sempiterna alegría, norma de la Patrulla. Fuimos a comer a un inmenso restaurante en el que a duras penas -tan lleno estaba- pudimos encontrar acomodo a nuestro gusto, es decir, todos y todas juntos. Pues bien, al terminar de comer, tal había sido nuestra broma continua, nuestra alegría y nuestra cháchara, que todo el comedor estaba pendiente, y con simpatía manifiesta, de nosotros.

Hemos dicho que entre las dos peregrinaciones está el viaje a Barcelona, invitados por aquellos camaradas a su fiesta de San Jorge. Esta no es tampoco una Empresa, según nuestro modo de pensar. Pero debemos inscribirla en la historia de nuestra Patrulla.. Tras un azaroso viaje en avión, en el que después de esperar toda la tarde el vuelo que nos había de llevar de Madrid a Barcelona, de emprenderlo, de volver a Madrid desde la mismísima vertical del aeropuerto barcelonés, porque la niebla lo había vuelto a cerrar, de tener también toda la tarde a los barceloneses esperándonos con sus banderas, sus obsequios y sus ramos de flores para nuestras esposas, que hacían el viaje con nosotros, y de oír a Akela que todo aquello no era sino una conjura para obligarle a madrugar al día siguiente, por fin y con casi 24 horas de retraso, pisamos tierra catalana a los 40 años de haberlo hecho por primera vez. En Barcelona, atendidos y agasajados por aquellos camaradas, pasamos unos días que jamás podremos olvidar. Fue una incesante sucesión de agasajos, comidas, visitas y actos de toda clase, que culminó con la fiesta de San Jorge, de una emoción imponderable. Con un campamento por el estilo del que hemos

descrito en Vigo, con una indescriptible misa a pie de mástil, con una interminable entrega de obsequios a la Patrulla convertida en protagonista del día y con unas emocionantes palabras del Guía en las que intentó corresponder a todo aquello, aunque la correspondencia debida era, sencillamente, imposible. Allí, en aquel momento, pasamos también nosotros por la emoción tremenda de ver llorar al muy numeroso público -scouts, autoridades y familiares- ante la oración del Kanguro, que del Kanguro era, aunque la lanzase uno solo de nosotros. Hemos de reconocer que Akela estuvo inspirado aquel día y, aunque no le guste -no es precisamente el kanguro más modesto, pero, bueno, tampoco es, un vanidoso-, debemos dejar en estas páginas aquel final dicho con voz rota por la emoción y que fue el que desató las lágrimas en los oyentes. Aquel final refleja con toda fidelidad nuestro modo de pensar. Dijo...: «Y cuando Dios llame al último de nosotros a las Praderas de las Eternas Cacerías, y en ellas volvamos a reunirnos, la Patrulla formará ante Su Trono, formará una vez más y este humilde Guía, imitando al personaje de Coloma, avanzará y dirá simplemente "Señor ¡aquí está el Kanguro!"; y estamos seguros de que El, en Su infinita Bondad, nos sonreirá y nos asignará una parcela, cuyas nubes teñirá de rojo y gris, para que en ella podamos honrarle haciendo eterna nuestra vida de Patrulla».

Y, para acabar aquel maravilloso día, el fuego de campamento en el que intervinimos pretendiendo con ello pagar un poco las abrumadoras atenciones recibidas. Para ello, y por iniciativa de Mukoki, habíamos preparado a lo largo de muchas noches de ensayos en La Selva, ensayos con los que, todo hay que decirlo, nos divertimos lo indecible, una típica chirigota carnavalesca gaditana. La titulamos *Los Marisqueros de Cádiz*. Hemos de aclarar que el marisquero es un tipo popular de nuestra ciudad; es el vendedor ambulante de marisco que ofrece su mercancía por las terrazas de los cafés. Pues bien, no nos faltaba ni el canasto. Y nos sobraba pintura en las caras. Ni que decir tiene que llevábamos una serie de canciones originales, sobre músicas de auténticas chirigotas. Serie que empezaba por un canto de alabanza a Barcelona, seguía por una colección de *a propósitos* sobre temas escultistas del momento, y acababa con una galería de retratos caricaturescos de los miembros de la Patrulla (van al final del libro). El éxito, como decía el periodista del cuento, sorprendió a la misma empresa. Conservamos una foto en la que -con una lupa, claro es- puede apreciarse perfectamente que

se destornillan de risa absolutamente todos los espectadores, desde el Obispo y el Alcalde hasta el último lobato. Claro que nuestra pinta no era para menos y que las canciones tenían gracia, modestia aparte.

Subrayamos una vez más lo de siempre. Esto no es vanagloria nuestra. No somos nosotros, no es nuestra Patrulla. Es el sistema scout el que permite cosechar estos pequeños y halagadores triunfos. Y cualquier patrulla que viva una vida como la nuestra, llegará forzosamente a obtenerlos, lo mismo que los hemos obtenido nosotros.

Tales han sido nuestras principales Empresas. Pero ello no significa que no haya habido muchas más. Lo que ocurre es que las otras son, para nosotros, mucho menos importantes y no merece la pena reseñarlas. ¡Podríamos citar tantas!: las exposiciones de trabajos manuales en La Selva, en aquellos primeros tiempos; las gestiones familiares para ayudar a cualquiera de los muchachos del Grupo -actualmente un buen abogado de Cádiz lo es porque el Kanguro visitó y dio toda la tabarra precisa a su padre, que quería hacer del chico un tendero de ultramarinos, profesión tan honrosa como otra cualquiera. Pero el chico quería estudiar, valía para ello y lo demostró-; el hacer letras para docenas de canciones escultistas propias nuestras, de nuestros Grupos; tantos y tantos cursillos de diversas materias, que, dentro de la modestia de nuestros medios, contribuyeron a aumentar el acervo cultural de nuestros exploradores; el inventar un juego de balón, el Kuí, que sustituyera al fútbol en las excursiones, ya que el fútbol nos parecía absorber demasiado a los chicos y ser demasiado violento para su edad; la revista escrita, compuesta e impresa por nosotros, a puro de máquina y multicopista, que se publicó en los años 1931-33 y que natural e inevitablemente se llamó *Kuí*; el seguir aconsejando, orientando y ayudando a cuantos por nuestras manos escultistas pasaron; los artículos y campañas en la prensa gaditana de aquellos difíciles años; Tantas y tantas cosas y actividades! Ya hemos dicho que las necesidades escultistas nos hicieron ser de todo, hasta escritores y oradores. ¡Cómo no hemos de estar sanamente orgullosos!

Y volvamos al principio de este capítulo. Hoy forma parte de algunos sistemas el método de la Empresa: constituir un equipo para una tarea determinada, una vez conseguida la cual, el equipo se disuelve. No somos quiénes para opinar, pero lo haremos. Nos parece

un insigne disparate. Cuando se consigue un equipo, ¡de lo que sea!, y se logra llegar a que el tal se encuentre perfectamente conjuntado y hecho, a nuestro parecer lo sensato es mimarlo, cuidarlo y conservarlo a toda costa. ¡Ahí es nada! ¿Qué mejor ni más perfecto equipo que una patrulla Phillips? Cuando ella se haya fraguado y madurado, cuando ya tenga cubiertas sus metas escultistas inmediatas, automáticamente ella empezará a hacer cosas en y para su entorno. Por tanto, si la hemos conseguido, cuidémosla... El scouter que tenga la dicha de contar en su Tropa con una patrulla así, déle iniciativa y responsabilidad y déjela actuar, que tendrá sus fracasos, pero serán menos que sus éxitos. Y de ellos, de los fracasos, aprenderá. Y al aprender, se perfeccionará. Estáis leyendo una historia en que podéis ver cómo una Patrulla -es capaz de conseguir cuantas metas se proponga. ¿Qué más se puede pedir a la hora de formar hombres?

Sí, sin duda, el scouter que consiga en su Tropa un *kanguro* -y perdónesenos el protagonismo, que no es por nosotros como individuos, sino por esa célula ideal del cuerpo social que puede llegar a ser la Patrulla- considérese afortunado. Y cuando ya viejo se encuentre con que contribuyó a que una patrulla así llegase a su completa madurez, creednos, podrá gloriarse de que su paso por el mundo no fue en vano.

Tal es nuestro modo de pensar.

9. Los escollos

Tres cosas pueden separarnos: la religión, la política y las mujeres.

(Frase de Akela, en 1928)

Con este nombre queremos significar aquellas cosas que pueden alterar, perturbar e incluso destruir la unión y la camaradería - mejor diríamos fraternidad- que son la base primera e indispensable para lograr el espíritu de patrulla. Es indudable que en ellas entran todos los motivos de discusión y todo lo que sea divergencia de criterios u opiniones. Pero es también evidente que la inmensa mayoría de tales divergencias son fácilmente solucionables. Es cuando cada interlocutor se encastilla en su personal modo de pensar, cuando no se sabe discutir y, sobre todo, cuando se es incapaz de someterse al acuerdo de la mayoría, cuando las diferencias llegan a ser insalvables y la unión se deshace como la sal en el agua.

A lo largo de nuestro medio siglo de vida de Patrulla, no necesitamos decir que en muchísimas ocasiones no logramos la unanimidad. Pero sí conseguimos en muy poco tiempo llegar a *saber discutir*: dejar hablar, saber escuchar, exponer sin estridencia y no perder jamás los estribos, y, cuando no se llegaba a un acuerdo total, los disidentes sabían someterse y no hacer reproches tardíos si las cosas no salían como ellos hubieran querido. Y, finalmente, siempre quedaba el recurso del humor, la broma oportuna, el chiste ingenioso, e, incluso, el hacer quedar en ridículo al disidente de turno. Claro que esto último tenía -en los primeros tiempos, cuando aún guardábamos resabios de rostro pálido- el gran peligro del enfado. Pero esto se

solucionó enseguida. En el Kanguro estaba prohibido enfadarse - *chingarse*, como dice el gracioso modismo gaditano- y las pequeñas multas, los pequeños y simbólicos castigos, y, sobre todo, el llevar el convencimiento general que *chingarse* no era cosa de kanguro, acabaron rápidamente con las *chingaeras*.

¿Motivos de discusión? ¡Infinitos! Pero muy pronto comprendimos que el ir de excursión a la playa B o al pinar A, que la comida de la patrulla fuese paella o carne, que se durmiera en el campo o se saliera de madrugada, o que en vez de diplomarnos de boteros lo hiciéramos de ciclistas, no tenía ninguna importancia. Todo ello se solucionaba fácilmente y, en último término, si este domingo se iba al pinar y se comía paella, al siguiente se iría a la playa y se comería carne. Pero, había tres motivos fundamentales de discordia por ser tres puntos en los que nadie está dispuesto jamás a ceder. Veamos cómo salimos adelante...

La religión

La pura verdad es que, cuando empezamos, no podía haber problema religioso para nosotros. Educados todos en la misma religión, podíamos sentir íntimamente -o no- alguna disconformidad con lo que en la familia, en el colegio y en la parroquia se nos había enseñado, pero tales enseñanzas habían sido comunes y la consecuencia es obvia.

Pero ya entonces la diferencia de edades y de formación cultural empezaba a hacerse sentir y ya había quien -o quienes- disientían más o menos de lo que como dogma habían aprendido. Inevitable era que aquello saliera a relucir en la intensísima convivencia que desde el primer momento fue norma nuestra. ¡Ah!, pero también era norma nuestra tener siempre presente la Ley y enseguida se puso de relieve que uno de sus artículos decía: «El Explorador es tolerante». Y la solución fue automática y definitiva. De acuerdo con la explicación que nos dábamos de la Promesa, cada uno de nosotros había de cumplir sus deberes para con Dios, para con *su* Dios, y en tal límite debía detenerse tajantemente la intervención de los demás. A tal postura nos ayudó mucho la coincidencia de que, por entonces, tuvimos de jefe a Sven, del que ya

hemos hablado y del que ya hemos dicho que era protestante, cosa insólita en aquel Cádiz pequeñito y más que provinciano, en el que aún era algo anormal no ser católico. Pues bien, Sven -que, naturalmente, no iba a misa- nos exigía rigurosamente que cumpliéramos los preceptos de nuestra religión oficial, con lo cual nos confirmaba de modo concluyente que nuestra interpretación de la Promesa era la correcta. Y a la vez nos daba un claro ejemplo de algo muy raro entonces; de cómo podían convivir sin discutir ni luchar, dos religiones diferentes.

Es muy cierto que la nuestra -hoy lo vemos con claridad- nos había enfocado de modo poco satisfactorio. Toda nuestra enseñanza religiosa, se reducía al estricto cumplimiento de unas reglas litúrgicas -francamente aburridas para quien, como nosotros, carecía de base para comprenderlas- y a una serie de terrores ante las faltas y pecados. Rápidamente nos dimos cuenta, a través de las normas y leyes escultistas, de que el cumplimiento de normas debía basarse en el convencimiento, el amor a ellas, y el orgullo de ser capaz de observarlas y de saber el porqué de hacerlo, y no a los temores de más o menos pavorosos castigos en caso de fallo. Creemos que ello nos mejoró religiosamente también, incluso a los que no eran practicantes fervientes.

Pasaron los años, y a lo largo de ellos y como era humano o inevitable, cada uno de nosotros evolucionó a su modo. Hoy hay en la Patrulla creyentes fervorosos y practicantes con rigor que quizá no son completamente comprendidos en tal faceta por quienes no comparten su criterio. Vayamos más al fondo. ¿Podemos asegurar que todos nosotros somos católicos de acuerdo con la religión oficial de nuestra Patria? Pues no, seguramente, no. Pero todos y cada uno sentimos un profundo respeto por el modo de pensar y practicar de los demás -lo compartamos o no- y ello ha sido así hace muchos años y ha eliminado por completo el peligro de este primer e importantísimo escollo. Y no se crea que el tema es tabú, no. Precisamente durante nuestra primera excursión a Santiago para asistir a la Peregrinación Nacional Scout -nótese que asistió la Patrulla y que asistió *completa, por y pese* a cuanto acabamos de comentar-, una noche, en Lisboa, se suscitó una conversación de bastante altura sobre el tema religioso -nótese también que escribimos *conversación* y no *discusión*- y cada uno expuso sus puntos de vista y todos supimos escuchar con

respeto, compartir o no, y no atosigar ni intentar confundir al que no pensaba como el parlante de turno.

Es que, en último termino», todos hemos llegado a la misma conclusión, que en el fondo no hay disparidades, como no las hay en las diversas: religiones monoteístas actuales, Es decir, que todos creemos en un solo Dios, Omnipotente, Bondadoso, e Incomprensible. Que las normas de Amor al prójimo, Honradez, etc., son las mismas que el Escultismo nos enseña y perfecciona y que, al fin y al cabo, las diferencias ¡que podamos sentir en nuestra personal interpretación religiosa no son sino diferencias de lo que pudiéramos considerar como Reglamentos de las diversas Formas o Iglesias. Llegados aquí, era lógico e inevitable deducir la conclusión de que, si todos pensamos lo mismo en lo fundamental, ¿como íbamos a consentir que unas simples y humanas reglas pudieran desunirnos ... ?

La política

Cuando la Patrulla comenzó su vida, la pura verdad es que a ninguno de sus componentes le preocupaba la política ni poco ni mucho. Eran otros tiempos, posiblemente incomprensibles para las generaciones actuales, y la vida era muy distinta. Con nuestras ocupaciones profesionales -estudios, oficinas, talleres...- y con el Escultismo, teníamos de sobra ocupado nuestro tiempo todo y por consiguiente no nos quedaba minuto libre para la *res publica*. Preocupación para la que íntimamente, ni nos sentíamos preparados, ni ninguno de nosotros tenía vocación. Por otra parte, para todas estas cosas que entonces considerábamos *de personas mayores*, nos juzgábamos, y con razón, muy inmaduros. Nuestro Sachem de la Palabra lo ha expresado muy gráfica y completamente en un acto que celebramos no ha mucho y en el que, en cumplimiento de su misión, habló a kanguros e invitados. Entre otras cosas, dijo:

«Nosotros -se refería a nuestra etapa juvenil- no éramos contestatarios. Si acaso, un poco contestones, pero ya se cuidaban nuestros padres de que la cosa no pasara a mayores. Terminadas nuestras tareas de estudiantes, empleados y obreros, nos reuníamos aquí, en esta Selva que hoy os recibe, y todo el tiempo nos era

escaso para dedicarlo a la Patrulla y a la Institución. Preparábamos nuestros grados y nuestros diplomas en un constante afán de ser cada día un poco mejores que el anterior, organizábamos el trabajo de los Grupos, dirigíamos las Escuelas de Guías y de Jefes, planeábamos en los menores detalles excursiones y campamentos. ¿Cómo nos iba a quedar tiempo para protestar, buscar defectos, ni intentar mejorar la plana a Baden Powell?». Y así era.

Pero fue pasando el tiempo y el problema político se fue presentando, En 1930-31 los jóvenes ignoramos si dirigidos o no-empezaron a preocuparse de la política, preocupación muy favorecida por el hecho de ser el momento de la caída de la Dictadura y, a poco, de la proclamación de la República. Las primeras pegas que se nos presentaron no surgieron, naturalmente en la Patrulla, sino entre los muchachos, que nos las plantearon como scouts suyos que éramos. Siempre habíamos guardado la regla rigurosa, sagrada e inviolable para nosotros que la considerábamos básica en el Escultismo, de excluir todo cuanto olier a política en las conversaciones con nuestros chicos. Pero entonces fueron ellos los que empezaron a preguntar y a plantear problemas. Para nosotros no lo eran, ya que, como siempre, Promesa y Ley nos daban respuesta para todo. Así nos era facilísimo desarmar al *listillo* que venía con el cuento de que había prometido cumplir sus deberes con el Jefe del Estado y que éste se había ido, haciéndole ver que precisamente la Promesa se formulaba así porque el Jefe del Estado era una representación más de la Patria, una especie de bandera de carne y hueso, vamos, y que al prometer no habíamos hecho mención del título, de modo que al pasar, por voluntad de la Nación, la jefatura de Rey a Presidente, a nosotros nos daba lo mismo ya que tan Jefe del Estado era uno como otro. Y así *ad infinitum*.

Llegó la República y con ella el desatarse de las pasiones políticas. Empezó la lucha de partidos -que nos daba la impresión de que éstos anteponían a los de la Patria sus propios intereses- y empezaron a manifestarse el encarnizamiento y la intolerancia característicos de nuestra celtibérica raza, y comenzaron a desunirse las familias, y a odiarse e incluso a matarse hermanos y hermanos, y padres e hijos, por si tú eres de este partido y yo de este otro. Entre nosotros hubo y, si nos apuráis, nos pareció perfecto, muy distintos modos de pensar. Pero una vez más recordamos la Ley: tolerancia, nobleza de ideales, alteza de miras. Y, naturalmente, las diferencias

de opinión no pudieron desunimos. Acordamos no discutir jamás de política. Pero además; todos sentíamos instintivamente -y más entonces, cuando, él no estaba entre nosotros- lo que un día nos dijo Akela: «<Estamos en un momento muy difícil. Pero nuestro proceder está clarísimo. Acordaos de los Tres Mosqueteros, cuyo lema -«Uno para todos, todos para uno»- es el de toda patrulla que lo sea. Pues bien, si recordáis, en *Veinte años después*, Athos y Aramis militan en un bando *político* y D'Artagnan y Porthos en otro, Y cuando están a punto de llegar a las manos, Athos, símbolo de la nobleza, rompe su espada porque no puede esgrimirla contra sus amigos y les dice que si algún día se encuentran en el campo de batalla, pasarán las espadas a la mano izquierda y se darán la derecha. Es decir, que su amistad está por encima de todo. Y así hemos de hacer los kangurus, si llega el caso». El caso, por suerte, no llegó. Pero estamos seguros de que así hubiéramos hecho.

En nuestra historia hemos tenido tres momentos en que este peligro ha sido grande y las tres veces hemos obrado igual. Al proclamarse la República -Ya lo hemos dicho- cada uno pensaba de una manera. Otro tanto ocurría al estallar la Guerra Civil, pero tuvimos la inmensa suerte de quedar todos en el mismo territorio, con lo cual se eliminó automáticamente todo peligro, y cada cual siguió pensando como quiso. Y al estallar la guerra mundial también había entre nosotros partidarios de uno y otro bando combatiente. Pero seguíamos pensando igual que antes en lo referente a la Patrulla y supimos hacer algo muy sencillo: no provocar discusiones, pero sí afrontar el diálogo, aunque al final de él, y como es muy humano, cada interlocutor siguiera pensando como al principio y nadie hubiera convencido a nadie.

Pero volvamos, en cierto modo, al final del capítulo anterior. Por convicción y por principio, educados en una doctrina de Amor y Tolerancia, ninguno de nosotros será jamás partidario de las violencias. Todos sentimos intenso amor a la Patria; todos sabemos que el modo de honrarla es trabajar y procurar ser de los mejores en el trabajo que nos corresponda; todos estamos convencidos de que todos los credos políticos tienen algo bueno y algo malo; y todos estamos seguros de no servir para políticos profesionales... ¿Para qué discutir? ¿Hay en todo ello algo que valga la pena de poner en peligro nuestra maravillosa camaradería?

Las mujeres

Ante todo queremos pedir perdón a las damas que puedan leernos si nuestras opiniones o nuestro anecdotario no les agradan. Y para hacernos de antemano acreedores al perdón solicitado, empezaremos por asegurarles que en nuestro modo de verlas jamás hubo menosprecio ni desdén. Al contrario, como scouts que somos, para nosotros siempre fue la mujer la más excelsa obra del Creador, digna de toda admiración y respeto y considerada como lo más puro y noble de la Creación. En suma, que al pensar en ellas, siempre pensamos que mujeres eran nuestras madres, Pero ello no obsta para que, al principio por una intuición confirmada por la convivencia con madres y hermanas, y luego por propia experiencia estemos convencidos de que la mujer suele ser menos tolerante que el hombre y, sobre todo, más exigente y más absorbente. Aunque en otros aspectos nos sea muy superior: más sensible, más abnegada, más paciente, etc.

De esta manera de pensar dedujimos enseguida cuál podía ser el principal peligro de la mujer para nuestro espíritu de Patrulla; una intromisión capaz de manifestarse de dos modos: o porque a una ella no le gustasen los camaradas de su *el* y femeninamente quisiera apartarle de ellos, o porque la *ella* estimase excesivo el tiempo que su *el* dedicaba al Escultismo. Conocido el riesgo, establecimos la consigna de que las mujeres nunca habrían de ser obstáculo entre nosotros y hoy, al cabo de medio siglo, creemos haberlo conseguido.

Al principio, y significamos con ello los tiempos en que empezamos a tener novia, era solamente el primer peligro el que se podía presentar. Las costumbres sociales y familiares eran tan enormemente distintas de las actuales que, aunque como buenos enamorados, a todos se nos hiciera corto el tiempo que podíamos pasar con nuestras parejas, y al decir *todos*, nos referimos lo mismo a nosotros que a ellas, el rigor y la disciplina de las costumbres eran tales que a nadie se le hubiera ocurrido intentar siquiera la prolongación del tiempo concedido para la mutua compañía y la conversación por unos padres muy rigurosos que no hacían sino cumplir el código social de aquellos años.

Luego y esta labor la comenzamos inmediatamente- todo fue cuestión de llevar al convencimiento de nuestras parejas -novias entonces y esposas más tarde- que habían que dar al Cesar lo que

era del Cesar; es decir, demostrarles que la vida de Patrulla era para nosotros una necesidad tan absoluta como la de trabajar para mantener a la familia -huelga decir que cuando se presentó este aspecto de la cuestión, la vida de patrulla ya no era, ni tenía por qué ser, tan intensa como años atrás-; y de paso hacerles ver que eran ellas las beneficiadas puesto que el Escultismo nos hacía puros, sanos y nobles, cualidades todas las más a propósito para dirigir una familia. No nos costó demasiado trabajo, ésta es la verdad. Y de que lo conseguimos son buena prueba las palabras que una de ellas, obligada a hablar en un Día de la Amistad, hace ya bastante años, nos dio la alegre satisfacción de oírla decir a las demás que tenían que estar agradecidas a la Institución que les había formado unos maridos tan limpios de espíritu.

Por lo que toca a nosotros, los varones, nunca podía haber problemas. Tal era nuestra compenetración y nuestra mutua nobleza de conducta, para algo teníamos, amén de la Ley, nuestro Código del Kanguro, que se dio un caso que entre rostros pálidos pudiera haber sido motivo de irreparable escisión y que creemos merece la pena de relatar. Dos kanguros andaban tras la misma muchacha, hasta que en un momento definido se plantearon el problema. Y el diálogo fue de lo más demostrativo...

-¿A ti te gusta?

-Sí.

-A mí también. ¿Tú la quieres?

-Yo, sí.

-Pues yo todavía no. Con que asunto resuelto.

Y allí acabó la imposible cuestión.

Pero todo esto era en la época de los noviazgos. Y el noviazgo es muy distinto al matrimonio. Luego fueron llegando las bodas y cambiando los problemas. Salvo un par de ellas, nuestras mujeres no se conocían antes de serlo y, como nosotros, eran de muy diversas condiciones y psicologías. No había, por tanto, previa amistad entre ellas. Crearla, conseguirla y mantenerla fue una labor más entre las de la Patrulla y una consecuencia de nuestra vida de clan. Cierto que en ellas encontramos las mejores condiciones y una total ayuda.

Pero no todo fueron rosas en el camino, como era humanamente inevitable. Ahora bien, cuando aparecían espinas, automáticamente nuestra conducta era conducta de kanguro. El hogar era una cosa, la Patrulla otra y nosotros sabíamos que, en cualquier

circunstancia, ambas tenían que ser compatibles. Y así, la vez en que una esposa, aún no compenetrada con nuestro ambiente, intentó enemistar a dos kanguros, el que no era su marido le expuso correcta, pero firmemente, que la amistad entre ellos estaba por encima de todo y que era inútil intentar obstaculizarla. Otra vez, un incidente infantil, una pelea entre niños, enfrentó a dos madres. Surgió una disputa motivo de enemistad entre ellas, que duró mucho tiempo (años) y se manifestó de modo muy femenino, como era lógico. Ello constituía un inconveniente en los actos de Patrulla a que ambas asistían, inconveniente que hubiera sido insuperable para otros, pero que a nosotros no nos alteró. Los dos kanguros afectados supieron afrontar la situación y la hermandad entre ambos en nada disminuyó. «Cosas de mujeres», decían. Pasó el tiempo, que todo lo arregla, y entre ello y las nobles gestiones de uno de los kanguros implicados, todo se normalizó por completo. Pero no fue fácil. Nuestra hermandad y la firmeza de nuestras convicciones fueron el mejor ejemplo y el mejor remedio para solucionar aquella situación. Y hoy somos todos y todas muy felices, una vez más.

En la actualidad nuestras esposas cada vez participan más en nuestras actividades poniendo en ellas el toque de su feminidad y su delicadeza, y haciéndonos sentirnos orgullosos y alegres. En las grandes solemnidades de la Patrulla, su ayuda en la recepción de invitados, preparación de comidas y obsequios, etc., es inapreciable. No hace mucho las hemos correspondido rindiéndoles un homenaje consiste en prepararles y servirles una comida en la que ellas no han hecho sino sentarse a la mesa, para que vean que los diplomas de cocinero de sus maridos no son una filfa. En ella el buen humor y la alegría han sido inenarrables. Y cuando han acudido con nosotros a la Peregrinación a Santiago y han desfilado de nuestro brazo al frente de la misma, de escolta de las banderas, con sus vestidos negros, con sus mantillas y sus claveles, podéis creer que nos hemos sentido tan orgullosos y tan enamorados como cuando las llevamos al altar.

No queremos acabar sin consignar algo emocionante que demuestra hasta qué punto nuestras admirables compañeras se han identificado con la Patrulla. No hace muchos años el Kanguro le rindió un homenaje a Mukoki, nuestro imponderable Subguía, por su incansable labor aplicada a mantener nuestra vida y nuestro espíritu. Se trataba de entregarle el título de Número 1 de la Orden de Akela del Kanguro. Conociendo a Muky no hace falta decir que todo fue

organizado a *traición*, es decir, sin que él se enterase de nada hasta que llegó el momento. Incluso ignoraba la existencia de la Orden, ya que la fundación de ella y sus estatutos se discutieron la idea, ya que Muky había de ser el Número 1 indiscutible- aprovechando una ausencia temporal suya. Y te asegurarnos, amigo lector, que tuvo que ver su cara a medida que el homenaje se iba desarrollando. Pues bien, uno de los actos consistía en que cada una de las *squaws* le expresase lo que él había supuesto para ella como Subguía de la Patrulla. Y todas, todas, en las cuartillas que leyeron y que ellas mismas habían escrito absolutamente sin la menor inspiración conyugal, todas le dedicaron unos pensamientos de una elevación y un afecto indescriptibles. Y tras entregarle un regalo, sin ponerse de acuerdo, sin hablar, se fueron acercando a él y le besaron en las mejillas. Muky, que es un gruñón impenitente, recibió tal impresión que se quedó -literalmente- mudo durante cinco horas. Al día siguiente reaccionó para escribir una carta, ¡de antología!, rebosante de emoción y de gratitud. Algo que nunca podremos olvidar los que hemos tenido la suerte de leerla. Así son las cosas del Kanguro.

Y cerremos el capítulo volviendo a algo que hemos citado más atrás, a nuestras bodas. A cada una de ellas han asistido todos los kanguros que han podido físicamente hacerlo... Como hemos asistido a las bodas de todos y cada uno de nuestros hijos. Y con todo amor hemos colocado en La Selva los recuerdos de cada una de ellas. Y es que cada familia de kanguro lo es un poco de todos los Kanguros.

Así es el Kanguro y así son sus mujeres. Así hemos sabido salvar este último y peligroso escollo que ellas pudieran haber sido. Y ahora, ya abuelos pero con nuestro espíritu de siempre, nos damos cuenta del don inapreciable que Dios nos ha hecho -uno más entre tantos- al emparejarnos con ellas, al ponerlas en nuestras vidas. Vamos envejeciendo alegremente a su lado, al lado de las que pudieron habernos separado y, en vez de ello, nos han unido más. ¡Dios las bendiga! Y Dios nos conserve mujeres y Kanguro mientras tengamos vida.

10. Hermandad

Camaradería. Solidaridad entre personas que tienen interés comunes.

Hermandad. Amistad íntima.
(Definiciones de un diccionario)

El Explorador considera a los demás Exploradores como hermanos suyos, sin distinción de clase social.
(Art. del Código del Explorador vigente en 1927)

Creemos sinceramente -y Dios nos perdone el pecado de orgullo- que en muy pocas colectividades u organizaciones, por mucho que en sus planes y métodos figure la hermandad entre sus miembros, se habrá llegado en este terreno a la imperfectamente humana perfección (¿Nos entendéis, verdad?) a que, a través de la aplicación del Escultismo llega una patrulla. No es extraño: si empezamos por el artículo del Código y seguimos por la inusual convivencia que hemos disfrutado durante este medio siglo, teníamos que alcanzar y mantener esta meta como resultado inexorable.

No nos fue difícil, ni siquiera al principio. Es cierto que entonces, volvemos siempre a 1927, con sus costumbres y normas, eran muy marcadas las diferencias de clase social y económica. Estas sobre todo, claro. Aquéllas, tal vez por entonces empezaran a relajarse, por fortuna. Pero en el Código estaba bien claro cuál era el punto de vista de la Institución sobre el particular. Otra increíble anticipación de Baden Powell, el cual, y cuando en ninguna parte se hablaba aún de discriminación, acababa con ella de un plumazo y con una frase, que, no se reducía a ser una frase, como ha podido comprobar quien haya asistido a Jamborees o Campamentos Internacionales. Y como pudimos comprobar nosotros al vivir la camaradería de scouts marroquíes, moros y hebreos, cuando fuimos a Barcelona con la Tropa de Tánger, en la cual convivían ambas religiones, aunque de momento no nos diéramos perfecta cuenta de lo que aquello suponía. Fue muchos años después, cuando algunos de

nosotros hubimos de vivir en Marruecos, cuando nos resultó increíble aquello de 1929; porque entonces, en Marruecos, nos pudimos dar cuenta del odio de ambas razas entre sí y del desprecio inverosímil de una de ellas hacia la otra. Pero ésta es otra historia; volvamos a la nuestra.

Es cierto que el muchacho aún no está maleado socialmente y que para él las únicas superioridades que se pueden reconocer de buen grado son, en primer lugar la física, y muy en segundo la intelectual. Sobre esta base y edificando con el Código en el corazón y en la cabeza, ¿cómo iba a haber diferencias entre nosotros? Eramos nueve, completamente distintos entre sí, y en todo. Pero también éramos completamente idénticos en ideal y espíritu. Por tanto, todo fue coser y cantar. Pero eso fue sólo el principio. Luego, año tras año, vino el perfecto acoplamiento, el sentirnos más hermanos que si de sangre lo fuéramos y el disfrutar con ello.

Dentro de la Patrulla y la patrulla llenaba todas las horas de nuestras nueve vidas- todos fuimos exactamente iguales en todo y para todo. Si alguno destacaba en determinada habilidad, ello servía solamente para ponerla al servicio de los demás. En todo. El que sabía idiomas traducía manuales escultistas y daba clases; lo uno para que las traducciones pasaran a la biblioteca y lo otro para que los demás participaran de su conocimiento y pudieran llegar a beber directamente en las mismas fuentes. El buen cocinero guisaba para todos; y a todos entretenía y hacía reír el chistoso. Y a la hora del trabajo todos por igual aportaban sus fuerzas y sus inteligencias. Todos juntos salíamos a pasear o a charlar, y todos procurábamos estar juntos el mayor número de horas posible. Para nadie había ventajas ni diferencias de clase. Reconocíamos, sí, las superioridades que antes mencionamos, pero para disfrutarlas todos. ¿Qué más?, si nos apuráis, concedíamos mayor mérito y si ello hubiera sido posible mayor afecto, al que se ganaba la vida y ganaba la de su familia con su trabajo como dependiente de un bar y acudía a La Selva aún con su chaquetilla blanca de camarero.

Naturalmente que no todo era idílico. Naturalmente que, sobre todo en los primeros tiempos, hubo sus diferencias, sus más y sus menos, sus disputas y sus pequeñas rencillas. Pero el Espíritu de Patrulla, el Código y la necesidad de servir de ejemplo hicieron cada vez más raras y menos trascendentes -si es que alguna vez lo fueron- todas aquellas minucias que no eran sino resabios de rostro pálido. Y

poco a poco fue cuajando esta maravillosa hermandad de hoy. Los sillares de ella ya los hemos citado. La argamasa fue algo importantísimo y que también nos prescribía el Código: *la tolerancia*.

No hace mucho que Oyaha-Ke nos decía que a tal virtud, a la tolerancia, atribuía él el milagro del Kanguro. Y no le faltaba razón, porque como agregaba muy gráfica y andaluzamente «¡Hay que ver lo que nos hemos aguantado!». Y es cierto y la razón lo sobra. Desde las rabiets y los desplantes de chiquillos a los problemas -muy graves a veces- de hombres. ¡Lo que nos hemos soportado! Pero, ¿es que de otra manera se puede ser hermanos?

Y ¿en qué consiste y cómo se manifiesta esa tan cacareada hermandad? ¡Ah! Serían precisos varios voluminosos tomos para relatar sus mil y una manifestaciones: en saber discutir; en ser siempre y en toda ocasión *Uno para todos y todos para uno*; en disfrutar de la mutua compañía y llenarla de alegres bromas; en reír con el que ríe y compartir las penas del que las tiene; ¡en tantas cosas ... !

Ha sido esta hermandad la que ha hecho acudir a todos en auxilio económico, a veces realmente importante, del que lo ha necesitado y sin límite ni plazo; la que ha hecho que todos se hayan volcado en ayudar a resolver graves problemas familiares; la que ha logrado reintegrar a la Patrulla a los que, por cualquier motivo, han estado ausentes de ella y la que ha conseguido que éstos reintegrados hayan vuelto con el mismo espíritu de, siempre, por muchos años que haya durado el apartamiento. Es la que hace que las preocupaciones se queden a la puerta de La Selva cuando nos reunimos para estar alegres... ¡Son tantas cosas y tantos detalles! Pero cerraremos con uno por demás emocionante. No hace mucho que uno de nosotros pasó por el terrible dolor de perder a su esposa. Todos los kanguros estuvimos junto a él, y los que viven fuera de Cádiz y no pudieron acudir enviaron unas cartas que no se pueden comentar. Pues bien, al entierro asistían los familiares de ambos cónyuges, y al llegar el momento de cerrar la sepultura, el viudo recogió y se guardó las cintas de nuestra corona. ¡Sólo aquella de entre las muchas que había! Y a quien se abrazó sollozando y buscando apoyo no fue a nadie de las dos familias, sino a su Guía. Y todos los kanguros formamos piña con ellos dos. ¡Y el viudo era uno de los kanguros que habían permanecido años separados de la Patrulla! ¿Queréis más?

Pues lo hay. Las hijas de uno de nosotros, ya casadas y madres a su vez, dicen a quien quiera oír las que si algún día les faltara su padre (Dios lo aplace por muchos años) sería al Guía a quien acudirían para que supliese la falta. Hasta ese punto ha trascendido fuera de nosotros nuestra bendita hermandad.

Hablábamos antes de los que han permanecido ausentes durante algunos años, muchos, en alguno de los casos. Relatar estas cuatro historias llevaría un libro, pero no podemos pasar sin mencionarlas porque son un claro exponente de las hondas raíces de esa hermandad de que con motivo podemos blasonar. De estos cuatro kanguros de que hablamos, uno se marchó de Cádiz en 1929 -era aún un muchacho- y no volvimos a saber de él, pese a cuantas indagaciones hicimos una vez concluida la guerra civil. Otro residía en Madrid y por circunstancias largas de contar entre ellas graves y preocupantes enfermedades familiares- *se había enfriado*, es decir, no daba señales de vida luego de haber mantenido contacto epistolar con su Patrulla durante bastantes años. Y los otros dos, sencillamente se habían enemistado con otro kanguro por motivos ajenos al Escultismo y que no hay por qué detallar (¡Hay que ver y de esto saben mucho psicólogos y psiquiatras- la irresistible fuerza que tiene, llegado el momento, esa inmanejable fuerza genética que es el temperamento, frente a todo el esfuerzo educativo!). Pues bien, muchas veces había surgido en las reuniones el problema de resolver qué se hacía con ellos. ¿Seguían siendo kanguros?, ¿se les daba de baja? Hay que aclarar que nuestro Guía -que, sin duda, nos conoce a fondo- era el único que mantenía la esperanza de recuperarlos a todos; los demás los dábamos por total y definitivamente alejados. Pero el tiempo vino a dar la razón a Akela. Logramos, por fin, las señas del extraviado. Se le escribió, se le telefoneó -reside en Barcelona-, se le convocó y se le dieron cuantas facilidades se le pudieron dar para que se desplazase desde aquella su ciudad. Con el de Madrid no hubo problema. Bastaron un par de entrevistas celebradas con ocasión del viaje de algún kanguro a la Villa y Corte. Y a los *dos peleados* llegaron sendas cartas de Akela hablándoles al corazón y llamándoles, Y en otro lugar leeréis cómo todos acudieron, cómo pudimos tras casi medio siglo y con una guerra por medio reunirnos de nuevo *los nueve* -justificadísima la exclamación de Mukoki, salida del alma, cuando se concretó aquella reunión: «Gran Sachem, de rodillas y a tus pies. ¡Lo conseguiste!»-, y cómo los

recuperados dieron muestras de un espíritu que en nada cedía y que incluso en algunos aspectos aventajaba al de los *permanentes*, con lo que comprobamos la razón que asistía a aquel de nosotros que en alguna ocasión les había dicho: «Tú pensarás como quieras y harás lo que quieras, pero siempre seguirás siendo un kanguro».

De otras ausencias más o menos largas y debidas a motivos profesionales -Akela y Ojo de Lince han pasado años fuera de Cádiz, y fuera sigue el primero- no hay por qué hablar, pues siempre que les fue posible acudieron a nuestros actos y siempre mantuvieron el contacto. Por lo tanto no tiene mérito su continuidad.

Y para terminar, dos palabras sobre otro de los elementos que han contribuido en grandísima manera a cimentar esta hermandad: el humor.

Es éste un tema muy difícil, porque el humor gaditano es muchas veces inasequible a quien no ha vivido en esta bendita tierra. Por ello dejamos ahora la pluma a Akela, que no es gaditano, pero ha vivido y se ha formado en Cádiz. Creemos que tal vez por ello pueda opinar más imparcialmente que los que nacimos a orillas de La Caleta y prácticamente no hemos salido de ella. Escribe, pues, Akela:

«He vivido la mayor parte de mi vida en Andalucía, conozco sus ocho provincias y he tratado íntimamente y por largo tiempo a naturales de las ocho. Bueno, pues el humor, la gracia o como queráis llamarlo, del gaditano, es único y distinto de los demás. ¿Por qué? Yo tengo mi teoría. Cádiz ya ha celebrado su trimilenario. Cuando Roma no existía y Grecia empezaba a despuntar, el Imperio Tarteso se disolvía y con él se perdía una interesante civilización. Posteriormente, y por su emplazamiento, Cádiz fue encrucijada de culturas, paso de todos los pueblos que tuvieron que ver con nuestra península. Y, para fin y remate, puerto de América, recipiendaria de lo que de allá venía y puerta de entrada de ideas e influencias de toda Europa. Para terminar en las Cortes de 1812, revolución ideológica aún no por completo evaluada. Es, por tanto, muy lógico que el humor -prueba suprema de inteligencia y de cultura haya alcanzado aquí cimas muy distintas de las de otras tierras y sitios. Es un humor permanente (el gaditano todo lo echa a broma. Incluso en momentos trágicos o emocionantes tiene que decir su gracia), cáustico tanto que a veces peca de grosero- (¡Hay que oír las cosas que les dicen a sus imágenes los más que fervorosos, fanáticos cofrades de Semana Santa. Menos mal que Dios lee en los corazones y es seguro que

sabr  interpretar aquellas aparentes bestiales blasfemias), pero, sobre todo, rápido, chispeante, incisivo, oportuno y breve. De todo esto, sólo dos cosas nos interesan: una, que el gaditano est  acostumbrado desde que nace a tomárselo todo a broma, a reírse de todo y a tolerar que los demás se rían de él; otra, que no hay situación tensa o apurada que resista a una cuchufleta gaditana, lanzada siempre con la gracia y la oportunidad de la tierra,  Y cómo nos ha servido esto para hacernos tolerantes y salvar situaciones! Podríamos contar aquí cientos de golpes de cada uno de los kanguros. Vamos a referir sólo unos pocos y haciendo la salvedad de que no es igual contarlos que vivarlos. A nosotros, en su momento, nos hicieron desternillar; es posible que al lector le dejen indiferente. Las circunstancias, el ambiente, el momento  suponen tanto! Lo que sí puedo deciros es que, en cierta ocasión, persona ajena a la patrulla, muy madura, culta, inteligente y no andaluza, asistió a una comida nuestra y me coment  al final que la conversación le había evocado la idea de «una pelota, siempre en el aire, siempre rebotada de unos a otros con increíble velocidad y siempre sin tocar el suelo».  Os dais cuenta, no...? Pues deo de nuevo la palabra a la Patrulla...».

Y la Patrulla la vuelve a tomar y all  van unas muestras:

Espíritu actual. Primera excursión en que, después de muchos años, volvíamos a vestir el uniforme. Se celebraba el ascenso del Guía a Coronel Médico. Salimos de Cádiz en coches y en pleno pinar nos cambiamos de ropa con la consiguiente emoción y con el detalle energullecador -para nosotros- de que, después de tanto tiempo, cada hebilla, cada botón y cada accesorio quedaban en su sitio como si en la vida no hubiéramos hecho otra cosa que vestirnos aquellas muy queridas prendas. Perdonadnos la digresión, pero no podemos dejar de hacerla. Alguno de nosotros, cuando acabamos de vestirnos, nos record  una anécdota que estaba en la mente de todos.

En Hollywood, all  por los años treinta, se rodaba una película de ambiente ruso de cuando la primera guerra mundial. Podía ser muy bien «La última orden», con Emil Jannings de estrella. El director estaba desesperado porque los extras no acertaban a presentarse como él quería. Nadie, sabía por lo visto, colocarse un uniforme ruso, y aquello era un desastre de falta de marcialidad y de *desharrapamiento*. Hasta que alguien tuvo la idea de solicitar emigrados rusos blancos -de los que, por entonces, herv a el mundo entero- para que cubrieran aquellos secundarios papeles. Fue

asombroso. Todo perfecto desde el primer ensayo: Cada correa, cada botón, cada hebilla, cada condecoración y cada accesorio, en su sitio exacto (a toda idea repetimos nuestras frases del principio). El director, asombrado, se dirigió a uno de los nuevos extras y le preguntó cómo era posible que desde el primer momento lo estuvieran haciendo tan bien. Y el extra le respondió, simplemente: «Es que yo en Rusia, ¿sabe usted?, era general de verdad». Pues algo así era lo que nos pasaba a nosotros aquella mañana.

Otro detalle muy escultista -perdonad la nueva digresión, pero tiene un muy hondo significado- fue que Oyaha-Ke había llevado dos cajas de gambas que consumimos en plan de aperitivo. Cuando empezamos, sin que nadie dijese nada, alguien colocó entre nosotros un saco de papel. Empezamos mecánicamente a pelar gambas, a consumirlas sin dejar de charlar y también automáticamente a echar los restos en aquella bolsa. Cuando se acabó con el último marisco, no había en el suelo ni una pata ni una cabeza. Se cerró la bolsa, se enterró y recordamos una vez más a Baden Powell: «Cuando los scouts levantan su campo, allí no queda nada más que nuestra gratitud». Y una vez más, y aunque pequemos de reiterativos y de pelmazos, *no somos nada excepcional*, no tenemos por qué presumir, cualquier patrulla educada como nosotros hubiera hecho exactamente lo mismo.

Sigamos. Comimos, charlamos os daréis cuenta de que lo de charlar, como buenos celtíberos con probable injerto musulmán, lo hacemos en abundancia- y, ya acabado el yantar, tumbados boca arriba sobre la hierba y en plena conversación, se levanta Oyaha-Ke muy serio, se cuadra ante el yacente Guía, y exclama muy solemnemente: «Voy a hacer una cosa de la que tengo ganas desde que hice el servicio militar», y añade, colocándose muy correcto en posición de saludo de lo más ordenancista: «Mi Coronel, vaya usted a...» y aquí una burrada muy gorda. Claro que el Guía, que a pesar de no ser gaditano, ha terminado por tener su solera correspondiente (¡Y ay de él si no!), tampoco estuvo mal en la inmediana réplica: «La verdad es que, conociéndoos como os conozco, no pensé salir a tan poca costa».

Una ocurrencia o, mejor dicho, dos. Barcelona. En el San Jorge de que ya hemos hablado. Mientras actúan los diversos números del fuego de campamento y en espera de que le toque la vez, el Kanguro espera junto a un riachuelo y fuera por completo de la vista de los

acampados. Estamos caracterizados ya de marisqueros y con los correspondientes instrumentos musicales en ristre: bombo, platillos, tambor, y los correspondientes y típicos pitos de caña. Nuestra pinta no puede ser más cómica. Oyaha-Ke se asoma muy serio al arroyo y dice: «He ido a ver la que nos espera, y hay suertecilla. No es muy hondo...». Y Pie Ligerero, dirigiéndose al Guía, le dice: «¡Ojú, Akela, lo que daría yo ahora por tener un helicóptero y soltarte en el patio del Hospital Militar!» (se entiende, el de Sevilla, del cual y por entonces era Director Akela).

Humor con participación femenina. Una de las deliciosas excursiones con asistencia de las squaws. Unos y otras estamos tomando el aperitivo en el bar del pintoresquísimo pueblecillo objeto de la visita. Y Ojo de Lince se dedica a ir de mujer en mujer y decirles, con mucho misterio, a todas y cada una, cosas como ésta: «Fulanita, ¿sabes lo que ha dicho de ti Menganita? Pues, que en vez de venir tanto de juerga, más te valía estar en tu casa zurciendo los calcetines de tu marido». Ya podéis imaginar el bureo que se arma a continuación y el mampús (azotaina) que recibe el *chismoso*.

Humor antiguo. En La Selva, como ya tantas veces hemos dicho, nos reuníamos todas las tardes: se trabajaba, se jugaba, se hacía de todo. Una tarde alguien se sentó inadvertidamente sobre el sombrero de Oluski y lo dejó hecho un buñuelo. En aquella época, y en invierno, no se concebía el ir a pelo. Y el bueno de Oluski, cuando vio el gatuperio, no pensó que la culpa era suya por no haber dejado el sombrero en la percha y se fue muy ofendido exclamando airado: «Ya no vengo más a La Selva con sombrero». Bueno, pues pasan unos días y nuestro buen Oluski que, dicho sea de paso, era, el más gracioso elemento de la Patrulla- se dedica a pinchar con un alfiler a los que estaban trabajando hasta que, ya hartos, le cogen entre dos por brazos y piernas y le lanzan, literalmente, a la azotea. Pero, ¡ay, que había llovido y el suelo estaba lleno de verdín! Con lo cual que se abre violentamente la puerta y encuadrado en ella aparece un iracundo Oluski que nos grita al par que muestra grandes manchas del verdín de marras en donde puede suponerse, ya que indudablemente había aterrizado sobre las posaderas: «¡Mirad cómo me habéis puesto!». Réplica inmediata de Pantera: «¡Ya no viene más a La Selva con pantalones!». Sin comentarios. Todo esto puede parecer una tontería, pero pensemos un momento, ¿quién es capaz

de mantener un enfado ante una cosa así? Véase cómo el humor contribuía a hacernos tolerantes.

¡Ah, Oluski!, querido camarada y hermano, ¡cuánto nos has hecho reír! ¡Dios te bendiga! y te conserve ese buen humor del que seguimos disfrutando todavía. Porque bien reciente está un golpe muy tuyo y que responde a tu mejor tradición. Sí, hace muy poco hemos tenido una excursión en la que hemos revivido todas las lejanas actividades de nuestra juventud, desde la tracción de cuerda y el juego de Kim, pasando por la cocina, hasta la gimnasia... durante la cual nos caímos, de verdad, de risa, contagiando a la hija de Mukoki, improvisada *camerawoman* (o como se diga en femenino), que tuvo que dejar de filmar porque, también de risa, no podía sostener la cámara. Pues en esa excursión y al ponernos en plan comanche -¡lo mismo que en 1927!- exclamaste muy indignado: «Dije en mi casa que no me lavaran la camiseta, que encogía», al par que nos mostrabas una de muñeco. Siempre te hemos conocido así y ni las más duras adversidades por las que has pasado han podido contigo ni con tu humor. Podríamos recordar infinitas anécdotas tuyas e infinitas intervenciones, como ésta que nos viene ahora a los puntos de la pluma. Era en el Campamento Internacional de Barcelona. Tigre Pardo, tendido en su colchoneta y terriblemente indignado por vaya usted a recordar ahora qué minucia de campamento, clamaba: «¡Yo no puedo seguir así!». Y tú, con esa agilidad mental gaditana que cita nuestro Guía, acabaste con problema y enfado al provocar nuestras homéricas carcajadas con tu rápida respuesta: «Tigre Pardo, ¡ponte boca abajo!».

Pero no todas nuestras manifestaciones del humor eran espontáneas y gaditanas como las que hemos citado. También éramos capaces de organizar el humor, si así puede llamarse al hecho de enjaretar para las fiestas de San Jorge, y entre otros números, uno de payasos (Oluski y Tigre Pardo de clown y agosto, respectivamente, y uno de los antiguos, no kanguro -y ya fallecido, por desgracia- de jefe de pista), número que hubiera podido presentarse en cualquier circo de verdad. ¡Circo de verdad! ¿Os acordáis, kanguros? Una de las gracias de Oluski en excursiones y campamentos fue, durante una larga temporada, la de Pionono los piononos eran unos pasteles que se vendían por aquella época. Pero Oluski jugaba del vocablo con pionono y Pío Nono-, consistente en ponerse cuatro pingos más o menos solemnes, encaramarse a unas

andas improvisadas con bordones, y ser paseado por todo el campamento mientras soltaba chistes y hacía el mimo a caño libre. Una vez fue a Cádiz el Circo Krone y los kanguros siempre juntos, como de costumbre- asistimos a la función, con excepción precisamente de Oluski que aquella noche tuvo que ir con su familia. Cuando salió a la pista uno de los enanos del circo, paseado por los payasos sobre unas andas, tuvieron que oír los aullidos de los kanguros haciendo retemblar la carpa a los gritos de «¡pionono, pionono ... ! ».

¿Bobadas? Tal vez sí, pero hay que haberlas vivido, hay que recordar lo que nos hicieron disfrutar y hay que meditar sobre lo que contribuyeron a formar nuestro espíritu, ese espíritu que hoy conservamos sublimado y perfeccionado y que Dios nos conceda conservar, como nos atrevemos a esperar, hasta que El disponga del último de nosotros.

11. Servicio

Para consagrarse al ideal de Servicio creemos que no hace falta llegar a Rover. Es una idea que hay que inculcar al chico desde lobato para arriba.

(Concepto del Kanguro... desde siempre)

Empezamos a escribir este capítulo y nos damos cuenta de que no hay capítulo que escribir. Todo está escrito en otros. Leed nuestro librejo y veréis que toda nuestra vida de Patrulla ha sido un Servicio continuo y permanente.

Como no hay por qué insistir en esa multitud de minucias que también son Servicio: el ceder el agua de la cantimplora cuando no hay fuente en que volverla a llenar, el llevar a hombros a los pequeños cuando la marcha se hace excesiva, el dejar las mantas a los que no tenían suficiente abrigo, el ayudar de mil modos a las otras patrullas, el poner mucho cuidado en que nuestra conducta fuera siempre intachable en todos los terrenos para con ello servir de ejemplo a los demás.,, los cursillos, las docenas de *pergaminos* dibujados por Oluski y no sólo para cosas nuestras, el abandonar planes familiares o amorosos por asistir a los actos de la Patrulla, incluso la ayuda prestada una noche a un pesquero embarrancado a muy respetable distancia de la playa y al que se fue a nado para luego regresar por el mismo procedimiento y avisar a las autoridades de Marina, tantas y tantas cosas que a puro de encontrarlas absolutamente normales y pensar que no eran sino un deber de scout llegábamos a no considerarlas siquiera como buenas acciones. Eran para nosotros, eso, un deber a cumplir, y tan gustosamente cumplido que nos faltaba tiempo para hacer cuanto hubiéramos querido.

Así pues, quédese el capítulo en los titulares y buscad su contenido en los otros.

12. Errores, fracasos y vicisitudes

Errare humanum est.
(De humanos es errar)

Homo sum, et nihil humanum a me alienum puto.
(Hombre soy, y nada de lo humano puede serme ajeno)

Pues, Señor, que al planear este capítulo nos damos cuenta, con asombrado orgullo, que va a ser muy breve. Quizá sea una intolerable soberbia, pero al repasar nuestra historia encontramos muy pocos errores fundamentales, se entiende; de los pequeños, como humanos, a miles- prácticamente ningún fracaso, y, en cambio, vicisitudes como para escribir muchos libros. Pero como la mayor parte van referidas en otros capítulos, lo dicho, que, por suerte tuya, lector, éste nos va a salir muy corto. Veamos lo que nos vaya acudiendo a la memoria, y subrayemos antes de empezarlo y en descargo anticipado a los que de vanidosos nos tachen, que ésta es una historia, que la historia es un relato de hechos reales y que si los hechos, nuestros hechos, fueron así... ¡qué le vamos a hacer!

Errores

Es evidente que los hemos cometido, y a montones, quizás el último, y muy gordo, ponernos a escribir este libro. Pero es difícil ser a la vez juez y parte. ¡ya nos entendéis! Pequeñas equivocaciones sin trascendencia las hemos tenido en cantidad. Pero que la comida salga salada o sosa, o que el terreno elegido para acampar no tenga condiciones, o que la aguada esté demasiado lejos, son detalles que nada influyen -salvo por aquello de que perdiendo se aprende- en

nuestra marcha general. Y para los errores que vamos a recordar y a reconocer, téngase presente que cuando los cometimos éramos jóvenes y terriblemente inexpertos y que de cada uno de ellos procuramos extraer y aprovechar una lección. Errores nuestros fueron, y os parecerá una pura paradoja, la, rigidez y la blandura, la exigencia y la tolerancia. Expliquémonos. Nuestro entusiasmo y nuestra absoluta compenetración con normas e ideales escultistas nos hacían muy exigentes y muy rígidos, no sólo para nosotros, sino para todos los muchachos que a nuestro cargo teníamos. Y claro, la falta de tacto de nuestros pocos años nos impulsaba a obrar por la tremenda y a no tener mano izquierda. ¡Cómo nos hacen sonreír hoy la mayoría de los que entonces se nos presentaban como gravísimos problemas! Pero, al lado de esto, el afán de aumentar los efectivos del Grupo y de conseguir nuevos prosélitos nos hacía ser blandos y tolerantes con caracteres y defectos que hoy no consentiríamos. Por aquellos años 28 y 29, un frecuente tema de discusión entre Akela y Mukoki era si sería preferible tener un Grupo numeroso, o tener pocos y buenos. El tiempo parece haber dado la razón al segundo, al de los pocos y buenos (¡Qué terrible rigidez teórica la del buen Muky!). Pero tampoco los argumentos del primero eran despreciables. Cara al público era preciso, absolutamente preciso, hacer bulito; que cada noche de domingo las calles gaditanas vieran pasar un número apreciable de exploradores, y si desfilaban formados y al son de pífanos y tambores, mejor que mejor... El tener muchos atraería a más y entre éstos no dejaría de haber elementos aprovechables. Con pocos, por buenos que fueran, se daba en las excursiones el gran peligro del aburrimiento, con muchos siempre habría materia para ocupar todas las horas. Y así, ad infinitum. Pero es muy cierto que cometimos el grave error de aceptar y el más grave de mantener a quienes no podían ser sino una rémora y un mal ejemplo; y de pasarlos, a veces, por carros y carretas antes de perderlos. Hasta aquí la blandura y la tolerancia. Que, por otra parte, nunca fueron enteramente vanas. De un lado está el que todos, absolutamente todos aquellos elementos asociales que lógicamente acabaron por desaparecer de nuestras filas, nos han conservado al correr de los años afecto y respeto. Recuérdese el caso del expulsado en Barcelona. Y de otro lado está el caso de Marwam. Marwam era un muchacho de 14 años, hijo de un catastrófico matrimonio de alcohólicos y que, como era inevitable, había llegado a ser el completo golfo callejero con todos sus vicios y

pésimas costumbres. No exageramos; cuando vino a ingresar en el Grupo, aquel chico era carne de presidio... Pues bien, Marwam asimiló de tal modo el ideal scout, que a los pocos meses no había quien le reconociera. Siempre conservó en ademanes y modo de ser algo de aquel lastre primitivo, pero se hizo limpio, leal, cumplidor, disciplinado y de buena conducta. Murió en nuestra guerra. Y siempre fue para nosotros el vivo ejemplo de que tal vez valga más admitir a cien indeseables -de momento- que rechazar a un dudoso.

Otro error de blandura era el dedicar a puestos de mando a los que no servían para simples exploradores. Chicos ya mayores que no encajaban en las patrullas, que eran en ellas un incordio permanente y a los que nos dolía despedir. Sistemáticamente los hacíamos subinstructores o, más raramente y si creíamos ver en ellos aptitudes especiales, guías de patrulla. Ni uno solo dio resultado y todos acabaron por abandonarnos.

Otros errores provinieron de la exigencia. Y volvemos a lo mismo, a los pocos años y a la falta de horas de vuelo. Ya hemos hablado de J. B. y L. A. Pero nunca hablaremos bastante de nuestro actual remordimiento -no es exageración la palabra- por no haber sido capaces de aprovechar *al máximo* y en beneficio de la Institución las magníficas cualidades que hoy les reconocemos. Y conste que al hablar así hemos de subrayar una vez más que cuanto sobre esto decimos lo referimos al ideal, no a las personas. Ambos, J. y L., fueron scouters que, si bien a nosotros no nos daban la talla como tales, siempre estuvieron a muchos codos de altura sobre otros que hemos conocido; ambos fueron y son excelentes camaradas y amigos. Si bien a L., hemos acabado por perderle la pista -no el recuerdo-, J., hoy en Madrid, está frecuentemente con nosotros e incluso, con gran emoción suya y nuestra, ha participado en algún acto que se ha realizado en los madriles.

También fue un error nuestro, debido a esa exigencia, y un error muy grave, el episodio de 1931. Mucho nos cuesta hacer referencia a él, pero la sinceridad debe ser siempre una de nuestras virtudes y, si somos sinceros, hemos de referir en estas líneas lo bueno y lo malo.

En abril de 1931, uno de nosotros, en funciones de scout, cometió una exageración con la Patrulla del Toro. Les sorprendió fumando y de uniforme, cosa que entonces estaba considerada en todo el Grupo como una falta grave, y la reprimenda y la indignación fueron francamente excesivas e intemperantes, pues llegó incluso a

arrancarles y pisotearles el banderín. El Toro era una excelente patrulla cuyos componentes, por aquel entonces tenían ya más de 17 años, y pocos más tenía el reprensor. Bueno, ¿para qué detallar? Aquello desembocó en una situación tan grave -tan grave para el Grupo entero que Akela, a la sazón estudiante postgraduado en Madrid, hubo de coger el tren a requerimiento de la Jefatura Nacional y personarse en Cádiz para ver de solucionar, con su prestigio personal, el difícilísimo problema. Lo que consiguió, pero a disgusto nuestro. Y lo que sigue os va a parecer increíble, pero es rigurosamente cierto. Le borramos, sencillamente. Le borramos de la Patrulla y de nuestro mundillo. Llegamos a negarle, como Pedro negó a Cristo. Pero ya hemos dicho algo sobre nuestros errores, sus lecciones y sus soluciones. Aquello era absurdo, no podía durar y, en efecto, tras una breve y tenaz labor del leal Oyaha-Ke, nos dimos cuenta de nuestra terrible equivocación. Akela -¡cómo no, siendo quien era! -noblemente, kangurescamente, olvidó todo lo pasado lo mismo que lo habíamos olvidado los demás, y... bueno, y aquí está este libro.

Y, francamente, no podemos recordar más hechos que podamos catalogar como errores

Fracasos

Esto es aún peor, porque no podemos catalogar ni uno. Es evidente que no se puede considerar fracaso el tener que suspender un campamento por estar pésimo el tiempo. Pues bien, fuera de alguna cosilla así, la verdad es que podemos acogernos de pleno a la estrofa de la Canción del Grupo, que dice:

«Como lo hacemos
alegremente,
nos sale todo
divinamente ... »

Nunca nada de lo que emprendimos desembocó en fracaso. ¡Qué inmensa suerte!

¡Ah, sí!, mentimos. Hay un fracaso, un tremendo fracaso, en la vida del kanguro. ¡La bombilla de Oyaha-Ke! ¡Y menudo es!

En 1927 -fijaos bien en la fecha-, nada menos que en 1927, a poco de estrenada La Selva, Oyaha-Ke se *cargó* la bombilla de nuestra única lámpara. Como era lógico e inevitable, había que reponerla y a ello se comprometió. Pues bien, y conste aquí para escarnio y ludibrio eternos. ¡Que si quieres! Reunión tras reunión aparecían en el marsupio papelitos que rezaban, simplemente: «La bombilla de Oyaha-Ke». Miles, millones de veces se le ha requerido para que la repusiera. Bueno, ¡Pues no lo ha hecho!

¿Es, o no, todo un señor fracaso?

Vicisitudes

Estas sí, muchas, muchísimas... pero en su mayor parte ya han salido a relucir en el capítulo *Las Etapas*, ya que forman parte de la trama de nuestra historia y era muy difícil deslindarlas de ella. Aquí enumeraremos solamente algunas de las poco importantes, aquéllas que son tan intrascendentes que sólo merecen figurar como anécdota.

Quizás la primera fuera la falta de dinero. Volvemos al contraste de épocas y costumbres. No os podéis imaginar lo que ha sido para nosotros en una ocasión en que, en Granada, asistimos a una reunión de scouts y padres, aconsejar a éstos que no fueran excesivamente espléndidos en dotar de material al Grupo -querían hacerlo por todo lo alto-, ya que había cosas más importantes y muchísimo más necesarias que poseer un montón de lujosas tiendas de campaña. Nos resultaba inverosímil recordar que, en nuestros tiempos era muy rara la familia dispuesta a sacudirse la 1,60 que costaba la ida y vuelta en el tranvía a San Fernando y gracias a las cuales hubiéramos podido pasar el día entre pinos en vez de hacerlo sobre la estéril arena de la playa -y perdónesenos la reiteración, pero ya os habréis dado cuenta de que, aparte de constituir en nosotros un auténtico complejo, nada mejor como gráfico ejemplo-, mientras hoy cualquier chico dispone de los cincuenta duros en cuanto los pide... o los exige. Sí, aquella angustiada falta de dinero suplida penosamente con nuestras modestísimas cuotas -del orden de los diez céntimos. Sí, sí, no habéis leído mal. Diez céntimos de peseta semanales- con las cómicas multas y con las no menos ridículas cuotas de los *Socios Protectores*, nos alicortaba multitud de iniciativas que hubiéramos podido llevar a cabo con sólo una pobre ayuda. Pero también nos

forjamos en la penuria y hoy damos gracias a Dios y a nuestros padres por aquella aparente tacañería.

La incompreensión y el desfase de los miembros de nuestro Consejo Local también eran, y en no pequeña escala, una desgraciada vicisitud. ¡Ah!, si aquellos respetables señores, tan bien situados socialmente, se hubieran preocupado un poco en enterarse de lo que éramos y se hubieran molestado en hacernos un poco de propaganda y ayudarnos otro poco... Pero ¡sí, sí! Siempre recordaremos una memorable sesión en que... Pero imaginaos primeramente la escena. En una cátedra de la Normal, seis venerables señores -Pemán era, como mucho, el más joven- con seis respetables bigotes, tras una mesa y sobre la tarima del profesor; y enfrente, en plano inferior, aconejados en los bancos de los alumnos, tres de nosotros, jovencillos imberbes, y de los cuales, el que más era ¡estudiante! Pues en esa sesión de que hablamos y que evocamos, uno de los seis, bien situado políticamente e ilustre periodista, se pronunció en contra de los campamentos nocturnos, porque era sabido que, de jóvenes, todos habíamos hecho *cochinerías...*, para ser respondido por nuestro Guía, en un derroche de valor y *de cara*, que aquello lo diría por él y por su generación, porque entre nosotros no había caso.

Y para terminar, tres vicisitudes, y muy dolorosas, sufridas, las tres, por nuestra muy amada Selva. En 1947 la explosión famosa que fue una catástrofe para Cádiz, tuvo también su efecto en nuestro local, al que le tocó perder casi todo su primitivo mobiliario, aquel entrañable y chapucero mobiliario hecho por nuestras juveniles manos, y con él una inestimable parte de nuestro archivo.

En 1967, el asalto nocturno de unos ladrones de azoteas que, violentando la puerta, se llevaron muy poca cosa, algunas de las monedas extranjeras con efigies de kanguros y, lo irremediable e insustituible, quemaron, para alumbrarse, algunos de los documentos de nuestro malaventurado archivo.

Y la tercera, y siempre recayendo todas sobre el mismo desdichado protagonista, el archivo, el descubrimiento de la invasión de termitas. Increíble, pero cierto. Las condenadas hormigas tropicales han tenido que elegir, entre todas las casas de la ciudad, la nuestra. Y en ella, nuestra Selva. Y en nuestra Selva, nuestro archivo. Y en nuestro archivo, algo insustituible, el libro con las reseñas de los Campamentos de Navidad. ¿No es mala suerte? Parece que no han

tocado nada más, ya que no hará falta decir que hemos repasado libro por libro y mueble por mueble. Del libro de los Campamentos no han dejado más que las pastas -con un pequeño agujero, la puerta de entrada con toda seguridad- y un delgadísimo filete de los bordes; todo el interior era una bullente masa de los malditos insectos. Pero quién sabe si a estas horas no está invadida la finca, cuya vigería es de madera.

Por otra parte, y siguen las vicisitudes sobre La Selva, aun prescindiendo de este peligro, por circunstancias de la vida y por posible venta de la casa en que está enclavada, es muy posible que tengamos que desalojar nuestra Selva con todos sus tesoros. ¿Os imagináis lo que ello supondría para nosotros? ¡Nuestro medio siglo - ya largo- de vida! Pero no seríamos kanguros si nos arredráramos, y ya estamos buscando otro local; otro cuartito, lo más parecido posible en dimensiones a nuestro santuario-museo, para trasladar a él, de modo idéntico a como están dispuestos ahora, todos nuestros tesoros. Ya están tomadas las fotografías y hecho el inventario para que, si llega el caso, todo se haga a la perfección.

Y, al fin y al cabo, las vicisitudes son las que dan sabor a la vida y estímulo a la iniciativa.

13. El Kanguro sin Akela

Todos somos necesarios; ninguno es imprescindible.
(Concepto del Kanguro, desde sus primeros tiempos)

Nota importante. A petición y por idea de los demás kanguros, y a diferencia del resto del libro, este capítulo ha sido escrito por el propio Akela.

Me encomendáis, hermanos kanguros, una tarea aparentemente difícil e ingrata, pero que deja de serlo en cuanto se mira a la luz de nuestro pensamiento; ese pensamiento que ha inspirado nuestro libro y que se reduce a demostrarnos que todo cuanto hemos hecho, bueno o malo, rutinario o excepcional, no ha sido fruto de nuestras individualidades, sino consecuencia inevitable del sistema pedagógico que nos formó, de ese Escultismo que, a través del Sistema de Patrullas, es algo que jamás se había alcanzado y que jamás se superará como método para la formación del hombre en las más elevadas cualidades humanas.

Empezaba la tarea que me encargáis diciendo que es aparentemente difícil e ingrata. ¿Por qué? Porque tendría yo que ser habilísimo dialéctico y escritor para, a través del Capítulo, no dejar traslucir una exagerada idea de importancia y de superioridad, ya que cuanto en él refiriera llevaría inevitablemente a la consecuencia de que mi papel como guía y como -¿por qué no decirlo?- educador había sido brillantísimo. Todo cuanto hubierais hecho desde mi marcha había de parecer deberse a mi labor. Quede bien sentado que nada más lejos de la realidad. La Historia está llena de casos en que un Partido, una Institución, una Entidad, se han disuelto miserablemente cuando faltó el Jefe que los fundó y dirigió. La razón es evidente; era solamente la personalidad del Jefe la que los mantenía. Pero cuando no ha sido el Jefe, sino la doctrina, la que ha inspirado a tales colectividades, ellas se han mantenido a lo largo de

los Siglos. También está la historia llena de ejemplos de ello. Y tal es nuestro caso. Si yo hubiera sido el Guía indiscutible e indiscutido que vosotros decís, al irme yo todo se hubiera disuelto. Si ha sido el Escultismo el que os guía e inspira, no podía ocurrir sino lo que ocurrió que, ido yo, todo siguió igual... o mejor. Mi único mérito, de tener alguno, ha sido el acertar a inculcaros nuestras Leyes y nuestro Espíritu. Y os aseguro que no ha sido mérito mío, porque al igual que me ocurrió en mis palabras de nuestra reunión de 14 de abril del 74, muchas, muchísimas veces, me ha parecido que Algo Superior guiaba a vuestro Guía. ¿De dónde, de no ser así, hubiera yo podido conseguir este Kanguro que es mi orgullo?

Comprenderéis, tras lo dicho, que el Capítulo va a ser muy cortito. Porque está resumido en muy pocas palabras. Está completo en cuanto se diga que al marcharse Akela -por imperativos de la vida, que no por su gusto- todo siguió como si él no se hubiera ido.

Pero os conozco y sé que terminar aquí sería defraudaros un poco. Y no debo hacerlo. Pero me limitaré a dejar consignado que al recibir vuestro encargo e intentar documentarme en nuestro Archivo -y aprovecho para declarar que nuestro Archivo, es algo asombroso y que me quedé estupefacto al comprobar su riqueza documental y el ímprobo trabajo y la enorme tenacidad y la imponderable constancia que significa- me encontré con un índice de trabajo realmente abrumador. Tanto, que me obliga a no extenderme en detalles, porque la simple enumeración de títulos de fichas en esos pocos años -yo considero solamente como ausencia mía los que van de 1930 a 1935, ya que en el 36 ya volvía yo a tomar parte, aunque fuera por correo, en nuestras actividades-, daría un libro voluminoso.

Y al repasar tan rica documentación puede comprobar el que revuelva en nuestros papeles, dos cosas: una, que todo siguió los mismos rumbos y los mismos métodos que hasta entonces; otra, que el trabajo se hacía cada vez mayor, cosa lógica por varios motivos; porque la Tropa aumentaba y el número de Instructores no era suficiente para el incremento de ella; porque los mayores -hablo de nuestros muchachos, no de nuestra patrulla-, como ocurre siempre, se nos marchaban -no todos, cierto, pero sí la mayoría-. Llegaban las novias, llegaban los estudios superiores, había cambios de residencia de las familias o, simplemente por esas inexplicables reacciones de la adolescencia, un buen día, el chico que había sido entusiasta e inmejorable se cansaba y desaparecía, y con él, desaparecía un

posible scouter. Por otra parte, el prestigio que ante el público había alcanzado ya la Tropa, obligaba a mantener una tónica que no podía perder elevación. Y para colmo y remate, las circunstancias políticas os colocaban en difícilísimas situaciones.

Pues bien, pese a todo ello, la Patrulla -sin Akela- siguió manteniéndolo todo y nunca hubo en su historia período más intenso y fructífero. En esta época se lanzó el Kuí, un ambicioso proyecto que se acariciaba hacía tiempo y que al fin se llevó a cabo. Con unos medios materiales ridículamente Pobres, pero con un espíritu elevadísimo. Hoy resultan conmovedores aquellos números, tirados en cuartillas y en una rudimentaria multicopista, llenos de faltas mecanográficas y sintácticas, pero rebosantes de espíritu combativo y de impecable doctrina. Y en esa época, que hoy, al lado de nuestros 51 años de Patrulla, nos parece cortísima, pero que equivale a una muy larga Era en trabajo e iniciativas, hicisteis cosas como la Colonia Escolar, a cuyo emocionante final tuve la dicha de asistir. Y al lado de esos hechos culminantes, la callada labor callada, pero intensísima-que queda recogida en nuestro archivo. Mucho habíamos trabajado y mucho habíamos hecho de 1927 a 1930, pero todo ello es un juego de niños al lado de lo que se hizo de 1930 a 1935. Es auténticamente innumerable la serie de trabajos sobre todos los temas Y materias: planes de Cursos Escultistas, Cursos y Escuelas de Jefes y de Guías, planes de trabajo para obtención de grados y diplomas, organizaciones de Campamentos y Excursiones, visitas pedagógicas, actos benéficos en los que surgían inesperadas complicaciones como en aquella distribución de juguetes que las autoridades, con el cerrilismo y la miopía de aquellos años, os prohibieron ¡porque no debía de haber *Reyes Magos*... ! Y actos de propaganda para nosotros, para los padres, cosa que entonces era algo impensable, y para el público en general, conferencias, escritos y polémicas en la prensa, lanzamiento en gran escala, y gracias a la ayuda económica de nuestro inolvidable don Elías, de un ambicioso folleto de propaganda para el que conseguisteis la colaboración de las máximas figuras del Escultismo Español de entonces, charlas a porrillo para propios y extraños, normas para la vida interior y organización de las Patrullas en las diversas ramas, traducciones de libros escultistas empezando por el *Scouting for boys*, cursos de idiomas, ¡el delirio! ¿Qué falta os hacía Akela, como no fuera para tener otro par de brazos que trabajaran?

Tal fue el Kanguro sin Akela. Y siento mucho -y ahora me dirijo a nuestros posibles lectores- no detallar más. Pero cuando se hojean las correspondientes colecciones del Archivo del Kanguro, se ve enseguida que para comentar adecuadamente la vida y la labor del Kanguro en esos seis años haría falta algo tan voluminoso como una Enciclopedia. Quédese, pues, así.

Subrayo una vez más lo que tantas hemos dicho a lo largo de este libro. Nosotros, los kanguros, uno a uno, somos totalmente vulgares y anodinos, pero nuestra enseñanza escultista, la vida de patrulla -ésta sobre todo-, y el espíritu de Servicio y Sacrificio que el Escultismo nos inculcó, son los que nos han hecho realizar toda nuestra labor. Que conste. Y que conste asimismo que estábamos en lo cierto al crearnos aquellas máximas de 1927, complemento de nuestro aprendizaje de scouts. Todos somos necesarios; pero ya veis cómo ninguno ha sido imprescindible:

AKELA

14. Una extraordinaria reunión

Cuando os miro aquí, a todos, en torno a esta mesa, no me quedan corazón ni palabras para dar gracias a Dios.

(Palabras finales de Akela en la reunión que se reseña)

Aquel 14 de abril de 1974 iba a ser un día memorable para la Patrulla. A las 15 horas nos reuníamos en La Selva y comenzábamos una reunión muy fuera de lo habitual. Exteriormente, nuestras cosas parecían las de siempre. Allá, en nuestros acostumbrados asientos y, como siempre, por orden de numeración, estábamos todos. Pero y ahí está la emocionante diferencia- esta vez éramos *todos*, de verdad. Los diez, ya que, como hemos explicado en otro sitio, Pie Ligero es hoy tan kanguro como los otros nueve.

En efecto, por fin habíamos conseguido lo que imposible parecía. Hacía poco que se habían reincorporado los dos *enfadados* que durante tantos años se alejaron de los demás. Tras una serie de peripecias, Tigre Pardo había podido desplazarse de Madrid, para ocupar su puesto, aunque hubiera de regresar a la Corte poco menos que al terminar la reunión, y, lo más difícil, lo casi inverosímil, habíamos localizado a Garza Gris y luego de vencer dificultades que parecían insuperables, le teníamos entre nosotros. Era aquél en quien más notábamos el paso de los años transcurridos, porque no le habíamos visto jamás durante ellos y eran para nosotros una sorpresa el escaso pelo y el ligero encorvamiento. Los demás nos habíamos visto a diario, o poco menos, sin contar con que para el diablo de Tigre Pardo parece que no pasa el tiempo, y para todos el cambio había sido imperceptible. Nos dábamos cuenta, al mirarle, de que en todos había ocurrido lo mismo, pero también, y las horas nos lo fueron confirmando, de que *por dentro* todos, absolutamente todos, los

constantes y los alejados, acudíamos a la reunión con el mismo espíritu que a las de hacía casi 50 años.

Ya la mañana de aquel día había *tenido lo suyo*. Por iniciativa - ¿habrá que decirlo?- de Mukoki habíamos repetido una histórica foto de la Patrulla. En 1928, en la primera marcha a Jerez, relatada en *Las grandes comanchadas*, nos habíamos hecho el inevitable recuerdo gráfico de la proeza. En el Parque del Tempul posó la Patrulla completa, muy conforme a la época: carteras de cinturón, pañuelo muy ceñido al cuello, derroche de portanavajas y cordones. ¡Muy propio! Ahora que, eso sí y como siempre, pantalón bien corto y mangas al codo. Pues bien, en esta mañana de que hablamos a Garza Gris, único que no lo tenía, se le facilitó un uniforme; y en el campo, con un fondo de arbustos idéntico al de la foto de 1928 y exactamente en las mismas posturas y colocación de entonces, gracias a la colaboración de la squaw de Muky, el Kanguro repitió la inolvidable foto. Y conseguimos tal identidad del grupo actual con el pretérito, que muchas personas han creído, a primera vista, que las dos fotos eran copias del mismo negativo, una en blanco y negro, y otra en color.

Y ahora, antes de entrar en materia, permitidnos relatar un episodio que no tiene importancia en sí, pero que muestra de modo evidente cuál ha sido el ambiente de mutua confianza que entre nosotros hemos tenido siempre.

Retrotraigámonos a la víspera del 14. En tal fecha y por avión, llegaba Garza Gris a Sevilla, residencia del Gran Sachem. Pero cata por donde aquel era el día del cambio oficial de hora y, por una mala información de Iberia, Akela llegó al aeropuerto con una hora exacta de retraso. Y ahora, fijaos en el detalle. Como ambos llevaban tantos años sin verse, habían convenido en que el sevillano esperaría al barcelonés, o a la inversa, en determinado sitio y que el sevillano luciría, amén de la insignia scout, determinada indumentaria. Reparad en que Garza Gris faltaba del Escultismo -no sólo de la Patrulla- durante todo ese tiempo y que la vida no había sido precisamente propicia y muelle para él. Pues bien, llega nuestro hombre a Sevilla, ciudad que le es totalmente desconocida, se planta en el sitio convenido -ni se le ocurre pensar en el porqué de que no esté allí Akela- y cuando alguno de los compañeros de viaje, al verle de plantón, le ofrece llevarle en coche a la ciudad, responde simplemente: «No, muchas gracias. Mi amigo ha dicho que vendrá a

recogerme, y viene. Estoy seguro». Esto después de más de 40 años sin el menor contacto. ¡Ah, pero era *su guía!* ¿No es maravilloso?

Pero sigamos con nuestra historia. Como era lógico, habíamos comido todos juntos entre el habitual derroche de buen humor y broma permanente. A la hora en punto empezábamos la proyectada reunión. Tomó la palabra Akela y nos hizo un auténtico e inolvidable discurso que vamos a reproducir aquí tomándolo al pie de la letra de la cinta magnetofónica en que se registró (¡Qué queréis! Aunque maduritos, estamos al tanto del progreso técnico) por considerar que marca exactamente y el espíritu, el presente y las metas de la Patrulla, es decir, y volvemos a lo mismo, a lo de siempre, a lo que es motivo y fin de este libro, que muestra cuál es el desarrollo y a lo que llega una Patrulla con el paso de los años. Y advirtamos al lector que nuestro Guía, al oírse después, nos ha dicho que está seguro de que Alguien le inspiró, pues le resulta increíble que él pudiera improvisar y hablar como lo hizo. Claro que el tono y la oratoria no se pueden transcribir, pero sí garantizamos que cada una de sus palabras tenía su por qué y que todas constituían para nosotros una lección y un programa. Dijo así:

«Yo creo que fuera del orden de la reunión y en vista de lo excepcional de las circunstancias, procede que digamos antes unas palabras. Vosotros sabéis que yo nunca preparo lo que voy a decir. A raíz de lo de Santiago de Compostela me disteis el tótem de Sachem de la Palabra y una vez más, puesto que Dios me hizo charlatán, voy a hablaros; pero empezaré por deciros que no sé lo que voy a decir, ni cómo lo voy a decir, ni si lo voy a poder decir, porque no estoy seguro de que la emoción me deje hacerlo.

Yo no sé si os habréis dado cuenta todos de lo que significa este acto de hoy. Yo creo que tenemos que empezar, sinceramente, creyentes y... no digamos descreídos, porque entre nosotros no los hay, por elevar una acción de gracias a Dios por lo que nos ha permitido hacer en este día, acción de gracias que puede ser, parangonando la bendición de la mesa que yo compuse y que en mi casa han rezado ya tres generaciones, decir: Dígnate, Señor, bendecir esta mesa a la que nos sentamos hoy diez hombres de buena voluntad, recibe nuestra gratitud por habernos permitido hacer esto de hoy, y permítenos que podamos seguir haciéndolo muchas veces.

Porque es maravilloso, en este mundo actual y después de la historia de la Patrulla, que consigamos hoy, al cabo de casi medio siglo -¡medio siglo, señores!, ¡medio siglo, hermanos kanguros, que se dice pronto!-, reunirnos los mismos nueve de 1927, después de todas las vicisitudes de nuestras diez vidas, después de pasar una guerra civil en la que, hasta ahora, hemos dicho que quedamos todos en el mismo bando, y no fue así, porque hubo uno al que le cogió en el otro. Que vivamos los diez (porque, claro, al «9 A» lo consideramos, naturalmente, como a uno más. Por eso hablo de 10), que vivamos todos, que podamos reunirnos todos aquí, con salud, y, sobre todo, con un espíritu inmarcesible que responde exactamente al de aquel primer año 1927-28. Esto, hay muy pocas colectividades en el mundo que puedan hacerlo y nunca tendremos palabras bastantes para agradecerle a Dios que nos haya permitido presenciarlo.

Esta mañana nos hemos hecho, como remate de esto, una foto, que hay que darse cuenta también de lo que significa: los mismos 9 de entonces. Que aquellos nueve que hicimos la marcha a Jerez hayamos podido retratarnos hoy, con un fondo idéntico y en las mismas posturas de entonces, siendo capaces de volver a hacer la marcha si fuera preciso, esto es algo por encima de toda ponderación, y yo estoy seguro de que ni nosotros mismos nos damos cuenta de ello. Por eso hemos empezado con esta oración, y Dios nos dé años y vida para que podamos volver a reunirnos aquí. Yo quiero señalaros la maravilla que es el cómo y el porqué hemos podido volver a reunirnos los diez.

Todos sabéis que, por circunstancias de la vida, aquí ha habido siempre seis que hemos mantenido este fuego sagrado. No porque este fuego no ardiera en todos nuestros corazones, que ardía en todos por igual, sino porque la vida, las circunstancias geográficas y materiales han obligado a que hubiera algunos que estuvieran un poco marginados. Entre ellos había quienes, por aquello de que los hombres seguimos siendo siempre un poco niños, han estado apartados de la Patrulla algunos años y después hemos conseguido que volvieran, colmando con ello un anhelo que estaba en el corazón, de todos los que permanecíamos aquí. ¿Cómo han vuelto? Es de esas cosas que me ponen el corazón en la garganta, me traen las lágrimas a los ojos y me hacen quebrar la voz. Porque esa carta de Shere, cuando yo le escribí diciéndole que viniera. Yo había escrito tal día como ayer; a las, 12 eché yo la carta al correo, y hoy, al volver a

mi casa a la una del mediodía estaba la contestación esperándome en Conserjería, una contestación que leí en el ascensor y que me hizo llegar a mi puerta llorando, porque no podía ser más gráfica ni más maravillosa en tan pocas palabras, que no se me olvidará nunca, y que no decía más que esto: «Akela, cuando hace años tú gritabas Kuí, el kanguro que te oía dejaba lo que estaba haciendo y acudía a la llamada. Shere Khan te ha oído». Y Shere Khan vino. Y después vino Oluski, que no habló, ni escribió. Pero vino. Y en el primer acto de patrulla que celebramos con estos recuperados -no recuperados, reincorporados. No podemos hablar de recuperados porque nunca estuvieron perdidos. Estuvieron aparte, pero no perdidos-, tuvimos la enorme alegría y la inmensa satisfacción de que, en ese primer acto en que participamos todos, las palabras más emotivas, y más sentidas y más sinceras y más rebosantes de espíritu de kanguro eran las suvas. Y hoy... Claro, Tigre Pardo ha estado apartado de nosotros por motivos geográficos, pero nunca ha estado apartado de nuestro corazón, ni nosotros del suyo. Pero Garza Gris, que, se marchó el año 29 y del cual no habíamos vuelto a saber, porque había ido a parar a la otra punta de España y porque las cosas vinieron así. Por fin, después de tantos años, al conseguir localizarle y escribirle, yo sabía que respondería como ha respondido. Dimos con sus señas, le escribimos, y aquí está su carta, que no conocéis todavía. Hay que darse cuenta de lo que supone que un hombre que lleva casi medio siglo sin contacto con nosotros y al que se le escribe después de todo este tiempo, conteste con esto:

Aquí se lee la carta de Garza Gris, que extractaremos, pues es muy extensa. Comienza «A la siempre querida y nunca olvidada Patrulla del Kanguro» y sigue señalando la gran alegría que nuestra carta le supuso y lo que lamenta que, pese a la gran ilusión que le hubiera supuesto asistir, le sea imposible hacerlo, por diversas circunstancias laborales. Expone que la vida ha sido bastante dura para él, pide algunos detalles sobre la actual Patrulla, etc., y se despide con fuertes apretones de mano izquierda como se ve, no había olvidado nada y con un «Camaradas del Kanguro, Kuí y Siempre Adelante».

Y sigue hablando el Guía:

Esto, después de casi 50 años de ausencia sin el menor contacto, rebosa espíritu. Esto indica que el Kanguro, en aquel 1927-28, hizo la solera y echó las raíces de algo muy hondo, puesto que

esta respuesta después de todo ese tiempo sin el menor contacto con nosotros, rebosa el mismo espíritu que podíamos tener entonces. ¿Qué os voy a decir? No puedo hablar, creedme.

Ahora, meditemos un poco. ¿Qué nos da la Patrulla a cambio de todo esto y qué nos exige a cambio de ello? Eso es lo que tenemos que pensar.

¿Qué nos da? Nos da nuestro espíritu, nuestra fraternidad, nuestra camaradería, algo que no se paga con dinero, que no se puede comprar y que está por encima de toda ponderación. Yo quiero que todos recordemos que aquí está el Kanguro. Todos tenemos problemas humanos, todos tenemos problemas familiares. Pues bien, no olvidéis ese lema que tenemos ahí detrás; no lo olvidéis porque eso es el Kanguro: Esencia de la Amistad y Refugio en la Vida. No olvidéis que aquí somos diez hermanos incondicionales, dispuestos a todo lo bueno y a todo lo malo por el hermano que nos necesite. Y que aquí tenéis un refugio para cuando en nuestras casas, en nuestras familias, en nuestros trabajos, la vida nos pese. Sabemos que aquí tenemos un consuelo, que aquí tenemos un alivio y que aquí tenemos un olvido para las amarguras de esa puerta para afuera.

Pensad lo que el kanguro ha hecho de nosotros. Que cada cual haga examen de conciencia, y pensad. A mí me gustaría pasar revista uno por uno a los miembros de la Patrulla, pero ello es largo, y, además, señalar tan personalmente sería muy desagradable. Pensad que tenemos el mismo espíritu de entonces, la misma fraternidad de entonces, *que no somos viejos* ya que, como dice mi hijo, nosotros podremos ser de edad avanzada, pero no seremos viejos nunca. Todavía no nos fallan las facultades físicas, pero cuando nos fallen, no importará, las espirituales estarán como siempre...

¿Qué nos exige la Patrulla a cambio? Pues, sí. Nos exige mucho. Somos, hoy por hoy, la única célula del Escultismo Mundial que puede presentar esta historia, y esto pide mucho. Esto es una sagrada y alta pesadez que cae sobre nuestros hombros. Tenemos la obligación moral ineludible de mantener esto hasta el final. Ante el Escultismo de todo el mundo, el Kanguro de Cádiz tiene que seguir subsistiendo, y tiene que seguir subsistiendo con la misma tónica, la misma altura y la misma fuerza de hoy día. Tenemos que dejar nuestros pequeños egoísmos familiares, nuestros pequeños egoísmos personales, para mantener esto y que, mientras haya un kanguro en el mundo, el kanguro subsista. Y, siguiendo nuestras

frases de «Donde está un kanguro, allí está el Kanguro» y «Lo que hace un kanguro, lo hace el Kanguro», mientras haya uno de nosotros sobre la Tierra, el Kanguro subsistirá. Aquí lo hemos dicho, porque ha surgido muchas veces la cuestión de qué se hacía con los que, parodiando la frase del Concilio Vaticano II, podíamos llamar los hermanos separados, mientras lo han sido, por lo que fuera. Y siempre hemos llegado a la misma conclusión; que había una tradición, que está en esa lista, y que había que mantener. Que la lista de la Patrulla tenía que mantenerse, vinieran o no vinieran todos. Y que aquí, a medida que Dios vaya disponiendo de nosotros y vayan quedando sillas vacantes, las sillas seguirán poniéndose alrededor de la mesa y las reuniones de patrulla se seguirán haciendo como si los propietarios de las sillas estuvieran presentes, hasta que Dios disponga del último. Esto es lo que yo le pido desde el fondo de mi corazón y lo que estoy seguro que conseguiremos. Dejémonos de egoísmos, dejémonos de comodidades propias de viejos -que nosotros no lo somos- y hagamos por la Patrulla lo que haya que hacer.

Ahora bien. Pensemos también que siempre acechan los peligros. ¿Qué peligros tenemos hoy que nos dificulten -no digo impidan- hacer esto? Decíamos hace 50 años que había tres cosas que podían separarnos: la religión, la política y las mujeres. De la religión y de la política podemos considerarnos ya como triunfadores. Las hemos dejado atrás y es muy difícil que consigan separarnos, porque hemos llegado ya a una *perfección espiritual*, dentro de lo humano que nos hace mirar un poco por encima estas pequeñas diferencias políticas y religiosas que jamás alteraron y jamás pueden alterar nuestro espíritu de patrulla. Las mujeres, sí. Las mujeres siguen siendo un peligro mayor que nunca, porque han envejecido con nosotros y a la condición espiritual y a los peligros que tiene siempre la mujer, se suman los de esta madurez, no digamos vejez, puesto que nosotros no nos consideramos viejos; es decir, que, lógicamente, ahora cada una de ellas será -y entendedme en qué sentido lo digo- más egoísta y más absorbente que lo era de joven. Estas sí pueden separarnos. Y pueden separarnos, no violentamente, sino con la astucia natural de su sexo, perfeccionada por el paso de los años, sembrando entre nosotros pequeñas cizañas, desfigurando detalles. No nos dejemos engañar. Si a lo largo de medio siglo hemos sabido vencer este escollo, no vamos ahora a ser vencidos por él. No

quiero extenderme más, porque supongo que todos me comprenderéis y todos estaréis de acuerdo.

Pero hoy día hay un cuarto escollo, y muy importante: el pasarse de rosca. Este espíritu nuestro, este kangurismo, este Escultismo, es un vino generoso. Y el vino generoso, a dosis adecuadas, tonifica, hace optimista, aumenta los bríos. Pero si se abusa de él, se sube a la cabeza y deja resaca. No abusemos. No pretendamos hacer de nuestro Kanguro y de nuestros ideales una meta única, absorbente y exclusiva de nuestras vidas. Démosle el lugar que tiene, que es muy hermoso y muy suficiente, y no queramos darle tanto ámbito, tanto volumen, que nos hartemos.

Supongo que me comprenderéis, supongo que estaremos todos de acuerdo. No sé qué más decir, ni qué más deciros. Cuando miro esta mesa, cuando miro hoy aquí, a todos juntos, vuelvo al principio. No me quedan corazón ni palabras para dar gracias a Dios. Nada más».

Y al llegar aquí, y mientras en los ojos de todos había lágrimas como puños, a Akela se le quebró la voz en un hondo sollozo de emoción, y le vimos ocultar la cara entre las manos, al par que un silencio absoluto se hacía en La Selva. Pasaron unos interminables segundos, y, a la invitación del Guía para que el que quisiera hablar lo hiciese, lo rompió Tigre Pardo. No podemos transcribir sus palabras porque las dijo llorando y se le entiende muy mal -en la cinta, claro-. Por ello solamente estamparemos lo más saliente de cuanto expuso.

«... Hemos estado separados, pero el espíritu no se separó, y la prueba está en mí, que en los momentos más terribles de mi vida me volvía al Kanguro. He vivido años terribles, pero por encima de todo el Kanguro vivía dentro de mí. La distancia, los seres que yo más quiero, me alejaban del Kanguro, pero el Kanguro era una isla en medio de un vendaval, de una tormenta. Fijaos bien; no digo el Escultismo, digo el Kanguro, aunque esto sea quizás una herejía. Pero es que sin el Kanguro no hubiera entrado el Escultismo en nosotros, como el Escultismo no ha podido entrar en tantos como han pasado por él y fácilmente se han separado. El Kanguro ha anclado el Escultismo dentro de nuestros corazones y por él lo vivimos y lo seguiremos viviendo mientras nosotros vivamos y en el Más Allá, en el cual creemos y en el cual quizá nos volvamos a reunir. La vida cada día es más madrastra, más dura, y solamente donde se encuentra una sinceridad y una risa franca es en el Kanguro, y esto no lo podemos

decir mas que los que hemos estado fuera de él. No tengo amigos. No he podido conseguir amigos en ningún sitio. Me he portado bien con todo el mundo y he enseñado y he luchado, pero no considero amigos a ninguno, ni cuando dejo mi sitio de trabajo me vuelvo a acordar. Pero sí me vuelvo a acordar del Kanguro en muchos momentos. Como sentí lo que sentí el día que mi hija Paloma llegó a casa hablando del Kanguro en Santiago de Compostela, me metí en mi cuarto y lloré, porque decía que los habían considerado como los mejores. Quizá esté pecando de orgullo ahora, al relatar esto, pero no tenemos más remedio porque es lo que nos sostiene. Estuve en La Peñota hace 15 días... decían que hacían Escultismo, y no... no hay nadie, nadie. No vi entre aquellos Grupos que había por allí un momento como el que hemos tenido hoy en Puerto Real. Aquello de vamos a formarnos, vamos a colocarnos como estábamos hace tantos años para comparar el día de mañana las caras de niños con las caras de hombres, ya de abuelos. En fin, esto no lo hace más que el Kanguro y quiera Dios que lo siga haciendo muchos años. El Kanguro me salvó una vez, en un momento que no olvidaré, y eso prueba que vamos caminando. Han sido tantos momentos felices... desde aquella primera excursión al Pinar de Villanueva, con las cuerdas y la manta, o aquel circuito de los 60, que acabé sin los zapatos porque ya no podía con ellos, o aquella marcha a Jerez en que pasamos aquel fangal y teníamos sed y nos la salvaron las dos naranjas que Pantera llevaba en la mochila y que nos la repartimos. Así se fue labrando este espíritu que tenemos, que no se ha perdido y que por encima de todo no se va a perder jamás. Mucho me costó a mí dar este paso, pero yo os prometo que haré todo lo necesario para continuar. Desde que cogí el tren para Cádiz estoy viviendo aquel Kanguro de hace tantos años. Gracias a todos por haberme acogido y gracias por este número 4 que es como una bendición del cielo.»

A estas emocionadas palabras siguió un largo y total silencio que al fin rompió Mukoki. Pero, ¡Ahi, la alocución de nuestro Subguía no se puede reproducir, porque podréis leer sus palabras, pero no podréis imaginaros el gracejo y la expresión que les dieron el cerrado acento gaditano del orador, ni aunque intentemos subrayarlo en algunos párrafos con la adecuada ortografía. Así, más o menos, habló nuestro Vieux Grogard:

«¡Bueno, pues ná. Aquí somo como la pescaiya gaditana, empesamo por la cabeza y nos mordemo la cola. Pues yo voy a ser la

cola, en este momento, como: subguía. Y aunque hoy er Gran Sachem tiene ya a varios kanguros a los que tenemos denominao con razón y fundamento pelotas de él -el número uno, nuestro Ojo de Linse- los demás vamos hasiendo también un poquito de oposición a ese cargo de pelota número 2, pelota número 3... Yo no quiero ser ni er pelota 3, ni er pelota 8. Yo lo único que quiero es repetí lo que santísima veses hemo dicho aquí, en los Consejo de Patruya, pero hoy, aprovechando este *pleno* de kanguro, pué e inútil recordá, pero creo que debemo recordarlo, que si er Kanguro é er Kanguro y las frase que ha dicho er Gran Sachem y las que ha dicho Tigre Pardo, pué er Kanguro é ... Akela. Sensiyamente. Porque él fue el que nos formó y que nosotros pués le hemo seguío y quizá sea ése el único mérito que puén tené tos los kanguro, porque sin é, pués no hubiera existío er Kanguro, ni existiría, ni existirá...

La Patruya ha pasao por una serie de periodo, de dificutade, de visisitude, pero se ha ido manteniendo con 4, con 6 y ahora con 10. Es desí, que ahora mismo, 47 año despué, recomenzamo el espíritu de patruya *con toda su plenitud*. Y a base de esa plenitú, el espíritu de patruya es er que tenemos que continuá, si no elevándolo todavía de nivel, que eso sería casi imposible, pero, por lo meno, continuarlo ar mimo nivé. Y lo hemo conseguido hoy, a lo 47 año y 4 día de su fundación. Y é lo que ha dicho er Gran Sachem, que ahora estamo en una plenitú del espíritu de patruya, sensiyamente. Y basta ya de emosione. Lo hemo pasao... yo muy bien, sortando lágrima a raudale, pero ahora ya con esta plenitú de espíritu de patruya, pido que seamo lo que hemo sío siempre: er Kanguro serio, er Kanguro formá, pero er Kanguro *cachondo*, *¡ea!*, cobro de cuota... (El Guía, al quite: ¡No! Todavía hay quien quiere decir algo.)

Y antes de continuar debemos aclarar, para los no gaditanos, que la palabra *cachondo*, en nuestra tierra, es sinónirna de alegre, guasón, etc., sin el menor asomo de otro significado, cuando en éste se emplea.

Y ahora va a ser difícil seguir transcribiendo de la cinta magnetofónica, porque hasta este momento los oradores habían sido escuchados en medio de un profundo y emocionado silencio, caso poco frecuente en el Kanguro, pero a partir de este punto, y como iréis leyendo, hubo auténticos guirigay y barullo. De modo que vamos a reseñar como si se tratara de una sesión parlamentaria movidita...

Habla *Ojo de Lince*. -Y también con voz sospechosamente entrecortado. Por algo decíamos después que a pocas reuniones como ésta íbamos derechos al infarto de miocardio-: Estas palabras van, más que nada, para los que estáis ausentes. Después de las palabras de nuestro Gran Sachem, Akela, y las palabras no, porque Tigre Pardo no ha hablado con la boca, ha hablado con el corazón. Después de esto yo quiero, sobre todo para los que estáis fuera (Akela: Han estado) o habéis estado fuera, esto es como una postdata, y las postdatas en las cartas son la verdad de todo. Lo que se pone en una postdata es el fin que lleva la carta. Quiero que vean ustedes todos -porque nosotros los de aquí, ya lo conocemos- y voy a poner una comparación; si se planta un pino y no se cuida o no se riega, el pino se seca. ¿Para qué vamos a hablar de la labor de Akela con nosotros, si fue el que nos formó? Pero tenemos un, subguía que ha sido el alma de la Patrulla, el alma que ha regado el pino. Yo me atrevería a decir que tanto se le debe a Akela como a Mukoki... (Ya francamente hipando) ¡Eso es el *Kanguro* ... ! Y perdonad.

Mukoki: ¡Y yo lo corroboro! (sospechamos que quiere decir que lo niega). ¡Yo no estoy conforme! Yo lo corroboro sin llegar (jaleo general y voces de todos. Domina la de *Pie Liger*: «El Kanguro no hubiera sido nada sin Mukoki. Eso es verdad. Fue el que mantuvo la llama»). Eso ha sido después; el aglutinamiento lo hizo é... (sigue el barullo). Ahora vuelvo a repetirlo, el Kanguro no hubiera existió jamás con el vigó que tiene, con la vivencia que tiene y la que tendrá, si Dios quiere, si no hubiera sido por Akela (más barullo), porque ¿quién demonio nos iba a infirir a nosotros (el barullo se hace tan intenso que no se oye al orador...?). ¿Que él se ausenta por razones profesionales? El se yeva desde el año 30 fuera de Cáí y queda un subguía que comprende *que tiene la obligación* por el Sistema de Patrullas y por... (sigue sin entenderse bien) de sustituir a guía... Eso no es más que cumplir una obligación (*Pie Liger*: Mira, de tu gestión hay una frase jocosa que lo retrata todo. La dijo Oyaha-Ke un día. «Si éste se empeña en que nos vistamos de buzos, nos vestimos»). Eso, que es una cuchufleta, encierra todo lo que Mukoki ha sido para nosotros. Barullo indescriptible y afirmativo. Mezcla de voces: «Gracias a esa regadera no se ha secado el pino», «El secreto del Kanguro habéis sido vosotros dos ... ». «Uno ha ido delante llevándonos y otro detrás empujando p'al que flaqueara ... ». «La patrulla modelo, la Patrulla ideal... ». «El guía y el subguía... ». Muky, al fin, se impone a fuerza

de pulmones, y sigue). ...El mérito é, primero y prinsipá, der que nos ha insuflao el espíritu. Muy bien, conforme, yo un conservadó. ¿Eh?, ¿Qué pasa? Muy bien, donde hay un kanguro está er Kanguro. Hay una carta de Genovés diciendo... bueno, el artículo de Genovés en el Boletín Oficial de la Asociación comentando la Orden de Akela del Kanguro, en que dice que el subguía es er motó de la patruya. Y entonce yo, contestando particularmente a esa carta, he dicho: Bien, conforme. Acepto la palabra motó. Pero un motor solo, sin embrague, sin caha de cambio, sin carburado, sin freno y sin esto y lo otro, no sirve pa ná. Yo, motó solo, no hubiera hecho má que chuf, chuf, chuf, pero no hubiera servío pa ná. Yo, sí, me considero desde luego er conservadó o er continuadó de la labó de Akela, pero sin los kanguros, esto no hubiera sío ná, y, por supuesto, sin Akela, po no hubiera existío er Kanguro. Yo acepto tós los elohio que se quiera, pero...

Akela: Centremos el asunto. Es tan hermoso, como todas nuestras cosas, que sí que vale la pena de centrarlo un poco y de recalcarlo.

Hace muchos años, por muchas veces, ha salido aquí la cuestión de que yo me sentía con un complejo de injusticia y de inferioridad; que yo siguiera siendo el guía de esta maravillosa Patrulla, cuando el que llevaba el peso, y el estímulo, y la labor, y todo, era Muky. Es cierto. Y siempre decíais todos que no; que teníamos una tradición, que el Guía había sido yo desde el principio y que tenía que seguir siéndolo hasta el final. Pues, sí, sí. Hoy día lo comprendo mejor que nunca, pero, es todo lo que acabáis de decir aquí. ¿Qué resulta de esto? Que bendita la labor que Dios puso en mis manos, de ser yo el que infundiera este espíritu. Y repito una vez más lo que tantas he dicho. Yo, aunque en lo más íntimo de mi corazón me considere un fracasado, ante los demás me puedo presentar como un triunfador en la vida, porque yo he ocupado puestos de mucha responsabilidad, porque yo he ejercido mandos en los que todo el mundo había fracasado y yo triunfé -hablo del Ejército, como podéis suponer-, porque mandé como mandaba la Patrulla. Mandé *en guía*. Profesionalmente he triunfado hasta ver mi nombre en publicaciones extranjeras. He hecho las tres cosas que decía Napoleón; he plantado árboles, he escrito libros, he tenido hijos... y los he educado. Pero de todas mis cosas, podéis creerme, de lo que hoy día me siento más orgulloso es de haber sido el Guía del

Kanguro. Porque, aquí lo estamos viendo, he conseguido el *summum*, el ideal; es decir, que todos vuestros caracteres, que todas vuestras voluntades, que todas estas actividades, que toda esta laboriosidad, que todo este entusiasmo, hayan cristalizado en un solo espíritu que es el de la Patrulla. Al fin y al cabo, eso es lo que vale, y lo demás no tiene importancia. ¿Vamos a discutir ahora quien ha sido, si el Guía o el Subguía, el número 1 o el número 7? Hemos sido *todos*. Esto es lo maravilloso. Hemos sido todos y todos tenemos que seguir siéndolo. Ese es el Kanguro y ése será el Kanguro hasta que se acabe. No hay más que hablar ni qué decir. ¿O es que alguien quiere decir algo más?

Oyaha-Ke: Ya... Después de lo que se ha dicho, nada más se puede decir.

Akela: Pues pasemos al cobro de cuotas.

Mukoki: ¡No! Lectura de reseñas...

Y, bueno, el resto ya no vale la pena. El resto fue una reunión o consejo de patrulla como tantas otras, aunque ésta se dedicó, sobre todo, a la organización del proyectado viaje a Gilwell Park. Sólo señalaremos, como colofón a lo ya reseñado, que se tomó el acuerdo de que fuéramos todos y para ello los que podían hacerlo pusieron los medios materiales a fin de que nadie se quedara en tierra por falta de ellos.

Sí, lector. Creemos que esto es una Patrulla Phillips *cualquiera* cuando ha alcanzado su madurez. Tal vez este capítulo te haya resultado prolijo, pero, si es así, te invitamos a meditarlo, porque nosotros encontramos en él las condiciones básicas que ostentara esa patrulla madura de que hablamos: fraternidad, altruismo, entrega mutua, el ideal común por encima de los personales, afán de trabajo y de Servicio, todo. Y prueba de ello es un hecho, minúsculo tal vez, pero que es el que nos ha impulsado, sobre todo, a esta prolijidad. Algo hay en esta reunión cuando un muchacho de la edad que nosotros teníamos al empezar, ajeno por completo al Escultismo y sin el menor contacto con él ni el menor conocimiento de su doctrina, pero inteligente, sensible y culto, se ha procurado una copia de la cinta magnetofónica y la ha escuchado y la sigue escuchando- a solas, docenas de veces.

Sí, algo hay. Y, por tanto, de algo puede servir.

15. La peregrinación a nuestra Meca Gilwell Park

Y si voy a Gilwell Park, no quiero más. ¡Me tiene sin cuidado París!

Cuando haya visitado Gilwell Park consideraré completa mi vida escultista.

(Palabras de Pantera Negra, 1974)

En el capítulo anterior hemos hecho mención de cómo, tras el inolvidable comienzo de la extraordinaria reunión de aquel 14 de abril, terminamos de organizar el que hacía ya años era el máximo, definitivo e ideal viaje que culminara las Empresas del Kanguro para el Kanguro. El que, desde siempre, llamamos nuestra peregrinación a Gilwell Park. Fácilmente se comprenderá lo que para nosotros suponía hacerlo y por qué le dábamos tal nombre.

Su organización conllevaba un ímprobo trabajo y una gran responsabilidad. Trabajo, porque se trataba de recorrer una larga distancia, de atravesar tres países, de salvar las consiguientes dificultades para obtener la conjunción de permisos para los participantes y de lograr que todos tuvieran el permiso preciso. La distancia significaba un problema de tiempo, ya que por la afección cardiaca de uno de nosotros, no estaba indicado el viaje en avión. Había que reservar hoteles, gestionar los pasajes, etc. Los idiomas no eran inconveniente. Hay en la Patrulla excelentes intérpretes de francés e inglés.

La responsabilidad era la de presentar en la Sede Mundial del Escultismo una patrulla española que pudiera quedar dignamente, y hacerlo en un momento en que las circunstancias políticas internacionales no eran nada favorables a nuestra Patria -¡maldita y sempiterna política!-. Suponíamos que, en el ámbito scout, ello no habría de ser tenido en cuenta, pero algún resquemorcillo nos quedaba por dentro.

Como era lógico, estas dificultades no nos suponían problema mayor. Nos cogían ya muy baqueteados y con sobrada experiencia. Y, claro es, las pudimos salvar sin grandes trabajos. Desde el primer momento la aspiración común era la de ir todos; pero también desde el primer momento sabíamos que, para los dos que no viven en Cádiz -al Guía le contamos siempre como un gaditano más; por ello está excluido de esta cita- el viaje sería imposible. Por desgracia y con profundísimo dolor de todos, a última hora hubo otro que se quedó en tierra. Poco antes de emprender la marcha, muy pocos días antes, fallecía la esposa de Shere Khan y para éste se hacía asimismo imposible formar parte de la expedición. Tentados estuvimos de suspenderla y hasta se propuso y se consideró el hacerlo. Pero ya estaba todo conjuntado y difícilmente se podría hacer en el futuro una combinación de tiempos libres como la conseguida. Por ello, con el ruego ferviente de Shere y con todo el dolor de nuestro corazón, llevamos adelante el proyecto.

Y el 14 de julio de 1974 embarcábamos en Cádiz los que en Cádiz vivimos, recogíamos al Guía en Sevilla y a las 22 h. llegábamos a Madrid donde nos esperaban Tigre Pardo y Pocos Pelos. El viaje proseguía a las 16 h. de la tarde siguiente y, como de costumbre en nuestros desplazamientos, aprovechamos el intermedio para visitar monumentos y obras de arte madrileños. Luego, hasta París todo fue vulgar y nunca mejor dicho- sobre ruedas. Rasgos de humor, de nuestro humor, los hubo a montones. Entre Sevilla y Madrid, al principio fuimos muy formalitos cada uno en su asiento y dedicados a la lectura o a la meditación. Alguna que otra siesta puede entrar en este último concepto. Pero poco a poco nos fuimos agrupando los siete y acabó por brotar en todo su esplendor la conversación kanguresca, de la cual estuvo pendiente -exacta y literalmente- todo el resto del pasaje, porque, como buenos españoles que somos, no es precisamente el murmullo el tono de nuestro diálogo. Luego... Bueno, una muestra: de madrugada, muy de madrugada y ya en tierra francesa y con el tren detenido para efectuar la maniobra de adaptación al distinto ancho de vía, Oluski despertó a Akela que, como es característico en él, dormía como un ceporro, para avisarle muy serio que habíamos pinchado una rueda y la estaban cambiando.

En París todo fue también sobre ruedas. Con la acostumbrada división de misiones, hicimos con total facilidad el transbordo de estaciones y convoyes, amén de las cuestiones de billetes y equipajes

y salimos rumbo a Dover a la hora prevista. Pero a partir de aquí se complicaron las cosas poniendo a prueba experiencia, iniciativa... y tesoro. Por una mala explicación de los empleados del tren, éste, en vez de dejarnos en el puerto y a pie de barco, lo hizo en la ciudad y a considerable distancia del muelle. Busca y captura de dos taxis, carrera y embarque sin incidentes. Nos sobró tiempo. Travesía del canal ampliamente disfrutada, llegada a Dover y comprobación de que la legendaria eficiencia británica y la perfecta organización británica distaban mucho de ser infalibles. Carteles e informes verbales coincidían en que habíamos de esperar en determinado departamento de la Estación Marítima los autobuses que nos llevaran a la del ferrocarril, y así lo hicimos. Pero los autobuses no llegaron. ¿Había huelga? ¿Fue un fallo de alguien? No lo sabemos ni nos molestamos en averiguarlo. Cuando vimos que se nos pasaba la hora de salida del tren, buscamos otros dos taxis, los encontramos (tripulados por sendos jóvenes melencolados que parecían escapados de algún campo hippy) y salimos rumbo a la capital, a la que llegamos muy entrada la noche y en la que pudimos comprobar que el chófer de taxi es una especie internacional. ¿O tal vez era que con aquellas melencoladas resultaba imposible la carburación cerebral de los nuestros? Y conste que no tenemos nada contra ella, que también hace gala de magníficas cualidades. Lo cierto es que los dos que nos tocaron en suerte fueron incapaces de dar con la Casa de Baden Powell, a pesar de que pasaron frente a ella; al fin, fuimos nosotros los que les hicimos ir a Marble Arch y les guiamos desde allí, plano en mano. Y, naturalmente y de ahí los comentarios de más arriba-, a la hora de pagar, hubo que abonar más de lo convenido. ¿Para qué discutir, y menos en país extranjero?

Y ya, empezamos a disfrutar cuanto habíamos soñado. La casa de Baden Powell con su mundo scout, aquel comedor en el que nos sentábamos scouts y guías de veinte países diferentes, el ver uniformes sobre sujetos de muy diversas razas y colores, y el ser todos uno, y que, en cuanto podíamos entendernos en un idioma común, pareciésemos conocidos de toda la vida. Sí, aquello era lo que soñó el Fundador, no cabía duda.

Luego vino el ponerse en contacto con los directivos ingleses para organizar la visita a Gilwell Park. La verdad es que llevábamos el ánimo hecho a ser una simple patrulla, pero tal vez allá en el fondo de nuestro corazón creíamos con cierta soberbia que lo excepcional de

nuestra historia haría que fuésemos distinguidos de alguna manera. No hubo nada de ello, tal vez porque nadie subrayó de antemano a los ingleses la supradicha historia, tal vez porque la flema británica sea tan grande que el encontrarse con una patrulla de sesentones y con medio siglo de historia auestas, les pareciese cosa de todos los días. La cosa no nos dolió ni nos decepcionó e incluso tal vez nos satisfizo. Nos limitamos a señalarla. Y también a señalar nuestro desencanto cuando se nos indicó que tal vez fuera preferible hacer el viaje a Gilkwell Park ¡de paisano! Claro que luego el acuerdo fue unánime. Se trataba de una indicación, no de una orden; y aún mejor que indicación había sido un consejo. ¿De paisano? ¡Ni soñarlo! De paisano habíamos hecho el viaje hasta allí, pero en la Meca entrábamos de uniforme o dejábamos de ser kanguros.

Y llegó el día. Y tras un algo complicado viaje -metro y dos diferentes trenes- nos apeábamos en la estación de un encantador pueblecito y emprendíamos una breve caminata, poco más que un paseo, hasta el maravilloso Gilwell Park. Imaginad la escena y nuestro estado de ánimo. Y comprenderéis que espontáneamente uno de nosotros -Ojo de Lince fue- rompiera a cantar el himno del Kanguro, y que todos le siguiéramos, y que a los acordes de aquella españolísima música que tantas marchas nuestras había acompañado, llegáramos a las puertas del campo. ¡Y cómo nos sonaba nuestro himno al pasar ante aquellos gigantescos robles de aquella maravillosa campiña! El día era espléndido y no nos hubiera sorprendido en absoluto ver asomar a Robin entre los árboles.

Y ya en el campo, se repitió lo de la, llamémosla, indiferencia. Hubo esta vez a quien le escoció, pero el Guía nos hizo ver que habíamos llegado en plena jornada de trabajo; que, al no haber sido especialmente anunciados, éramos, en efecto, unos de tantos visitantes; y que bastante hacían con darnos carta blanca y paso libre para que anduviéramos, sin limitaciones, por donde nos diera la gana e hiciéramos lo que nos pareciese. Así que nos recorrimos una pequeña parte de aquel enorme paraíso... y tuvimos la suerte de tropezar con dos encantadoras muchachitas españolas, universitarias, que estaban allí, no como scouts, sino en práctica del inglés a cambio de sus servicios en sendas casas de residentes. Ellas y nosotros quedamos encantados con el encuentro y ya no nos abandonaron el resto del día y su compañía fue el detalle que nos faltaba para disfrutar gozosamente de todo.

Comimos invitados por los dirigentes del Campo, en un ambiente sencillo y lleno de cordialidad. Se disculparon de no habernos atendido más por sus indescriptibles ocupaciones. Acababa de levantarse un campamento internacional de ¡25.000 lobatos! ¿Sois capaces de imaginarlo? Al llegar la hora del regreso, hicimos entrega de los recuerdos que les llevábamos. Y allí fue el fundirse la indiferencia -aunque en el estricto sentido de la palabra, la verdad es que no podemos llamarla así. Tal vez lo de la flema británica esté mucho más propio ante nuestro escrito y, sobre todo, ante las dos fotos del Kanguro en 1928 y en 1974, quedar asombrados, conmovidos, y llamarse unos a otros para mostrárselas.

Así acabó aquel día memorable. El resto no es, propiamente, tema scout, pero lo reseñaremos brevemente por ser una muestra de lo que para nosotros ha supuesto siempre un viaje, excursión o como se le quiera llamar.

Estuvimos en Londres seis días. Uno más de los programados, porque al ir a sacar los billetes de regreso, por una mala interpretación de Akela (¿O tal vez por una mala pasada de su subconsciente, ansioso de más Londres? Tenemos nuestras dudas...) se hizo para una fecha más tarde de lo previsto. Esto nos valió tener que abandonar la casa de Baden Powell un día antes del de embarcar, pero no fue problema porque muy cerca de ella hay una serie de hoteles, muy victorianos, en uno de los cuales encontramos alojamiento para aquellas 24 horas (que, la verdad, a nadie nos pesaron) y pudimos paladear el muy típico ambiente del establecimiento, tan radicalmente opuesto a lo que acabábamos de dejar.

En los días londinenses recorrimos cuanto pudimos y pudimos mucho- de la inmensa ciudad y visitamos cuanto nos fue posible: calles, monumentos, parques, excursión por el Támesis con visita a Greenwich y las consiguientes bromas a propósito del meridiano-, espectáculos... De todo hubo y en algo nos acompañaron las dos españolitas de Gilwell Park, con las que -¡cómo no!- dejamos anudada una amistad que ha servido para que nos viéramos posteriormente, ya en nuestra Patria. Y aunque ello no sea lo que se dice una efeméride, dejemos registrado que la mayor parte de las comidas las hicimos en un restaurante hindú, en el que había muchas camareras españolas e hispanoamericanas. Y que se llamaba Kardo-Mah, pero que en el acto quedó bautizado por nosotros como El Caldo Maggi, pero, eso sí,

pronunciado a la gaditana. Y para los que no caigan en el detalle y para los posibles lectores no españoles, aclararemos que el Caldo Maggi es un concentrado de una marca muy antigua y muy popular en nuestro país, y que su nombre, enunciado por un gaditano, se convierte indefectiblemente en Cardomahi, aspirando la H, por supuesto.

Luego, ya, el regreso, que se efectuó esta vez de corrido y sin el menor tropiezo. Dos días en París -algunos de nosotros ya habíamos estado en la capital francesa cuando la expedición a Lieja- con un tiempo de perros en contraste con el que disfrutamos en Londres. En tan breve espacio poco podíamos hacer, pero fue suficiente para dejar un imborrable recuerdo en todos, novatos y veteranos. Como ya hemos dicho que algunos conocíamos ya la ciudad, nos fue relativamente fácil hacer un programa de visitas relámpago. Y así, nuestra primera salida fue para ir en Metro desde el hotel a L'Etoile, admirar el Arco del Triunfo y bajar a pie por los Campos Elíseos para contemplar, una vez en la Concordia, lo que atrás habíamos dejado. Acertamos a calcular el tiempo con tal suerte que al situarnos al pie del obelisco, en aquella que es, sin duda, la más bella plaza del mundo, y volvernos para admirar la perspectiva de Campos Elíseos y Arco del Triunfo al fondo, en aquel preciso momento se encendió la iluminación, con lo cual el espectáculo adquirió una belleza asombrosa. En cambio la torre Eiffel, al día siguiente, fue un fracaso previsto, pero ¿quién no sube a la torrecita? Llovía, estaba cubierto y el radio de visión era cortísimo. Pero, al fin y al cabo, también valió la pena.

De vuelta en Madrid también tuvimos nuestros momentos de emoción. Fuimos recibidos por los scoters y scouts de la que pocos meses más tarde sería la Zona Kanguro de Madrid, fundada y dirigida, si vale la palabra, por aquel explorador nuestro que fue al Campamento Pro-Lieja y no fue a Lieja, y con ellos asistimos, entre otros actos, a la más emotiva y bella misa scout que jamás hemos oído. Y para valorar estas palabras reléase lo que sobre religión dijimos en el capítulo *Los escollos*. Porque a tal misa asistimos fervorosos y tibios y a todos nos impresionó por igual. Conste así en honor y justicia de quien la dijo.

Tal fue nuestra peregrinación a la Meca, a nuestra Meca. Es, sin duda, un episodio más y una excursión más de tantas como hemos hecho. Pero tiene para nosotros tal significación, tal valor espiritual,

que hemos querido dejarla relatada porque también es, y también sin duda, un hito en esta historia vulgar y quizás aburrida que es la Historia de nuestra Patrulla.

16. El cincuentenario

Nos deparó aquel día Dios Todopoderoso. Tanto no merecíamos, pero El es generoso.

(De un poeta desconocido)

La idea de este libro fue concebida hace algunos años, aprobada en reunión de patrulla y puesta en marcha seguidamente. La verdad es que no nos costaba demasiado trabajo escribirlo, y que los primeros capítulos estuvieron listos enseguida. Pero también es verdad que aquella fluidez se cortó más pronto de lo que hubiéramos querido.

El sistema de trabajo era a la vez sencillo y complicado. Desde el primer momento tuvimos una extensa lista de capítulos posibles. Habíamos querido escribir huyendo de la monotonía de una historia cronológica (el día tal de tal año hicimos esto. En tal otra fecha, lo otro, etc.) y habíamos querido que en la redacción del libro interviniéramos todos. Para ello, cada uno escribía brevemente sus ideas sobre el tema del capítulo que fuere y luego aquel a quien creímos mejor dotado para ello las acoplaba, les daba forma y de su pluma surgía un capítulo que era sometido a discusión antes de darlo por concluso.

Pero las circunstancias ajenas a nuestra vida esculta agobiaron de trabajo a varios kanguros y el libro se atascó, porque los agobiados no podían materialmente colaborar. En tal situación, con tres o cuatro capítulos terminados y el resto todavía *en estado de título*, nos llegó el año 77. Entonces, y con idea de que el libro y su presentación fueran uno más de los actos conmemorativos de nuestro ya inminente cincuentenario, lo terminamos un poco precipitadamente y, cuando lo hubimos hecho, surgió la discusión de que hablamos al final del

prólogo. No nos poníamos de acuerdo, pero no queríamos someter el asunto a votación porque nos parecía tan importante que merecía la unanimidad de pareceres... «Y en esta disputa llegaron los perros», es decir, nos llegó la celebración de nuestro medio siglo. Y pensamos que, al fin y al cabo -y ello en el caso de llegar a editarlo-, maldita la prisa que corría la publicación Y así seguimos discutiendo hasta que hemos llegado al resultado que en tus manos tienes, lector. Lector que es muy posible que, como tal, más te valiera que la discusión hubiera continuado indefinidamente...

Todo este larguísimo exordio no tiene otro objeto que explicar que en el plan primitivo no entraba este capítulo, porque se pensó que el libro estuviera listo para presentarlo en los actos que vamos a comentar. Pero como no fue así, creímos que nada mejor que incluir en él este relato. Tal vez esto haya sido mejor, ya que redondea la historia y ya que el cincuentenario fue, en su día, el principal motivo de la idea matriz del libro. Por ti lo sentimos, paciente lector, ya que lo hace todavía más largo...

Llegó, al fin, la fecha gloriosa para nosotros, y por Bondad Divina llegó sin que ninguno de nosotros faltara. Como nos dijo el Guía aquel 14 de abril de tres años antes son muy pocas las colectividades que puedan tener una dicha semejante. *Todos, vivos y sanos*. Medio Siglo. ¡Ahí es nada!

No temáis. No vamos a haceros una relación detallada de los actos que colmaron sobradamente todas nuestras ilusiones. Nunca quisimos que éste fuera un simple libro de reseñas. Os diremos solamente que actos en el campo (misa, recepción de obsequios -que no habíamos solicitado y que fueron abrumadores. Dios se lo pague a quienes nos los hicieron-, homilía del P. Aldama y palabras de cuantos asistentes quisieron decirlas a veces muy extensas, como las graciosísimas y a la par profundas de Cortés, el Comisario Gallego) y actos en la ciudad -comida colectiva y de auténtica hermandad, recorrido turístico y convivencia a todo trapo- superaron en alegría y en emoción y en felicidad nuestra a todo cuanto nos hubiéramos atrevido a esperar.

Acabamos de escribir la palabra *emoción*. Y es en esto en lo que precisamente queremos extendernos un poco. Porque la de aquella mañana superó a cuantas hubimos experimentado a lo largo de nuestro medio siglo. De ello fue buena prueba, y a la par medida,

lo que le ocurrió a Akela. A nuestro inagotable -verbalmente- Sachem de la Palabra al que tantísimas veces habíamos oído improvisar sin sentir más temor que el de que pudiera ser excesivamente prolijo.

Pues bien. Cuando por la mañana hubo que terminar los actos en el campo, como era de rigor, e inevitable, nuestro Guía se adelantó dispuesto a largar su perorata. Empezó muy bien y muy suelto, con unas frases de agradecimiento a los que habían acudido a honrarnos. A los pocos momentos de comenzar, le vimos vacilar, notamos que le fallaba la voz y él, ¡nuestro sempiterno orador!, confesó que no podía hablar porque la emoción no le dejaba, y acabó, con una patética invocación que hizo que las lágrimas nos corrieran a todos por las mejillas y que hizo precipitarse a abrazarle, y a abrazarnos, a muchos de los asistentes, algunos de ellos, sobre todo de nuestros antiguos exploradores, llorando a lágrima viva. Esto os podrá dar una pálida idea de la tensión alcanzada.

Y aunque el interesado proteste alegando que ya va siendo mucho Guía en nuestro librejo, como nada puede explicar mejor el cómo, el cuánto y porqué de sentimiento tan intenso, que las líneas que vamos a insertar a continuación, nos decidimos a hacerlas figurar aquí, aun a riesgo de alargar excesivamente el relato. El porqué se escribieron es muy sencillo. Al cincuentenario asistieron nuestros Espíritus Fraternos, que, no contentos con atravesar España de punta a punta para acompañarnos, como otras muchas personas hicieron, esta vez habían batido todas sus marcas anteriores al presentarse con dos enormes maletas llenas de regalos individuales y colectivos. Y fueron ellos los que, al presenciar lo que contado queda, pidieron a Akela que días después y ya con calma, les escribiera unas líneas para publicarlas en un periódico barcelonés, por interesarles mucho que todo lo nuestro se conociera en Cataluña. Y Akela les cumplió lo prometido enviándoles las que reproducimos. Ellas lo explican todo y al recorrerlas, tú, lector, si sientes el Escultismo, y estamos seguros de que lo sientes, podrás comprender perfectamente lo que todos experimentamos aquella mañana.

El escrito es éste:

¿Por qué me emocioné aquella mañana?

Sí, en efecto, me emocioné hasta tal punto que yo, charlatán empedernido y al que nunca le falló la palabra a través de oposiciones, exámenes, enfrentamientos y circunstancias muy diversas, aquella mañana no pude hablar, se me agarrotó la garganta

y los sollozos reprimidos cortaron mi voz. ¿Por qué? ¡Ah!, ¡es a la vez tan fácil y tan difícil de explicar!

Sí. Estábamos allí, bajo el azul cielo de la Baja Andalucía, junto al verde mar de la bahía gaditana, entre el ocre y el verde oscuro de los pinos, y por fondo el blanco deslumbrante de las pirámides de sal. Estábamos allí, un puñado de gentes venidas de los cuatro puntos de la rosa de los vientos de nuestra entrañable España: muchachos, hombres en plena madurez y viejos sí, viejos y a mucha honra-. Estábamos allí, frente al sol meridional y respirando el aroma del mar, de las flores y de los pinos. Y para mí corrían en mi memoria, en mi imaginación y en mi espíritu todo, los brillos, los aromas y las peripecias de medio siglo. Esa amistad que el tiempo afirmó, remachó e hizo indestructible a través de diferencias de carácter, de posición, de cultura y de sentimientos. Esa amistad que cuajó en algo tan firme y tan sólido que ha sido capaz de vencer a lo largo de esos cincuenta años (¡Cuántos minutos en ellos!) discusiones, divergencias, diferencias religiosas y políticas e incluso el temible femenino de las squaws... Y estaban, pasando en velocísimo cinematógrafo mental, kilómetros y kilómetros de marchas compartidas, bajo el sol, bajo la lluvia, entre la niebla, noches de campamento en que bajo las estrellas y ante las llamas de nuestra fogata entonábamos las canciones que había escrito y que allí, en aquel escenario, casi me parecían buenas, cocinas campestres en las que el condumio preparado por manos inexpertas -que poco a poco se iban haciendo aceptables- nos sabía a gloria; luego, al compartirlo entre nuestra charla, viajes hoy increíbles, reuniones plenas de proyectos y de trabajo que llegaba a hacer efectivo lo que al planearlo parecía quimera juvenil, y la guerra; y el reencuentro, y años tras años de camaradería, de humor, de partirlo todo, lo bueno y lo malo, de gozar con el feliz y de ayudar al desventurado ¡Tantas cosas y tantos avatares!

Pero con todo con ser tanto, no fue esto lo que me turbó la voz. Como dije, cuando me tocó hablar, nos ahogaba la gratitud hacia todos los que habían asistido a nuestra entrañable conmemoración: los héroes de la época catacumbica en que el trabajo y la reconstrucción habían de ejecutarse en la clandestinidad; los contemporáneos, los Viejos Lobos que, pensando como nosotros, habían acudido en su día a la llamada y habían puesto su trabajo, su entusiasmo y sus medios materiales al servicio de nuestro ideal; los

nuevos, los chicos y las chicas que han recogido la antorcha, y a los que Dios dé fuerza y acierto para transmitirla, íntegra y brillante, a los que vengan luego. Sí, todos. Pero los que me partieron el corazón en un gozoso sentimiento de... de todo: de orgullo, de afecto, de satisfacción, de gratitud, de emoción... Estos, éstos fueron *nuestros muchachos*, los niños de entonces, de hace medio siglo, que por nuestras manos pasaron, que recibieron nuestras enseñanzas y nuestras reprimendas, que salieron con nosotros día tras día y noche tras noche, que con nosotros se hicieron sus grados y sus diplomas, que de nosotros aprendieron a marchar, a cantar, a acampar, a guisar, a transmitir semáforo y morse... y a nadar, y a saltar y a trepar... y a *sentir nuestro código y nuestro ideal* y a incorporarlo a su entonces incipiente vida. Sí, ¡éstos!, ¡aquellos niños a alguno de los cuales no habíamos vuelto a ver desde hacía cuarenta años - ¡cuarenta años, que se dice pronto!- y que hoy habían venido! Habían venido, desde muy varios y lejanos rincones de nuestra Patria. Habían venido ¡los niños de entonces!, con sus mujeres y sus hijos. Y nos habían traído, con ello, la certeza de que conservaban nuestro recuerdo y de que nos conservaban un cariño. ¡Dios les bendiga! ¿Cómo no había yo de emocionarme y de sentir que se me rompía el corazón y que las lágrimas se me agolpaban y no me dejaban ver, ni hablar? Y nada más lógico y natural, pues, que no poder decir más que lo que dije, y menos mal que logré decirlo.

«¡Señor!, ¡aquí está el Kanguro! Gracias, Señor, por habernos dado este día, y escucha, Señor, nuestra humilde súplica de que nos sigas protegiendo.»

Sí, sólo pude decir, y a duras penas, esas pocas palabras. Pero, ¿qué más y qué menos para un instante tan maravilloso ...?

Hasta aquí nuestro fracasado Sachem de la Palabra. Reléelo despacio, amigo lector, porque ahí está todo. Reseña, sentimientos, historia, ideales, principio y fin y metas de nuestro Kanguro.

17. Proyectos

La vejez llega cuando los recuerdos son más que las ilusiones.

(Viejo y acertadísimo proverbio)

No os riáis. Los tenemos y en gran cantidad. Sí, con nuestras canas, con nuestros nietos, con nuestras vidas de rostros pálidos ya en declinación. Seguimos haciéndolos y esperamos llevarlos a cabo como hemos llevado tantos otros.

¿Que cuáles son? El primero, naturalmente, seguir nuestra vida de Patrulla. Seguir haciendo excursiones, seguir reuniéndonos, cada vez más, si nos es posible. Seguir ayudando y prestando Servicio. ¡Quién duda que aún nos queda que hacer, si sabemos buscarlo! Tengamos en cuenta dos cosas, ahora que ya hay en la Patrulla varios jubilados de sus misiones de rostros pálidos, todos conformes en que *jubilado* viene de júbilo. Una, que, al no tener que obedecer imperativos profesionales, nos queda nuestro tiempo -el de los jubilados, se entiende- para hacer lo que nos dé la gana. Y nos la dará de dedicar tiempo y trabajo a nuestro Kanguro. Y otra, importantísima y que prueba una vez más la importancia de la educación escultista («El explorador tiene iniciativas», etc. Artículo del viejo Código de nuestra juventud). Hoy día, en que es una preocupación de sociólogos y psiquiatras el problema mental de la desocupación y de la sensación de inutilidad de los jubilados, *a ninguno de los nuestros se le ha presentado el tal problema*. Todos se han organizado su vida y su bien ganado ocio de tal manera que todos se preguntan hoy de dónde sacaban antes el tiempo para sus quehaceres profesionales.

Luego... Bueno, cuando este capítulo se escribió por primera vez, estábamos ocupadísimos con el programa de nuestro cincuentenario. Eramos tan ambiciosos que no nos contentábamos con una fecha y nuestro plan era celebrar todo un Año Kuí. Así lo hemos hecho y hemos ido disfrutando de una serie de actos que entonces teníamos sobre el papel, pero que fueron pasando a ser realidades a costa de unos divertidos quehaceres.

Sigamos. No era esto todo. También tenemos proyectado resucitar el Kuí, la revista que, como hemos referido, editamos en nuestra combativa juventud y que ahora esperamos mejorar ya que son mayores la experiencia y los medios materiales. Esta Empresa nos supuso mucho tiempo, mucho trabajo y una organización muy minuciosa y ahora, que la tenemos prácticamente hecha, ¡nos da miedo! ¡A nosotros! Porque vemos una tan grande diferencia de pensamiento y método entre la generación actual y nosotros, que tememos que nuestros escritos iban a suscitar polémicas y controversias y como no todos los actuales comparten nuestro modo de pensar sobre la discusión... ¡Pues eso! Pero, a lo mejor o a lo peor, un buen día nos decidimos. Mientras tanto nadie nos quita lo disfrutado al planearlo.

Otros proyectos -que en cualquier otro núcleo serían melancólicos, pero que bien sabe Dios que no lo son para nosotros- se refieren a nuestro final. Estamos, sí, todavía en muy buenas condiciones físicas, gracias a Dios. De las mentales no nos atrevemos a decir nada, porque va siendo reglamentario que empecemos a chochear y, como es natural, no nos demos cuenta. Pero mortales somos y ya hemos pasado todos el término medio de la vida humana actual. Cada año más que cada uno de nosotros viva hemos de considerarlo como un regalo que Dios nos hace. No nos asusta la muerte, lo cual no quiere decir que nos corra prisa acudir a su cita. Hemos cumplido nuestras normas; creemos haber obedecido al pensamiento de Baden Powell cuando decía en su testamento, esa maravillosa pieza literaria y moral, que procurásemos dejar el mundo algo mejor de como lo encontramos al integrarnos en él. No hemos hecho, a sabiendas, mal a nadie; en toda ocasión hemos devuelto bien por mal; hemos vivido limpiamente en la familia y en la Sociedad. ¿Cómo vamos a temer nuestro inevitable fin? Pero hemos de ir tomando medidas ante él. Está nuestra humilde labor, está nuestra Selva, está nuestro archivo. Alguien nos ha dicho más de una vez que

de él podían sacarse temas para muchas tesis doctorales sobre Escultismo. Caiga sobre su cabeza la responsabilidad de tal afirmación. Insistimos en lo de siempre. No hemos sido nosotros, han sido Papá Lobo y Roland Phillips. Y por si es verdad que de algo valen unos y otras, estarnos organizando, de momento el trasplante de la Selva ante la gracia de las termitas y de otros problemas; a la larga el cómo de legarla al Escultismo Nacional y Mundial. ¿Qué queréis? Somos así de vanidosos.

Muchos más proyectos tenemos en cartera. No son todavía más los recuerdos que las ilusiones. Y estamos seguros de que se nos ocurrirán multitud de ideas y de planes que nos tendrán escultistamente ocupados durante muchos años. ¡Ojalá sean muchos! Nuestra Institución nos enseñó a ser optimistas y emprendedores. ¡Cómo no, si nos formó en el amor a la Naturaleza, a través de nuestra Ley! ¿Cómo no ser optimista y emprendedor al empaparse y participar en esa perpetua y despiadada lucha que ella -la Naturaleza- nos muestra en todo su salvajismo, en toda su inexorabilidad, en toda su implacable crueldad, pero también en todo su maravilloso equilibrio y en medio de su imponderable belleza...

Sí. Tenemos -¡aún!- muchos planes y muchos proyectos y estamos seguros de ir llevándolos a cabo. Tiempo no nos ha de faltar. ¡Hasta que llegue el Centenario!

Apéndices

1. Algunos escritos del Kanguro

Los escritos que van a continuación son una muestra de nuestro pensamiento esculta. Y decimos *nuestro* porque sobre estos temas todos pensamos exactamente igual; tanto, que más de una vez nos ha ocurrido estar en un coloquio-discusión respondiendo a la vez a las preguntas de varios de los grupos que en él tomaban parte, y que kanguros ubicados en extremos opuestos de la mesa, respondiéramos casi con las mismas palabras y simultáneamente a las preguntas de muy distintos interlocutores.

Por esta razón no van firmados los trabajos incluidos en este capítulo. ¿Para qué? Cada uno de ellos puede haber sido escrito por todos y cada uno de nosotros.

El número de escritos recogidos es muy escaso. Era muy difícil seleccionar entre los cientos de ellos que han salido de nuestras plumas. Hemos escogido estos pocos, porque son de enseñanza, de combate, o de divulgación. Si queréis conocerlos todos, venid a La Selva y abrid nuestro archivo.

Integridad

Escrito en diciembre de 1964 para los Scouts Católicos de Jerez de la Frontera.

Me pedís unas líneas para vuestro folleto y me señaláis el tema: «El scout hombre íntegro». Es un tema tan extenso que se podría llenar con él un libro, pero a la vez es tan evidente y concreto que os lo voy a despachar en muy pocas líneas.

Ante todo, una advertencia. Entré en el Escultismo hace más de 40 años y no lo he dejado nunca. Pero, como es natural, estoy hecho, adaptado, fundido, en el Escultismo de entonces, que es, en esencia, exactamente el de ahora, pero que difiere en vocabulario,

ceremonial y signos externos. Y para escribir a vuelapluma voy a emplear los términos que entonces empleábamos. Por lo tanto no os extrañéis que hable de exploradores y no de scouts.

¿Qué es *integridad*? El Diccionario define al hombre íntegro como *desinteresado, recto, probo*. Y ya comprenderéis por qué os dije al principio que iba a ser muy breve para tema tan extenso.

El Escultismo es la más completa y maravillosa Institución educativa que existe y ha existido porque abarca por completo los tres aspectos de la educación: el físico, el intelectual y el moral. Y es posible que el Pie Tierno y el novato no se den cuenta, pero lo verdaderamente importante de la educación escultista es el aspecto moral, al cual confluyen en un ambiente de gran juego y de vida al aire libre, de iniciativa y de responsabilidad, los otros dos. Jugando, jugando, el explorador se hace un hombre completo y un perfecto caballero. Siempre fue ello importantísimo, pero cada vez lo es más ante la ola de gamberrismo, de egoísmo, de materialismo y de disolución de la familia que hoy invade al mundo.

El Explorador lo es cuando ha prestado su Promesa. Y en ella promete *por su honor*. Por consiguiente queda ligado por toda su vida a cumplir lo que prometió, y si no lo hace, ni es scout, ni es caballero, ni es hombre, ni es nada. Por consiguiente, al hablar del scout excluimos automáticamente a los que no lo son, o han dejado de serlo por haber perdido el espíritu escultista. Y ya vemos qué despreciable concepto nos merecen estos últimos.

Sentado esto, es evidente que el Explorador es un modelo de integridad. En la tercera parte de la Promesa se compromete a cumplir fielmente el Código del Explorador, ese maravilloso Código de Caballeridad que no hubieran desdeñado los propios paladines de la Tabla Redonda. Ya no hace falta extenderse más. Al escribir esto mis ojos se oscurecen y, como en un fundido de cine, en la pared de mi cuarto de trabajo aparece una nueva escena. Me veo, a lo largo de los años, primero explorador, luego guía de patrulla, después Instructor y Jefe de Tropa, pero siempre joven y siempre con el mismo atuendo, porque en nuestra Tropa los Jefes seguíamos vistiendo la amada camisa y el amadísimo pantalón corto, o bien el uniforme, o bien el bañador. La escena varía, pero en el fondo es siempre la misma: un bosque, la playa, la montaña, y unas veces un fuego de campamento, otras el círculo de una patrulla, otras un grupo de novatos. Y vuelvo a oír las mismas palabras con que a mí me

explicaban nuestro Código y que luego empleé yo tantas y tantas veces para transmitir el mismo concepto a nuestros muchachos... «Artículo primero: el explorador es honrado y su palabra merece absoluta confianza». La honradez, entre nosotros, es algo más que el concepto vulgar. Ser honrado significa cumplir espontáneamente y con alegría todos nuestros deberes. Para con Dios, para con la Patria, para con los padres, para con el prójimo... para con los animales y las plantas... todos, todos, absolutamente todos. Y si el explorador es estudiante y no estudia, no les cumple. Y si es trabajador y no pone en el trabajo su entusiasmo y su espíritu, no es honrado. Y si no procura hacer una Patria grande y noble, no es honrado. Y si maltrata a un animal, no es honrado. Y si es cristiano y no cumple los Mandamientos, no es honrado. Y si no es honrado, no es explorador, porque no cumple su promesa. Daos cuenta de que ella nos liga todos los días, todos los minutos y en todos los momentos de nuestra vida. Y el que no se sienta con valor para cumplirla, que se vaya, porque no sirve.

Y con esto basta. Hay otros artículos que pudiéramos citar: «El Explorador hace cada día una buena acción por modesta que sea... El Explorador es hermano de todos... es trabajador... es económico... es perseverante... no teme al ridículo cuando de ejecutar obras nobles se trata... está siempre alegre, etc.». Todos. Y todos condensados en el último: el mayor honor del Explorador es serlo, porque este título supone alteza de miras y nobleza de sentimientos.

¿Puede darse mejor definición de la integridad? ¿Y creéis, de verdad, que haga falta más explicación?

Escultismo y Exploradores de España

Escrito en noviembre de 1972 en la prensa sevillana, en réplica a un artículo en que se denigraba a nuestra Institución.

Con motivo de la reciente Asamblea Nacional de los Scouts Católicos se han publicado en la prensa reseñas y comentarios que, por encerrar algunos errores sobre la Institución de los Exploradores de España, nos creemos obligados a rectificar con objeto de que el lector no forme idea equivocada de esta maravillosa entidad, fundada en España en 1912 de acuerdo con las normas trazadas por Baden Powell, Fundador y Jefe Mundial, y que en los 60 años transcurridos y

como ocurre en el resto del mundo, ha visto afirmarse día por día la excelencia de sus métodos, principios y fines.

El Escultismo es un Sistema Educativo, complemento de la educación del muchacho, extendido a todo el mundo y organizado sobre unos principios fundamentales que han de ser plenamente aceptados y cumplidos por toda Asociación que pretenda llamarse scout. Sin tal requisito ninguna será aceptada como Miembro de la Conferencia Scout Mundial, a la que, según la Constitución Mundial, corresponde la admisión.

Estos principios, o bases, repetidamente reafirmados por las Conferencias Mundiales, son:

Ley y promesa: Insuperable Código Moral base de la formación del muchacho.

Condiciones: La Asociación ha de ser voluntaria, abierta (Baden Powell, anticipándose tres cuartos de siglo al pensamiento actual -recuérdese el Concilio Vaticano II- la creó eliminando la discriminación. Raza, lengua, religión, o peculiaridades sociales, jamás pueden ser motivo de exclusión), apolítica, independiente, creyente, nacional, internacional, organizada por sistema de grupos y con sistema progresivo de insignias y practicando el sistema de patrullas, del que ha dejado escrito Baden Powell que «no es una manera de hacer Escultismo, sino la única manera de hacer Escultismo». No hará falta aclarar que la Asociación de los Exploradores de España se atiene fielmente a estas condiciones.

Creado para los muchachos y apoyado, respaldado y dirigido por adultos, con intervención directa y decisiva de los chicos en los planes y administración de sus unidades, el Escultismo trata de, a través de los principios expuestos, forjar hombres útiles a sí mismos y a la Sociedad. Y transcribimos las frases terminantes de las Autoridades Mundiales. Los principios, fines y bases descritos son lo que califica al movimiento scout. Lo demás puede ser peor, tan bueno, o mejor que esto, pero no es Escultismo.

Nada más lejos de la realidad que considerar el Escultismo Powelliano como estancado e inmutable. Dado que sus medios varían, naturalmente, según lo exigen el ambiente, nivel cultural, situación social, carácter de los pueblos, etc., al correr de los años ha ido modificando métodos y detalles. Las bases son las que siguen inmutables. Baden Powell creó su obra con tal perfección que esos principios se han revelado -y se ha confirmado que eran-

inmejorables. Es posible que en otras ramas del Escultismo consideren la salida al campo como secundaria. Los Exploradores de España, siguiendo exactamente la idea matriz, la seguimos considerando fundamental, y más para el muchacho de la ciudad. Nunca se ha tratado de convertir al niño en un robinson -por desgracia, ya no quedan islas desiertas-, pero es en la Naturaleza donde el hombre puede desarrollar al máximo sus facultades y su iniciativa, amén de la necesidad de ejercicio y aire puro para un organismo en desarrollo. Hay muchas técnicas y conocimientos escultistas que no pueden adquirirse en la ciudad, en la cual, por otra parte, también hay sobrada materia para nuestras actividades. Y no consideremos despectivamente el *robinsonismo*, pues por algo todos los muchachos del mundo han jugado a robinsones alguna vez... Y es que Robinson fue el hombre que, en circunstancias abrumadoramente adversas, supo vencer todas las dificultades físicas y espirituales, y bastarse a sí mismo. Lo que no es un ejemplo desdeñable.

Las Ramas de la Institución, con unos u otros nombres, existen en todas las organizaciones, ya que la edad mental de los muchachos obliga, lógicamente, a agruparlos con arreglo a su psicología, y por algo hemos visto en las Bases que una de ellas es la organización por sistema de grupos. Que los nuestros se llamen lobatos, scouts, escultas y rovers, poco supone en cuanto al fondo del sistema. Para todos ellos el objetivo final es el mismo: llegar a hacer scouts lo más perfectos posible dentro de la humana imperfección. Por ello jamás en ninguna Agrupación medianamente orientada se ha empleado como base del método el sistema de competiciones por equipos, sistema totalmente antipedagógico e innecesario del todo en nuestras Unidades que tienen en la técnica powelliana medios más que sobrados para actuar sobre un entusiasmado e interesado muchacho, el cual, además de las actividades comunes, planea, dirige y ejecuta sus propios proyectos y empresas.

Quien tenga del Escultismo la idea de «un niño uniformado y con cierto aire militarizado» poco sabe de él. El uniforme, perfectamente estudiado para que sea útil, cómodo, práctico y barato, es, ante todo, un medio de que dentro de él, pobres y ricos, blancos y negros, católicos y budistas, se sientan iguales. Es, además, imprescindible para la vida al aire libre. Lo que ocurre es que hay muy pocos scouters que sepan explicar a sus chicos -si es que lo conocen ellos mismos- el porqué del uniforme y los múltiples y prácticos usos

de cada una de sus prendas. Y es indiscutible que al muchacho le gusta, le ilusiona, y le hace sentirse diferente del que no lo lleva. Aparte del valor educativo que supone hacerle comprender que el uniforme impone deberes, el primero de los cuales es *honrarle*. En cuanto a la militarización, siempre ha huido el Escultismo del militarismo vulgar y a nadie se le ocurre tildar de militarizadas a las múltiples entidades que usan uniforme. Por ejemplo, los atletas que uniformados desfilan en el Estadio, o la Masa Coral que uniformada actúa en el escenario.

En cuanto a la coeducación, no es ninguna novedad en el Escultismo, que, en esto como en muchas otras cosas, se adelantó a su época. Fundadas las *Girls Guides por* el mismo Baden Powell muy pocos años después que los *boys scouts*, hace muchos años que en España tenemos a las Muchachas Guías, cuyas actividades se procura aunar con las de los Exploradores en cuanto las características de sexo, raza y costumbres lo permiten y aconsejan.

Para acabar. Base técnica de los Exploradores de España es el Sistema de Patrullas, del cual ya hemos dicho lo que opina el Fundador. Vemos hoy -esto es, conste, una apreciación personal de esta Comisaría- en muchas Ramas Scouts, incluso en muchas Agrupaciones de los Exploradores, un afán desmesurado por *proyectar* al muchacho hacia afuera, para integrarle en actividades de tipo socio-económico, por imbuirle preocupaciones que a nosotros nos parecen un poco prematuras para su edad y medio. Dejémosle disfrutar su infancia. Nosotros estimamos que, por una parte, ya le llegará -demasiado pronto, por desgracia- la hora de ellas; por otro lado, entidades y medios tiene de sobra fuera de la Institución para actuar en tales derroteros; y, sobre todo, que para que pueda afrontarlas y, en su caso, resolverlas, hay que empezar por formarle a él. Para esto está archidemostrado que nada hay comparable al Sistema de Patrullas. Es evidente que el muchacho que ha vivido la organización de una pequeña sociedad que lleve, en miniatura, todas las dificultades, problemas y responsabilidades de la grande -y tal es la patrulla powelliana- estará, cuando le llegue la hora, en muy buenas condiciones de apreciar, criticar y, en su caso, resolver las de la Sociedad con mayúscula. En una patrulla de verdad -y en España tenemos la única del mundo que lleva 45 años de vida ininterrumpida y, por ende, es una perfecta demostración del resultado del sistema- la evolución la lleva el tiempo consigo y, en cada etapa, las *aventuras*,

las empresas, los raids, van surgiendo inevitablemente como consecuencia del sistema y no como el sistema mismo. Pero esto no tiene, en realidad, importancia para el resultado definitivo.

Y cerremos, lector, con el lema de los dirigentes de los Exploradores de España, de los fundados en 1912 y reconocidos desde aquella fecha en el Organismo Internacional: *siempre listos para servir*. Si logramos que tal lema llegue a ser, para el muchacho que ingresó en nuestras filas, la norma y meta de su vida, consideraremos que hemos cumplido nuestra misión.

La lección de Akela

Escrito allá por mil novecientos sesenta y tantos, para un Cursillo de Guías y Subguías celebrado en tierras de Granada.

Camaradas:

Es muy posible que lo que os voy a decir os lo hayan dicho ya. Por desgracia, las complicaciones de la vida entre los rostros pálidos no me han dejado asistir al Campamento y, por lo tanto, no sé lo que os han dicho. Si lo que vais a oír lo sabéis ya, no importa. No creáis que yo soy el mejor ni que sé más que nadie. Lo que ocurre es que llevo exactamente 43 años de Guía y por ello creo saber algo sobre lo que es el serlo.

Ante todo, aprendeos esto: vais a ejercer un mando. Y el mando, entre nosotros, es un puro sacrificio y ejemplo. Tenéis que ser los primeros en el esfuerzo y los últimos en la comodidad. Nunca os acomodaréis antes de que esté acomodada la patrulla entera. Nunca comeréis antes de que todos vuestros muchachos hayan empezado a hacerlo. Vuestra será la guardia nocturna más pesada y de hora más incómoda, el peor sitio, la comida más fría, el trabajo más largo y más difícil. Pero vuestra será también la gloria y la satisfacción de hacer una buena patrulla y de formar unos auténticos hermanos que siempre serán *uno para todos y todos para uno*.

El guía y el subguía han de ser algo más que dos amigos entrañables, más que dos hermanos. Han de dar siempre ante la patrulla un ejemplo de compenetración absoluta y de absoluta unidad de pensamiento y doctrina. Si guía y subguía no estáis de acuerdo en un asunto, discutidlo a solas hasta la extenuación, pero ante la patrulla presentad una sola idea. Si el problema fuera tal que no

hubierais llegado a un acuerdo, llevadlo al Consejo de Patrulla, pero diciendo: «A mí -o a nosotros- se me -o se nos ocurren dos caminos; éste y el otro. ¿Cuál quiere la patrulla seguir?». Y seguid el que acordéis. Pero ante vuestros muchachos no os presentéis nunca definiendo un camino el guía y otro el subguía.

(Y en lo sucesivo, cuando os hable del Guía va sin decir que me refiero a los dos, guía y subguía.)

El Guía ha de ser *siempre* ejemplo para la patrulla, pero sin ostentarlo. Ha de ser porque ello ocurra inevitablemente, sin presumir, con toda naturalidad, sin gritos, sin estridencias. Ejemplo solamente. Y tened en cuenta que ha de serlo en todo: en estudios o trabajo, en conducta cívica y familiar, en presentación, limpieza, conocimientos, resistencia... Ha de tener el grado más alto a que lleguen los componentes de la patrulla, más diplomas que nadie, más excursiones y campamentos que nadie. Ha de llegar a que, instintivamente, sus muchachos le vean como Norte y ejemplo. Por algo Papá Lobo es el nombre que los kanguros damos siempre a Baden Powell- le llamó *guía* y no, por ejemplo, jefe, o cabecilla u oficial.

Se deduce de aquí que el guía nunca puede estar de malhumor, ni tener desplantes ni brusquedades. Si el scout está siempre alegre, el guía debe estarlo siempre y de modo irreprochable.

Fomentad hasta el límite -si es que lo hay- la vida de patrulla. Reuníos con vuestros muchachos, buscad un local, haced vida en él, id juntos (todos los que podáis, que nunca serán *todos* -ojalá-; pero sí deben ser *todos los que puedan*) a todas partes: al cine, al paseo, al deporte, a los actos escultistas... Siempre, siempre, siempre. Hay que lograr que los demás piensen en la patrulla y digan: «Ya viene el Lobo, o el Castor, o el Lince», y no: «Ya vienen Fulano, Zutano y Mengano».

Procurad tener un local. Amuebladlo y decoradlo con vuestras propias manos. No os importe que resulte pobre ni que a otros les parezca ridículo. Que sea *vuestro* y *obra vuestra*. Vivid en él todas las horas que podáis. No es preciso que las dediquéis todas al trabajo escultista. La convivencia hace espíritu de patrulla y lo mismo se convive preparando una excursión que jugando al Mah-Jongg. Llenad vuestro local y vuestra vida con consignas de patrulla. Haced vuestro Código particular, vuestras normas de utilización del local, vuestros planes de patrulla, vuestros horarios y vuestras órdenes de patrulla,

vuestras cosas características. El buzón para las reuniones, vuestro ahorro a través de la patrulla, vuestra biblioteca. Y todo bajo vuestro signo.

Dad vida a vuestro animal patrón. Conoced sus costumbres, el significado de las cintas de vuestra divisa. Que ellas sean una norma para vosotros. Tened la amada silueta como motivo decorativo en vuestro local, en el cuarto de vuestra casa, en el pupitre de vuestra clase. Llevad los colores del Clan en vuestras corbatas, en el forro de vuestros libros, en la tapicería de vuestro coche o en la pintura de vuestra bicicleta. Tened vuestros totems, vuestras cintas de proezas, vuestros banderines.

En suma, haced y fomentad por todos los medios *el Espíritu de Patrulla*, pero sin que lo sea de rivalidad para las otras. Hay que ser magníficos por serlo, no por ser más que el vecino.

Ayudad siempre y en todos los terrenos al camarada de patrulla. Conseguid que él os vea como lo que sois: como su guía. Y que os haga sus confidencias y os pida consejo en sus dudas. Y pensad cuál es vuestra responsabilidad, porque vuestros consejos han de ser nobles y acertados.

Muchas cosas más os diría, pero si tenéis espíritu, ellas se os irán ocurriendo solas, y si no lo tenéis sería inútil que os lo dijera, porque no servirían de nada. Así, pues, termino.

Que Manitú os proteja y os dé acierto y que vuestras patrullas os proporcionen tantas horas de felicidad como a nosotros nos dio la nuestra.

¡Hau!, Akela ha dicho lo que tenía que decir.

Salutación

Escrito en marzo de 1965, para los impresos que se dieron a nuestras Guías visitantes.

Bienvenidas a Cádiz, salada claridad, como la definió Machado. En este muelle, al que ya atracaban los buques fenicios, os reciben 40 años de Escultismo. Y os esperan con una emocionada ansiedad, pues hoy, al cabo de 40 años, vemos hecha realidad lo que era nuestro sueño de entonces; la rama femenina de este Escultismo al que tanto amamos, al que hemos dado lo mejor de nuestras vidas y

que tan felices nos ha hecho. Bienvenidas, garbosas camaradas, a nuestra Tacita de Plata, bienvenidas y Dios quiera que nuestro escultismo, tal vez algo anticuado, pero cordial y sincero, no os decepcione. Que Andalucía se abra ante vosotras como la sal y la esencia de nuestra España y que nosotros, viejos lobos de 40 años de historia, sepamos haceros grata la estancia en nuestra ciudad, bella entre las bellas, pero que nunca lo será tanto cómo hoy, en que vosotras vais a pasear por sus calles.

ANDALUCIA, DE MACHADO

Cádiz, salada claridad. Granada
agua oculta que llora.
Romana y mora Córdoba callada.
Málaga cantaora. Almería dorada.
Plateada Jaén. Huelva, la orilla
de las tres carabelas...

¡Y Sevilla!

El Kanguro visita a Pemán

(Escrito para la Revista Oficial de la Asociación.)

El insigne escritor y maravilloso orador fue el Presidente de nuestro Consejo de Alto Patronato en los años 27 al 29... Ya ha llovido desde entonces y esas lluvias han visto muchas cosas... Entre ellas la justa ascensión de Pemán a los primeros puestos de las letras patrias y el advenimiento de su justa gloria. Para él ha sido constante nuestra admiración y si bien las circunstancias de la vida -cada vez más ajetreado y absorbente- y la consideración de sus ocupaciones nos han impedido el contacto durante los años transcurridos, nunca dejamos de seguir su carrera, de escucharle y de leerle.

Recientemente y con ocasión de ese bello episodio de su visita a Su Santidad, a cuya audiencia acudió acompañado de sus numerosos descendientes, nuestro Guía le dirigió una carta de felicitación. Creíamos que Pemán habría olvidado lo que debió ser un

insignificante episodio en su fecunda vida, pero recibimos una cordial respuesta en la que aseguraba recordarnos con afecto. Y la conclusión de todo esto fue que a la hora en punto por él fijada, llamábamos a la puerta de su casa para ofrecerle nuestros respetos y unos modestos recuerdos de aquella ya -¡ay!- remota época.

Ha sido un rato inolvidable. Al placer y a la emoción de escucharle y de hablar con él, se han sumado la emoción y el placer del recuerdo. Don José María nos ha hablado de muchas cosas. Hemos recordado -o, mejor dicho, ha recordado- a las personas que con él compartieron los puestos de aquel Consejo, teniendo para todas frases de afecto y respeto. Y es aleccionador oírle porque todas sus palabras rebosan rectitud y nobleza. Habla de cómo la pasión política no debe jamás sobreponerse al reconocimiento de las cualidades humanas; nos comenta cómo en la Real Academia Española, de la que fue Presidente, no se ha dado una sola baja por ausencia pese a que hay académicos que llevan muchos años fuera de España-; se interesa por nuestra modesta historia y se muestra muy complacido de que seamos la única patrulla en el mundo con casi medio siglo de vida ininterrumpida. Sentimos el legítimo orgullo que, de acuerdo con lo que acabamos de oírle, las diferencias de opinión y de formación que tan profundas son entre nosotros, jamás han obstaculizado la maravillosa fraternidad que siempre nos ha unido. Le entregamos nuestro recuerdo; una fotografía del Grupo de Cádiz que asistió al llamado Jamboree de Barcelona, en 1929. En ella, y ocupando el puesto de honor, rodeado de todos los expedicionarios, está Pemán, un Pemán en la plenitud de su vida, sonriente sobre su característica corbata de lazo, y sentado entre don Manuel Juliá, entonces Secretario del Consejo y más tarde suegro de nuestro subguía, y un jovencísimo Akela que -al igual que Mukoki, erguido a un extremo del Grupo-, viste *-rarissima avis-* la guerrera de Instructor en vez de la camisa y el pañuelo.

Y al acercarse Pemán a la luz para examinar mejor la foto, surge algo para nosotros muy emotivo. En una mesita-vitrina vivamente iluminada tiene don José María las innumerables insignias de sus múltiples recompensas y distinciones: Condecoraciones, Grandes Cruces, Bandas... Hay muchas, muchísimas. Y uno de nosotros se percibe de que en primera fila está la insignia de Presidente de Consejo de Alto Patronato, nuestra insignia, en esmalte blanco con leyendas de oro. La exclamación es unánime, y al

confirmarnos don José María que allí la ha tenido siempre, con auténtica emocionada alegría y *para que le haga juego*, le entregamos una insignia actual de patrulla, nuestro Kanguro en gris sobre la flor de lis verde, y todo ello sobre fondo rojo. La encuentra preciosa, con lo cual el orgullo nos rebosa ya por las costuras de la ropa, y la conversación sigue; le mostramos las fotos de nuestra participación en la Peregrinación Nacional Scout del Año Santo, en cuyo desfile y honrándonos con ello figuraron nuestras esposas y -no olvidemos que estamos en Cádiz, tierra del humor- le comentamos que, como puede ver, ni siquiera las mujeres han conseguido separarnos, cosa que le hace mucha gracia. Luego, temerosos de fatigarle con nuestra cháchara que, al versar sobre la patrulla pudiera hacerse interminable, intentamos poner punto final con nuestras fotografías de La Selva. Ante su interés le detallamos que se trata del mismo local de Patrulla que con nuestras propias y entonces juveniles manos amueblamos, instalamos y decoramos en un cuarto trastero de una azotea y que hoy se ha convertido en un verdadero museo. Para colmar ya las emociones de la visita muestra deseos de verlo. ¡Qué no sería tal cosa para nosotros! Pero son cuatro pisos de empinadísimas escaleras y dada la edad de Pemán, no nos atrevemos a pechar con semejante responsabilidad...

Y ya, tras ello, insistimos en despedirnos. Nuestro Presidente nos estrecha la mano uno a uno, y para cada uno tiene unas palabras de agrado. Nos vamos con la inenarrable satisfacción de haber revivido tiempos pretéritos y de comprobar que nuestro recuerdo perdura en un hombre de la personalidad y la plenitud de Pemán. Que Dios le bendiga y nos depare la dicha de poderle visitar alguna vez más y a lo largo de muchos años.

Mayo, 1974

Viejos scouts

Han transcurridos 35 años de la muerte de Baden Powell y todavía quedan scouts que aún visten el uniforme que creó y usó el Fundador durante unos 30 años.

Aprendieron y practicaron la Ley Scout, hicieron su Promesa y coadyuvaron al desarrollo del Escultismo según sus posibilidades. En

sus vidas tienen el gran aliciente de saberse miembros de una Institución creada por aquel hombre que, no sólo en su país, sino en casi todos los demás, era considerado, altamente considerado, como un educador de juventudes. Su característico aspecto físico -circulaba en imagen casi única en las páginas de toda la prensa mundial, o sea, que era perfectamente conocido.

Algunos de estos scouts a que me refiero tuvieron además la fortuna de verle personalmente, en España, y en ocasiones fuera de ella. Hablaron con él, estrecharon su mano, desfilaron en su presencia. Todas estas cosas que entonces fueron normales para estos hoy sexagenarios scouts, les llenan de satisfacción y no son sólo un grato recuerdo, son como un título no otorgado, no visible para nadie, pero que ellos llevan en su corazón y en su feliz recuerdo, al tiempo de dar gracias a Dios por su coparticipación en los afanes de aquel Baden Powell vivo con quien se vieron frente a frente.

Y, repito, dan gracias a Dios porque Baden Powell nos había orientado por la Promesa y la Ley al camino del Deber hacia el Creador como primera y honorable tarea a cumplir. Son cosas que no pueden evadirse, a menos que decidamos evadirnos nosotros mismos. Son cosas que no pueden olvidarse, a menos de incurrir en clara y flagrante desviación de los principios fundamentales, ya que son consubstanciales con la idea powelliana.

Estos hombres, estos viejos scouts -viejos por la cantidad de tiempo que hace que ingresaron, y Scouts porque aún permanecen en la Institución-, todavía se sienten comprometidos activa y fielmente con el Escultismo y creen con sinceridad que para la continuidad de la organización es necesario seguir pensando y actuando escultistamente, porque vano y utópico sería un compromiso adoptado en la juventud y desarrollado en la madurez, para un cierto día, cuando les pareciera oportuno, darlo por terminado amparándose en las necesidades evolutivas de toda creación humana. Y es que no se puede confundir una evolución natural actualizadora, con una revolución desplazadora de los principios básicos y doctrinales todavía plenamente válidos.

Es mucho y muy importante lo que nos legó nuestro fundador, para que no se estudie con serenidad cualquier cambio que se pretenda.

Una vez ingresados en el Movimiento Scout, no hay otra ni mejor solución que formarse dentro de las normas, con el interés, la

dedicación intensa, e incluso el sacrificio necesario para cultivar esos ideales que configuran nuestros métodos, ya que de otro modo, al no hacerlo así, se resentirá la misma doctrina, y, lógicamente, se resentirá su desarrollo.

El fallo de muchos, en sí mismos y en los Grupos que han dirigido, ha sido porque el cumplimiento de las normas les estaba limitado por su egoísmo personal, porque pensaban *obtener* algo del movimiento: distracción, diversión, turismo, trato con jóvenes, afán de mando... Carecían del noble deseo de contribuir a la enseñanza, de colaborar con alteza de miras a mejorar la educación de los futuros ciudadanos para este mundo que necesita ahora Y siempre honradez, colaboración, fe, alegría, etc.

Han sido gentes que no han querido desprenderse de cuanto traían de *afuera*, de lo que era antítesis de Escultismo, de las polémicas y de otras artes demoledoras y anticonstructivas. Lógicamente no podían, una vez dentro, ni aprender lo nuestro, ni transmitirlo, pero lo peor de todo es lo que han destruido, lo que han dividido, en una Asociación que los había aceptado sin reservas. No respetaron ni la Institución ni sus métodos, y, para colmo, le incrustan, a su modo, con ensayos *geniales*, lo que no está autorizado ni ensayado, sino caprichosamente copiado de otros sistemas no scouts. Y además lo hacen en uso de su particular deseo, sin contar con las debidas autorizaciones. Actúan como guerrilleros, sin reparos ni miramientos.

Esos viejos scouts que todavía se sienten *dentro* de la Institución, no pueden dejar de pensar en todo esto, por una razón, porque la aman y por tanto les duele contemplar algo que raya en el abuso y en el desorden.

Resulta molesto el uso de las palabras *abuso y desorden*, pero si meditamos en la Promesa y la Ley, enseguida nos damos cuenta de que para algunos todo lo positivo de los principios básicos del Escultismo suena mal, o quizás aún más, ni siquiera les suena, y pretenden desconocer que, aunque Baden Powell ya no está físicamente entre nosotros, su sistema está depositado en un organismo rector, con autoridad y con conocimiento, y que ello es lo que nos debe preocupar a la hora de los caprichosos cambios que nos sorprenden a cada paso y en cualquier lugar.

Fe y obras del Kanguro

Enero 1977. Ronda solar del Cincuentenario.

Desde que la Patrulla del Kanguro empezó su vida, hay que reconocer que tuvo éxito, pero un éxito que no fue efímero, sino que se fue afianzando en el transcurso del tiempo. Diversas causas contribuyeron a ello, pero ahora sólo vamos a tratar de una de estas causas: la fe.

Tuvimos fe en el Guía, creador de la Patrulla. Siempre le veíamos actuar y desenvolverse con tal seguridad y entusiasmo, que su ejemplo, sus conocimientos, su decisión y su firmeza, la claridad de sus razonamientos, su lealtad para todos y su fidelidad a la doctrina scout, nos hacían fácil asimilar totalmente, día tras día, el sistema educativo de Baden Powell llenando con ello la apetencia natural de todo muchacho a una actividad constante. No había hueco para digresiones. En La Selva, llenábamos las 52 semanas del año con otras tantas excursiones -muchas de ellas de sábado a domingo-, con los campamentos, con las preparaciones. Incluso en el Colegio y en nuestras casas no había para nosotros otra preocupación que *los exploradores*.

Confiábamos en él. Teníamos fe en él. Pero él era de una manera tal, que al tiempo de darse y comportarse como guía de patrulla, nos infundía fe en el Escultismo. Todo lo hacía de forma que nos transmitía en ese tiempo la fe que él mismo llevaba dentro.

Una formación tal no tenía más remedio que producir el especial espíritu que ha hecho posible el éxito del Kanguro de Cádiz. Desarrollábamos en forma progresiva, sin baches, una vida scout plena, profunda, fuerte y sólida, alimentada por aquella Promesa y aquel Código (Ley actual), benditos puntales que sostenían todo el edificio que iba creciendo por medio de las pruebas y grados, además de las especialidades de nuestro programa.

Era aquel un trabajo digno, eficiente y generoso, que contrastaba con la indiferencia, la obstrucción y hasta las ofensas de compañeros de colegio y amigos que no sabían lo que se perdían al no ingresar en nuestras filas. En realidad tales chicos lo que querían era estar libres de todo compromiso, de todo sacrificio como los que comportan seguir unas normas educativas, y, sin querer quizás, no se

libraban del mal de sus *flacos* ambientes en los que daban rienda suelta a las pasiones que ya afloraban.

Sencillamente, los principios fundamentales que regulan la actividad scout fueron labrando en nosotros, en aquella especie de catequesis, el espíritu que nos formó y que nos imprimió la firme fe en el sistema scout. Y esa fe nos ha sostenido hasta hoy, con todas sus consecuencias. Porque el ser Kanguro no es tan sólo una satisfacción personal, es a todas luces, y lo proclamamos con todas sus consecuencias, un noble ideal.

Y es que la vida scout es lucha contra los enemigos comunes, vicios y pasiones. Hay que reconocer que, de manera espontánea, el hombre no puede alcanzar con sus medios su propio fin, y, para poder obtener éxito en la vida, hay que apoyarse en las teorías desinteresadas y nobles, entre las cuales la Escultista ocupa un lugar preeminente, con la ventaja de que la teoría scout no es producto sólo del pensamiento, sino de pensamiento, acción y experiencia. Baden Powell intuyó la idea, la trabajó, y, por último, la aplicó con intensidad y constancia.

De otro lado, ese auténtico deseo de felicidad que todos llevamos dentro se vio colmado con la vida de auténtica camaradería en la que no teníamos exigencias para imponer nuestras voluntades, sino que, por el contrario, nos esforzábamos en hacernos felices unos a otros de ahí nuestro lema: *Los míos antes que yo* con lealtad y franqueza nada corrientes, llegando a cumplirlo todo como quería nuestro Fundador.

Es hora de contestar a esta pregunta: ¿Qué objeto han tenido nuestra admiración, nuestro entusiasmo y nuestro trabajo dentro del Escultismo? Baden Powell con su espíritu creador y su genial sistema de preparar al muchacho para hacerlo mejor y más eficiente, ha sido el razonado objeto de *nuestra admiración*. El deseo firmísimo de practicar un auténtico escultismo hasta en sus menores detalles, ha sido el objeto de *nuestro entusiasmo*. Cumplir con eficacia y asiduidad, contra viento y marea, obstáculos y críticas, cuanto creíamos valía la pena por y para el Escultismo, ha sido NUESTRO TRABAJO.

¿Y de qué sirve todo esto si no es para decir que sin la Promesa y la Ley todo sería vano?

¿Para qué analizar tanto, después de tanto tiempo, si no es para poder dar cuenta de la eficacia del Sistema de Patrullas?

¿Qué importaría haber resuelto tantos problemas, propios y ajenos, si no nos hubiera guiado la fidelidad a los principios y no hubiéramos conseguido la permanencia hasta hoy?

¿Qué sentido tienen nuestra constancia y por qué no decirlo nuestro éxito en la vida, cada uno en su profesión y en el desarrollo de las actividades scouts, si no hubiéramos llegado tan unidos a este feliz momento de los 50 años?

Que no han sido fáciles, hay que reconocerlo; han sido largos y reñidos, pero han sido fructíferos, formales, felices y alegres. No cabe duda de que se han superado, de buena fe, con buenas remadas, grandes escollos. Y quizás sin saberlo, estábamos haciéndolo todo con el afán sacrificado que decía Santa Teresa: «Aunque me canse, aunque no pueda, aunque reviente, aunque me muera ... ».

2. Cancionero

Canta, y el trabajo se hará antes y mejor.
(*Del Código del Kanguro*)

HIMNOS

HIMNO DEL KANGURO

Música: Pasodoble de *La Bejarana*.

Ya se aproximan los kanguros,
se oyen sus gritos resonar;
son los bravos viejos lobos
que marchando con firmeza
van en pos de su ideal.
La patrulla del kanguro
habrá de ser la mejor;
por algo tiene por lema:
Los Míos antes que Yo,
que es un lema hermoso y grande
como nuestro corazón.
Alegría y fortaleza,
resistencia y entusiasmo,
gran espíritu escultista
y mucho amor al trabajo.
Estas son las cualidades
que nuestra patrulla desea ostentar,
y para poder lograrlas
sin retroceder habremos de luchar.
¡Kuí y archibirú!
¡Kuí y archibirúl
¡Kuí! ¡Kuí! ¡Kuí!;
Grabemos en nuestro pecho el lema de la patrulla,
el lema de la patrulla;
cumplamos su reglamento y su código con fe,

y vencamos en la lucha,
en la lucha del deber.
¡Los míos antes que yo!

HIMNO DEL OSO

Música: Pasodoble de *La Montería*.

Escuchad, camaradas, mi canción
y que ella anime nuestro caminar,
pues los trabajos que hay que acometer
más sencillos se harán al cantar.
Siempre hay que estar alegre en el vivir,
siempre el trabajo se anima al cantar;
indicio de alegría es la canción,
la alegría la juventud da.
La patrulla del oso
ha de ser la mejor,
y todos lucharemos,
por mantener su honor.
En el trabajo, en el andar,
en el estudio, en la excursión,
en la boca lleva el cantar,
la alegría en el corazón.
Lo que al ingreso prometí
alegremente cumpliré,
y sonriendo sin cesar
siempre adelante marcharé.

HIMNO DEL BUFALO

Música: Marcha *Bajo la doble águila*, de Wagner.

Búfalo ven,
ven a entonar
con tus hermanos tu canción,
y lo que vas
ahora a cantar
grábalo en tu corazón.
Esta es la ley

que nuestro clan
guarda por acuerdo común,
y es la que tiene que observar
todo el que grite « ¡Mahú! ».
Como buen explorador no sé retroceder
y animoso siempre el corazón
no sé sino morir o vencer.
Con arreglo a mi promesa quiero siempre obrar,
quiero como buen explorador
honrado ser,
ser sincero y leal.
De mi patrulla la ley habré de cumplir:
Unión y lealtad.
Puro de cuerpo y alma he de vivir,
siempre correcto obrar.
Quiero
alegre, fuerte y sano estar,
siempre al destino sonreír,
para de este modo gozar
de la alegría de vivir.
Quiero tener 'buen corazón,
al desvalido socorrer,
y siempre y en toda ocasión saber cumplir con mi deber.

HIMNO DEL TORO

Música. Marcha militar mora de los tangerinos.

*¡Toros! Marchad siempre adelante,
firme vuestro andar,
sin retroceder
por nada ni jamás.*
¡Toros! Sed buenos camaradas,
pensad siempre igual,
nunca desmayéis
y firmes trabajad.
La adversidad
no podrá vencernos,
pues con ella sabremos luchar.
Nuestro ideal

fuerzas para ello
bien sobradas nos las ha de dar.
Nuestro poder
en nuestra promesa está;
si la cumplimos bien
seremos los primeros en todo,
nadie en nada nos podrá vencer,
porque al tener
por Norte nuestro deber
y saberlo guardar

él nos dará fuerza y entusiasmo,
alegría y tenacidad...
No olvidemos nunca que
en cumplir nuestra promesa está,
prenda ideal
y sin rival,
nuestro impoluto honor.
Tengamos presente que
él es en el mundo lo que más
debe guardar y vigilar
un buen explorador.
Que así lo haremos prometemos
y que con todas nuestras fuerzas
los banderines elevaremos
hasta una altura sin rival.
Siempre adelante es nuestro lema,
siempre adelante marcharemos,
y por él firmes nos guiaremos
en nuestra marcha al ideal.

HIMNO DEL CASTOR
Música: Marcha *Plus Ultra*.

Es el Castor un viejo clan
cuyo ideal se ha de cifrar
en trabajar
porque sea siempre el mejor.
Animoso y trabajador,

firme, tenaz y emprendedor
habrá de ser si quiere triunfar.
Nada nos puede detener
en nuestra marcha al ideal,
pues hallaremos
fuerzas en nuestro deber
para vencer

sin vacilar
a quien parar pretenda
nuestra marcha triunfal.

Las cualidades
que adornan al castor
para nosotros
han de ser siempre el ejemplo mejor,
la destreza
manual e intelectual,
compañerismo, unión y tenacidad
son las virtudes
que han de hacer de nuestro clan
una patrulla
modelo y de un espíritu ejemplar.
Nuestro lema
es el del explorador,
siempre nosotros
estamos dispuestos a hacerle honor.
Es el Castor... (Bis de la primera estrofa)

HIMNO DEL LOBO

Música: Pasodoble *Soldadito español*.

A mi Patria he de querer yo
con entusiasmo y pasión.

Al son de estas alegres notas
los Lobos hemos de ser
bravos, nobles y patriotas
sin jamás retroceder.
Gran espíritu escultista
debemos siempre llevar

grabado en nuestro pecho,
y ganas de trabajar.
El Lobo habrá de ser
perfecto explorador,
si es que quiere tener
y llevar ese honor.
Nuestro lema inculca
no dejarse vencer,
marchar siempre adelante,
optimista, triunfante,
alegre y con fe.

Mi Patria ante todo
Mi patria ante todo.

HIMNO DEL LEON

Música: Canción de la Espada, de *El Huésped del Sevillano*.

¡Adelante los leones,
hijos de la vieja España!
Por ella nuestras empresas,
por ella nuestras hazañas.
¡Adelante los leones!
¡Adelante sin cesar!
Que yendo siempre adelante
conseguiremos triunfar.
Aunque pequeños
para leones,
tenemos grandes
los corazones,
y nuestro espíritu,
firme y leal,
siempre al servicio
del ideal.
Seamos exploradores
Con orgullo y con firmeza.
Vistamos el uniforme
Como signo de nobleza.
Cumplamos nuestros deberes

Sin vacilar un instante,
y alegres y sonrientes
Marchemos siempre adelante.
¡Hurra por el León!

HIMNO DE LA TROPA DE CADIZ

Música: Pasodoble *La Cirila*.

Es nuestra Tropa, la gaditana,
la más castiza de la nación.
Trabaja siempre de buena gana
y es la que tiene mejor humor.
Como lo hacemos alegremente
nos sale todo divinamente
y cuando en algo nos empeñamos
es bien seguro que lo logramos.
No es nuestro fin el militarismo,
sólo queremos el Escultismo.
Fuerte, alegre y emprendedor
ser sólo quiero un explorador.
Corto el pantalón
y hasta el codo la manga cuando más...
para población, que en el campo me basta el bañador
y me molesta lo demás.
Cumplidor fiel
de las leyes de nuestra institución,
leal y cortés
es como habré de ser
para ser explorador.

CANCIONES DE CAMPAMENTO

CANCION DE FIN DE JUEGO

Música: Chotis de *Las castigadoras*.

Acudid a saludar al que hace poco luchó
contra nosotros, no obstante ser como nosotros un explorador.
Vamos su mano a estrechar, puesto que nunca olvidó
que era el combate fingido y noble y amigo en él se portó.

Grito: Luchad, pero con nobleza. ¡Siempre hermanos; ¡Hurra!

CANCION DE MEDIODIA

Música: Romanza de *La del Soto del Parral*.

Brilla sobre el campo la luz solar.

Todo invita a reposar.

Suena nuestra alegre canción,

llena de optimismo y amor...

Goza de los campos la dulce paz.

Busca en ellos la Verdad...

Llevas medio día feliz,

ruega que el resto sea así.

Grito: ¡Oooooohúl ¡Disfrutad, disfrutad, disfrutad!

¡A comer! ¡Buen provecho ... ! ¡Pum!

CANCION DE APERTURA DEL FUEGO

Música: Romanza de *Los Gavilanes*.

El Heraldo:

La luna

brilla esta noche como ninguna.

La llama

de nuestra tribu junta proclama.

La hoguera

que nos sentemos en torno espera.

Cantemos

nuestras canciones y conversemos.

El coro:

La luna..., etc.

El Heraldo:

Guerreros, acudid,

reuníos a mí.

Nuestro fuego de paz

del vivir

nos invita a gozar.,.

Escuchad la canción

de la hoguera al brillar,

y del fuego en redor
acudid
y gozad
nuestro buen señor...
El fuego va a empezar,
el calumet fumad...

El Coro:
La luna... etc.

CANCION DE CIERRE DEL FUEGO

Música: Canción *Ay, ay, ay.*

La noche ya nos envuelve en su paz,
todo reposa dormido.
Parece que el mundo ha muerto
porque de él el sol se ha ido.
Tan sólo un guerrero debe velar,
que ya el fuego se ha extinguido.

CANCION JOCOSA DE LA CENA¹

Música de chirigota: *En la casa donde viven.*

Al dar las seis de la tarde, todos los que estamos presentes aquí
sentimos una galipa que no nos deja vivir.

*Nos vemos todos los trompitos y tos los frijoles dentro de la
olla...*

si algún día no hay comida nos vamos a comer las piedras.

Por eso al dar las siete estamos todos que nos caemos,
y, sin que nos lo digan, de las mochilas el pan cogemos.

Nos dirigimos todos como unas fieras al comedor,
y les sacamos brillo a las paelleras y al cucharón.

Grito:

Heraldo. - ¿Cómo es el hambre?

Coro. - ¡General, general, general...!

1 Esta canción se hizo en el Campamento Pro Lieja. Es muy de chirigota gaditana (Véase lo que decimos a propósito, de las canciones llevadas a Barcelona) ¿Y el grito? El grito tiene su miga. Al acampado que no fue a Lieja, como ya hemos referido, le llamábamos cariñosamente *El General* por su Parecido físico con un actor de cine que desempeñaba un papel de general en una película nuestro General tenía un envidiable apetito y un saque asombroso, pues.... ahí está la miga del asunto. ¡Ah! En Cádiz, los trompitos son los garbanzos, y los frijoles las alubias.

CANCIONES DE LA PATRULLA DEL TORO²

Músicas: las de unas lecciones de solfeo
de un curso de Música.

De la mañana

Levántate ya, explorador,
que ha salido el sol,
que tienes que hacer
el desayuno y trabajar
para que tu clan
sea el mejor
de toda la nación
El toro ha de ser
un gran muchacho emprendedor.
Levántate ya, explorador,
que ha salido el sol,
y has de trabajar
y prepararte a vencer

De la noche

Toros dad el adiós al día
que por fin ya se ha ido el sol,
y hay que arriar.
Toros, despedíos del día
hasta que de nuevo luzca el sol.
Las horas que a dormir vas
empléalas bien, para descansar,
para que mañana puedas trabajar
y para que el Toro pueda destacar
y a tu banderín hagas respetar.

2 Estas canciones no debieran figurar en el libro, porque no las hizo el Kanguro. Las hicieron los propios Toros. Las traemos aquí para demostrar cómo nuestras costumbres y nuestras técnicas se propagaban insensiblemente a todos los componentes del Grupo.

CANCION DEL PRIMER CAMPAMENTO O KUI³

Música de la canción cuplé *Es Carmelilla*.

En estos días de campamento
al que venimos con la ilusión
de ser volante y ser el primero
que en nuestro clan se realizó,
somos kanguros que con el alma
de caballeros y noble scout
venimo'alegres y confiados
unos solos y otros con su squaw.
Por eso marchamos cantando
porque nuestro sueño se realizó.
Kanguros,
los que siempre fuimo'iguales,
los que siempre fuimos uno...
Kanguros,
marchemos siempre adelante
como en los tiempos en que hubo
guía y subguía, siete kanguros,
sin olvidarnos de nuestra ley,
y cumplamos nuestro lema
sintiéndolo el corazón:
Los míos antes que yo...

Por ser más puro
nuestro ambiente
vamos marchando por estas sierras
de Andalucía, que es nuestra tierra,
buena y bendita de la nación.
En nuestras mentes van los kanguros
que no pudieron venir aquí,
y aunque sus cuerpos estén ausentes
de sus espíritus se oye el Kuí...

Akela, Oluski, después Tigre Pardo,
Shere Khan el otro, también Garza Gris...
Kanguros,
los que siempre fuimo'iguales,
os que siempre fuimos uno...

(Se repite el estribillo)

3 El lector aprecia en esta ríspida cancioncilla la nostalgia que las ausencias nos producían y cómo todos y cada uno estábamos siempre presentes en la mente de cada uno y de todos, incluso Garza Gris, del que y:a hacia aires no habíamos vuelto a saber.

CANCION DE FIN DE EXCURSION

Música: Canción india de *Sadko*, de Rimsky Korsakoff

Muere la tarde en dulce paz
y se baña el paisaje en suave luz,
se oculta. ya
el disco solar.
Todo lo invade la quietud
y todo lo que ama la claridad
a reposar se va a entregar.
En el horizonte se ha encendido un resplandor,
la primera estrella pura brilla en el cénit,
una suave brisa agita apenas una flor,
la luz ante la sombra empieza a huir.
Es la hora en que al cielo se nos va
el espíritu ebrio de vivir,
en que se entiende la verdad,
y el alma se siente juvenil,
se gusta el gozo de llorar
y la tristeza de reír.
Brilla allá en el valle de una hoguera el resplandor
y en alas del viento se deja oír la canción
del explorador, que despide ya
con el corazón, al día que se va:
Con la noche termina la excursión,
el campo ya es preciso abandonar,
pero, no importa, ¡ya volverás!

Contrapunto

¡Oh, Manitú!
Que en mi wigwam
reine la paz.

¡Dios dé la luz!
Si la sombra reina ahora
arda el fuego en nuestro hogar,
y en la noche nunca cese
su brillar, ¡Manitú!

CANCIONES DE LOS MARISQUEROS DE CADIZ ⁴

SALUDO A BARCELONA

Música: Tanguillo *Los duros antiguos*.

Con la gorrilla en la mano
como un saludo de simpatía
a esta tierra catalana,
archivo de cortesía,
los Marisqueros de Cádiz
la venimos a cantar.
Barcelona del alma,
ciudad querida,
eres lo más hermoso
que el Mare Nostrum tiene en su orilla.
Con la espalda en el monte
y el pie en la mar,
tienes garbo y tronío,
talento y sal.
Llevan tus mujeres
esencia de amores
por tu deliciosa
Rambla de las Flores,
y de tus talleres
es la sinfonía
un canto al trabajo

que alegra la vida.
Barcelona de mi alma,
población incomparable,
por tu gracia y tu belleza
te quiero como a una madre.
Y por mi salud te juro que,
si tuviera dinero,
en lo alto del Tibidabo
con oro y plata pondría un letrero:
¡Viva nuestro Barcelona,
lo más hermoso del mundo entero!

4 Unas palabras previas. Ya hemos dicho que, como si fuéramos una auténtica Chirigota Gaditana -La Chirigota, coro de gente del pueblo que, a lo largo del año, se hace sus canciones y su música- llevamos al San Jorge de Barcelona la serie de canciones que van a continuación. Las letras son nuestras; las músicas son de antiguas y populares Chirigotas *de verdad*, y, por tanto, de lo más castizo del folklore de nuestra tierra. Las faltas de rima -intencionadas, para suplirlas ya en las horas de la madrugada, y bien *empapados* los cantores, por las palabrotas auténticas y fácilmente adivinables- son algo muy característico de tales agrupaciones carnavalesco-musicales.

CUARENTA AÑOS HACE...

Música: Tanguillo de la comparsa *Los jardineros*.

Venimos hoy los Marisqueros
con una profunda emoción...
lleno de nostalgia nuestro corazón.
Hace cuarenta años
llegamos a esta tierra,
a un Jamborée famoso
que se celebró en ella.
Días maravillosos
que no podré olvidar,
ni a aquellos camaradas
que en mi memoria fijos están.
Eran don Carlos Cifuentes,
con el Conde del Montseny,
sin olvidar a Solanas,
también los rovers Llo y Bonet.
Para nosotros todos

unos hermanos fueron
y su trato y cariño
nunca lo olvidaremos.
Y para todos ellos
tiene mi corazón
afecto por los vivos
y por los muertos una oración.

EL RECONOCIMIENTO

Música de chirigota: *En la casa donde viven.*

Llevamos más de treinta años
echando instancias en condiciones
para ser reconocidos
por la ley y por narices.
Pero al cesto de los papeles
echan los nuestros sin disimulo,
y por ello me parece
nos están dando morcilla.
Así yo estoy seguro de que la cosa es muy complicada,
ya que todos los mandos con las instancias no logran nada.
Y por eso propongo que nos pasemos sin solución
y como si tal cosa sigamos yéndonos de excursión.

SOBRE EL UNIFORME

Música de chirigota: *Los Moros.*

Siempre se discute mucho
sobre si usar el sombrero,
y que si el pantalón corto
es muy frío para enero.
Todo eso a mí no me importa,
no discuto esa bambolla,
y, si enseño las rodillas,
nunca enseñaré el ombligo.
¡Nunca, jamás! ¡Nunca, jamás!
Insuperable

me parece el uniforme,
que siempre visto
como vistió Baden Powell.
Y me parece
no podemos consentir
que nos pongan vaqueros
porque la moda lo exija así.

(Trabalenguas)

Calzón corto, las mangas al codo,
sombbrero de bollos, pañuelo y bordón.
Y en el campo todo eso me sobra
porque allí me pongo sólo el bañador.

GALERIA DE RETRATOS

Música de chirigota: *Ja, Ja, Ja, Ja, Ja.*

La Patrulla del Kanguro
fundada en el 27,
al pasar 40 años
no no sentimos
nada viejetes.
Vamos a dar el retrato
de todos sus componentes,
hecho como hacemos todo
con mucha guasa
y alegremente

Estrillo

¡Ja, ja, ja, ja., ja! ¡Qué gracia tiene esta canción!
¡Ja, ja, ja, j a, ja!, que se ríe hasta el mismo Colón.
¡Ja, ja, ja, ja, ja! Lo sentimos tan sólo por usted
que a causa de tanta risa
se puede descomponer.

No cabe duda que el Guía
es excelente oculista.
No tenéis más que fijaros

cómo llevamos
todos la vista ⁵.
Y dentro de la Patrulla
mucho no se lo respeta,
que es coronel en la calle
y pa nosotros
cabo corneta,

Estribillo

¡Ja, ja, ja, ja! Que ...etc.

Ojo de Lince es del Guía
pelota número uno.
Y Ojo de Lince se llama
aunque no guipa
tres en un burro.
Es un chófer temerario
que corre como un ciclista,
y os contará divertido
cientos de chistes
de mariquitas.

Estribillo

¡Ja, ja, ja, ja! Que ...etc

Algo chapado a la antigua
era el padre de Pantera;
y mucho le molestaba
que utilizara
nombre de guerra.
Por eso tuvo un disgusto
cuando, llamando a su puerta,
preguntó una madre a gritos
si allí vivía Pantera Negra.

Estribillo

¡Ja, ja, ja, ja! Que ...etc
Cuando era joven Oyaha-Ke
aprendía natación
atado con una cuerda
desde la borda
de un destructor.

Si la cuerda se aflojaba,
el buen Oyaha-Ke se hundía.
y al salir aseguraba
que había visto
toda la quilla.

Estribillo
¡Ja, ja, ja, ja! Que ...etc

Es Pie Ligero sin duda
de la patrulla el más joven,
y tiene el pobre unas manos
que hacen harina
tó lo que cogen.
Es un tragón imponente,
nunca de comer se jarta,
y le gustan las mujeres
jóvenes, viejas, feas y guapas.

Estribillo
¡Ja, ja, ja, ja! Que ...etc

Es el subguía el más feo
de toda la reunión,
y tiene un genio endiablado,
pero también muy
buen corazón.
Por Mukoki el incendiario
es de todos conocido
porque incendió a tres kanguros
cuando guisaban
en un hornillo.

Estribillo
¡Ja, ja, ja, ja! Que ...etc

Y aquí termina la historia
que a ustedes hemos contado,
y estaremos muy contentos
si conseguimos
que haya gustado.
Nos sentiremos felices

si les hemos divertido
y les hemos demostrado
que hay alegría
en nuestro Escultismo.

5 **Todos los miembros** del Kanguro llevan **gafas**.

¿QUIEN ES?

Música de chirigota: *Con la moda*

Nuestra Selva vino a visitar
un scout barcelonés,
que cuando el gachó se lía a hablar
raja más que ochenta y tres.
De Escultismo sabe una jartá
y entusiasmo tiene pa dar y vender,
pero si nos hace fotos
le fallan los trastos una y otra vez.
Como tiene poco
pelo lleva en lo alto del coco
un campo de patinaje
que a todas las moscas aún les sabe a poco;
pero los animalitos se le tienen que asustar,
porque como es tan nervioso
el patinadero suele hacer temblar.

CANCIONES DE LA EXPEDICION A LIEJA⁶

LA LLEGADA

En casi todas las poblaciones
hemos entrado en camiones.
Cuando llegamos todos a Lieja
la camioneta era muy vieja
y cuando pillaba un bache
se paraba el cachivache...
entonce'el chófer
pues se bajaba

y examinaba todo el motor,
y le sacaba de las bujías
una alpargata y un colador.
¡Ay, qué cacharro!, ¡Ay, qué cacharro!
¡Qué de paradas y testarazos!

LIEJA

Cuando llegamo'a Lieja
todos esto'exploradores
nos asombramos de ver
en las calles ventiladores.
Los hombres con coco,
las mujere'en bicicleta,
al que menos y al que más
le causaban extrañeza.
Dentro de una tienda
había una gran balanza,
y allí se coló,
en bicicleta Carranza;
uno de nosotros
en gran modo se fijó
que tras nosotros venía
en bicicleta Charlot...
Pipa, pipa, caña, coco, bicicleta...
Eso es todo lo que hay en Lieja.

6 Las dos las hicieron entre Ojo de Lince y los pequeños de la Expedición, y se divertieron muchísimo con ellas. Es de advertir que para los expedicionarios, el viaje era la inmersión en un mundo nuevo, desconocido e inimaginado. La diferencia de vida y costumbres entre un París y un Cádiz era fabulosa. Y así, al llegar a Lieja, todos nos asombramos de la enorme cantidad de ciclistas que por sus calles pululaban, y de que la mayoría de los varones se tocaran con el sombrero hongo, que en Cádiz era símbolo de cursilería y hubiera sido motivo de rechifla para el que se hubiera atrevido a usarlo; y también nos llamó mucho la atención el gran número de pescadores que, caña al hombro, se veían por las calles indudablemente camino del sitio en que practicar su deporte. Ahora os explicaréis mejor las letras de las dos cancioncillas. Y para que nada os intrigue al leerlas, aclararemos que Carranza era entonces el alcalde de Cádiz y que nos cruzamos con un ciclista que era su sosias -alto, maduro, pelo gris y la barbita en punta-, con el agravante de que para un gaditano, la imagen de su alcalde pedaleando era, sencillamente, inconcebible. Y otro de los ciclistas que vimos, con su bombín y su bigotito, era una indudable réplica de Charlot. ¡Ah!, y no se nos olvide señalar que al hongo, en Cádiz, se le llamaba coco.

3. Índice cronológico de actividades del Kanguro

Es imposible dar un índice completo. 51 años hacen más de 2.500 semanas y ha sido rara, aquélla en que no hubo reunión de patrulla, Y durante muchos de esos 51 años hemos tenido excursión semanal. Por eso nos limitamos a dejar reseñados solamente los actos trascendentales o que marcan hito en nuestra historia.

10 de abril de 1927. Fundación de la Patrulla.

Agosto de 1927. Pasamos a Scouts. Compra de los libros *La Chevalerie scout* y *La vie des Bois*.

12 de octubre de 1927. Primera excursión como Patrulla Phillips.

Diciembre de 1927. Primera Exposición de trabajos manuales.

1928

Abril. Marcha a Jerez.

25 de octubre. Escrito por Sven en el Libro de la Patrulla:

«Encontré una Patrulla de Kanguros trabajadora, entusiasta, el alma de la Tropa de Cádiz. Y me voy de Cádiz sin Patrulla del Kanguro, porque los kanguros están dispuestos a disolverse para el bien de la Tropa. ¡Antiguos Kanguros!, jamás dejéis de tener el espíritu del Kanguro, ¡el Espíritu Escultista!»

1929

Marzo. Llegada de Baden Powell.

Agosto. Campamento Internacional de Barcelona.

1930

1 de enero. Se agrupa de nuevo el Kanguro.

Agosto. Expedición a Lieja.

2 de octubre. Marcha de Akela a Madrid.

1931

Abril. Reorganización de la Tropa tras la proclamación de la República.

1932

18 de febrero. Primer número de *Kuí*.

Abril. Viaje a través de España para intentar la reorganización del Consejo Nacional y vigorización del Escultismo,

1933

Mayo. Visita a Baden Powell en Gibraltar.

Junio. Quinto Circuito de los 60 km, en 8 horas 43 minutos.

1940

22 de abril. Suspensión, por O.C. del Ministerio de la Gobernación, de las actividades de los Exploradores de España.

11-14 de mayo. I Campamento *Kuí*.

1941

20-21 de septiembre. II Campamento *Kuí*.

1942

27-31 de mayo. III Campamento *Kuí*.

1943

10-17 de julio. IV Campamento *Kuí*.

1944

10-17 de junio. V Campamento *Kuí*.

1945

25-29 de junio. VI Campamento *Kuí*.

8 y 9 de diciembre. Excursión a Sevilla y convivencia con Akela.

1946

20-28 de agosto. VII Campamento *Kuí*.

1947

Viaje de Mukoki y Akela a Madrid para ponerse en contacto con Enrique Genovés y Antonio González, los cuales han constituido el Clan Lobo Gris a fin de comenzar la resurrección del Escultismo en España.

17-20 de julio. VIII Campamento Kuí.

1948

12-16 de agosto. IX Campamento Kuí.

1950

Se crea en Madrid la Comisión para reorganización del Escultismo Español.

julio-agosto. X Campamento Kuí.

16-17 de octubre. Excursión a La Rábida por la Patrulla completa.

1951

9-12 de septiembre. XI Campamento Kuí.

1952

23-25 de abril. Celebración de las Bodas de Plata de la Patrulla y de la antigua Tropa.

2-28 de septiembre. XII Campamento Kuí.

1963

Por encargo del Consejo Nacional, el Kanguro visita la fragata argentina *Libertad*.

1964

5 de enero. Imposición de Insignias a los scouts de Puerto de Santa María.

25 de abril. Acto de propaganda en los Scouts Católicos de Jerez de la Frontera.

18 de julio. Viaje en comisión de Zona a Río Tinto.

19 de agosto. Idem a los Scouts Católicos de Sevilla.

25 de agosto. Idem a Algeciras y Andújar.

9 de septiembre. Idem a Sevilla.

21 de septiembre. Asistencia al Campamento Escuela de Jefes de los Scouts Católicos en el Pantano de Cala.

9 de octubre. Visita a los Scouts Católicos de Valencia.

25 de octubre. Excursión con los Scouts Católicos de Cádiz.

5 de noviembre. Coloquio con padres de los Scouts Católicos de Cádiz.
22 de noviembre. Idem en Jerez y Cádiz.
8 de diciembre. Visita a La Selva de los Scouts Católicos de Cádiz y acto en el Seminario.

También sería interminable, como puede verse por la pequeña muestra de las andanzas propagandísticas de la Patrulla en este año que acabamos de reseñar, la relación detallada de todos nuestros viajes, conferencias, coloquios, ceremonias y actividades de toda clase en los años que siguen. Por ello nos limitamos a una simple e *incompleta* enumeración de algunos de ellos.

Años 1965 a 1978

Múltiples reuniones y excursiones con los Scouts de Sevilla. Viajes a Málaga, Granada (muchos. Se llegó en dos ocasiones a ir y volver de dicha ciudad en una sola noche, sólo por asistir a actos de los granadinos), Ceuta, Campamento de Jefes en Málaga, Campamento Escuela de Guías en Granada, Día de la Amistad con asistencia de Scouters de Gibraltar en Cádiz (14 de febrero de 1965). Recepción de las muchachas guías ya reseñada en el texto (16 de abril de 1965). Primera Peregrinación Nacional a Santiago. Visitas de Propaganda a los Sagrados Corazones en Sevilla. Asistencia a Fiestas de San Jorge en Puerto de Santa María, Málaga y Granada. Viaje de propaganda a Algeciras, San Roque, Málaga, Almería y Granada, Reunión con los Jefes y Comisarios de Sevilla para intentar la unificación (asistieron representantes de Madrid) y si la unificación no se logró, no fue, ciertamente por culpa de los Exploradores de España). Reuniones de Zona de Sevilla y Málaga. Visitas de propaganda primero y de enseñanza después a Córdoba, en medio de las cuales se fundó el primer Grupo Cordobés. Recepción de innumerables visitas en La Selva. Segunda Peregrinación a Santiago. Asistencia a varias Asambleas Nacionales. Campamento de Córdoba. Investiduras de la Orden de Akela del Kanguro... y así *ad infinitum*.

Pero basta ya, y basta y sobra con lo enumerado. En el Archivo de la Patrulla están las reseñas detalladas de todos y cada uno de estos actos.

Y con esto damos por concluido nuestro libro.

SIEMPRE LISTOS PARA SERVIR



Don Tomás de Villena, padre de un scouter de Zaragoza nos acompaña en la primera media marcha a Jerez de la Frontera.



En el Kanguro la numeración es orden indiscutible de sucesión de mandos. El número 1, llevando el tótem, actúa de Subguía, porque éste no está presente.